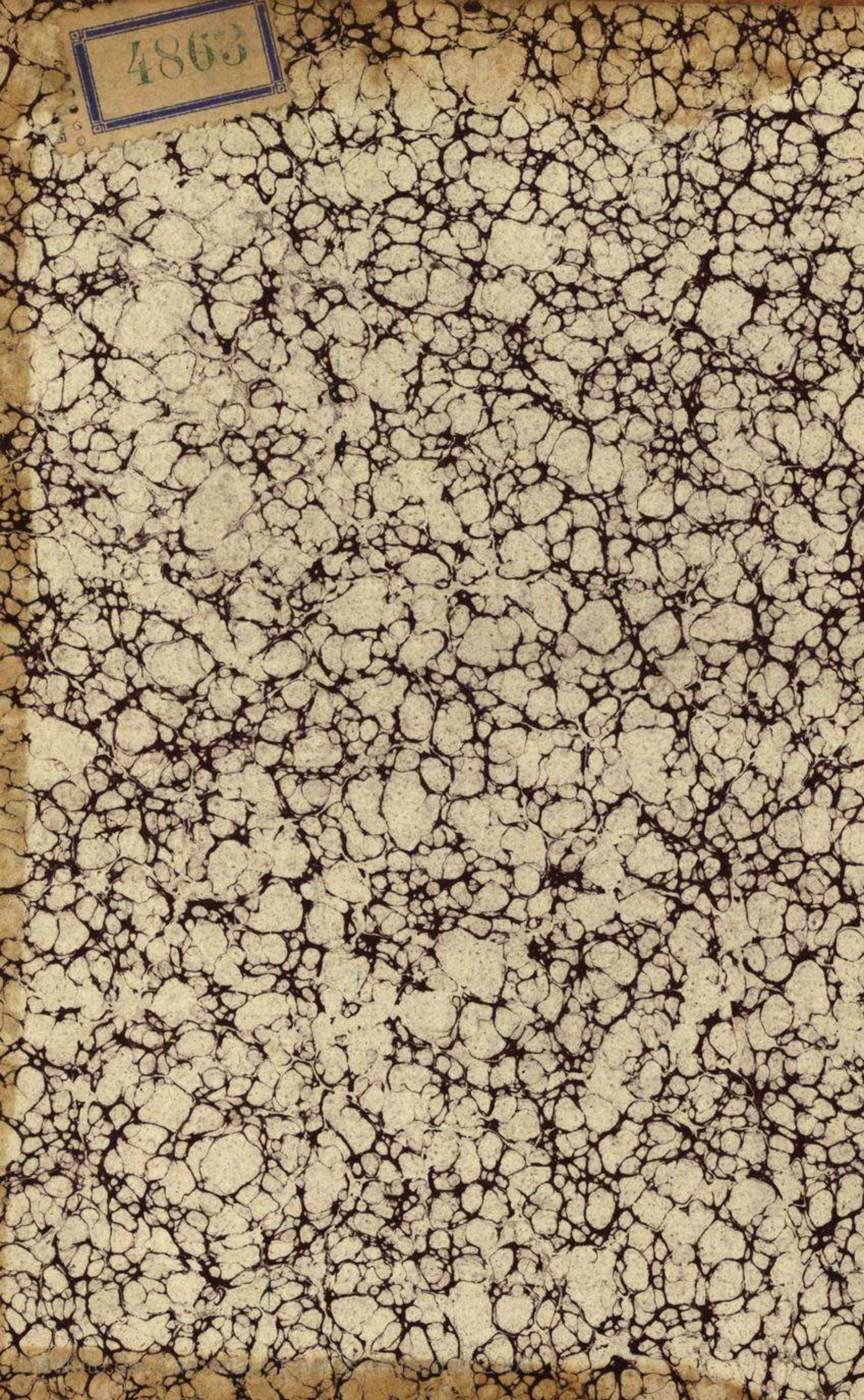
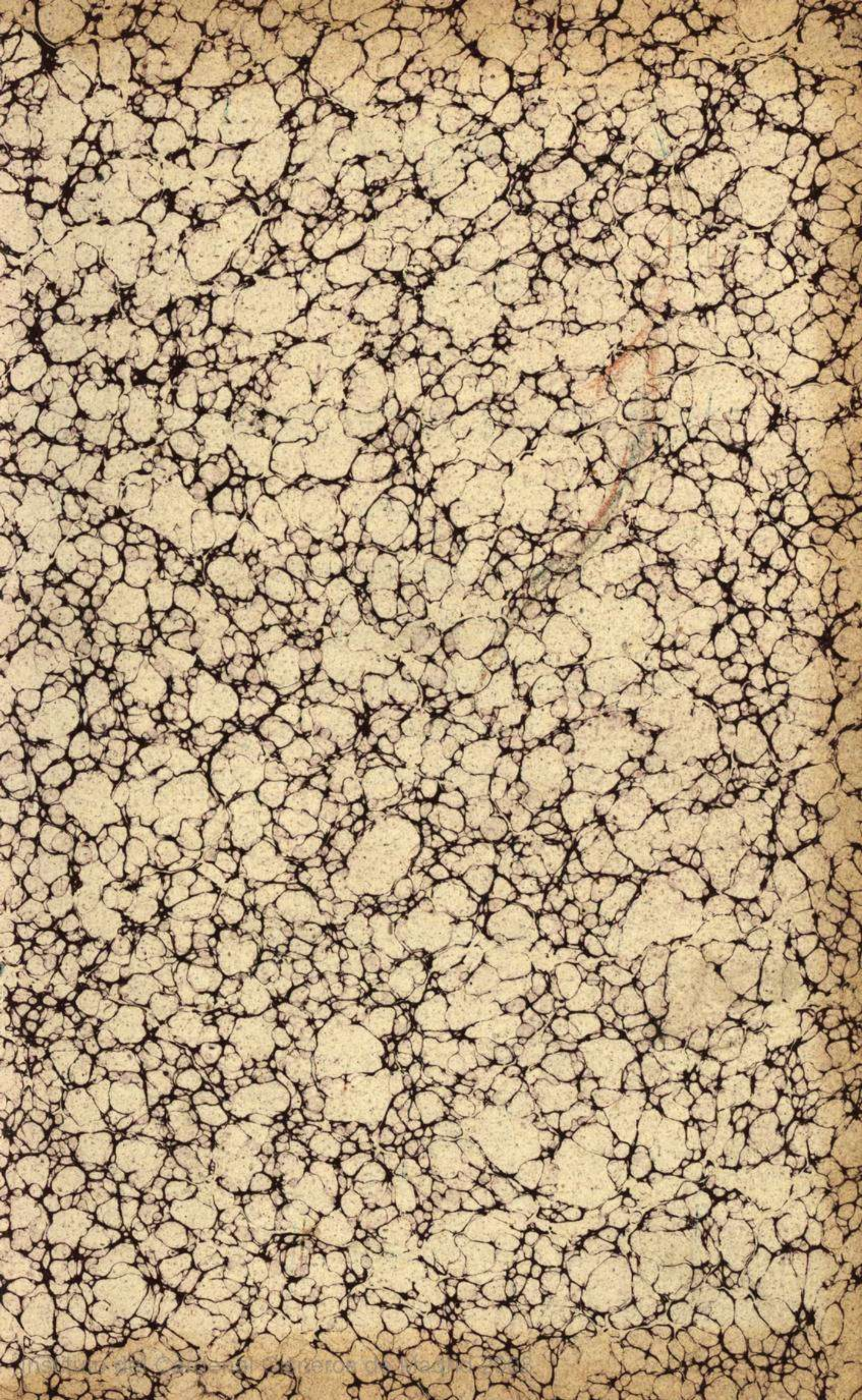


4863





2976

5E4/46

JE4/46

2817

COLECCION

DE

TROZOS Y MODELOS

EXTRACTADOS

DE AUTORES SELECTOS CASTELLANOS

SOBRE

Religion, Moral, Elocuencia y Poesia,

POR EL DOCTOR

DON ANGEL MARIA TERRADILLOS,

Catedrático de la Universidad Central

Y ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION.

TOMO 1.º — PROSA.



AUMENTADA Y CORREGIDA.

1855.

Esta obra se halla aprobada por el Consejo de Instrucción Pública, é incluida por el Gobierno en la lista de textos para la segunda enseñanza.

*A la Biblioteca del Instituto
de Noviciado*

Agustín Ferradillo

Siendo propiedad exclusiva del Colector va contraseñada para los efectos de la ley.

IMPRESA DE D. VICTORIANO HERNANDO,
calle del Arenal, número 11,

donde se hallará con las demas obras del Autor.

PRÓLOGO.

Los bellísimos trozos y variados modelos que esta Colección contiene, son una gloriosa muestra de la maestría con que nuestros Granadas y Leones, Cervantes y Marianas Herreras, Mendozas, Saavedras y otros cien hablistas de reconocido mérito manejaron y enriquecieron la majestuosa, abundante y sonora lengua de Castilla. El solo reflexionar que las tantas bellezas; que aquí se encuentran, son un cortísimo número de flores, entresacadas del jardín amenísimo de nuestra literatura, una pequeña, pero exquisita porción del tesoro de nuestra elocuencia y poesía, indudablemente nos hará adquirir la convicción de que para ningún género de composiciones necesitamos mendigar de los extranjeros modelos preciosos y acabados.

Que los jóvenes, á quienes se consagra esta obra, saborean, analicen é imiten los tan acabados cuadros que comprende; y que un guía amaestrado les pinte al propio tiempo con su triste colorido el lamentable estado de nuestro idioma tan desfigurado y corrompido al presente; porque á no dudarlo se lanzarán con noble emulacion á estudiar concienzudamente los por desgracia olvidados clásicos de nuestro siglo de oro y sus felices imitadores.

Contribuyamos, pues, todos los consagrados á la enseñanza, segundando las miras del gobierno, á despertar en los jóvenes un eficaz deseo de cultivar nuestra envidiada lengua: abrámos para ellos las verdaderas fuentes del buen gusto desentrañando las bellezas singulares de nuestros escritores: inspirémosles una justa aversion contra ese vértigo de solo traducir y leer novelas, y de imitar indiscretamente á los extranjeros: contengamos sobre todo esa fatal irrupcion de galicismos, que va concluyendo con los graciosos giros, la magestad y la armonía de nuestra lengua; y repitamos incesantemente que hay ricos mineros enterrados en-

tre el polvo de las bibliotecas, cuya riqueza explotan con mengua nuestra los extranjeros.

Demos en fin unidos, dignísimos compañeros, un generoso grito en pro de una restauracion literaria; y en ella..... seámos españoles, hablemos el español y cooperemos á sostener la dignidad de la literatura española.

Terminaremos por una observacion importantísima. No solo ha querido el colector de esta obra que su utilidad fuese puramente literaria. Adoptada por entendidos profesores para la perfeccion de la lectura en las escuelas, forzoso era que tuviesen una tendencia altamente moral; y á este fin se han incluido en la presente edicion trozos notables sobre nuestras creencias religiosas y los mas sanos preceptos de conducta moral. Que produzcan el saludable fruto que sinceramente desea el colector, y verá recompensado el penoso trabajo de haber leído tantos y tantos volúmenes para extraer la mas delicada y pura esencia de cuantos escritores nuestros han empleado dignamente la palabra en pro del pensamiento, y el pensamiento en pro de la religion, de las costumbres y de las glorias literarias.

TROZOS SELECTOS.

RELIGIOSOS.

DIOS.

¿QUIÉN es Dios? El solo lo sabe, y él solo lo dijo en una palabra eterna que habló, que fué su unigénito hijo. De manera que cuan lejos está la criatura de ser Dios, tanto lo está de poder declarar qué cosa es Dios. ¿Pues cómo diré yo, Señor mio, quién sois vos? Diré lo que vos dijisteis á un profeta: «*Yo soy el que soy.*» Vos sois un ser infinito, que de nadie procede, sino de vos mismo; y fuera de vos no hay cosa que tenga ser de sí, sino de vos que sois el principio y fuente del ser. Todo lo que tiene ser, está colgado como de un hilico, de vuestra sola voluntad. De nada lo hicisteis todo con vuestra omnipotencia, y sin ayuda de nadie lo conservais todo por vuestra bondad, y en nada lo volveríades todo, si os pluguiese con solo querer. Vos solo sois el que sois; y todo lo que es, comparado con vuestro ser, no tiene ser. Las estrellas no resplandecen en vuestra presencia. Los ángeles no son limpios en vuestro acatamiento: toda la hermosura ante vos es fealdad, todo poder es flaqueza, todo saber es ignorancia, toda bondad es defecto, porque no hay nadie bueno sino vos. Vos solo sois bueno sin defecto, sábio sin error, poderoso sin contradicción, dadivoso sin aceptación de personas, justo sin movimiento de pasión, magnífico sin detrimento, y grande sin comparación. Es tan grande vuestra hermosura, que quien os piensa de alabar cumplidamente, obscurece vuestra gloria; y quien se compara con vos, pierde la suya.—Pens. del P. GRANADA.

N. B. Los trozos de los escritores sobre religion y moral, aparte de su elevado objeto en el fondo, encierran en las formas ejemplos para comprobar las teorías generales del lenguaje, del pensamiento y del estilo, materias principales del primer curso de A. A. Clásicos.

OMNIPOTENCIA DE DIOS.

PUES ¿qué diré de vuestra omnipotencia? todas las cosas obráis, y no os dividís; siempre obráis, y siempre estais quieto: donde quiera estais, y en ninguna parte faltáis. Este gran poder declarásteis vos, Señor, al santo Job, representándole la grandeza de vuestras obras por estas palabras: ¿Dónde estabas tú, cuando ponía yo sus fundamentos á la tierra? ¿cuando la cargaba sobre sus cimientos perpétuos? ¿cuando me alababan las estrellas de la mañana, y cantaban mis alabanzas todos los hijos de Dios? ¿Quién puso puertas á la mar cuando sus aguas como de un vientre prorumpian? ¿Quién es el que derrama la luz por los aires y reparte los calores sobre la tierra? ¿Quién dió su corrida al torbellino de las aguas, y quién abrió el camino para los truenos sonoros? ¿Quién es el padre del agua lluvia, y quién engendra las gotas del rocío de la mañana? ¿De cuyo vientre salieron las heladas, y quién las hace caer de lo alto? ¿Quién suspende las aguas en las nubes, para que no caigan de lleno sobre la tierra? Por su virtud y fortaleza se ayuntaron los mares, y por su prudencia fue derribado el soberbio; el espíritu suyo hermosó los cielos, y entreviniendo su mano poderosa, salió á la luz la culebra enroscada. =EL MISMO.

MAJESTAD DE DIOS.

PUES ¿qué diré de la grandeza de vuestra majestad? Mirais la tierra y hacéisla temblar: tocáis á los montes y hacéislos arder: mandais á la mar y levanta sus ondas: llamais á las estrellas y obedecen á vuestro llamado. Los señoríos y poderes angélicos os adoran: los mas altos serafines encogen ante vos sus alas, y se tienen por unos viles gusanicos: pues ¿qué diré, Dios mio? ¿Cómo podré decir quién sois? Confiesen os, Señor, vuestras obras y vuestros santos para siempre os bendigan: prediquen los cielos vuestra grandeza, las estrellas vuestro resplandor, las flores del campo vuestra hermosura, la tierra vuestra providencia, la mar y sus ondas vuestra majestad. Vos criásteis todas las cosas sin trabajo, gobernáislas sin fastidio, sustentáislas sin cansancio y poseéislas sin necesidad. =EL MISMO.

LAS CRIATURAS ANUNCIAN AL CRIADOR.

¿QUÉ es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro, que vos, señor, escribisteis y ofrecisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sábios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quién vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas, que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, si no predicadores de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadores de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podia haber una sola criatura que las representase todas, fue necesario criarse muchas, para que así, á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestras grandezas, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, y las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia.....

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien consideráramos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues, ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿cómo no os alabamos y predicamos? ¿cómo no tenemos corazon entendido para conocer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfeccion en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír los que nos dice por ellas? Hierne nuestro

ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado mas arriba para ver allí al hacedor de aquella hermosura, y al dador de aquel deleite. = EL MISMO.

SABIDURIA DE DIOS REVELADA EN LA ARMONIA DEL UNIVERSO.

ESTE tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan varia multitud de criaturas, sin embarazarse unas á otras, antes bien dándose lugar y ayudándose todas entre sí, es otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Criador, con lo cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida: porque, si bien se nota, cualquiera cosa criada tiene su centro en orden al lugar, su duracion en el tiempo, y su fin especial en el obrar y en el ser. Por eso verás que están subordinadas unas á otras, conforme al grado de su perfeccion. De los elementos, que son los infimos en la naturaleza, se componen los mistos, y entre estos los inferiores sirven á los superiores. Estas yerbas y esas plantas que están en el mas bajo grado de la vida, que solo gozan la vegetativa, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfeccion en el durar y crecer, sin poder pasar de allí, estas sirven de alimento á los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar, y las aves del aire: ellos pacen la yerba, pueblan los árboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas, y se amparan con su toldo; pero unos y otros, árboles y animales se reducen á servir á otro tercer grado de vivientes mucho mas perfectos y superiores, que sobre el crecer y el sentir, añaden el racionar, el discurrir y el entender; y este es el hombre, que finalmente se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. De esta suerte, con tan maravillosa disposicion y concierto está todo ordenado, ayudándose las unas criaturas á las otras para su aumento y conservacion. El agua necesita de la tierra que la sustente: la tierra del agua que la fecunde: el agua se aumenta del

agua; y del aire se ceba y alimenta el fuego. Todo está así ponderado y compasado para la union de las partes, y ellas lo están en orden á la conservacion de todo el universo (1).

P. GRACIAN, *Criticón*.

SU PROVIDENCIA EN LA CONTRARIEDAD.

Todo el universo se compone de contrarios, y se concierta de desconciertos; no hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento: todo es hacer, y padecer, si hay accion, hay repasion. Los elementos, que llevan la vanguardia, comienzan á batallar entre sí: siguenlos los mixtos, destruyéndose alternativamente: los males acechan á los bienes, y aun la desdicha á la suerte. Unos tiempos son contrarios á otros, los mismos astros guerrean y se vencen. De lo natural pasa la oposicion á lo moral; porque ¿qué hombre hay que no tenga su émulo? Dónde irá uno que no guerree? En la edad, se oponen los viejos á los mozos: en la complexion, los flemáticos á los coléricos: en el estado, los ricos á los pobres; y así en todas las demas calidades los unos son contra los otros. Pero ¿qué mucho, si dentro del mismo hombre, de las puertas á dentro de su terrena casa, está mas encendida esta discordia? ¿Qué dices? ¿Un hombre contra sí mismo? Sí, que por lo que tiene de mundo, aunque pequeño, todo él se compone de contrarios. Los humores comienzan la pelea: la parte inferior está siempre de ceño con la superior, y á la razon se le atreve el apetito, y tal vez lo atropella. El mismo inmortal espíritu no está libre de esta tan general discordia, pues combaten entre sí, y en él muy vivas las pasiones; el temor las há contra el valor: la tristeza contra la alegría: ya apetece, ya aborrece: ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes; todo es arma, y todo guerra: de suerte que la vida del hombre no es otra, que una milicia sobre la haz de la tierra. Mas ¡ó maravillosa, infinitamente sábia providencia

(1) N. B. En los trozos de Gracian y de Quevedo, hará notar el profesor ciertos defectos de lenguaje, de metáforas atrevidas, cultismo y conceptismo en que incurrieron los escritores de la Decadencia. Con tal propósito se han incluido para mejor fijar las ideas de los jóvenes en punto á las buenas condiciones de las formas.

de aquel gran moderador de todo lo criado, que con tan continúa y varia contrariedad de todas las criaturas entre sí, temple, mantiene y conserva toda esta gran máquina del mundo! Trazó las cosas de tal modo el supremo artífice, que ninguna se acabase que no comenzase luego otra: de suerte, que de las ruinas de la primera se levanta la segunda. En una palabra, el mismo fin es principio; la destrucción de una criatura es generación de la otra: cuando parece que se acaba todo, entonces comienza de nuevo, la naturaleza se renueva, el mundo se remoja, la tierra se establece, y el divino gobierno es admirado y adorado....

EL MISMO, *ibidem*.

EL PODER INTELECTUAL DEL HOMBRE REVELA LA INMORTALIDAD
DEL ALMA.

CONSIDERA la armonía de aquel vivo edificio (*del hombre*) admirando en cuán poco *bulto* se ven *epilogados* el superior é inferior orbe, abreviados sin ofensa de su dignidad, menos espaciosos, no menos cultos. Oyele, y verás que su discurso á pesar de la altura y profundidad, ha escudriñado los claustros del cielo, y acechado los mas callados pasos de sus luces, y la recatada inclinacion de sus aspectos, y desenvuelto no solo los senos de la tierra, sino sus entrañas, hallando aquellos metales y piedras, á quien por veneno precioso, para esconderle, echó encima la naturaleza los montes. El juntó con un leño las infinitamente distantes orillas: burló las amenazas de las borrascas, y sirvióse de las iras del viento, deteniéndole en las velas para caminar tanto como le estorba su paso: halló en la piedra iman los amores con el norte, y en los éxtasis de la aguja, dividió las guías de camino tan borrado de noticias y señales. Si vuelan las aves en los campos vacíos del aire, y en las vecindades del cóncavo de la tierra, encuentran con el señorío del hombre; deslizándose los peces por los sinuosos volúmenes del mar, no pueden huir el vasallaje del entendimiento humano. Las fieras horribles en las uñas, armadas de iras, formidables en las fuerzas y ligereza, que fian su seguridad del ceño de los montes, y las serpientes que escupen muerte y miran con ella, todas á su pe-

sar, no solo reconocen el dominio de la razon del hombre, sino que le sirven esclavas. La majestad de los elementos no ha podido exentarse de su imperio. Al entendimiento humano sirve la tierra, ó ya pechera, tributándole el fruto de tan innumerables labores, ó ya sosteniendo el peso de tantas ciudades. Las aguas en su obediencia atienden á la tarea de oficios mecánicos, ó moliendo las semillas, ó aserrando árboles, ó llevando maderas á cuevas, aprendiendo á servir por su albedrío en los rios las crecientes, en el mar las borrascas. El mandó trabajar al aire en las bombas, y le enseñó á que su fuga por evitar el *vacuo* sacase tras sí las aguas, volando sin sentir su peso: él le aprisionó en los fuelles para multiplicar el fuego, y animar en incendio una chispa: le recogió en las velas, para que cuando mas le detuviesen, llevasen mas velozmente sus bajeles; y halló que en el estorbo de su jornada consistia la expedicion de la suya. Al fuego que no se deja tratar, que como monarca de todos, tiene su trono confin con las estrellas, le halló escondido en las entrañas del pedernal; hizo que concibiese dél llamas la yesca, con que contradice las tinieblas de la noche, y suple las ausencias del sol.....

Vuela pues (hombre) á desatar tu ser y tu vida desde este estado en que dominas con solo tu entendimiento aves, peces, animales, tierra, agua, fuego y aire, á lo que fuiste antes que el alma racional te ennobleciese; hallaste una masa vergonzosa de asco y horror sazónada con veneno: alma que habilitó á tanta grandeza materiales tan disformes confeccionados con ingredientes de muerte, ¿cómo puede ser de su condicion y naturaleza mortal? = QUEVEDO, *Inmort. del alma.*

EL HOMBRE VICIADO POR LA MALICIA.

NINGUN enemigo mayor del hombre que el hombre. No acomete el águila al águila, ni el aspid á otro aspid; y el hombre siempre maquina contra su misma especie. Las cuevas de las fieras están sin defensa; y no bastan tres elementos á guardar el sueño de las ciudades estando levantada en muros y baluartes la tierra, el agua reducida á fosos, y el fuego incluido en bom-

bardas y artillería. Para que unos duerman, es menester que ve-
len otros. ¡Qué instrumentos no se han inventado contra la vi-
da, como si por sí misma no fuese breve, y sujeta á los acha-
ques de la naturaleza! Y si bien se hallan en el hombre, como
en sugeto suyo, todas las semillas de las virtudes, y las de los
vicios, es con tal diferencia, que aquellas no pueden producirse
ni nacer sin el rocío de la gracia sobrenatural, y estas por sí mis-
mas brotan, y se extienden: efecto y castigo del primer error
del hombre; y como casi siempre nos dejamos llevar de nuestros
afectos y pasiones que nos inducen al mal, y en las virtudes no
hay el peligro que en los vicios, por eso señalaremos aquí una
leve descripción de la naturaleza humana, cuando se deja llevar
de la malicia.

Es, pues, el hombre el mas inconstante de los animales, á
sí y á ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interés y la pa-
sion se va mudando. No cambia mas semblantes el mar que su
condicion. Con especie de bien yerra, y con amor propio per-
severa. Hace reputacion la venganza, y la crueldad. Sabe disi-
mular, y tener ocultos largo tiempo sus afectos. Con palabras,
la risa y las lágrimas, encubre lo que tiene en el corazon. Con
la religion disfraza sus designios, con el juramento los acredita,
y con la mentira los oculta. Obedece al temor y á la esperanza.
Los favores le hacen ingrato, el mando soberbio, la fuerza útil,
y la ley rendido. Escribe en cera los beneficios, las injurias re-
cibidas en marmol, y las que hace en bronce. El amor le go-
bierna, no por caridad, sino por alguna especie de bien. La ira
le manda. En la necesidad es humilde y obediente; y fuera de
ella, arrogante y despreciador. Lo que en sí alaba ó afecta, le
falta. Se juzga fino en la amistad, y no la sabe guardar. Despre-
cia lo propio, y ambiciona lo ajeno. Quanto mas alcanza, mas
desea. Con las gracias ó acrecentamientos ajenos le consume
la envidia. Mas ofende con especie de amigo, que de enemigo.
Ama en los demas el rigor de la justicia, y en sí le aborrece.

SAAVEDRA, *Empres. polit.*

EL SOL Y LA LUNA SIMILES DE DIOS Y DEL HOMBRE.

Es el sol la criatura que mas ostentosamente retrata la majestuosa grandeza del Criador. Llámase sol, porque en su presencia todas las demas lumbreras se retiran, él solo campea. Está en medio de los celestes orbes como en su centro, corazon del lucimiento, y manantial perenne de la luz; es indefectible, siempre el mismo, único en la belleza; él hace que se vean todas las cosas y no permite ser visto; influye, y concurre con las demas causas á dar el ser á todas las cosas, hasta el hombre mismo. Es comunicativo de su luz y de su alegría, esparciéndose por todas partes, y penetrando hasta las mismas entrañas de la tierra; todo lo baña, alegra, ilustra, fecunda é influye. Es igual, pues nace para todos; á nadie ha menester de sí abajo..... El es, al fin, criador de ostentacion, el mas luciente espejo, en quien las divinas grandezas se representan..... La luna es segunda presidente del tiempo: tiene á medias el mando con el sol: si él hace el dia, ella la noche; si el sol cumple los años, ella los meses; calienta el sol, y seca de dia la tierra; la luna de noche la refresca y humedece; el sol gobierna los campos, la luna rige los mares; de suerte que son las dos balanzas del tiempo. Pero lo mas digno de notarse es, que así como el sol es claro espejo de Dios, y de sus divinos atributos, la luna lo es del hombre, y de sus humanas imperfecciones: ya nace, ya crece, ya mengua, ya muere; ya está en su lleno, ya en su nada, nunca permaneciendo en un estado; no tiene luz de sí, participala del sol, eclípsala la tierra cuando se le interpone; muestra mas sus manchas cuando está mas lucida; es la ínfima de los planetas en el puesto y en el ser; puede mas en la tierra que en el cielo de modo que es mudable, defectuosa, manchada, inferior, pobre, triste, y todo se le origina de la vecindad con la tierra.=P. GRACIAN, *Criticon*.

 DESTINO DEL HOMBRE EN LA TIERRA.

Los animales solamente atienden á la conservacion de sus individuos; y si tal vez ofenden, es en orden á ella, llevados de

la ferocidad natural, que no reconoce el imperio de la razón. El hombre al contrario altivo con la llama celestial que le anima, y hace señor de todos y de todas las cosas, suele persuadirse que no nació para solo vivir, sino para gozarlas fuera de aquellos límites que le prescribe la razón; y engaña su imaginación con falsas apariencias de bien, le busca en diversos objetos, constituyendo en ellos su felicidad. Unos hombres piensan que consiste en las riquezas, y otros en las delicias; otros en dominar á los demás hombres; y cada uno en tan varias cosas, como son los errores del apetito y de la fantasía; y para alcanzarlas y ser felices, aplican los medios que les dicta el discurso vago é inquieto, aunque sean injustos. De donde nacen los homicidios, los robos y las tiranías, y el ser el hombre el mas injusto de los animales; con que no estando seguros unos hombres de otros, se inventaron las armas, para repeler la malicia con la fuerza, y conservar la inocencia y libertad, y se introdujo en el mundo la guerra. Es la guerra una violencia opuesta á la razón, á la naturaleza y al fin del hombre, á quien crió Dios á su semejanza, y substituyó su poder sobre las cosas, no para que las destruyese con la guerra sino para que las conservase. No le crió para la guerra, sino para la paz: no para el furor, sino para la mansedumbre: no para la injuria, sino para la beneficencia; y así nació desnudo sin armas con que herir, ni piel dura con que defenderse: tan necesitado de la asistencia, gobierno y enseñanza de otro, que aun ya crecido y adulto, no puede vivir por sí mismo sin la industria ajena. Con esta necesidad le obligó á la compañía y amistad civil, donde se hallasen juntas con el trabajo todas las comodidades de la vida, y donde esta felicidad política los uniese con estrechos vínculos de amistad y buena correspondencia; y porque soberbia una provincia con sus bienes internos, no despreciase la comunicación de las demás, los repartió en diversas: el trigo en Sicilia, el vino en Creta, la púrpura en Tiro, la seda en Calabria, los aromas en Arabia, el oro y plata en España, y en las Indias occidentales: en las orientales los diamantes, las perlas, y las especias; procurando así que la codicia y necesidad de estas riquezas y regalos, abriese el comercio, y comunicándose las naciones, fuese el

mundo una casa familiar y comun á todos: y para que se entendiesen en esta comunicacion, y se descubriesen los afectos internos de amor y benevolencia, le dió la voz articulada, blanda y suave, con que explicase su fé y liberalidad; y la rodilla, su obediencia; todas señales de un animal civil, benigno y pacífico.

SAAVEDRA, *Empres. polit.*

LA FE ES LA ANTORCHA DE LA RELIGION.

LA fé es primer fundamento de la vida cristiana, y la raiz y principio de todas las virtudes. La fé es la primera piedra sobre que se funda todo el edificio de la vida espiritual. La fé es el norte y la carta de marear con la cual navegamos seguramente por el mar tempestuoso de este mundo. La fé nos pone delante las principales razones y motivos que tenemos para el amor y temor de Dios: que son paraíso, infierno, juicio y pasion de nuestro Señor, con todos los otros beneficios divinos. La fé nos declara mas perfectamente la hermosura de la virtud y la fealdad del pecado para que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro. La fé nos descubre las celadas y artes de nuestro adversario, y nos provee de remedios saludables contra él. Y por concluir muchas cosas en pocas palabras, la fé es maestra de nuestra vida, principio de nuestra justificacion, fundamento de la esperanza, sabiduría de los humildes, filosofía de los ignorantes, esfuerzo de los flacos, consuelo de los tristes, freno de los pecadores, acusadora de los malos, refugio de los buenos y tormento perpétuo de la mala conciencia. Y sobre todo esto, la fé (cuanto al conocimiento) levanta al hombre sobre la naturaleza humana y le pone en la órden de las cosas sobrenaturales y divinas: por ser ella una lumbre sobrenatural que el Espiritu Santo infunde en nuestras ánimas, la cual sin razones ni argumentos humanos nos inclina á creer firmemente todo lo que Dios nos tiene por medio de su iglesia revelado. = P. GRANADA, *Simb. de la Fé.*

EL PECADO ORIGINAL.

ESTA es pues la dolencia comun del género humano. Y que sea ella verdadera y grave dolencia, se conoce por la dificultad que sentimos en hacer las obras que son conformes á nuestra naturaleza. Porque vemos que cuando una ave no puede volar, ni un pez nadar, ni un caballo correr, ó á lo menos que hacen esto con dificultad, entendemos que tienen alguna dolencia que les impide estos oficios y obras, que son tan propias y naturales. Pues muy mas propio y natural es á la criatura racional vivir por razon (que es vivir conforme á ley de virtud) y vemos cuán pocos son y cuán contados, aun entre los cristianos, los que de esta manera viven. Pues ¿quién no verá por aquí que está doliente la criatura que no puede hacer, ó hace con grande dificultad lo que es tan propio y tan conforme á su naturaleza?

¿Qué cosa hay mas justa, ni mas obligatoria, ni mas conforme á toda ley de naturaleza que honrar, servir y amar sobre todas las cosas aquel soberano señor de todo este universo en quien vivimos y nos movemos, y somos, y sin cuya virtud no podriamos ni abrir la boca ni respirar? Y con ser esto así, vemos que ninguna cosa menos hacen los hombres del mundo que esta, que á todas las cosas habia de ser antepuesta con infinita ventaja. Pues ¿qué mayor indicio de esta comun dolencia que este?

Tiene el hombre ánima y cuerpo; el cuerpo tiene comun con las bestias y el ánima con los ángeles; y con ser tanta la ventaja de parte á parte, todos los sentidos y cuidados y trabajos emplea en servicio y regalo del cuerpo (que mañana morirá) y ningun cuidado tiene de un ánima que para siempre ha de vivir ó en perpétua gloria, ó en perpétua pena. Pues ¿quién será tan ciego que por estos y otros semejantes desvarios no vea la corrupcion y dolencia espiritual de la naturaleza humana; pues falta en cosas tan propias y tan necesarias á su vida?....

Mas no haga nadie cargo al Criador de esta dolencia. Porque el que es sumamente perfecto y bueno, todas las cosas crió buenas y perfectas cada cual en su género. Y así acabándolas, dice la Escritura que *vió todas las cosas que habia criado, y que eran, no como quiera buenas, sino grandemente buenas*. Mas el pecado

y desobediencia del hombre, que deseó usurpar la semejanza de Dios, fue causa de que perdiese aquella rectitud y justicia con que Dios lo habia criado y por él tambien la perdimos nosotros. Dicen que si plantando una vid le entremeten en la raiz un poco de escamonea, todas las uvas que lleva nacen escamoneadas; y así son dañosas como la misma escamonea. De esta manera podemos imaginar que la escamonea del pecado entró en aquel primer hombre (que era raiz y principio de todos los hombres) por donde el vicio y ponzoña que entró en la raiz (que era aquel comun padre) se extendió por todos los hombres. Conforme á lo cual dice san Agustin: Entonces se perdió el género humano, cuando pereció un hombre en quien estaban todos; porque tal cual él quedó tales engendró á nosotros. Esta es ley comun de las gentes que los hijos sigan la condicion de sus padres.....

EL MISMO.

PROMESA DE LA REDENCION.

Es tan grande La bondad y misericordia de nuestro Señor, que acabando el primer hombre de traspasar su mandamiento por sugestion ó malicia del demonio (que tomando figura de serpiente engañó á la mujer para prevenir al hombre por ella) luego prometió remedio al hombre caido y amenazó castigo á su pervertidor, diciéndole que él le quitaria aquella ufanía en que se gloriaba de haber pervertido al hombre por medio de la mujer; porque él criaria otra nueva mujer de la cual naceria un hijo que le quebrantaria la cabeza y le despojaria del señorío que habia adquirido sobre el hombre.

Y porque las obras de Dios son ordenadas con suma sabiduría y consejo, quiso él, que por el camino que habia procedido la perdicion del hombre, procediese el remedio dél: esto, es que así como por medio de un hombre entró el pecado en el mundo; así por medio de otro entrase la justicia y remedio dél: y así como la desobediencia y soberbia de aquel primer hombre fue principio de todos nuestros males; así la humildad y obediencia de otro hombre lo fuese de todos nuestros bienes: y así como por aquel somos todos concebidos y nacemos en pecado; así por

este volviésemos á renacer por agua de Espíritu Santo libres de todo pecado: y como por aquel nacemos hijos de ira y en desgracia de Dios; así por este fuésemos reconciliados con Dios y restituidos en su amistad y gracia. Y finalmente, como por aquel fuimos desterrados del paraíso; así por este lugar del paraíso de la tierra se nos diese la posesion del paraíso del cielo, conforme á lo cual dice San Pablo: El primer hombre fue de la tierra, terreno; mas el segundo fué del cielo, celestial; cual fue el terreno, tales son los terrenos (que son los que no tienen mas que lo que dél heredaron); y cual fué el celestial, tales son los celestiales; que son los que han participado el espíritu y gracia dél. Este pues fue el medio que la divina sabiduría acogió para nuestro remedio: queriendo que así como un hombre fué causa de nuestra perdicion, así otro lo fuese de nuestra redencion.

EL MISMO.

NACIMIENTO DEL REDENTOR.

VENID á ver al hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la madre, no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo. Venid á celebrar este dia de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vinculo de matrimonio que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el dia de la alegría secreta de su corazon, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redentor.....

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendia la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado: por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos. Era la media noche, mas claro que el medio

dia, cuando todas las cosas están en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta..... Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente Palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, y apareció vestido de nuestra carne..... ¡O venerable misterio, mas para sentir que no para decir; no para explicarle con palabras, sino para adorarle con admiracion en silencio! ¿Qué cosa mas admirable que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana; aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo y estrado de sus pies es la tierra; que haya querido bajar á tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar mas cómodo?....

EL MISMO.

BENEFICIO DE LA REDENCION.

Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad de estos estímulos para vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza de este ministerio que borrarlo con dureza de nuestra lengua..... Si todo lo que sabemos no basta para explicar solo el beneficio de la creacion, ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redencion? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo y quedáronle las arcas llenas y el brazo sano acabándolo de criar: mas para haberlo de redimir, sudó treinta y tres años, derramó toda su sangre y no quedó en él miembro ni sentido que no padeciese dolor. Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. ¿Pues qué haré? ¿Callaré ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar..... ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? Y ¿cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento y hablar parece temeridad..... ¿Quién nunca pensara que así se habia de soldar la quiebra del pecado? ¿Quién imaginara que estas dos cosas entre quien la naturaleza y la culpa habian puesto tan grande distancia, habian de venir á juntarse no en una casa, ni en una

mesa, ni en una gracia sino en una persona? ¿Qué cosas mas distantes que Dios y el pecador? ¿Qué cosas ahora mas juntas que Dios y el hombre? ¿Quién dijera al hombre cuando tan desnudo y tan enemistado estaba con Dios que andaba buscando los rincones del paraiso terrenal para esconderse, que tiempo vendria en que se juntase aquella sustancia en una persona con él? Y aunque le seamos tan deudores por este remedio, cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no menos lo somos por la manera de remediarnos que por el mismo remedio. Mucho debo, Dios mio, porque me libraste del infierno y me reconciliaste con vos; mas mucho mas os debo por la manera en que me librásteis que por la libertad que me disteis. Todas vuestras obras en todo son maravillosas: y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar una sola, deshácese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. =EL MISMO.

EL MISTERIO DE LA REDENCION.

ALABEN OS, Señor, los cielos los ángeles prediquen siempre vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teniades vos de nuestros bienes? ni ¿qué perjuicio os venia de nuestros males?.... Pues aquel Dios tan rico y tan exento de males; aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crecer ni ser mas de lo que es; aquel, que ni antes de la creacion del mundo, ni agora despues de criado, es mayor ni menor de lo que era; ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es en sí mas honrado; ni porque todos se condenen y le blasfemen, menos glorioso: este gran Señor no por necesidad sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza y descender á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas y padecer por ellas los mayores tormentos que jamas se padecieron ni padecerán.....

¿Qué cosa de mayor espanto, que venir un Dios de tan gran majestad á acabar así la vida en un madero con título de malhechor?.... Pues si es cosa de admiracion ver un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mismo al Señor de todo lo cria-

do? ¿Qué será ver á Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuando la persona ajusticiada es mas alta y mas conocida, tanto mayor espanto nos pone su caida; vosotros, ángeles bienaventurados, que tambien conoceis la alteza de este Señor ¿qué sentisteis cuando allí le visteis? Como atónita queda la misma naturaleza; suspensas están todas las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad?.... ¿Quién no cubre aquí sus ojos como Elías, cuando ve pasar á Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad, no trastornando los montes y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar á las piedras de compasion? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad, para que esta sienta la grandeza de este amor y beneficio, y ame cuanto pudiere sin tasa y sin medida? ¡O alteza de caridad! ¡O bajeza de humildad! ¡O grandeza de misericordia! ¡O abismo de incomprensible bondad! = EL MISMO.

BAJADA DE JESUS AL LIMBO.

DESCENDIÓ, pues, el triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza..... En el punto que el señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeciÓ, y el estruendo de los que lamentaban cesó y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los principados de Edom, temblaron los poderes de Moab, y se pasmaron los moradores de la tierra de Canaan.

Y todos en medio de sus tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar y decir: «¿Quién es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno: nunca á estas cuevas tal persona nos embió el mundo nuestro tributario: acreedor es este, no deudor: quebrantador nuestro, no pecador: juez parece, no culpado: á pelear viene, no á penar. Decid, ¿á dónde estaban nuestras guardas y porteros, cuando este conquistador rompió nuestras puertas y

cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será este que tanto puede?»

Tales cosas decían y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales, cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquel día habían salido de esta vida. Allí estaba un profeta aserrado: otro apedreado: otros quebradas las cervices con una barra de hierro: y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡O compañía gloriosa! ¡O novilísimo tesoro! ¡O riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres, pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fé y esperanza. Allí estaba aquel santo viejo, que con la fábrica de aquella grande arca, guardó los que después volvieron á poblar el mundo acabadas las aguas del diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el testamento de Dios, y en su carne, la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre sus hombros la leña en que había ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el santo padre de las doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnación del Verbo divino. Allí estaba también como huésped y nuevo morador de aquella tierra el santo Baptista, y el bienaventurado Simeon, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio de él y recibirlo en sus brazos, y cantar, antes que muriese, suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenía también su lugar el pobrecillo Lázaro del Evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan amable compañía y esperanza.

Todo este coro de almas santas estaba allí gimiendo y suspirando por este día, y en medio de todos ellos..... aquel santo rey y profeta David repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo: «Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí mi Dios.....» Muda ya ese cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste, cuando escri-

biste: «Bendijiste, Señor, tu tierra, sacaste de captiverio á Jacob; perdonaste la maldad de tu pueblo; disimulaste la muchedumbre de sus culpas.» Y tú, santo Jeremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destruccion de tu ciudad y templo, porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra mas hermosa Jerusalem por todo el mundo renovada.—EL MISMO, *Serm.*

RESURRECCION DEL SEÑOR

MAS claro se mostró el sol en este dia que en todos los otros: razon fue que sirviese al Señor con su luz en el dia de su alegría como le sirvió escondiendo sus rayos en el dia de su pasion. Los cielos que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este dia con doblada claridad resplandecieron, viéndole salir del sepulcro vencedor. Alégrese pues el cielo, y tú, tierra, toma parte de esta alegría; porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo.....

Estaba el santo cuerpo en el sepulcro con aquella lastimosa figura con que lo habia dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fria, y cubierto su rostro con un sudario, descoyuntados todos sus miembros. Era ya mas de la media noche, y quiso el Sol de justicia anticipar al de la mañana y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo santísimo..... Acontece estar una nube oscura en la parte del poniente al tiempo que el sol se va á poner; el cual tomándola delante, é hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada que compite con él en hermosura. Pues así, despues que aquella ánima gloriosa se envistió en aquel santo cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz, y toda su fealdad en hermosura, y del mas afeado de todos los cuerpos hizo el mas claro y mas hermoso. Desta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos, y dechado de nuestra resurreccion.

Este es el santo Moisés sacado de las aguas y de la pobre cestilla de juncos, que despues vino á destruir todo el poder de Fa-

raon. Este el santo Mardoqueo, despojado ya de su saco y cilicio, vestido de ropas reales: el cual vencido ya su enemigo, y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel santo Daniel, salido de entre los leones, sin haber recibido daño de las bestias hambrientas, y fue vengado de sus enemigos. Este es aquel valeroso Sanson, que estando encerrado en la ciudad, se levantó á media noche y se llevó consigo las puertas, dejando burlados todos sus adversarios. Este es aquel santo Jonás, entregado á la muerte por librar de ella á sus compañeros; el cual entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero dia salió en la playa de Nínive, con cuya predicacion escaparon de las divinas amenazas. ¿Quién es este que entre las quijadas de la gran bestia carnícera no pudo ser mordido de ella, y engolfado en los abismos de las aguas gozó de los aires de la vida? ¿el que sumido en el profundo la misma muerte le sirvió? Este es nuestro glorioso Salvador.....=EL MISMO.

MORADA DEL CIELO.

Si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos sus deleites?,...

Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, y alégranse las potestades, enseñóranse las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines, y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios.

Pues si la compañía y comunicacion de los buenos es tan dulce y amigable; ¿qué será tratar allí con tantos buenos? ¿hablar con los apóstoles? conversar con los profetas? ¿conversar con los mártires y con todos los escogidos? Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos; ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos?

¿Qué será ver aquel BIEN universal, en quien están todos los bienes? ¿y aquel mundo mayor, en quien están todos los mundos? ¿y aquel que siendo uno, es todas las cosas? ¿y siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? ¿Si tan grande cosa fue oír y ver al rey Salomon, que decia la reina Sabá: bienaventurados los que asisten delante de tí y gozan de tu sabiduría; ¿qué será ver aquel sumo Salomon? ¿aquella eterna sabiduría? ¿aquella infinita grandeza? ¿aquella inestimable hermosura? ¿aquella inmensa bondad? y gozar de ella para siempre? Esta es la gloria esencial de los santos: este el último fin y puerto de todos nuestros deseos. = EL MISMO.

PRIMACIA DE LA RELIGION CRISTIANA.

Si por la dignidad y excelencia de los efectos se conoce la de las causas de do proceden; ¿qué religion ha habido en el mundo de donde haya salido tanta infinidad de mártires, de confesores, de santísimos pontífices y doctores, de vírgenes y de innumerables monjes que mudaron los desiertos en santuarios, y hicieron vida mas de ángeles que de hombres? ¿En qué religion, en qué tiempo, en qué lugar se halló tal fortaleza como la de nuestros mártires; tal pureza, tal abstinencia, tales entrañas de misericordia, tal menosprecio del mundo, tal estudio de oracion y contemplacion, como hubo en muchos santos? Pues las consolaciones y alegrías espirituales que gozan los amigos de Dios, aun en esta vida, la paz y quietud y confianza con que viven por estar arrimados á Dios y amparados por él, ¿quién la explicará? Estos son los efectos particulares de esta santísima ley. Mas los generales que obró en el mundo, ¿quién dignamente los engrandecerá? ¿Quién desterró el mayor de todos los males del mundo, que era la idolatría? ¿Quién con tan admirable constancia resistió á los reyes y emperadores que la defendian? ¿Quién hizo de los templos de los ídolos oratorios cristianos? ¿Quién trajo los hombres al conocimiento del verdadero Dios? ¿Quién mudó la fiereza de los hombres soberbios en mansedumbre de corderos, y la astucia de serpientes en simplicidad de palomas? ¿Pues á quién se deben estos tan grandes beneficios sino á esta santísi-

ma religion? Porque no era razon que una tan grande luz y una tan santa ley, dada por el mismo Dios, estuviese arrinconada, sin echar sus rayos hasta los fines del mundo, y alumbrar á los que vivian en tinieblas y sombra de muerte. =EL MISMO.

MANO DE DIOS.

¡O MANO, que siendo tú tan generosa, quanto poderosa y rica, poderosamente me das las dádivas! ¡O mano blanda, tanto mas blanda para esta alma, apretándola blandamente, quanto si la asentaras algo pesada, hundiera todo el mundo: pues de solo tu mirar la tierra se estremece, tiemblan la gentes, los montes se desmenuzan! ¡O, pues, otra vez blanda mano, que así como fuiste dura y rigosa para Job porque le tocaste tan ásperamente; asentándola tú sobre mi alma muy de asiento, muy amigable y graciosamente, me eres tanto mas blanda y suave que fuiste para él dura, quanto mas de asiento me tocas con amor dulce que á él le tocaste con rigor. Porque tú matas y das la vida; así como nunca llegas sino es para sanar.

Llegásteme para sanarme ¡ó divina mano! Mataste en mí lo que me tenia muerta sin la vida de Dios, en que agora me veo vivir. Y esto hiciste tú con liberalidad de tu generosa gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria, y figura de tu sustancia, que es tu unigénito hijo; en el cual, siendo él tu sabiduría tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin. ¡O, pues, toque delicado! Verbo hijo de Dios, que por la delicadeza de tu ser divino, penetras sutilmente en la sustancia de mi alma, y tocándola tú delicadamente, la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oidas en la tierra de Canaan, ni vistas en Teman. ¡O, pues, mucho y en gran manera delicado toque del Verbo: para mí tanto mas, quanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante te diste á sentir al profeta en silbo de aire delgado y delicado. ¡O aire delgado! Dí, ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo tú tan terrible y poderoso! ¡O dichosa y muy di-

chosa el alma á quien tocares delgadamente siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo , alma : mas no lo digas , porque no sabe de aire delgado y no te sentirá , porque no puede recibir estas altezas.—SANTA TERESA, *Llama de amor viva*.

ORACION AL SEÑOR.

¡ O poderoso señor , secádose ha mi espíritu porque se olvidada de apacentarse en tí ! No te conocia yo , Señor mio ; porque todavía queria saber y gustar cosas . ¿ Quién se podrá librar de los modos y términos bajos , sino le levantas tú á tí en pureza de amor , Dios mio ? Tú , Señor , vuelves con alegría y amor á levantar y honrar al que me enoja á mí . ¿ Cómo se levantará á tí el hombre engendrado y criado en bajezas , si no le levantas tú , Señor , con la mano que le hiciste ? ¡ O poderoso Señor ! si una centella del impetu de tu justicia , tanto hace en el príncipe mortal que gobierna y mueve las gentes ; ¿ qué no hará tu omnipotente justicia sobre el justo y el pecador ? Señor Dios mio , no eres tú extaño á quien no se extraña contigo : ¿ cómo dicen que te ausentas tú ? Señor Dios mio , quién te buscará con amor puro y sencillo , que te deje de allar muy á su gusto y voluntad , pues que tú te muestras primero , y sales al encuentro á los que te desean ?=SAN JUAN DE LA CRUZ.

MORALES.

EXCELENCIA DEL EVANGELIO.

Es imposible leer el nuevo Testamento sin admirar el carácter de verdad, de originalidad y grandeza que se descubre en el libro único, inimitable y sublime, que manifiesta en sí mismo que no es obra de hombres.

La elevacion de sus pensamientos, la majestuosa simplicidad de su expresion, la novedad y pureza de su doctrina, la importancia y la universalidad del corto número de sus preceptos, su admirable proporcion con la naturaleza y las necesidades del hombre, la ardiente caridad que con tanta generosidad promueve, y en fin el sentido misterioso y verdaderamente teológico que encierra, son atributos y perfecciones que no se hallan en ninguna produccion del espíritu humano. Añadid el candor, la ingenuidad, la modestia, ó por mejor decir, la profunda humildad de sus autores, el perpétuo olvido de sí mismos, la noble simplicidad que no les permite hacer la menor reflexion, ni el elogio mas breve de las acciones de su maestro, la sencillez con que refieren las cosas mas grandes, sin mostrar el mas ligero designio de excitar la admiracion, ni otra solicitud que la de instruir y mejorar: todo en fin manifiesta que estos escritores no se propusieron mas que enseñar á los hombres lo que era esencial á su felicidad.

Tan llenos están de espíritu y tan lejos de sí mismos, que cuando exponen las mas importantes verdades, olvidan todos los adornos, su estilo es el mas sencillo. Por ejemplo: «El leproso extendió su mano y se halló sano..... el enfermo cargó su lecho y se puso á andar.....» Sin duda que este es el verdadero sublime, porque, cuando se habla de Dios, no se puede decir mejor sino que manda y la cosa es hecha; pero este sublime no nace del arte sino del objeto; es sublime porque el hecho lo es: el escritor no podia dejar de expresarle como era.

OLAVIDE, *Evangelio en triunfo.*

DELICIAS DEL AMOR DE LA VIRTUD.

VEMOS que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras provechosas, otras agradables y otras con otras perfecciones: entre las cuales, tanto suele una ser mas perfecta y mas digna de ser amada, quanto mas de estas perfecciones participa. Pues segun esto; ¿cuánto merece ser amada la virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque si por honestidad va, ¿qué cosa mas honesta que la virtud, que es la raiz y fuente de toda honestidad? Si por honra va, ¿á quién se debe la honra y el acatamiento si no á la virtud? Si por hermosura va, ¿qué cosa mas hermosa que la imágen de la virtud? Si por utilidad va, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud? pues por ella se alcanza el sumo bien. La *longura* de los dias con los bienes de la eternidad están en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Pues si por deleite va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espiritu Santo: lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si desea fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparecerá.....

Este es aquel bien, que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene de mal. Por donde con grandísima razon envió Dios al justo aquella tan grandísima embajada, la mas breve en palabras y la mas larga en mercedes que se pudiera enviar: *Decid al justo que bien.* Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que despues de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien, en los placeres, y en los pesares: en los trabajos, y en los descansos; en las honras, y en las deshonoras, porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos y se caigan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino por qué levantar cabeza: porque entonces se llega el dia de su redencion. Decidle que bien: pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes que es Dios; y está libre del ma-

por mal de los males que es la compañía de Satanás. Decidle que bien: pues su nombre está escrito en el libro de la vida, y Dios padre lo ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Santo por su templo vivo. Decidle que bien: pues el camino que ha tomado, y el partido que ha seguido, por todas partes le viene bien, bien para el ánima, y bien para el cuerpo; bien para con Dios y bien para con los hombres; bien para esta vida y bien para la otra: pues á los que buscan el reino de Dios, todo lo demas será concedido. Y si para alguna cosa temporal no viniere bien, esta llevada con paciencia es mayor bien, porque á los que tienen paciencia las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merecimientos, y las batallas en coronas.... =P. GRANADA, *Guia de peccad.*

DE LA PRUDENCIA.

ESTA virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos: porque no solo es virtud particular, sino tambien general que *entreviene* en los ejercicios de todas las otras virtudes, dando órden en todo lo que conviene. Porque primeramente á la prudencia pertenece (presupuesta la fé y la caridad) enderezar todas nuestras obras á Dios, como á nuestro último fin, examinando sutilmente la intencion que tenemos en las obras que hacemos; para ver si buscamos puramente á Dios, ó si á nosotros: porque la naturaleza del amor propio (como dice un doctor) es muy útil, y en todas las cosas busca á sí mesmo, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es tambien saber tratar con los prójimos: para que les aprovechemos, y no escandalicemos. Para lo cual conviene prudentemente tomar el pulso á la condicion y espíritu de cada uno, y llevarlo por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es tambien saber sufrir los defectos de los otros, y dar posada á las flaquezas ajenas, y no querer descarnar las llagas hasta el hueso: acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia: esto es, de perfecto é imperfecto; y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defec-

tos en la vida, especialmente despues de aquella gran caida de la naturaleza por el pecado.

Prudencia es tambien conocer el hombre á sí mismo, y tener muy bien entendido lo que hay de sus puertas adentro: conviene á saber, todos sus resabios, siniestros apetitos y malas inclinaciones: y finalmente, su poco saber y poca virtud; para que no presuma de sí vanamente, y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua, hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promision (que es su ánima) y con cuánta solicitud y atencion le conviene velar sobre esto.

Prudencia es tambien saber gobernar la lengua conforme á las leyes y circunstancias que arriba dijimos: y entender muy bien lo que se debe hablar, y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro: porque (como dice Salomon) hay tiempo de hablar, y tiempo tambien de callar: pues nos consta que en la mesa, y en los convites, y en otras cosas semejantes, con la mayor alabanza calla el sabio que habla.=EL MISMO.

DE LA FORTALEZA.

La verdadera fortaleza no es otra cosa, sino un recto medio entre temor y audacia por algun buen fin: y de esta manera «varon fuerte se puede llamar *el que sabe temer, esperar, sufrir y osar las cosas que convienen, cómo y cuándo y por quién se deben;*» y por esta razon la mayor fortaleza que en el hombre se puede hallar, de que mas merezca ser alabado, es vencer á sí mismo sujetando sus propias pasiones.....

Bien sabeis, dijo un emperador, que la fortuna de la guerra está en la virtud de la gente, y así vencer las extranjeras naciones, virtud es de soldados y caballeros; pero vencer los vicios es virtud de costumbres..... Pero si es género de fortaleza mostrarse varon en la tolerancia de las adversidades, no menos es virtud saber poner freno á la alteracion en tiempo de la prosperidad; porque la buena fortuna mas fácilmente vence al hombre que la mala: y así la magnificencia no está en saber allegar riquezas, mas en saber no tenerlas en mas de lo que valen

ni de lo que ellas son..... Así que la virtud de la fortaleza no está en amar riquezas ni tesoros, mas en menospreciarlas, tener en poco los transitorios favores y las fingidas y no durables honras: y no se debe poner á todo peligro, mas á aquel que es justo y honesto. Y cuando se pone en algun trance, debe escoger el hombre virtuoso antes morir muerte honesta que vivir vida vituperable. Si muere, la honra y fama le sigue y le acompaña, como la sombra al cuerpo. Si vive, está contento porque no emprende de hacer, sino aquello que la prudencia demanda á su esforzado ánimo, sin la cual ninguna virtud tiene fuerza ni vigor. =LUIS MEJÍA, *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*.

DE LA TEMERIDAD.—ESCESO EN LA FORTALEZA.

PARA que la voluntad determine bien cerca del esfuerzo, es necesario que haya consideracion á los dos extremos que se hallan en cualquier cosa grave, difícil, temerosa y peligrosa, que son osadía y temor, los cuales proceden del amor que el hombre tiene á sí mismo: por él osa ó teme mas que conviene, ó por honrar su persona ó por conservarla. Cuando la cosa grave, difícil, terrible é peligrosa, se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente, y se inclina á querer lo que le puede ser provechoso, y lo ama.

Deste amor nace la osadía, que es acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza que de sí mismo hace por sus fuerzas, ó por su industria y experiencia, ó de los que le han de ayudar é favorecer. Desecha y menosprecia el temor, que es natural en los hombres, y pónese arrebatadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe. Los hombres que así son osados, comunmente son gloriosos, ventajosos, hinchados, arrogantes, blasonadores, alaban sus cosas mas que deben, y pensando por esta via mostrarse fuertes ó esforzados, pésales de los actos virtuosos que los otros hacen, y han envidia y detraen de ellos por los abajar, menospreciándolos, ó á lo menos no diciendo bien dellos.

Estos y otros muchos daños resultan deste extremo, porque

él en sí es vicio cuando está en sus fuerzas. Por tanto, el hombre virtuoso y esforzado no lo debe seguir ni tomar; pues tiene por compañera y guiadora la *temeridad*, por la cual confía el hombre de sí mas de lo que conviene para hacer y obrar lo que quiere: y cuanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor é flaqueza tiene en la prosecucion del negocio; y al mejor tiempo desfallece, y lo deja con mayor mengua y daño suyo.....

No se llamará esfuerzo ni fortaleza lo que hizo Alejandro el Magno, que conquistando las Indias, cercó una ciudad, y en el combate subió él al adarve..... Esto no se puede ni debe decir esfuerzo, mas osadía reprehensible; porque aunque él fuese muy poderoso de gente y generoso de corazon, no se podia poner de aquella manera solo entre los enemigos, especialmente siendo rey; porque perdida su persona, era perdida su hueste y estado.

PALACIOS RUBIOS, *Tratado del esfuerzo bélico heróico.*

DE LA COBARDIA.—DEFECTO DE LA FORTALEZA.

EL otro extremo que se halla en las cosas graves, difíciles terribles y peligrosas, es el temor: que así como el ánima ama las cosas peligrosas, así teme las dañosas..... Del temor resulta un miedo, ó es el mismo miedo que hace al hombre meticoloso: que no solo teme lo que debe temer, mas aun teme lo que no debe, con horror, espanto y temblor de los miembros; tanto, que le faltan las fuerzas é la esperanza de conseguir lo que desea: porque quien teme mas que debe, de necesario pierde la esperanza. Y cuanto el hombre es vencido y apartado de virtud por el miedo, tan lejos está de la confianza, y tan cerca de la desesperacion. La cual, menguada en todo consejo, hace al hombre precipitarse sin ninguna consideracion para hacer lo que no debe, ó dejar de hacer lo que debe segun razon: de tal manera consternado, espantado, turbado y abatido, que parece atónito y atronado, sin ninguna seguridad ni reposo, muy aparejado para huir el peligro y las sospechas del.

Tanto es muelle el corazon del tímido, é tanta su imbecilidad ó flaqueza, que ninguna cosa áspera puede sufrir ni com-

portar; mas como mujer flaca, cae, llora y se quebranta de tal manera, que por excusar los peligros y trabajos desea la muerte, y algunas veces la toma por sus manos. Lo que viene de corazón muelle ó flaco, débelo huir mucho el hombre esforzado, pues la virtud de fortaleza ó esfuerzo le amonesta, que fuertemente persiga todos los vicios como contrarios á la virtud.

EL MISMO.

DE LA TEMPLANZA.

PODRÍASE este mote *ne quid nimis* (nada supérfluo) de Apolo Delfico muy bien aplicar á la temperancia, cuyos preceptos y reglas son muy saludables á la república, mediante la cual el género de los mortales en general y en particular se conserva. Porque la temperancia, como su primer silla y morada tenga en el apetito concupiscible, aunque su especial poder se emplee en moderar y poner freno á los *libidines* y pasatiempos del hombre; no menos tiene poder general para refrenar todos sus demasiados y deshonestos apetitos. Y si la prudencia debe concurrir juntamente con cada una de las virtudes para poder producir efectos buenos y virtuosos; muy mayor necesidad tenemos de la temperancia para conservar nuestro vivir. ¿Quiéres ver cómo esta es el temple de todas las virtudes? Dime: el oficio de fortaleza, ¿qué otra cosa es sino una moderacion entre audacia y temor? El oficio de la justicia, ¿qué otro es sino una templanza entre muchos para vivir los hombres en compañía? ¿Una moderacion entre pérdida y ganancia? El oficio de la liberalidad, ¿cuál se puede llamar sino un medio entre avaricia y prodigalidad?..... Porque si queremos bien considerar, no es otra cosa la temperancia en el hombre, sino una moderacion de apetitos conforme á razon: y su principal oficio no es otro, sino refrenar y restringir los deshonestos deseos, y las demasiadas codicias. Y así hallarás que esta tiene las llaves de la modestia y castidad. Esta hace huir las enfermedades del cuerpo, la torpeza del ánimo, la lujuria del vientre, los ímpetus bulliciosos de la ciudad, la discordia de la casa.

LUIS MEGÍA, *Apólogo de la ociosidad y el trabajo.*

DE LA ABSTINENCIA Y SOBRIEDAD.

LA abstinencia es templanza de la comida; la sobriedad de la bebida: una y otra moderadora de la gula. En el sentido en que menos cuidado se habia de poner dar gusto, es este del gusto. Ninguno sino él es inicuo á sus objetos; ninguno sino los corrompe: lo hermoso, hermoso queda despues de haber festejado los ojos; el fuego, ardiendo queda despues de haber desencogido las manos; lo oloroso, suave queda despues de haber regalado el cerebro; mas lo sabroso, estiércol queda despues de gustado.

Ridícula cosa fue la supersticion de los gentiles en adorar por Dios los idolos que hacian: mas es para reir la adoracion del gusto para aquellos cuyo Dios es su vientre, pues adoran á lo que deshacen, no lo que fabrican sino lo que destruyen. El enfermo por la salud, el pobre por necesidad, el rico por avaricia, el hipócrita por la opinion, son templados; y aun el destemplado, por mayor deleite.....

No es tan antojadiza y golosa la gula de los brutos, como la de los hombres: porque pervertido el ingenio humano con la malicia, tuerce y emplea su agudeza en fomentar las pasiones y deleites con raras diligencias y nuevas artes, queriendo enmendar ó añadir al cuidado de la naturaleza, que aunque en nada es sobrada, lo es en dar lo que es necesario.....

A la vida del cuerpo ayuda la abstinencia muy espléndida y largamente, pues la alarga; y cuanto sufren los estrechos términos de la mortalidad, la templanza es árbol de vida, porque la muerte, de muchas maneras es hija de la gula..... Pues, como esta vida regalada y deleitosa sea tan ratera y baja, y mas bruta que la de los brutos, á quien menos conviene es al hombre, cuya gloria y dote de su naturaleza es la razon..... ¿Qué le faltó á Darío en su potencia y delicias? Saber qué era gran gusto. Súpolo cuando le faltó todo: y esta deuda debió á la fortuna en sus desdichas. =NIEREMBERG.

DE LA LIBERALIDAD.

Lo primero que ha de procurar el liberal, es dar sin respeto á su interés; antes, cuanto menos aprovechada la gracia, mayor es. El dar el beneficio es como tirar la barra: aquel gana que da el golpe mas lejos. Así es mayor la liberalidad que tira mas lejos de sí, sin respeto de su particular.

Lo segundo es dar mas con el rostro que con la mano, mas con el ánimo que con el don, gustando de dar. La deuda de la gracia no es sino la voluntad: á esa tiene obligacion el que recibe, no á la cantidad de la dádiva. Como no es mas *prima* imágen la que es mayor, ni mejor hombre el que es mas grande; así no es mejor beneficio el que abulta mas, sino el que tiene mejor alma, que es la voluntad de que procedió. Mas estimó Artajerjes un poco de agua que le ofreció un rústico, que el oro de los mas ricos. Mas dió Eschines á Sócrates con solo darse á sí á su ánimo y voluntad, aunque sin otro don, que Alcibiades con todas sus liberalidades.

Ayuda mucho el gusto de dar, ó sin ser rogado, ó de presto: es señal que da de gana quien da luego. El que se deja rogar no se quiere dar por amigo, que antes ha de ser mandado que rogado. Arguyen poca confianza los ruegos, y traen consigo alguna duda; y la amistad es sin sospecha..... El que da pesaroso ó muy rogado, de tal manera da, que pierde lo que da; y tan poco reconocido suele dejar á quien hizo el don, como si se le quitase.....

Al mismo á quien se hace el beneficio conviene muchas veces encubrirle y trazar las cosas con tal arte, que piense que no le recibe, sino que le halla. Si se da el beneficio á logro, no lo ha menester saber mas que el que lo ha de pagar: basta que lo sepa quien lo recibe. El gusto del liberal es hacer bien, no parecer que lo hace: no solamente da los beneficios sino los ama.....

Basta dar con la mano el beneficio, no con el rostro. La disimulacion vencerá el olvido del ingrato: no piense que por disimular su liberalidad, perderá la gracia; no la busque hasta tanto que la halle, esto es, sufra tanto al ingrato hasta que le

haga agradecido..... Ha de ser la liberalidad de bienes propios para ser beneficio; porque si es de los públicos, solo será oficio; si de los ajenos, hurto.

El que da al digno, da á todos: el que da al digno, recibe él su paga; y con quedar pagado, le quedan todos obligados. Ha de procurar el liberal dar á quien merezca mas loa por el buen uso de su beneficio, que no por el buen uso de su fortuna. Los dones loa son del que da; el buen uso de ellos, del que recibe.

EL MISMO.

DEL AGRADECIMIENTO.

ESTA virtud es en la que mas liberal ha andado la naturaleza, pues aun á las fieras no se la negó. Honra á todos los animales con el *bulto* y armas de alguna virtud, que pudiese acordar al hombre de su obligacion. En el delfin dibujó la misericordia: en el paguro estampó la prudencia: en el elefante pintó la religion: en el perro retrató la lealtad: en la termure esculpió la justicia: en el caballo marcó la obediencia: en la cigüeña representó la piedad: en el leon copió la fortaleza: en el pelicano grabó la caridad: en la tórtola figuró la continencia: en el buey señaló la paciencia: en el céfalo cifró la abstinencia: en la paloma trasladó la simplicidad: en la abeja bosquejó la diligencia: en el porfirion iluminó el amor á la castidad: en algunos peces remedó la virginidad; mas en todos esmaltó algun agradecimiento.

La satisfaccion y restitucion del agradecimiento no es tan solamente volver al liberal lo que dió; porque la paga del beneficio no es graciosa y voluntaria, sino noble modo de obligacion. Lo voluntario está en deberle de gana, por lo cual es poco agradecido quien es deudor sin gusto de serlo..... No está reñido el gusto con la virtud, antes la acompaña con gusto, digámoslo así, y se honra con ella. La diferencia que va del agradecido al ingrato es, que este solo se huelga con el beneficio una vez; aquel, muchas, cuantas le celebra en el corazon y boca. Hay esta diferencia entre deudas de justicia y de agradecimiento, que aquellas, hay obligacion de pagarlas lo mas presto que se pue-

da; estas no: así pueden dilatarse..... Quien se apresura en volver luego el beneficio, desagradecido es, porque no le debe con gusto. El ánimo grato y noble de mejor gana vuelve el beneficio, que le recibe; con mayor gusto le debe, que le deseó. El bienhechor no da para que le vuelvan luego lo que acaba de dar: fuera impertinente esta voluntad, pues él pudiera retener su don atajando el haberle dado; y supuesto que es contra toda su voluntad recibir luego, no será justo el agradecimiento que se desobliga de presto, dando cuando no se quiere recibir..... El que admitió de buena gana el beneficio, no le ha de tornar cuando se reciba de mala; fuera de que el bienhechor no interesa en recibir el don que es paga, ni lo pretende; porque para esto pudiera quedarse con él: lo que interesa es tener á otro obligado. Así, cuanto mas tarde se desempeñare del beneficio quien le recibió mas ganancias y usuras tiene el que le dió.

NIEREMBERG, *Obras y dias.*

DEL AMOR DEL PRÓJIMO.

AMARÁS á tu prójimo como á tí mismo, dice el Señor. Es tan anejo el amor honesto del prójimo al amor de Dios, que con el mismo amor que amas á Dios amas al prójimo. Gran cuidado tuvo Dios de que amásemos al prójimo, pues juntó el mandamiento del amor del prójimo con el mandamiento de su amor. En lo cual tambien considera que los mandamientos de su divino amor no son mas de tres, y en los mandamientos que pertenecen al amor del prójimo puso siete y mandó que se guardasen con tanto rigor que solo uno de ellos es afirmativo y los seis negativos, que obligan en todo tiempo; para que veas cuán fácil y suave cosa es cumplir con tan benigno Señor, y cuán trabajoso y difícil cumplir con la obligacion que tenemos al prójimo. El que al prójimo ama segun sentencia del Apóstol, cumplió la ley. Todo lo que mandó Dios en su ley y profetas, va enderezado á que amemos á los prójimos á los cuales ama tan tiernamente ese mismo Señor, que no hace sino amonestarnos que no le ofendamos, cuyas ofensas siente tanto que nos dice: «El que á vosotros toca, toca en las niñitas de mis ojos.» De tal ma-

nera encomienda esto, y así siente la injuria hecha al prójimo que en el Evangelio cuando el siervo ingrato le pidió misericordia, liberalmente lo perdonó la ofensa grande que le habia hecho, y porque no quiso perdonar á su prójimo una pequeña deuda le maltrató de palabra llamándole siervo malo, y le mandó castigar duramente. Nada de esto hizo en la ofensa hecha contra él, porque entiendas cuanto quiere Dios que ames al prójimo; pues disimulando sus propias injurias, aunque graves, tan ásperamente castiga las ofensas hechas á los prójimos por pequeñas que sean. En esto conocerán que sois mis discípulos, dice el Señor, si os amáredes los unos á los otros. = P. ESTELLA.

DEL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

AMAD á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen dice el Señor, porque seais hijos de vuestro padre que está en los cielos. En ninguna cosa puedes tanto mostrarte ser buen cristiano, como en amar á los enemigos. Si amas á quien te ama, eso ¿no lo hacen los infieles? Amar al enemigo es propio de cristianos. En esto hace notable ventaja el Evangelio á las otras leyes escritas. Para conservar la virtud es menester verdadero amigo ó áspero enemigo. Los enemigos dicen las verdades, cuando los amigos no osan. Porque muchos no quieren recibir la amonestacion del amigo, envia Dios enemigos para que ellos digan lo que no se atreven á decir los amigos. Provechosos son los enemigos y mucho bien nos hacen, por lo cual deben ser amados y estimados en mucho. Si el capitan que combate una fortaleza de la cual le tiran muchos tiros que le hacen daño en su gente, si tomando la fortaleza hiciese pedazos los tiros diciendo que aquellos le habian hecho mucho daño, seria tenido por loco. No tienen culpa los tiros, sino los que les pusieron el fuego para que tirasen. No te persigue la naturaleza que hizo Dios, sino la malicia que hizo el hombre. Esta puedes aborrecer, y no al prójimo que es imágen de Dios. Como los que tienen los ojos enfermos ponen delante de ellos un paño verde para avivar la vista, así pon tú delante tus ojos á Jesucristo crucificado que ruega al Padre eterno por sus enemigos, y amarás á los

que ahora aborreces. Perdona por amor de Dios, pues él perdona á tí siempre que le pides perdon. No faltan algunos malos cristianos que cuando con el ejemplo del Redentor les ruegan que perdonen al enemigo, dicen que Cristo era Dios, y ellos hombres flacos y que no pueden imitarle. Si el Rey barriese la sala con una escoba y dijese á un hombre bajo que barriese él tambien, pues el rey barria, y él respondiese eso hace el rey, porque es rey; pero yo soy un pobre hombre, ¿no se reirian todos de este? Pues si Cristo, rey de la gloria, ruega por sus enemigos, ¿por qué tú no harás lo mismo? Debes pues amarlos porque no puedes á ellos hacer mal sin hacerte á tí mayor daño.

EL MISMO.

DE LA COMPASION FRATERNAL.

SUFRIOS los unos á los otros con caridad, porque la caridad cubre la multitud de los pecados, dice el Apostol. Pues somos todos un mismo cuerpo en Cristo, así debemos tener fraternal caridad y vínculos de paz, siendo conformes en el bien. Todos somos miembros de Jesucristo, y tornamos á nacer en el bautismo por el Espíritu Santo, y somos redimidos por su pasión, lavados con su sangre, mantenidos con su cuerpo, enseñados con sus palabras, confirmados con sus milagros, y edificados con sus ejemplos. Pues ¿por qué nos hacemos mal los unos á los otros? ¿por qué no nos compadecemos de los trabajos de nuestros prójimos? El que á su prójimo ofende, ofende á Jesucristo. El vengará su injuria, si no hubiere bien presto enmienda. En el cielo está Jesucristo en medio de las dos personas divinas; en su nacimiento temporal en medio de dos animales; en la puericia, en el templo en medio de los doctores; en la muerte, en medio de dos ladrones; despues de su resurrección, está en medio de sus discípulos; y ahora está entre tí y tu prójimo. Si das una bofetada á tu hermano, mira que primero pasa por el carrillo de Cristo, á quien ofendes antes que al prójimo. ...

Si queremos agradar á Cristo, tomemos á cuestras los unos las cargas de los otros y encomendémonos á Dios; y así estaremos en él, y él en nosotros..... Sufré á tu hermano, y te sufri-

rán; excúsale, y serás excusado; compadécete del que pecó, y se compadecerán de ti; consuela al triste, y serás consolado del alegre; levanta al caído, y Dios te levantará cuando cayeres. Lo que hicieres con otro, se hará contigo, juzgando Dios de las cosas justamente.

Sé benigno con el tentado, y ruega por el atribulado como por tí mismo. El bien ajeno es bien tuyo por congratulacion; y su mal es mal tuyo por compasion; todos somos flacos, y así debemos orar con caridad los unos por los otros. Ninguno reprehenderá á otro su defecto, olvidado de sí mismo, porque el negligente que desprecia al defectuoso es como el ciego, que burla del ciego, y como el sordo que maldice al sordo, y el loco que se rie del loco.....=EL MISMO.

DE LA AMISTAD.

Yo sé las obligaciones que tienen los amigos; yo sé la fidelidad que deben tener á los que lo son verdaderos; yo sé que el amigo es un refugio contra la infelicidad, una dicha que no falta, y un nombre que se desea mucho, y apenas se consigue con perfeccion: sé que es tanta la fuerza de la amistad, y que excede tanto á nuestra naturaleza, que el verdadero amigo, para serlo, ha de pasar los límites de humano.

La primera y mas importante observancia que ha de tener el amigo, es no pedir á su amigo cosas injustas, ni hacerlas aunque se las haya pedido; porque no es disculpa en hombre cuerdo el decir: este yerro cometí por mi amigo, principalmente cuando la prudencia da lugar á la prevencion para remediarle, ó á lo menos para conocerle.....

La segunda observancia ó precepto es, que el amigo desee para su amigo lo que para sí parece apetecible, y á su ser, á su estado, ó su salud es conveniente. Esta es la mas alta fineza de la amistad, en esto muestra su caudal y su fuerza; la cual moderada con la prudencia que en el primer precepto advertimos, hace las cosas prósperas mas grandes, y las adversas mas leves. ¿Qué cosa hay tan dulce como tener un hombre á un amigo con quien puede hablar como consigo mismo? ¿Qué cosa se puede imaginar tan feliz, como tener con quién atreverse á todo, á

quién creer en todo, de quién recibirlo (siendo justo) todo, y á quién negar (prevista la misma circunstancia) nada? ¿Qué cosa hay mas fuerte contra las penas? ¿Qué auxilio mas cierto contra la adversa fortuna? ¿Qué ayuda mas segura en las adversidades? ¿Qué consuelo mas cuerdo en las aflicciones? ¿Qué prevencion mas alentada en los riesgos? ¿Qué defensa mas útil en los daños? Y últimamente, ¿qué auxilio, qué ayuda, qué consuelo, qué aliento, qué prevencion, qué defensa en la adversidad, en la afliccion, en el riesgo, en el daño, ni en el peligro, mas fuerte, mas segura, mas cierta, mas alentada, ni mas útil que la amistad? pues que como la sangre en el cuerpo, hace parentesco en los ánimos. Siendo todo esto así, y siendo la amistad sangre del alma (permítase esta tosca locucion por la singular semejanza) culpada queda la vuestra en pedirme lo que no os ha de estar bien; y disculpada la mia, en no hacer lo que pedis, cuando la ha de estar tan mal.

D. FRANCISCO QUINTANA, *Hipólito y Aminta*.

DE LA SOBERBIA.

LA soberbia es apetito desordenado de la propia escelencia: agora se esté encerrado y escondido dentro del corazon: agora se manifieste en las palabras ó en las obras. A esta llaman los santos madre de todos los vicios; mas sus particulares hijas son la desobediencia, jactancia, hipocresía, porfia, pertinacia, discordia, curiosidad y presuncion... Considera, soberbio, que á nadie agradas. No puedes agradar al humilde, que aborrece tu altivez: ni al soberbio tu semejante, porque como pretende lo mismo que tú, aborrécete porque le quieres preceder y se muere de envidia. Pues menos puedes agradar á Dios, á quien tienes por mayor contrario; pues es el que poderosamente resiste á los soberbios, y á los humildes da gracia.....

Cuanto mayor fueres mas te humilles; porque si eres bajo no haces mucho en humillarte; mas si eres grande y te humillas alcanzarás una rara y muy grande virtud; porque la humildad en la nobleza y honra y riqueza, es la mayor nobleza de la nobleza y la mayor honra de la honra y la mayor riqueza de la riqueza; y sin ella todas estas cosas pierden su valor y lustre.

DE LA AVARICIA.

AVARICIA es un deseo desordenado de hacienda. Por lo cual no solo llamaremos avariento al que por malos medios procura enriquecer, sino al que codicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las propias. Las hijas de esta madre son: traicion, engaño, falsedad, inquietud, perjurio, violencia, falta de piedad y dureza de corazon..... Considera cuán gran desatino es desear continuamente aquellas cosas que todas juntas no pueden hartar ni satisfacer el apetito, antes mas le irritan y despiertan; porque la hacienda es para el avariento codicioso lo que es el agua al hidrópico, que cuanto mas bebe mas se enciende la sed; y por mas que tenga el codicioso, siempre suspira por lo que le falta. Y discurriendo siempre el solícito corazon por las cosas del mundo, cánsase, mas no se satisface; porque es tal su hambre, que nunca hace caso de lo que tiene cogido sino de lo que le queda por cobrar..... ¿Qué codicia es esta tan insaciable del hombre, pues aun los brutos tienen medio en sus apetitos? Cazan las aves y los brutos de rapiña cuando tienen hambre, y en estando hartos dejan de cazar. Solo la avaricia del codicioso no tiene término en su deseo; porque siempre roba y nunca se harta.

DE LA LUJURIA.

LUJURIA es un apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Hijas de esta pestilencial madre son: ceguera de entendimiento, inconsideracion, inconstancia, precipitacion, amor de sí mismo, aborrecimiento de Dios, deseos de esta vida, grande temor de la muerte y del juicio, y desesperacion de la vida eterna. Contra este vicio nos arma el Apóstol diciendo: Todos los pecados son fuera de nuestros cuerpos; mas el deshonesto peca contra su cuerpo y ensucia el templo que Dios consagró con su sangre..... Considera cuán presto pasa el sensual deleite, y cuánto mas tiene de hiel que de miel, y cuántos males trae consigo. Estraga la fama, que es tesoro preciosísimo, quebranta las fuerzas corporales, quita la salud preciosa, afea la hermosura de la juventud, cria enfermedades innumerables y abominables, hace temprana la vejez, acorta la vida, y oscurece la luz del entendimiento.

DE LA IRA.

IRA es desordenado apetito de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Las hijas de esta serpiente son: injurias, riñas, clamores, indignaciones, blasfemias.... Cuando este furioso vicio tentare tu corazón, considera que el apetito de venganza es propio de las fieras; y por consiguiente que si te dejas llevar de la ira, que bastardeas y tuerces mucho de la natural generosidad y nobleza humana imitando la brutal. De un leon escribe Eliano, que habiendo recibido una lanzada en una montería, al cabo de un año, pasando por allí el que le habia herido en compañía del rey Juba y de mucha gente, el leon le reconoció, y rompiendo por toda la gente, sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le habia herido y hacerlo pedazos. De estos son imitadores los hombres vengativos, los cuales pudiendo amansar la ira con la razón y discreción de hombres, quieren mas seguir el ímpetu y furor de bestias, como preciándose de la parte mas vil que tienen comun con ellas, mas que de la que tienen con los ángeles.

DE LA GULA.

GULA es un apetito desordenado de comer y beber. Son las hijas de esta madre: alegría sin propósito, parlería, truhanería, inmundicia, embotamiento de sentido y de razón..... Considera que el comer demasiado y antes de tiempo estraga la complexión y sustenta menos el cuerpo; y cuanto mas crece el vientre mas se embota el ingenio; porque el vientre grueso no cria entendimiento delgado. Tambien enflaquece la vista y acarrea enfermedades, y causa muertes tempranas, conforme al dicho de Galeno: «Mas mató la gula que la espada.....» Cuando llegues á la mesa, acuérdate que no vives para comer, antes comes para vivir. En tu comida y bebida no midas lo que tomares con tu deleite y gusto sino con tu necesidad. La hambre se ha de vencer con cierto peso y medida para que la comida sea saludable y alegre la vida. De aquel famoso médico Galeno se dice, que nunca se levantó harto de la mesa, y vivió ciento veinte años.

DE LA ENVIDIA.

ENVIDIA es una tristeza del bien del prójimo y pesar de la felicidad de los otros: de los que son mayores, porque no se puede igualar á ellos; de los menores, porque se le quieren igualar, y de los iguales porque compiten con él. Cinco son las hijas de esta madre: ódio, escarnio, detraccion, alegría de males ajenos, y pena de las prosperidades.....

Es la envidia como el gusano que nace en el madero, que allí hace daño donde nace; nace la envidia en el corazon, y no puede ir mas adelante. Sus fiestas son confusion y estruendo, porque necesitan de una alegría loca y tumultuosa; y su alma desordenada ha menester poner mucha violencia en todos sus movimientos para distraerse de la vista y de la vergüenza de su propio interior.

DE LA PEREZA.

PEREZA ó accidia, es una flojedad y caimiento de espíritu para el bien obrar; y así es una tristeza y hastío de las cosas espirituales. De este vicio salen como ramas de un mal tronco otros muchos; como son malicia, rencor, pusilanimidad, desconfianza, pesadumbre para cumplir los mandamientos divinos, deramamiento del corazon en las cosas vanas..... Cuando te sintieres tentado de este vicio, considera que si no quieres trabajar ahora cuando tienes fuerzas y tiempo, que por ventura despues te faltará lo uno y lo otro como vemos acaecer á muchos. El tiempo de la vida es breve y lleno de mil estorbos; por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no lo dejes por pereza porque vendrá la noche de la vida, cuando nadie puede obrar.=P. GRANADA, *Doct. Crist.*

LITERARIAS.

NARRACIONES.

PRECEPTOS DEL GENERO.

NARRACION, segun la define Ciceron y con él casi todos los preceptistas, es la exposicion de los hechos.

Se distinguen tres clases de narraciones, á saber: *histórica*, *oratoria* y *poética*, para cuya composicion se establecen generalmente casi las mismas doctrinas.

Las dotes de la narracion *histórica* (ademas de la *verdad* ó *verosimilitud*, en su fondo) pueden reducirse á cuatro en cuanto á sus formas que son: claridad, brevedad, ornato y dignidad.

La *claridad* consiste en que los hechos se refieran con orden, y de modo que se vea su conexion, sin equivocarse ni fechas, ni lugares, ni otras circunstancias que sea conveniente distinguir.

La *brevedad* exige que el historiador pase rápidamente por los sucesos menos interesantes: y hasta en los que sean de mayor consideracion por sí mismos, ó mas fecundos en circunstancias, debe escoger solo los mas relevantes, y presentarlos por el lado mas luminoso, á lo que se llama *pintura histórica*.

La *historia* admite el *ornato* y la *elegancia* en un grado bastante elevado: pero los adornos con que quiere ser engalanada, han de ser sólidos y de buen gusto. La narracion ha de ser *rápida*; las descripciones y pinturas animadas y vivas: aquella pide cláusulas *cortas* y *sueeltas*; estas las admiten *largas* y *periódicas*, porque el que describe ó pinta puede reunir mas ideas en un solo grupo que el que narra sencillamente.

La *dignidad*, que es el carácter esencial de la historia, no comporta los adornos frívolos, la excesiva brillantez, los juegos de palabras y los conceptos enigmáticos. El estilo de la historia no ha de ser vulgar, las expresiones no han de ser bajas y no vienen bien en ella agudezas, chistes ni chocarrerías.

Un estilo burlesco y satírico que hiciere reír, es incompatible con la *dignidad* ó gravedad de la historia. El que la escribe debe sostener siempre el carácter de un sábio que habla con la posteridad, y nunca ha de hacer el papel de gracioso ó bufon. Esto no quiere decir que el historiador no pueda variar alguna vez el tono de seriedad para hacer sentir, si conviene, las miserias, debilidades y aun ridiculeces de algunos personajes; pero no ha de abusar de esta libertad. = *Doctrinas de HERMOSILLA.*

SITIO DE SAGUNTO.

En los pueblos llamados antiguamente edetanos estaba Sagunto, asentada cuatro millas del mar: sus campos eran muy fértiles y abundantes, y ella asaz rica por el gran trato que alcanzaba por mar y por tierra, fuerte por su sitio y por sus murallas y baluartes. Luego que Anibal asentó y fortificó sus reales, hizo apercibir los ingenios. Comenzaron por cierta máquina, que llaman ariete, á batir la muralla, por la parte mas baja, que se remataba en un valle, y por tanto parecia mas flaca. Engañóles su pensamiento; la batería salió mas dificultosa de lo que pensaban, y los moradores se defendian con grande brio y coraje, tanto que al mismo Anibal, como quier que un dia se llegase cerca del muro, pasaron el muslo con una lanza que le arrojaron desde el adarve. Fue el espanto, que por este caso los suyos recibieron, tan grande, que estuvieron á pique de desamparar todos los ingenios que tenian hechos: la herida tan grave, que en tanto que se curaba, se dejó la batería por algunos dias.

En esta sazon los saguntinos despacharon nuevos embajadores á Roma para protestar en el senado, y requerirles no desamparasen la ciudad amiga, para ser asolada por sus enemigos mortales: que si un poco se detenian, sin falta parecerian, y el remedio vendria ya tarde. Hecha cala y cata hallaban que tenian trigo para pocos meses; pero con el buen órden y repartimiento podrian entretenerse algo mas. Despachados los embajadores, repararon y fortificaron con gran cuidado los lugares, que ó por el daño recibido y de suyo eran mas flacos. Anibal, luego que sanó de la herida, arrimó sus ingenios á la ciudad, con cuyos golpes derribó por el suelo tres torres con todo el lienzo de la muralla que entre ellas estaba. Dióse el asalto: los enemigos por la batería pugnaban de entrar en la ciudad, y aquejaban á los de dentro; los ciudadanos al contrario, animados con el peligro, ordenaron sus haces y gente delante de las murallas: con que primero sufrieron el impetu de sus contrarios: luego porque fuera de su esperanza no eran vencidos, hirieron en ellos con tal denuedo, que los hicieron ciar y los arredraron de la ciudad: finalmente los pusieron en huida, y los siguieron has-

ta los reales, en que apenas con el foso y trincheras se pudieron defender: tal y tan grande era el espanto que cobraron:

Este atrevimiento y esta victoria fue muy perjudicial á los saguntinos, porque Anibal se embraveció mas, y determinado de no reposar antes de apoderarse de la ciudad, no quiso dar audiencia á nuevos embajadores que de Roma le vinieron sobre el caso: ca los romanos estaban resueltos de intentar cualquier cosa antes de venir á las armas y llegar á rompimiento. Los embajadores, segun que les fuera mandado, pasaron de España á Africa, y en el senado de Cartago se quejaron de los agravios y de todo lo que sus gentes intentaban en España. Pidieron que Anibal les fuese entregado para ser castigado como era razon: que solo aquella satisfaccion quedaba para que se conservase la paz. Oidos los embajadores, Hamon, dijo que los romanos pedian justicia: que Anibal, sin que nadie lo pretendiese, debia ser desterrado á lo postrero del mundo, porque no perturbase el estado apacible y quieto de su ciudad. Pero la parcialidad de los Barchinos, que estaba prevenida por mensajeros y cartas del mismo Anibal, y por este medio corrompido el senado, desechado el consejo mas saludable, dió respuesta en esta forma: que las cosas se hallaban reducidas á aquel estado, no por culpa de Anibal, sino que de los saguntinos nació aquel agravio; que no hacian el deber los romanos en preferir nuevas amistades á la antigua.

En el entretanto Anibal daba por algunos dias reposo á sus soldados, cansados con las peleas y baterías que se daban, cuando á la sazón le nació un hijo de Himilce, su muger, llamado Aspar: causó esto grande alegría á su padre, y á todo el ejército. Hiciéronse en los reales por su nacimiento grandes juegos y regocijos de todas maneras. Los saguntinos por tanto no reposaban, antes apercibian todo lo necesario para su defensa, y asimismo repararon los muros por la parte que el enemigo abriera entrada. Por demas fué esta diligencia; los enemigos, con una torre de madera que levantaron, se arrimaron á la muralla, y desde allí con lanzas y flechas forzaban á desampararla los que defendian la ciudad. Ademas de esto quinientos africanos con picos y con palancas echaban por tierra una buena parte de di-

cha muralla por no estar edificada con cal, sino con barro y por tanto tener menos resistencia.

DESTRUCCION DE SAGUNTO.

HECHO esto, los soldados con esperanzas del saqueo, que á voz de pregonero les fue prometido, entraron la ciudad por fuerza de armas. Los saguntinos, por no ser bastantes para defender la entrada, se retiraron mas adentro, y con un nuevo muro que de repente á toda prisa levantaron, juntaron la parte de la ciudad que les quedaba con el castillo. Todo esto era poca defensa y solamente estribaban en la vana esperanza del socorro que de Roma se prometian.

Dióseles algun espacio para respirar con la partida de Anibal, que acudió á los pueblos llamados carpentanos y oretanos, que tomaron las armas por el rigor que en levantar gente los cartagineses usaban: quedó en el cerco Maharbal, hijo de Himilcon, como lugarteniente de Anibal, el cual apretaba los saguntinos con reprimir sus correrías y salidas y ganar como ganó otra parte de la ciudad: con lo que los cercados se hallaban reducidos á extremo peligro. Sosegó Anibal las alteraciones de aquellos pueblos: esto hecho dió vuelta á Sagunto, y con su llegada se apoderó de una parte del mismo castillo, con que los miserables ciudadanos perdieron de todo punto la esperanza de poderse defender. La obstinacion sola los sustentaba: mal que en los mayores peligros no recibe consejo, y cuando es sin fuerzas, acarrea la perdicion. Un ciudadano de Sagunto, por nombre Halcon, se salió escondidamente de la ciudad, y por compasion que tenia á sus ciudadanos (que con el peso de los males via estar fuera de juicio) comenzó en particular á tratar de conciertos. Y como no alcanzase otra respuesta sino que los cercados solo con sus vestidos desamparada la ciudad fundasen un nuevo pueblo en aquella parte y campos que el vencedor les señalara; se quedó en los reales, por no tener esperanza que sus ciudadanos se querrian entregar con aquel partido: que era un miserable estado, ni tener ni saber aceptar remedio. Viendo esto un español llamado Alorco, sin embargo que era soldado de Anibal,

por ser aficionado á los saguntinos, así por su naturaleza, como por acordarse del buen hospedaje que en otro tiempo le habian hecho, se metió en la ciudad por la batería, y lo primero hizo echar fuera y apartar la gente popular, despues avisó en pública audiencia á los principales de aquellas condiciones, injustas por cierto (dijo) y graves, pero para el estrecho en que se veian, necesarias: que considerasen por ganancia todo lo que les dejaban, pues la vida, la libertad y las riquezas, todo estaba en poder del vencedor.

El razonamiento de Alorco fué oido con grande indignacion y bramido del pueblo, que poco á poco se llegó con deseo de saber lo que pasaba. Muchos juntando el oro, plata y alhajas en la plaza, les pusieron fuego, y en la misma hoguera se echaron ellos, sus mugeres y hijos, determinados obstinadamente de morir antes que entregarse. En el mismo punto cayó en tierra una torre despues de muy batida, que dió libre entrada á los soldados en la ciudad, que ardia toda en vivas llamas, y en fuego encendido por sus mismos ciudadanos, y que el enemigo procuraba de apagar: que era igual desventura por el un respecto y por el otro: de tal manera la guerra muda las leyes de naturaleza en contrario. Los moradores fueron pasados á cuchillo, sin hacer diferencia de sexo, estado, ni edad. Muchos por no verse esclavos, se metian por las espadas enemigas: otros pegaban fuego á sus casas, con que perecian dentro de ellas quemados con la misma llama. Pocos fueron presos: y este fue casi solo el saco de los soldados, dado que muchas preseas se enviaron á Cartago, muchas fueron robadas por los mismos, ca no pudieron los moradores quemarlo todo. Duró este cerco por espacio de ocho meses, y en el de mayo fué destruida aquella nobilísima ciudad, año que se contaba de la fundacion de Roma quinientos y treinta y seis.—MARIANA, *Hist. de Esp.*

INCENDIO DE NUMANCIA.

CATORCE continuos años tuvieron los romanos cercados á los numantinos, en los cuales fueron grandes los daños que los numantinos recibieron, y muy extremados los capitanes romanos

que allí murieron... Un año y siete meses tuvo Escipion cercada la ciudad de Numancia: en el cual tiempo nunca los combatió, ni acometió, sino solamente ponía recaudo en que no les viniese socorro, ni entrase bastimento..... Muchas veces salian los numantinos á pelear con los nuevos romanos, y acaeció un dia que se trabó entre ellos una tan sanguinolenta escaramuza, que se contara en otra parte por batalla; y al fin fueron tan de mala manera desbaratados los romanos, que si la fortuna de Escipion allí no socorriera aquel dia, el nombre de Roma en España se acabara.....

Grandísimo era el daño que cada dia recibia Escipion en aquel cerco; porque los numantinos, allende que como fieros animales andaban en los romanos encarnizados, peleaban ya, no como enemigos sino como desesperados. Excusado era que ningun numantino habia de tomar á ningun romano á vida, ni menos consentir que le diesen sepultura sino á la hora que uno caia y moria, le tomaban y desollaban y cuarteaban, y en la carnería le pesaban; de manera que valia mas un romano muerto que no vivo y rescatado.....

Viendo Escipion que no podia convencer á los numantinos con ruegos ni tampoco con armas, hizo hacer en torno de la ciudad un foso muy *superbo*; el cual tenia en hondo siete estados, y en ancho cinco: de manera que á los tristes numantinos ni les podian ya entrar bastimentos que comer, ni ellos podian con los enemigos salir á pelear. Muchos requerimientos hacia el consul Escipion á los numantinos, para que se encomendasen á la clemencia romana, y para que se pasasen y confiasen de su palabra, á las cuales cosas ellos respondian que pues habian vivido trescientos y treinta y ocho años libres, no querian morir esclavos. Grandes alaridos daban de dentro en la ciudad las mugeres, y grandes clamores hacian los sacerdotes á sus dioses, y grandes voces daban todos los hombres al consul Escipion, para que los dejase salir fuera á pelear como buenos, y no que muriesen allí de hambre como viles; y decian mas: para ser tú jó Escipion! mancebo romano valeroso y animoso, ni aciertas en lo que haces, ni te aconsejan lo que debieres hacer; porque tapiarnos como nos tienes tapiados, no es mas de un buen ardid

de guerra; mas si nos vencieses en batalla seria para tí una inmortal gloria.

De que se vieron los numantinos tan infamemente cercados, y que ya no tenian ningunos bastimentos, juntáronse los hombres mas esforzados y mataron á todos los hombres viejos, y á los niños y á las mugeres, y tomaron todas las riquezas de la ciudad, y de los templos, y amontonáronlas en la plaza y pusieron fuego á todas partes de la ciudad, y ellos tomaron ponzoña para matarse; de manera que los templos y las casas, y las riquezas y las personas de Numancia, todo acabó en un dia. Monstruosa cosa fué de ver lo que los numantinos hicieron viviendo, y no menos fué cosa espantable, lo que hicieron muriendo: porque ni dejaron á Escipion riquezas que robase, ni hombre ni muger de quien triunfase. =GUEVARA, *Epist. XI.*

IRRUPCION DE LOS BARBAROS DEL NORTE EN ESPAÑA.

No hallaron estos bárbaros mucha resistencia en España; porque no teniendo los romanos ejército bastante con que camppear se retiraron á sus presidios. Los españoles desunidos, unos se defendian desde sus castillos fabricados en las cumbres de los montes: otros ofendidos de haberles quitado la guarda de los Alpes que con mucho valor y á costa suya habian defendido siempre, y mal satisfechos de los romanos por la tiranía de su gobierno, seguian unos á esta nacion y otros aquella sin reparar (como sucede cuando reina la pasion y falta la cabeza) en sus propios daños; con que pudieron los bárbaros hacer grandes progresos en España. Rindieron á Astorga. Talaron los campos de Plasencia y despues los de Toledo, habiendo hallado en aquella ciudad valerosa resistencia. Bajaron siguiendo el curso del Tajo á las costas del mar Occéano. Pusiéronse sobre Lisboa; y dándoles los cercados grandes sumas de dinero, pasaron adelante corriendo por las demas provincias con la llama y el hierro: porque como gente que no tenia morada fija, no reparaba en derribar los edificios y talar los campos; hasta que destruida España resultó de la guerra una hambre universal, y de ella (como es ordinario) la peste; siendo tan grande la mortandad,

que no pudiéndose dar sepultura á los cuerpos humanos, quedaban expuestos á las fieras; las cuales cebadas en ellos acomedían despues á los vivos; y eran instrumentos de la divina justicia, perdida la obediencia al hombre: la cual no se debia á los que con tan crueles guerras, envueltas en maldades y sacrilegios, eran inobedientes á su Criador.

Los extremos de las calamidades (que suelen ser los mejores maestros) enseñaron á aquellos bárbaros los medios de su conservación: y dividiendo entre sí y por acuerdo ó por suerte las provincias, cada nacion cuidaba de la cultura y reparo de los edificios de la suya. Los suevos y una parte de los vándalos dominaron en Galicia, entonces de mayores límites que ahora. La otra parte solamente con los silingos poseia la Bética. Los alanos pusieron su silla en Lusitania, extendida por la provincia de Cartagena; y solamente los cántabros y asturianos se conservaron constantes en la obediencia de los romanos.

SAAVEDRA FAJARDO, *Cor. gotit*, cap. II.

BATALLA DEL GUADALETE.

ENCENDIDOS los soldados con las razones de sus capitanes no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los godos al son de sus trompetas y cajas se adelantaron; los moros al son de los atabales de metal á su manera encendian la pelea: fué grande la gritería de la una parte y de la otra, parecia hundirse los montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de saetas y lanzas se comenzó la pelea; despues vinieron á las espadas. La pelea fue muy brava; los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse: solo los moros daban alguna muestra de flaqueza y parece que querian ciar y aun volver las espaldas, cuando D. Opas (¡ó increíble maldad!) disimulada hasta entonces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con D. Julian, que tenia consigo gran número de los godos, y de través por el costado mas flaco acometió á los nuestros. Ellos, atónitos con traicion tan grande, y

por estar cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, y sin dificultad fueron rotos y puestos en huida, no obstante que el rey con los mas esforzados peleaba entre los primeros, y acudia á todas partes, socorria á los que veia en peligro, en lugar de los heridos y muertos ponía otros sanos, detenía á los que huían, y á veces con su misma mano, de suerte que no solo hacia las partes de un buen capitán, sino tambien de valeroso soldado. Pero al último perdida la esperanza de vencer y por no venir vivo en poder de los enemigos, saltó del carro y subió en un caballo llamado Orelia, que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder: con tanto él se salió de la batalla.

Los godos que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimaron, parte quedaron en el campo muertos, los demas se pusieron en huida: los reales y el bagaje en un momento fueron tomados. El número de los muertos no se dice, entiendo yo que por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Día aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre inclito de los godos: allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado; allí la esperanza del venidero se acabaron; y el imperio que mas de trescientos años habia durado, quedó abatido por esta jente feroz y cruel. El caballo del rey D. Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado sembrado de perlas y pedrería fueron hallados á la ribera del rio Guadalete; y como quier que no se hallasen algunos otros rastros de él, se entendió que en la huida murió, ó se ahogó á la pasada del rio.

P. MARIANA, *Hist. de Esp.*

MUERTE DE D. PEDRO EL CRUEL.

EL rey D. Pedro con la hueste (*que habia juntado*); bajó de Andalucía á Montiel, que es una villa en la Mancha, y en los ortanos antiguos, cercada de muralla con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte, y fortalecida con un buen castillo.

Partió D. Enrique de Toledo, caminó toda la noche, y al

amanecer dieron vista á los enemigos, antes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos, cuando vieron que tenian tan cerca á D. Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hubiese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos: á esta causa no se fiaban los unos de los otros; recelábanse tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha priesa y turbacion hicieron recoger los mas de los soldados que tenian alojados en las aldeas cerca de Montiel: muchos de ellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor, y menos gana con que servian. Al salir del sol, formaron sus escuadrones de ambas partes, y animaron sus soldados á la batalla.....

Luego con gran brio y alegria arremetieron á los enemigos: hirieron en ellos con tan gran denuedo, que, sin poder sufrir este primer ímpetu, en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algun tanto, mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey D. Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos mas fueron los que perecieron en el alcance: de los cristianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles catorce dias de marzo del año mil y trescientos y sesenta y nueve. D. Enrique, visto cómo D. Pedro se encerró en la villa, á la hora le hizo cerca de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenian les dañó de industria (á lo que parece) algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco.

D. Pedro entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podrian huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara; decíase Men Rodriguez de Sanabria: por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos, y doscientas mil doblas castellanas, á tal que, dejando á D. Enrique, le favoreciese y pusiese en salvo. Extrañó esto Beltran: decia que si tal consintiese, incurriria en perpétua infamia de fementido y traidor; mas como Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en

tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba, le aconsejaron que contase á D. Enrique todo lo que en este caso pasaba: tomó su consejo. D. Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió á que con trato doble hiciese venir á D. Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba; concertaron la noche: salió D. Pedro de Montiel, armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban: entró en la estancia de Beltran Claquin, con mas miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenia, dicen se le aumentó un letrero que leyó poco antes, escrito en la pared de la torre del homenaje del castillo de Montiel que contenia estas palabras: *Esta es la torre de la Estrella*. Ca ciertos astrólogos le pronosticaran que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos cuán grande vanidad sea la de estos adevinos, y cómo despues de acontecidas las cosas, se suelen fingir semejantes consejas

Entrado pues D. Pedro en la tienda de D. Beltran, díjole que ya era tiempo que se fuesen: en esto entró D. Enrique armado: como vió D. Pedro su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado: la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se verian. No es menos sino que los que se hallaron presentes entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero francés dijo á D. Enrique, señalando con la mano á D. Pedro, mirad que ese es vuestro enemigo. D. Pedro con aquella natural ferocidad que tenia, respondió dos veces: *yo soy, yo soy*. Entonces D. Enrique sacó su daga, y dióle una herida con ella en el rostro: vinieron luego á los brazos, cayeron ambos en el suelo: dicen que D. Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas con que le acabó de matar: cosa que pone grima: un rey, hijo, nieto de reyes, revolcado en susangre, derramada por la mano de un su hermano bastardo. ¡Estraña hazaña! = EL MISMO.

TOMA DE TUNEZ POR CARLOS V.

EL Marqués del Vasto quiso su Majestad del emperador que aquel dia hiciese el oficio de capitán general; y así acetó el encargo que el César le dió, tomando para sí la avanguardia con los italianos á la mano izquierda, y con los españoles á la derecha. Barbaroja, que supo de sus corredores como nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleases (1) tenia ya dicho que haria. Salió al campo y púsose en órden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia.

Tenia Barbaroja bien cien mil hombres; y cuando los nuestros llegaron á vista de su campo, comenzó á disparar de su artillería, pero sin fruto ninguno. Venia mas atrás la nuestra, y por eso no se pudo jugar: y porque el camino era arenoso, y la llevaban en carros ó en hombros de esclavos, no se podia mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos, que cada momento de dilacion se les hacia un año. A esta causa le pareció al marqués que no debia dilatar mas el rompimiento, ni servirse aquel dia de las culebrinas, sino arremeter luego, porque los suyos no se enfriasen, ó los turcos cobrasen ánimo con pensar que los nuestros se detenian en miedo. Con esta determinacion acudió el marqués á su Majestad que andaba entre los delanteros, discurrendo de una parte á otra, exhortando y animando á todos, y dijole estas palabras: si á vuestra Majestad le pareciese, yo no esperaria hoy artillería, sino tocaria luego arma. Respondió entonces el César: tambien me parece á mí eso: mas yo no lo puedo mandar; vos que podeis, hacedlo, pues es hoy vuestro dia. Respondió el marqués con rostro alegre: bien me parece, señor, que haya vuestra Majestad querido echarme á cuestras esta carga. Y pues así es, yo quiero usar mi oficio: y ante todas cosas mando á vuestra Majestad que luego se vaya á su puesto, y se ponga en su batalla con el estandarte, no sea nuestra mala suerte que se desmande algun arcabuz, y peligre vuestra perso-

(1) Rey de Tunez, desposeido por Barbaroja: iba en el campo del emperador.

na para total perdicion del mundo. Hinchóse el César de alegría cuando oyó tan cortesananas palabras, y volvió luego las riendas al caballo, diciendo: pláceme por cierto de obedecer lo que mandais, aunque no habia de qué temer, que pues nunca emperador murió tal muerte como esa, no es de creer que la moriré yo. No hubo bien su Majestad llegado á su puesto, cuando luego sin mas detenimiento se dió señal de arremeter. Fue tanta la priesa y el ánimo con que se hizo el primer acometimiento, que aunque D. Hernando de Gonzaga con una banda de caballos ligeros fue el primero que vino á las manos con el enemigo, y mató un capitan y trescientos á cuatrocientos moros, casi á la par llegaron los escuadrones de infantería. Fue tal el primer acometimiento, que los alárabes volvieron luego las espaldas: y Barbaroja con sus siete mil turcos se metió huyendo dentro de la ciudad, y cerró las puertas á gran priesa. El César, como vió tan presto desembarazado el campo, fue á ponerse en los mismos alojamientos donde Barbaroja tenia sus gentes, con propósito de batir el muro y ganar la ciudad por fuerza. Luego en entrando en la ciudad, Barbaroja, como iba rabiando y medio loco de coraje, dijo que le trajesen todos los cautivos cristianos que estaban en las mazmorras de la fortaleza, que los queria matar. Estorbóselo Sinan, judio, pareciéndole bajeza muy grande matar á quien no podia ofender. Supieron esta determinacion de Barbaroja dos renegados cristianos, Francisco Batarío, que se llamaba Yafaraguas, y Francisco de Medillin, español, que se decia Memin. Estos dos, que con ser renegados no tenían olvidado el amor de su ley, avisaron á los cautivos, que pasaban de seis mil, de lo que pasaba, y de cómo se trataba de maltratarlos; y con las llaves que pudieron hallar abrieron las mazmorras, y ayudaron á quebrar de las prisiones, y los sacaron á todos fuera desnudos y maltratados. Así como estaban abrieron las puertas de la fortaleza, y con piedras y palos y con lo que pudieron hallar á mano, mataron algunos turcos: tornáronse luego á meter en la fortaleza, y con la mesma furia acudieron á la sala de las armas: y en un momento se armaron todos y se pusieron en órden, y comenzaron á hacer ahumadas en señal de la victoria, para que los nuestros supiesen que estaba

por ellos la fortaleza. El emperador y todos, aunque veian las ahumadas, no entendian qué podria ser, hasta que de algunos que salian de la ciudad, y se pasaban al campo de Muleases, se vino á saber la verdad. Barbaroja como vió la fortaleza perdida quiso matar á Sinan, porque no le dejó hacer lo que queria de los cautivos. Acudió á la fortaleza pensando que por halagos y buenas razones le abririan, y respondiéronle con piedras y lanzas. Con lo cual acabó de perder de todo punto la esperanza de poderse defender; y tomando consigo todos los turcos, dió con ellos y con todo lo que pudo llevar de sus tesoros en Bona, porque allí tenia catorce galeras de respeto, para si se viese en alguna necesidad. No fue bien salido Barbaroja de la ciudad, cuando salieron della los magistrados con el mesnar á entregar á su Majestad las llaves, suplicando no permitiese que fuesen saqueados, pues se venian á dar de su buena voluntad lo mas presto que habian podido; pedia lo mismo Muleases. Bien quisiera su Majestad poderlo hacer sin que su gente se resabiara; pero no se osó determinar á prometerlo, porque non sin razon se receló algun notable desabrimiento, y tambien porque los de Tunez no merecian que se usase con ellos de tanta humanidad, pues no habian acudido á tiempo, sino cuando ya no tenian remedio ninguno mas que rendirse.

GONZALO DE ILLESCAS, *Rend. de Tunez*,

D. FERNANDO VALOR ES ELEGIDO REY POR LOS MORISCOS.

ERA D. Fernando de Valor descendiente del linaje de Aben Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijo de su hija, que en tiempos antiguos tuvieron el reino de Córdoba y el de Andalucía: rico de rentas, collado y ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En este pusieron los ojos, así porque los movió la hacienda, el linaje, la autoridad del tio; como porque habia vengado la ofensa del padre matando secretamente uno de los acusadores y parte de los testigos. Desta resolucion aunque no tan particular, hubo noticia y fue el rey (Felipe II) avisado; pero estaba el negocio cierto, y el tiempo en duda: y como suele acontecer á las provisiones en que se

junta la dificultad con el temor, cada uno de los consejeros era en que se atajase con mayor poder; pero juntos juzgaban ser el remedio fácil y las fuerzas de los ministros bastantes, el dinero poco necesario porque habia de salir del mismo negocio, y menospreciaban esto encareciendo el remedio de mayores cosas: porque los estados de Flandes, desasosegados por el príncipe de Orange, eran recién pacificados por el duque de Alba..... Esto dió á los enemigos mayor avilanteza, y á nosotros causa de dilacion. Comenzaron á juntar mas al descubierto gente de todas maneras. Si hombre ocioso habia perdido su hacienda, malbaratándola por redimir delitos; si homicida salteador, ó condenado en juicio, ó que temiese por culpas que lo seria; los que se mantenian de perjuros, robos, muertes, los que la maldad, la pobreza, los delitos tenian desasosegados, fueron autores ó ministros desta rebelion. Si alguno bueno habia y fuera de semejantes vicios; con el ejemplo y conversacion de los malos brevemente se tornaba como ellos: porque cuando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, mas desenfrenados son en las maldades que los peores. En fin, el temor de que eran descubiertos, y seria prevenida su determinacion con el castigo, movió á los que gobernaban el negocio, y entre ellos á D. Fernando el Zagüer, á pensar en algun caso con que obligasen y necesitasen al pueblo á salir de tibieza, y tomar las armas.

MENDOZA, *Guerra de los moriscos.*

CRUELDADES DE LOS MORISCOS DE LAS ALPUJARRAS.

DENDE á pocos dias (Aben Humeya) mandó matar al suegro y dos cuñados, porque no quisieron tomar su ley. Dejó la mujer, perdonó la suegra porque la habia parido: y quiso gracias por ello como piadoso. Comenzaron por el Alpujarra, rio de Almería, Boludui y otras partes á perseguir á los cristianos viejos, profanar y quemar iglesias con el sacramento, martirizar religiosos y cristianos, que, ó por ser contrarios á su ley, ó por haberlos doctrinado á la nuestra, ó por haberlos ofendido les eran odiosos. En Guercija, lugar del rio de Almería, quemaron por voto un convento de frailes agustinos que se recogieron á la torre,

echándole por un horado de lo alto aceite hirviendo, sirviéndose de la abundancia que Dios les dió en aquella tierra para ahogar sus frailes. Inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mayrena hinchieron de pólvora, y pusieronle fuego: al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugaronle á las saetadas: á otros lo mismo dejándoles morir de hambre. Cortaron á otros miembros: á quién apedrearon, á quién acañaverearon, deshollaron, despeñaron. A los hijos de Arze, alcaide de la Peza, uno degollaron y otro crucificaron, azotándole é hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo y mostró contentarse de la muerte conforme á la de nuestro Redentor, aunque en la vida fue todo al contrario: y murió confortando al hermano que descabezaron. Estas crueldades hicieron, los ofendidos por vengarse; los monjes, por costumbre convertida en naturaleza. Las cabezas ó las persuadian ó las consentian: los justificados las miraban ó loaban, por tener al pueblo mas culpado, mas obligado, mas desconfiado, y sin esperanza de perdon: permitíalo el nuevo rey, y á veces lo mandaba. Fué gran testimonio de nuestra fé, y de compararse con la del tiempo de los Apóstoles, que en tanto número de gente como murió á manos de infieles, ninguno hubo (aunque todos ó los mas fuesen requeridos, y persuadidos con seguridad, autoridad y riquezas, y amenazados y puestas las amenazas en obra) que quisiese renegar; antes con humildad y paciencia cristiana las madres confortaban á los hijos, los niños á las madres, los sacerdotes al pueblo, y los mas distraídos se ofrecían con mas voluntad al martirio.

EL MISMO, *ibid.*

ROGER DE FLOR ES ELEGIDO GENERAL.

Con acuerdo comun fue nombrado por general Roger de Flor, vice-almirante, poderoso en la mar, valiente y estimado soldado, práctico y bien afortunado marinero..... Ya habia comenzado á ser conocido y temido en todo el mar de Levante; al tiempo que Tolemayda se rindió á las armas de Melech Taseraf, sultán de Egipto, era uno de los que asistian á un convento del Temple; y viendo que la ciudad no se podia defender, recogió

muchos cristianos en un navío, con la hacienda que pudieron escapar de la crueldad y furia de los bárbaros.

No le faltaron á Roger enemigos de su misma religion, que envidiosos de sus buenos sucesos, le descompusieron con su maestre haciéndole cargo que se habia aprovechado por caminos no debidos á su profesion, y defraudado los derechos comunes, y alzándose con todos los despojos que sacó de Acre: que como ya esta célebre y famosa religion se hallaba en su última vejez y cerca de su fin, sus partes se habian enflaquecido con los vicios de la mucha edad y tiempo. La envidia, la avaricia y ambicion habian ocupado sus ánimos, en lugar del antiguo valor y de la mucha conformidad y piedad cristiana que los hizo tan estimados y venerados en todas las provincias.

Quiso el maestre con esta primera acusacion prendelle; pero Roger tuvo alguna noticia de estos intentos: y conociendo la codicia de su cabeza y ruindad de sus hermanos, no le pareció aguardar en Marsella donde á la sazón se hallaba, sino retirarse á lugar mas seguro y dar tiempo á que la falsa y siniestra acusacion se desvaneciese. Retiróse á Génova donde ayudado de sus amigos y particularmente de Ticin de Oria, armó una galera y con ella fue á Nápoles y ofrecióse al servicio de Roberto, duque de Calabria, á tiempo que se prevenia y armaba para la guerra contra D. Fadrique. Hizo Roberto poco caso de su ofrecimiento y del ánimo con que se le ofrecia juzgándole por tan corto como el socorro.

Obligó á Roger este desprecio á que se fuese á servir á D. Fadrique su enemigo, de quien fué admitido con muchas muestras de amor y agradecimiento: efectos no solo de su ánimo y condicion apacible para con los soldados, pero de la fuerza de la necesidad de la guerra; porque no fuera cordura desechar al que voluntariamente ofrece su servicio en tiempos tan apretados como en los que corren riesgo la vida y la libertad, y cuando se apartan los mayores amigos y obligados.

MONCADA, *Esped. de catal. y arag.*

TRAGICA MUERTE QUE TUVO ROGER DE FLOR.

LLAMADO Roger de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni advertido le temió. Muchas veces por mas avisos que un hombre tenga, no puede escapar de la muerte y fines desastrados, y aunque Dios nos advierta con señales manifiestas y claras, puede tanto una loca confianza, que nos quita el discurso porque no veamos los peligros donde está determinado nuestro fin y castigo. En este caso de Roger, ni su buen discurso, ni el conocimiento grande de la naturaleza de los griegos, ni los avisos de su muger, ni los ruegos de los suyos pudieron detenerle para que voluntariamente no se entregase á la muerte.

Comiendo, pues, con el emperador Miguel y la emperatriz Maria, gozando de la honra que sus príncipes le hacian, entraron en la pieza George, Alano y Gregorio. El primero cerró con Roger, y despues de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del príncipe, que se presumia habia de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida á un capitan amigo y de tantos y tan señalados servicios, huesped suyo, pariente suyo, y como tal honrado en su casa en su mesa y en su presencia.

No se pudieron juntar á mi parecer mayores circunstancias para acrecentar la infamia de este caso: hecho por cierto indigno de lo que tiene nombre y obligaciones del príncipe, que las mas principales son las que mas se apartan de parecer ingrato y cruel. Aunque es verdad que los príncipes raras veces se reconocen por obligados, y aun cuando se reconocen por tales, aborrecen la persona de quien les tiene obligados; por esto no llega á tanto, que perdiendo de todo punto el miedo á la fama, descubiertamente la acaben y destruyan. Lo cierto es que comunmente puede mas en un príncipe un pequeño disgusto para castigar, que grandes y señalados servicios para perdonar ó disimular algunas ofensas de poca ó ninguna consideracion. Pero ¿qué maldad hay que no cometa un príncipe injusto, si se le antoja que importa para su conservacion? Porque el juicio y castigo de Dios, á quien solo se sujetan y temen, le miran tan lejos que

apenas le descubren: no acordándose por cuán flacos medios vienen tambien á ser castigados, pues la mano de un hombre resuelto suele quitar reinos y vidas.

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor á los treinta y siete años; hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos y desdichado, con sus amigos, porque los unos le hicieron señalado y famoso capitán, y los otros le quitaron la vida. Fue de semblante áspero, de corazón ardiente, y diligentísimo en ejecutar lo que determinaba, magnífico y liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente. =EL MISMO, *ibid.*

PRESAGIOS DE LA RUINA DEL IMPERIO MEJICANO.

LUEGO que se tuvo en Méjico noticia de los españoles, cuando el año antes arribó á sus costas Juan de Grijalva, empezaron á verse en aquella tierra diferentes prodigios, y señales de grande asombro, que pusieron á Motezúma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Duró muchos dias un cometa espantoso de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche, caminaba lentamente hasta lo mas alto del cielo, donde se deshacia con la presencia del sol.

Vióse despues en medio del dia salir por el Poniente otro cometa ó exhalacion á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velocísimamente hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas que se desvanecian en el aire.

La gran laguna de Méjico rompió sus márgenes, salió impetuosamente á inundar la tierra, llevando tras sí algunos edificios, con un género de ondas que parecia hervores, sin que hubiese avenida ó temporal á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el origen ó la causa del incendio, ni medio con que apagarle, se vieron arder hasta las piedras, y quedó todo reducido á pocas mas que ceniza. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas, que pronosticaban el fin de aquella monarquía; y so-

naba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos, pronunciando en ellos el demonio lo que pudo conjeturar de las causas naturales que andaban movidas, ó lo que entenderia quizá el autor de la naturaleza que algunas veces le atormenta con hacerle instrumento de la verdad. Trajéronse á la presencia del rey diferentes mónstruos de horrible y nunca vista deformidad, que á su parecer contenian significacion y denotaban grandes infortunios; y si se llamaron mónstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad que les puso este nombre, no era mucho que tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban junta la ignorancia y la supersticion. Dos casos muy notables refieren las historias, que acabaron de turbar el ánimo de Motezuma, y no son para omitidos, puesto que no los desestiman el Padre José de Acosta, Juan Botero y otros escritores de juicio y autoridad. Cogieron unos pescadores, cerca de la laguna de Méjico, un pájaro monstruoso de extraordinaria hechura y tamaño y dando estimacion á la novedad, se le presentaron al rey. Era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Motezuma, y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya obscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados que volvió los ojos al sol, como quien no acababa de creer el dia; y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada que venia de la parte del Oriente, haciendo grandes estragos en los de su nacion. Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y el ave estuvo inmóvil, hasta que muchos de ellos hicieron la misma experiencia; pero luego se les fue, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agujero en el asombro de la fuga. = *Solis, Conq. de Méj.*

BATALLA DE OTUMBA.

Al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas; que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma, una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios colores, que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones, y hallándolos mas cerca de la ira, que de la turbacion: «llegó el caso, dijo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.» Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion. Apellidando como solia unas veces á Santiago, y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda, para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer

avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera que mataban con eleccion, buscando á los que parecian capitanes. Pero los indios peleaban con obstinacion, acudiendo menos unidos que apretados, á llenar el puesto de los que morian, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de fresco. Retirábase al parecer todo el ejército, cuando cerraban los caballos y salian á la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo, socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando con su lanza el terror y el estrago del enemigo: pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse, ó salir al camino, le socorrió, en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los mejicanos, que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias, ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóval de Olid y Alonso Dávila, para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demas que asistian á su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecia mas flaca; ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solian el choque de los caballos, y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y

desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar, sin detenerse al paraje en que asistia el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el capitan general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habiéndole ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte que puso luego en manos de Cortés.....

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demas insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército, corriendo despavoridos á guarecerse en los bosques y maizales. Cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen á juntar, y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas, le rompió la primera túnica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusion. Dejóse á los soldados el despojo, y fue considerable; porque los mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por mayor en semejantes casos, y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido hallará menos disonancia en la desproporcion del primer número. = EL MISMO, *ibid.*

HEROICIDAD DE GUZMAN EL BUENO EN TARIFA.

ENTRE los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse el infante D. Juan, uno de los hermanos del rey (1); inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fue siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamas en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del ódio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision, á que le condenó en Alfaro, cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á D. Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos Aben Jacob, que pensaba entonces hacer la guerra al rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fue desechada con indignacion. Atácanla despues con todos los artificios bélicos, que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que

(1) Sucedió el heróico lance que aquí se refiere en el reinado de D. Sancho el IV, llamado el *Bravo*, en los últimos años del siglo decimotercio, poco despues de la guerra civil que suscitó contra su padre D. Alonso el *Sabio*.

pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro, descercarian la villa. «*Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria.*» Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inícuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, le llevó al Africa, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver el hijo, al oír sus gemidos y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fé jurada al rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. «No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si D. Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza, y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.» Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo, y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entretanto el infante, de-

esperado y rabioso hizo degollarla víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro, prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de dónde nacia, volvió á la mesa diciendo: «cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.» De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco que habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oídos del rey, enfermó á la sazón en Alcalá de Henares; desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir á buscarle en persona por su dolencia. =D. MANUEL JOSÉ QUINTANA, *Vidas de españoles célebres*.

BATALLA DE DON QUIJOTE CON LOS MOLINOS DE VIENTO.

(EN FORMA DIALOGADA.)

EN esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento, que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió, dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas: con cuyos despojos empezaremos á enriquecer, que esta es buena guerra y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos casi de dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento; y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas que volteadas de viento hacen andar la piedra del mo-

lino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y despues de esto dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver aunque estaba ya cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: non fuyades cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse entonces un poco de viento y las aspas comenzaron á moverse: lo cual visto por D. Quijote dijo: Pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa; la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y caballero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno; y cuando llegó halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válgame Dios! dijo Sancho; ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote: que las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á continua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es así verdad, que aquel sábio Freston que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento, tal es la enemistad que me tiene: mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar tornó á subir sobre su Rocinante que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino de puerto Lápice. =CERVANTES, *D. Quij.*

LA CAZA DE MONTERIA.

HABIENDO dado orden á los criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores, como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á D. Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas; y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia, armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y D. Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafren, aunque el duque no queria consentirlo, y finalmente llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la duquesa, y con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos javalíes. Apeóse asimesmo el duque y D. Quijote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rucio á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desman, y apenas habian sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venia un desmesurado javalí, crugiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, abrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle D. Quijote: lo mesmo hizo el duque con su venablo; pero á todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo y procurando subirse sobre una alta

encina, no fue posible; antes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fue tan corto de ventura y tan desgraciado que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así y que el sayo verde se le rasgaba, pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante, y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vió pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio ni al rucio sin ver á Sancho; tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quijote y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al javalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de victoriosos despojos, á unas tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas donde hallaron las mesas en órden; y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. =EL MISMO, *ibid.*

BURLA HECHA POR UNA GITANA A UN GORRERO.

LA abuela dijo que no podía ir á Sevilla ni á sus contornos á causa que los años pasados habia hecho una burla en Sevilla á un gorrero llamado Trujillos, muy conocido en ella, al cual le habia hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de ciprés, esperando el filo de la media noche, para salir á cavar y sacar un gran tesoro que ella le habia hecho creer que estaba en cier-

ta parte de su casa: dijo que como oyó el buen gorrero tocar á maitines, por no perder la coyuntura, se dió tanta prisa á salir de la tinaja, que dió con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes, derramándose el agua, y él quedó nadando en ella y dando voces que se anegaba: acudieron al momento su mujer y sus vecinos con lueces, y halláronle haciendo afectos de nadador; soplando y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando los brazos y las piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces: «Socorro, señores, que me ahogo:» tal le tenia el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba: abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la gitana, y con todo eso, cavó en la parte señalada mas de un estado de hondo, á pesar de todos cuantos le decian que era embuste mio; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrambas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera: súpose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo, y contaban su credulidad y mi embuste. = EL MISMO, en la Gitanilla.

CUADROS Y PINTURAS.

PRECEPTOS DEL GENERO.

NUNCA se graban mas profundamente los pensamientos en el ánimo que cuando revestidos de la forma de imágenes, afectan nuestra imaginacion y por ella nuestros sentidos, de modo que parece que los vemos, oímos y tocamos. Entonces la idea mas abstracta se convierte en una sensacion y la vaguedad del pensamiento se fija por un tipo sensible que lo representa. No es extraño pues que se perciba con mas claridad, con mas energía y por consiguiente con mas placer.

De aquí se infiere que el colorido que presta la imaginacion al estilo no sirve solo para su ornato y embellecimiento: añade tambien muchos grados á la claridad y al vigor: de modo que las figuras de imaginacion, esto es, las formas que damos á las ideas para expresarlas de un modo mas sensible, nos agradan mas por cuanto son mas bellas y por cuanto las presentan mas claras y mas perceptibles á nuestro entendimiento.....

La primera de estas figuras es la *imagen*, ó el simulacro que se forme con palabras de un objeto, de modo que se entretalle, por decirlo así, tome cuerpo y movimiento, y se presente á la fantasia y á los sentidos. El uso de las imágenes es muy comun en los poetas, como quiera que á ellos principalmente les pertenece de derecho el conmover la imaginacion. Al orador le es permitido, mas no siempre á no ser que el grado de exaltacion lo disculpe. Igualmente el historiador las emplea cuando quiere dar viveza á un cuadro interesante. La pintura de Lucrecia dándose la muerte, y de Bruto, sacando el puñal de su pecho, y poniéndolo á la vista de todos manando sangre, está llena de viveza y verdad en Tito Livio, igualmente que en Ciceron la de Verres complaciéndose en el suplicio de Gavio..... En esta linea puede servir de modelo el cuadro que forma Virgilio de Dido moribunda. =LISTA, *Ensayos literarios*.

La imagen es el velo material de una idea: la descripcion y el cuadro (pintura) son por lo regular el espejo del objeto. La descripcion se diferencia del cuadro, en que este no tiene mas que un momento y un lugar fijo: aquella puede ser una continuacion del cuadro ó un tejido de imágenes, y aun la imagen puede formar un cuadro.—La muerte de Laocoon en la Eneida es un cuadro: el incendio de Troya una descripcion.—Los cuadros se forman con rasgos generales; las descripciones con circunstancias bien escogidas. =*Doctrinas* de MARMONTEL.

LA AURORA.

EN esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la enhorabuena y saludaban á la fresca aurora que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljofar, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las flores, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.—CERVANTES *en D. Quijote.*

 NACIMIENTO DEL SOL.

ENTONCES la luz, como viene despues de las tinieblas y se halla como despues de haber sido perdida; parece ser otra cosa y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría: y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay, sino que suena entonces mas dulcemente? ¿Y las flores y las yerbas y el campo todo despide de sí un tesoro de olor? Y como, cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas: así los animales, y la tierra y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermocean y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos; así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas. Porque, no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos: porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazon

el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo. Pues el frescor del aire de entonces templá con gran deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazón; y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día.

P. M. LEON, *Perfecta casada*.

EL FIRMAMENTO EN UNA NOCHE SERENA.

PARA VER en este espejo la grandeza, la sabiduría y aun la hermosura del Criador, no es menester mirarle como le mira el contemplativo en los raptos de la oración, y mucho menos como le registra el filósofo, examinando sus maravillas en su estudioso retiro; basta verle como le ve el mas sencillo y rústico aldeano, ó la mas ignorante pastorcilla en cualquiera tiempo; pero con mucha especialidad en una noche serena, clara y limpia de la primavera ó del estío. Este es un objeto que me llena el corazón de un suavísimo deleite.

¡Qué espectáculo tan ilustre, tan magnífico, tan hermoso! ¡Cuánta copia de luces, y qué brillantes en ese espacioso campo del firmamento! Y el mismo campo, ¡qué agradable por aquel hechicero color azul, verdaderamente celeste, de que todo él está vestido! ¡Qué comparación tienen con aquella tela, y con aquellos brillantes sobrepuestos, las galas con que se adornan las mayores princesas de la tierra, no siendo la vestidura que las cubre, mas que un áspero tejido, y sus ponderados diamantes, chinas robadas á una peña? Allí miro la luna, y parece está en el goce de toda su plenitud. ¡Qué rueda tan vistosa! ¡Qué candor tan amable! ¡Qué resplandor tan benigno! ¡Con qué majestad tan agradable se pasea por aquel círculo asignado á su movimiento! Hacia aquella parte se me presenta una prolongada faja como de color de leche, esta debe de ser la que llaman *via láctea* los astrónomos. También imita, aunque débilmente, la luz de los astros, y acaso no es otra cosa que una colección de astros menores, ó estrellas, que se representan mas pequeñas, por ser mayor la distancia. Así lo conjeturo, porque también en la multitud de esotras, que sin disimular que son estre-

llas, están derramadas por tan dilatados espacios, observo bastante desigualdad, así en la magnitud como en la brillantez. Pero esa misma disminucion de luz, en algunas partes aumenta con su hermosa variedad el lucimiento del todo. ¡Válgame Dios! ¡Qué grande será el que fabricó un cielo tan grande! ¡Qué hermoso será el que hizo tantos luminares tan hermosos!

P. FEIJOO, *Cart. erud.*

MISERIA DE LA VIDA HUMANA.

SUELEN quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad; pero quien bien considerare los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, veremos los cielos hechos moradas de espiritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, donde ni hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; mas antes todo lo que en el cielo hay persevera en un ser constante y libre de mudanza. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad, entre las bestias, cubierta de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas.....

A los otros animales, si naturaleza no los apartó á mejores lugares, armólos á lo menos contra los peligros de este suelo..... Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños: perezosos en huir, y desarmados para esperar; y aun sobre todo esto, naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho; y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud..... ¿Qué diré de la mísera composicion y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué diré si no que fuimos con tanto artificio hechos porque tuviésemos mas partes de poder ser ofendidos? Y aun en esta miserable con-

dicion que pudimos alcanzar, vivimos por fuerza; pues comemos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y fuerza, porque nos lo dé: vestimos por fuerza que á los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y pieles, robándoles su vestido: cubrimonos de los frios y las tempestades con fuerza que hacemos á las plantas y á las piedras sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana: ni podemos nosotros vivir, sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza..... Luego viene la vejez, do en el hombre comienzan á hacerse los aparejos de la muerte. Entonces el calor se resfria, las fuerzas le desamparan, los dientes se le caen como poco necesarios, la carne se le enjuga, y las otras cosas se le van parando tales, cuales han de estar en la sepultura, hasta que al fin viene volando con alas á quitarle de sus dulces miserias: y aun allí en la despedida le afligen nuevos males y tormentos. Allí vienen los dolores crueles, allí turbaciones, allí le vienen suspiros con que mira la lumbre del cielo, que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba, acordándose del eterno apartamiento que de ellas ha de tener, hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables, en que el alma los deja, retraida á despedirse del seso y el corazon, y las otras partes principales, do en secreto solia ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida estremeciendo el cuerpo, y á veces poniéndole en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y el temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la deshace de las entrañas. Así fenece el miserable hombre. = PEREZ OLIVA, *Diálogo de la dignidad del hombre*.

VANIDAD DEL MUNDO.

VANIDAD de vanidades, y todo es vanidad, dice el sabio. Vi todo lo que se hace debajo del sol, y todo era vanidad. Con razon este mundo en la Escritura es llamado hipócrita, pues, teniendo buena apariencia, es de dentro lleno de corrupcion y

vanidad. En estos bienes sensibles parece bueno; siendo segun verdad, lleno de falsedad y mentira.

No pongas en su amor fija el áncora de tu corazon. Las verdes cañas alegran la vista, y los ojos se deleitan en su frescura y muestra de fuera; pero si las quiebras, hallarás dentro ser huecas y vanas. No te engañe el mundo, ni se ceben tus ojos de esa verdura y hermosura que parece, porque, cierto, si quieres considerar lo que debajo está escondido, hallarás que es todo vanidad. Si el mundo con el cuchillo de la verdad fuere abierto, seria visto ser falso y vano. Porque, cuanto hay en él, es pasado, presente, ó futuro. Lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es instable y momentáneo. Vanidad es esperar en él; y vanidad muy grande hacer caso de sus favores. Vanidad desear sus honras; y mayor vanidad amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios; y vanidad es por cierto tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas humanas... Pasan los dias de la vida sin los echar de ver, andando la muerte en el alcance. ¿Qué tienes de cuanto has hecho? En los amigos no hallaste amistad: en aquellos á quien hiciste bien, hallaste ingratitude; y en los hombres muchos engaños y cumplimientos. Pues mira cómo has perdido cuanto has hecho. Ese poco conocimiento de los hombres, y todas las cosas de que te quejas, te están diciendo: que á solo Dios debes amar y servir. Permite el Señor, para tu provecho, que halles desagradecimiento en el mundo, porque te vuelvas á solo él..... Si muy bien consideras la ingratitude de los hombres, y que gastaste lo mejor de tu vida en los contentar; llorarás por el tiempo pasado, y procurarás de servir á tu Criador en el tiempo porvenir.

P. ESTELLA.

LA CORRUPCION DEL SIGLO.

VEO todas las criaturas ordinarisimamente vivir en aquellas leyes que natura les puso al tiempo de su creacion, y que derechamente, cada una en su especie, corren á su fin para que fueron criadas. Solo al hombre veo tan desconcertado, tan desva-

riado y olvidado de sí, que me parece que no fue criado para bien ninguno. Porque veo lo primero que los que son puestos para dar lumbre al mundo por vida y ejemplo y para enseñar á los que desatinados van fuera de camino, estos son en nuestros tiempos los mas ignorantes, los mas torpes y los que mas inhábiles para mundanos ejercicios se hallan..... ¿Quién nos enseña quebrantar lo que mandan que hagamos si no ellos? ¿A dónde la hipocresía tiene casa cierta si no en ellos? ¿A dónde es la pérdida de devocion? ¿Qué género de personas funda mas vanidad en sus negocios que ellos? ¿A dónde se esfuerzan mas los temerarios favores? ¿Quién mas usa dar maleficios por beneficios que ellos?

Pues si destotro lado me revuelvo, veo el mundo lleno de engaño muy disimulado en los seglares. Veo la amistad fingida, la triste envidia muy arraigada, veo que ya no es tenido por sabio, sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia, que todos van bordados de lisonjas, todos llenos de miedos y temores, todos llenos de esperanzas vanas y quiméricas imaginaciones. Veo las maliciosas persecuciones entre estos, los desfavores excesivos, las burlas deshonestas, los desgaires fuera de medida, la avaricia muy encumbrada, la vanagloria y jactancia muy suntuosa, los ladrones muy honrados y acompañados. Veo las ignorancias en el poner de las leyes, y los hacedores dellas ser los primeros transgresores. Veo el robo y garcisobaco asentados ocupando el tribunal de la justicia. Veo que todo el derecho está en las armas, que el que tiene puede, y el que puede manda. Veo mas, que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas. Veo asimismo todos los estados revueltos, ninguno contento con lo que tiene, lo que unos alaban, de otros es muy vituperado: lo que unos tienen por santidad, otros tienen por supersticion: lo que unos afirman por verdadero, otros tienen por falso; lo que unos tienen por lícito y honesto, otros tienen por deshonesto. Veo todo este género lleno de abominaciones, todo lleno de maldades, todo lleno de fé rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.

LUIS MEJÍA, *Apólogo de la ociosidad y el trabajo.*

LA TEMPESTAD EN EL MAR.

CAMBIÁNDOSE el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un mismo tiempo los cogió la turbacion y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, sino para escusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religion, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo y por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos; ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitan, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegarias y votos que hacian y á los cielos se enviaban. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde esta-

ban: todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo ple-garias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las mas altas gavias, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le pueden suceder á un bajel: finalmente combatida de un huracan furioso, como si se volviera con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban.

CERVANTES, *Pérsiles y Sigism.*

LA CAUTIVIDAD DEL PUEBLO HEBREO.

¡QUIÉN vió salir de Jerusalem al pueblo de los judíos! ¡Quién vió llevar á Babilonia los pocos que habian quedado vivos, y escapados de las llamas que abrasaron aquel famoso templo, y soberbias torres, y suntuosas casas de aquella miserable ciudad, ejemplo del furor y saña del airado Dios del cielo! Iban atadas las manos blandas de las doncellas tiernas, hinchadas con los ásperos y apretados ñudos de los cordeles; descalzos los delicados pies, regando con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia. Los inocentes niños, asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor, y á quedar tendidos en aquellos campos, para ser comidos de las fieras y de los perros. Los viejos ancianos, reservados por algun hado cruel para ver tan desastrosos casos, iban atadas las sagradas gargantas, ahogados del dolor, dando mortales suspiros. Quedaban degollados los más valientes, y toda la flor y fuerza de su ejército; y los sacerdotes muertos, porque en medio de las sagradas víctimas que ofrecian á Dios en su santo templo, llegando á deshora el bárbaro ene-

migo, no respetando al cielo ni á las venerables canas, ni á las consagradas estolas con que estaban adornados, los degollaban entre los sacrificios; y salia la sangre justa á mezclarse con la de los novillos, que sacrificaban para aplacar la gran majestad de Dios airado. Iban, pues, cautivos aquellos desdichados; y puesto que con el miedo que llevaban, no osaban hablar palabra (porque ni aun para quejarse se les daba licencia) á lo menos los ojos, que como tan libres no podian ser impedidos, hacian su oficio derramando lágrimas, y regando con ellas los caminos y campos por donde pasaban.

MALON DE CHAIDE, *Tratado de la Magdalena.*

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

CUANDO la Virgen le tuvo en sus brazos ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡O ángeles de la paz! Llorad con esta sagrada Virgen. Llorad cielos y llorad estrellas del cielo: y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la madre con el cuerpo despedazado: apriétalo estrechamente entre sus pechos; para esto solo le quedaban fuerzas. Mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza: júntase rostro con rostro: tíñese la cara de la sacratísima madre con la sangre del hijo, y riégase la del hijo con las lágrimas de la madre. ¡O dulce madre! ¿Es este por ventura vuestro dulcísimo hijo? ¿Es este el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿dónde está aquel espejo de hermosura en donde os mirábades?

Lloraban todos los que presentes estaban: lloraban aquellas santas mugeres: lloraban aquellos nobles varones: lloraba el cielo y la tierra y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su maestro decia: ¡O buen maestro y señor mio! ¿Quién me enseñará ya de aquí en adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? ¡Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dán-

dome alegría de vida ; y ahora te pago aquel tan grande beneficio , teniéndote en los míos muerto ! ¿ Este es el rostro que yo ví transfigurado en el monte Tabor ? ¿ Esta aquella figura mas clara que el sol de medio día ? Lloraba también aquella santa pecadora , y abrazada con los pies del Salvador , decia : ¡ O lumbre de mis ojos , y remedio de mi ánima ! Si me viere fatigada ¿ quién me recibirá ? ¿ Quién curará mis llagas ? ¿ Quién responderá por mí ? ¿ Quién me defenderá de los fariseos ? ¡ O cuán de otra manera tuve yo estos pies y los lavé , cuando en ellos me recibiste ! ¡ O amado de mis entrañas ! ¡ Quién me diese ahora que yo muriese contigo ! ¡ O vida de mi ánima ! ¿ Cómo puedo decir que te amo , pues estoy viva , teniéndote delante de mis ojos muerto ? De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía , regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.

P. GRANADA, *Sermones.*

ESTADO DE LA ESPAÑA AL ADVENIMIENTO DE DON RODRIGO.

TAL era el estado de las cosas de España á la sazón que Don Rodrigo , excluidos los hijos de Witiza , se encargó del reino de los godos por voto , como muchos sienten , de los grandes , que ni las voluntades se podían soldar por estar entre sí diferentes con las parcialidades y bandos , ni tenían fuerzas bastantes para contrastar á los enemigos de fuera.

Hallábanse faltos de amigos que los socorriesen , y ellos por sí mismos tenían los cuerpos flacos , los ánimos afeminados á causa de la soltura de su vida y costumbres.

Todo era convites , manjares delicados y vino , con que tenían estragadas las fuerzas , y con las deshonestidades de todo punto perdidas ; y á ejemplo de los principales , los mas del pueblo hacían una vida torpe é infame . Eran muy apropósito para levantar bullicios , para hacer fieros y desgarros ; pero muy inhábiles para acudir á las armas , y venir á las puñadas con los enemigos.

Finalmente , el imperio y señorío ganado por el valor y esfuerzo , se perdió por la abundancia y deleites que de ordinario le acompañan . Todo aquel vigor y esfuerzo con que tan gran-

des cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron y juntamente desbarataron toda la disciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo mas estragada que las costumbres de España, ni gente mas curiosa en buscar todo género de regalo.....

Tenia el nuevo rey partes aventajadas, y prendas de cuerpo y alma que daban claras virtudes: el cuerpo endurecido con los trabajos, acostumbrado al hambre, frio, y calor y falta de sueño. Era de corazon osado para acometer cualquier hazaña: grande su liberalidad y extraordinaria la destreza para granjear las voluntades, tratar y llevar á cabo negocios dificultosos.

Tal era antes que le entregasen el gobernalle: mas luego que le hicieron rey, se trocó, y afeó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios. En los que mas se señaló, fue en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades, y la imprudencia en todo lo que emprendia. Finalmente, fué mas semejante á Witiza, que á su padre ni á sus abuelos.

P. MARIANA, *Hist. de España.*

DE ESPAÑA CUANDO EMPEZÓ Á REINAR CARLOS I.

No padecian á este tiempo menos que Castilla los demas dominios de la corona de España, donde apenas hubo peña que no se moviese, ni parte donde no se temiese con alguna razon el desconcierto de todo el edificio.

Andalucia se hallaba oprimida y asustada con la guerra civil que ocasionó D. Pedro Giron para ocupar los estados del duque de Medinasidonia, cuya sucesion pretendia Doña Mencía de Guzman su muger; poniendo en el juicio de las armas la interpretacion de su derecho, y autorizando la violencia con el nombre de justicia.

En Navarra se volvieron á encender impetuosamente aquellas dos parcialidades beamontesa y agromontesa, que hicieron insigne su nombre á costa de su patria. Los beamonteses, que seguian la voz del rey de Castilla, trataban como defensa de la razon la ofensa de sus enemigos; y los agromonteses, que muerto Juan de Labrit y la reyna Doña Catalina, aclamaban al prin-

cipe de Bearne su hijo, fundaban su atrevimiento en las amenazas de la Francia; siendo unos y otros dificultosos de reducir, porque andaba en ambos partidos el odio envuelto en apariencias de fidelidad: y mal colocado el nombre de rey, servia de pretexto á la venganza y á la sedicion.

Cataluña y Valencia se abrasaban en la natural inclemencia de sus bandos, que no contentos con la jurisdiccion de la campaña, se apoderaban de los pueblos menores: y se hacian temer de las ciudades con tal insolencia y seguridad, que turbado el órden de la república, se escondian los magistrados, y se celebraba la atrocidad, tratándose como hazañas los delitos y con fama la miserable posteridad de los delincuentes.....

En Nápoles se oyeron con aplauso las primeras aclamaciones de la reina Doña Juana y del príncipe Don Carlos; pero entre ellas mismas se esparció una voz sediciosa, de incierto origen, aunque de conocida malignidad.....

No por distantes se libraron las Indias de la mala constitucion del tiempo, que á fuer de influencia universal alcanzó tambien á las partes mas remotas de la monarquía. Reduciase entonces todo lo conquistado de aquel Nuevo-Mundo á cuatro islas, y á una pequeña parte de tierra firme, que se habia poblado en el Darien, á la falda del golfo de Uraba, de cuyos términos constaba lo que se comprendia en este nombre de Indias occidentales..... Lo demas de aquel imperio consistia no tanto en la verdad como en las esperanzas que se habian concebido de diferentes descubrimientos y entradas que hicieron nuestros capitanes con varios sucesos, y con mayor peligro que utilidad; pero en aquello poco que se poseia estaba tan olvidado el valor de los primeros conquistadores, y tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecer, rompiendo con la conciencia y con la reputacion: dos frenos sin cuyas riendas queda el hombre á solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz en ella como los brutos mas enemigos del hombre.

SOLIS, *Conq. de Méj.*

DE LA EXPEDICION DE CATALANES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS.

OBRA será esta, aunque pequeña, por el descuido de los antiguos, largos en hazañas, y cortos en escribirlas, llena de varios y extraños casos; de guerras continuas en regiones remotas y apartadas con varios pueblos y gentes belicosas: de sangrientas batallas, y victorias no esperadas; de peligrosas conquistas acabadas con dichoso fin por tan pocos y divididos catalanes y aragoneses, que al principio fueron burla de aquellas naciones, despues instrumento de los grandes castigos que Dios hizo en ellas: vencidos los turcos en el primer aumento de su grandeza otomana, desposeidos de grandes y ricas provincias del Asia menor, y á viva fuerza y rigor de nuestras espadas encerrados en lo mas áspero y desierto de los montes de Armenia: despues vueltas las armas contra los griegos, en cuyo favor pasaron, por librarse de una afrentosa muerte, y vengar agravios que no se pudieran disimular sin gran mengua de su estimacion, afrenta de su nombre: ganados por fuerza muchos pueblos y ciudades: desbaratados y rotos poderosos ejércitos; vencidos y muertos en campo reyes y príncipes; grandes provincias destruidas y desiertas, muertos sus caudillos ó desterrados sus moradores; venganzas merecidas mas que lícitas; Thracia, Macedonia, Thesalia y Beócia penetradas y pisadas á pesar de todos los príncipes y fuerzas de Oriente: y últimamente muerto á sus manos el duque de Athenas con toda la nobleza de sus vasallos, y á pesar de los socorros de franceses y griegos, ocupado su Estado, y en él fundado un nuevo señorío.

En todos estos sucesos no faltaron traiciones, crueldades, robos, violencias, sediciones: pestilencia comun, no solo de un ejército colectivo y débil por el corto poder de la suprema cabeza, pero de grandes y poderosas monarquías. Si como vencieron los catalanes á sus enemigos, vencieran su ambicion y codicia, no excediendo los límites de lo justo, y se conservaran unidos; dilataran sus armas hasta los últimos fines del Oriente, y viera Palestina y Jerusalem segunda vez las banderas cruzadas. =MONCADA, *lib. I.*

DE LA GUERRA CONTRA LOS MORISCOS DE LAS ALPUJARRAS.

BIEN sé que muchas cosas de las que escribiere, parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas..... Veráse una guerra al parecer tenida en poco y liviana dentro de casa; mas fuera, estimada y de gran coyuntura: que en cuanto duró, tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La jente que dije, pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á D. Juan de Austria su hermano, hijo del emperador D. Cárlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada dia con enemigos; frio, calor, hambre, falta de municiones y de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la continua; hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra y desposeida, de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos vendidos en almoneada, ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor que las de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda, si eramos nosotros ó los enemigos, los á quien Dios queria castigar; hasta que al fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados y nosotros los castigados. Agradezcan y acepten esta mi voluntad, libre y lejos de todas las causas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento: que esto solo pretendo por remuneracion de mi trabajo; sin que de mi nombre quede otra memoria.

MENDOZA, *lib, I.*

MARTIRIOS DE LOS CRISTIANOS EN LA ISLA DE TERNATE.

De allí delante, hallándose Ternate sin los cristianos (europeos), y la fortaleza por los naturales, en todas aquellas provincias pareció que los gentiles y mahometanos quedaban vencedores. Fortalecieron la tierra con reparos y prevenciones, armaron algunas fortalezas en partes eminentes; y revolviendo contra los cristianos, ejecutaron martirios exquisitos, para que en ninguna parte del orbe se deje de fundar con sangre fiel la union y principio de nuestra fé.

Desmembraban los cuerpos, abrasaban los brazos y piernas á vista del dueño que vivia en ellas. Empalaban á las mujeres, arrancábanles las entrañas: y sobreviviendo á sí mismas, miraban sus carnes palpitando en manos de los verdugos. A los ojos de las madres despedazaban los hijos, y á las preñadas las tiraban de los vientres, tal vez no acabados de formar.

Como los perseguidos huian á los montes buscando piedad entre las fieras, arrojábanse á la mar, donde perecian tragados de los mónstruos de él, ó de las mismas ondas, no pudiendo arribar á las otras islas. Un buen número de estos piadosos fugitivos, nadando topó con un navio de portugueses que venian á socorrer á los de Amboyno, y con gemidos lastimosos decia: acudidnos, socorrednos, que somos cristianos. Recibiéronlos con diligencia en los bateles; y reconocidos despacio, hallaron que ninguno de ellos pasaba de doce años.

Pero en este mismo tiempo en que la crueldad servia á la gloria de Dios, en las mismas ciudades y desiertos andaba contrapuesta la Providencia. Reducíanse idólatras y mahometanos; y nuestros religiosos predicaban y catequizaban sin horror de los castigos: antes los deseaban y se juzgaban indignos de ellos: animábanse por los ejemplos que el tirano á diversos fines ejercitaba. Pero, como todos juzgaban por propia obligacion la venganza, á cuyas sombras eran crueles con alabanza, y por las trágicas novedades de Europa, la ejecutaban sin contradiccion; creció en extremo la calamidad, que en espacio de treinta años borraron ó escurecieron el nombre cristiano en aquel Oriente.

ARGENSOLA, *Guerra de las Molucas.*

DESCRIPCIONES.

PRECEPTOS DEL GENERO.

DESCRIPCION ó HIPOTIPOSIS. Consiste segun indica su mismo nombre, en que no contentos con nombrar un objeto, le hacemos visible en cierto modo individualizando sus propiedades y circunstancias.

Los objetos que se pueden describir son: los seres abstractos no personificados, los objetos materiales inanimados, los hechos ó sucesos pasados, los acontecimientos futuros, las épocas del tiempo, los sitios, lugares ó paisajes, el exterior de una persona verdadera ó ficticia, sus cualidades morales, y las de una clase entera.....

Así como estas varias descripciones introducidas con oportunidad y estando bien hechas son el principal adorno de las obras en verso, y hasta cierto punto aun de las en prosa; así tambien cuando están fuera de su lugar ó hechas con poco gusto son el borron mas feo de cualquiera composicion.....

En cuanto á sus reglas, nos limitaremos á prevenir á los principiantes se guarden mucho de la manía harto comun de querer describir todos los objetos de que se habla, creyendo que la elocuencia y la poesia consisten en hacinar unas sobre otras, sin discernimiento alguno, prolijas, hinchadas, inoportunas, monótonas y trivialísimas descripciones.....

Téngase presente, ademas, que para que la descripcion de un objeto material sea buena, suponiendo que esté introducida con oportunidad, ha de ser tal que un pintor pueda por ella hacer un cuadro que represente el objeto descrito; y en efecto, tales son las de Virgilio, las de Cervantes y las de los buenos escritores.....

Porque, no lo dudemos, este arte de poner á la vista del lector los objetos con tanta verdad y tan al vivo como si estuviesen presentes, es el secreto de los grandes maestros; es un talento raro y precioso, que no se suple con relumbrones, palabrotas de pie y medio, y monstruosas combinaciones de partes que no están ni pueden estar reunidas en la naturaleza, ni forman un todo regular. Estos seres fantásticos, creados por una imaginacion desarreglada, son cabalmente la cabeza humana unida al cuello de caballo con plumas de varios colores, de que habla Horacio. = *Doctrinas de HERMOSILLA.*

NUMANCIA.

LA ciudad de Numancia, temblor que fue y espanto del pueblo romano, gloria y honra de España, estuvo antiguamente asentada en la postrera punta de la Celtiberia, que miraba hacia el Septentrion, entre los pueblos llamados arevacos. Mas de una legua sobre la ciudad de Soria, donde al presente está la puente de Garay, no lejos del nacimiento del rio Duero, se muestran los rastros de aquella noble ciudad. Era mas fuerte por el sitio, que por otros pertrechos hechos á mano. Su asiento en un collado de subida no muy ágría, pero de dificultosa entrada á causa de los montes que la rodeaban por tres partes. Por un solo lado tenia una llanura de mucha frescura y fertilidad, que se tiende por la ribera del rio Tera espacio de tres leguas hasta que mezcla sus aguas con las del rio Duero. A la costumbre de los lacedemonios ni estaba rodeada de murallas, ni fortificada de torres ni baluartes, antes á propósito de apacentar los ganados se extendia algo mas de lo que fuera posible cercarla de muros por todas partes. Bien que tenia un alcázar de donde podian hacer resistencia á los enemigos, y en las asonadas de guerra solian encerrar en él todo lo que tenian, sus preseas y sus alhajas. El número de los ciudadanos era mediano, hasta cuatro mil hombres de armas tomar: dado que otros doblan este número y dicen que podian poner en campo ocho mil soldados. Por la manera de vida que tenian, y los muchos trabajos á que se-acostumbraban endurecian los cuerpos y aun fortalecian los ánimos. Grande era la osadía que tenian para acometer la guerra, y mucha la prudencia para continuarla.

P. MARIANA., *Hist. de Esp.*

SITUACION DE BARCELONA.

BARCELONA (dicha de Ptolomeo Barcinon), antigua cabeza de su condado, y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña, creen sus historiadores ser fundacion de Hércules Líbico, bien que algunos, mas atentos á la verdad que á la gloria, juzgan

ser obra de Barcino, como su nombre parece lo da á entender. Frecuentáronla y la engrandecieron los cartagineses y romanos (que un tiempo la llamaron Favencia), y no menos los godos por la comodidad que ofrecia su puerto al comercio del Africa, Italia y España. Agro Laetano decian los antiguos á la campaña, donde yace tendida en una vega no muy dilatada, pero hermosamente cubierta y abundante, que se comprende entre los dos rios Llobregat, que es el Robricato, á la parte del Poniente; y Besos, que fue el Bétulo á la de Levante; y aunque no muy vecinos, sirven de fertilizar su tierra. Ciñenla en forma de arco mas que medianamente corvo unas montañas, terminadas de una y otra punta en la mar, que puede servir de cuerda al arco de las serranias por la línea de su horizonte, el cual cierra el arco de un extremo á otro hácia Mediodía. Sube desde el agua por la punta occidental, caminando al Septentrion, un promontorio que despues de parar en una mediana eminencia, va cayéndose de esotra parte en mas dilatada cuesta: este es el monte llamado Monjuich, que algunos quieren signifique monte de Jove, en memoria de que los gentiles habian allí fabricado á su Júpiter, aras y templo. Otros le interpretan monte de los judíos, por ser en algun tiempo cementerio de aquella gente... Abriga á la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes, y ayuda á su sanidad reparándola del vapor de ciertas lagunas que están de esotro lado de la montaña; pero cuanto sirve á la salud, desordena su defensa. No sube mucho; pero levántase á aquella altura que basta para quedar eminente á toda la ciudad, de la cual apartado poco mas de mil pasos, ofrece contra ella acomodada batería. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza ó la ignorancia de los pasados. Solo habian fabricado en lo mas alto una pequeña torre, que servia de atalaya al mar y puerto; pero recelosos ya de la potencia del rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos entendieron en fortificar aquella parte dañosa notablemente. Comenzaron la fábrica por industria de personas ignorantes ó difidentes; dispúsose tan grande, que pareció imposible de proseguir; pararon en la obra hasta que el temor del ejército despertó segunda vez su cuidado; redujeron la larga fortificacion comenzada á un me-

diano fuerte en forma de cuadro, defendido de cuatro medios baluartes; cortaron lo que pudieron del monte en zanjas y cavas altas, y atravesáronle con algunas trincheras en las estancias convenientes: esta es Barcelona y Monjuich.

MELO, *Hist. de los movim. de Catal.*

DE VALENCIA.

VALENCIA está situada en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los Edetanos: su asiento, en una gran llanura fértil y abastada de todo lo necesario á la vida y al regalo, aunque el vino le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercaderías de toda suerte: de tan alegre suelo y cielo, que ni padece frio de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Los edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados; de suerte, que vulgarmente se dice hace á los extranjeros poner en el olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines muchos y muy frescos, viciosos en demasía: los árboles por su orden concertados, en especial todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretejen de manera, que ya representan diversas figuras de aves y de animales y diversos instrumentos, ya los enlazan á manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazon de los ramos, la vista, la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan á manera de una graciosa enramada, que siempre está verde y fresca: tales eran los campos Elíseos; paraíso y morada de los bienaventurados, segun que lo fingieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura de esta ciudad dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las mas principales de Europa.

A mano izquierda la baña el rio Guadalaviar, que pasa entre el muro y el palacio del rey, que llaman el Real, y está por la parte de Levante pegado con la ciudad con una puente, por donde se pasa de la una parte á la otra. Sangran el rio con diversas acequias para regar la huerta y para beber los ciudadanos. Jun-

to al mar cae la Albufera, distante por espacio de tres millas, de aire no muy sano, pero que recompensa este daño con la abundancia de toda suerte de peces que cria y da.

P. MARIANA, *Hist. de Esp.*

DE SEVILLA.

En lo postrero de España hácia el Poniente está asentada Sevilla, cabeza de Andalucía, noble y rica ciudad entre las primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene. Los edificios públicos y particulares á manera de casas reales son en gran número: la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad que está á mano izquierda, y un arrabal llamado Triana, pasa el rio Guadalquivir acanalado con grandes reparos, y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razon muy apropósito para la contratacion y comercio de los dos mares Occéano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad, y se pasa de una parte á otra. En la ciudad está la casa Real en que los antiguos reyes moraban: en el arrabal un alcázar de obra muy firme que mira el nacimiento del sol: una torre está levantada cerca del rio, que por el primor de su edificio la llaman de oro vulgarmente: otra torre edificada de ladrillo que está cerca de la iglesia mayor, sobrepuja la grandeza de las demas obras, por ser de sesenta varas en ancho y cuatro tanto mas alta; sobre la cual se levanta otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada, y alrededor adornada de variedad de pinturas, hermosas á maravilla de los que la miran.

Hay en la ciudad en este tiempo mas de veinte y cuatro mil vecinos, divididos en veinte y ocho parroquias ó colaciones. La primera y principal es de Santa María, que es la iglesia mayor, con el cual templo en anchura de edificio y grandeza, ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica; la de Salamanca la fuerte; la de Leon la bella; la de Sevilla la grande. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes; por la mayor parte

plantados de olivos, que en Sevilla se dan muy bien, y el esquilmo es muy provechoso: de allí se llevan aceitunas adovadas, muy gruesas, de muy gran sabor, á todas las demas partes. El trato es tan grande y la granjería tal, que en los olivares llamados Ajarafe en tiempo de los moros se contaban cien mil, parte cortijos, parte trapiches ó molinos de aceite; y dado que parece gran número, la autoridad y testimonio de la historia del rey D. Alonso el Sabio lo atestigua. =EL MISMO.

DE GRANADA.

LA ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificacion, murallas y baluartes parecia ser inespugnable. Por la parte de Poniente se extiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible y muy fértil, así de sí misma, como por la mucha sangre que en ella se derramara por espacio de muchos años, que la engrasaba á fuer de letame; y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, mas fresca y provechosa de lo que fácilmente se podria encarecer. Por la parte de Levante se empina la sierra de Elvira, en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Iliberris, como lo da á entender el mismo nombre de Elvira; la Sierra Nevada cae á la banda de Mediodía, que con sus cordilleras trabadas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y faldas no son muy ásperas, y así están muy cultivadas, y pobladas de gentes y casas.

La ciudad está asentada parte en llano y parte sobre dos collados, entre los cuales pasa el rio Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y deja su agua y su nombre en el Genil, rio que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes, con mil y treinta torres á trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenia siete puertas; al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega que es lo llano de la ciudad, y por donde la subida es muy fácil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia mayor, mezquita en tiempo de moros, de fá-

brica grosera; al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su majestad y grandeza, muy venerada de los sitios comarcanos: señalada é ilustre, no tanto por su riqueza, cuanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene.

Cerca de este templo está la plaza de Bivarambla y mercado, ancho doscientos pies, y tres tanto mas largo; los edificios que le cercan, tirados á cordel; las tiendas y oficinas, cosa muy hermosa de ver, la calle del Zacatin, la Alcaizería. De dos castillos que tiene la ciudad, el mas principal está entre Poniente y Mediodía, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demas edificios: llámase el Alhambra, que quiere decir roja, del color que la tierra por allí tiene; y es tan grande, que parece una ciudad. Allí la Casa Real y monasterio de S. Francisco, sepultura del marqués D. Iñigo de Mendoza, primer alcaide y general. Las zanjas de este castillo abrió el rey Mahomad, llamado Mir: prosiguieron la obra los reyes siguientes; acabóla de todo punto el rey Juseph, por sobrenombre Bulhagix, como se entiende por una letra que se lee en arábigo sobre la puerta de aquel castillo en una piedra de mármol, que dice se acabó aquella obra en tiempo de aquel rey, año de los moros setecientos y cuarenta y siete, conforme á nuestra cuenta el año del Señor de mil y trescientos y cuarenta y seis.

Este mismo rey hizo la muralla del Albaicin, que está enfrente de este castillo. El gasto fue tal, que por no parecer á la gente bastaban sus rentas y tesoros, corrió fama que se proveyó del arte el alquimia para proveerse de oro y plata. Entre estos dos castillos del Alhambra y del Albaicin, está puesto lo demas de la ciudad, el arrabal de la Churra, y calle de los Gomeles por la parte del Alhambra; por la opuesta, la calle de Elvira y ladera de Zenete: de mala traça lo mas, las calles angostas y torcidas por la poca curiosidad y primor que tenían los moros en edificar. Fuera de la ciudad el hospital real y S. Gerónimo, suntuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Fernandez. Refieren tenia sesenta mil casas, número descomunal que apenas se puede creer. =EL MISMO.

DE ZARAGOZA.

SIN muro y sin torreones, segun nos ha transmitido Floro, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. Tambien desguarnecida y desmurada resistió al de Francia con Tenaz porfia, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En esta como en aquella mancillaron su familia ilustres capitanes; y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en menos de un año cercaron los franceses á Zaragoza; una malogradamente, otra con pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fue de realce y nombre para Aragon la heróica defensa de su capital, fue de abatimiento y desdoro para sus sitiadores aguerridos y diestros no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha márgen, el caudaloso Ebro. Ciñela al mediodía y del lado opuesto Huerba acanalado y pobre, que mas abajo rinde á aquel sus aguas, y casi enfrente, á donde desde el Pirineo viene tambien á fenecer, el Gállego. Por la misma parte y á un cuarto de legua de la ciudad se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviese la acequia Imperial, que así llaman al canal de Aragon por traer su origen del tiempo del emperador Carlos V. Antes del sitio hermoseaban á Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal, que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la poblacion de cincuenta y cinco mil almas: menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmenar, á manera de profecia, cosa há de un siglo «que estaba sin defensa; pero que repara esta falta el valor de sus habitantes.» Cercábala solamente una pared de diez á doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otra de mampostería, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se encuentran ocho puertas que dan sali-

da al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros se distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragon, rodeada de un foso y muralla cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles en general son angostas, excepto la del Coso muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo, y por la mayor parte de dos ó tres pisos. La adornan edificios y conventos bien contruidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales: la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años para su asistencia el cabildo. El último templo antiquísimo; el primero muy venerado de los naturales por la imágen que en su santuario se adora.

TORENO, *Hist. de la indep.*

LA CORIDA DE TOROS EN TIEMPOS ANTIGUOS.

PUESTA la plaza de Bivarambla como habia de estar para la fiesta, el rey acompañado de muchos caballeros, ocupó los miradores y reales que para aquel efecto estaban diputados. La reina con muchas damas se puso en otros miradores de la misma orden que el rey. Todos los ventanajes de las casas de Bivarambla estaban llenos de muy hermosas damas. Y tantas gentes acudieron del reino, que no se hallaban tablados ni ventananas donde poder estar; que tanto número de gente nunca se habia visto en fiestas que en Granada se hiciesen, porque de Sevilla y Toledo habian venido muchos y muy principales caballeros moros. Los caballeros abencerrajes andaban á caballo por la plaza, corriendo los toros con tanta gallardía y gentileza, que era cosa de espanto. Serian ya las dos de la tarde, cuando soltaron un toro negro, bravo en demasía, que no arremetia tras hombre que no le alcanzase, tanta era su ligereza: y no habia caballo que por uña se le fuese. A este toro, dijo el rey, fuera bueno alancear, por ser muy bueno. El malique Alabez se levantó, y le suplicó que le diese licencia para irse á ver con aquel bravo toro. El rey se la dió, aunque bien quisiera

Muza salir á él, y alancearlo: mas visto que Alabez gustaba de salir sufrióse. Alabez haciendo reverencia al rey, y á los demas caballeros cortesía, se salió de los miradores y se fué á la plaza, donde sus criados le tenian un muy hermoso caballo rucio rodado, de muy grande bondad..... sobre el cual subió Alabez, y dió una vuelta á la plaza mirando todos los balcones adonde estaban las damas, por ver á su señora Cohaida. Y pasando por junto del balcon, hizo que el caballo pusiese las rodillas en el suelo, y el valeroso Alabez puso la cabeza entre los arzones, haciendo grande acatamiento á su señora, y á las otras damas que con ella estaban. Y hecho esto, puso las espuelas al caballo el cual arrancó con tanta furia y presteza que parecia un rayo. En esto se dió en la plaza una grande gritería y era la causa que el toro habia dado la vuelta por toda la plaza, habiendo derribado mas de cien hombres y muerto mas de seis de ellos, y venia como un águila á donde estaba Alabez con su caballo. El cual como le vió venir quiso hacer una grande gentileza aquel dia, y fué que saltando del caballo con gran ligereza, antes que el toro llegase, le salió al encuentro con el albornoz en la mano izquierda. El toro que lo vió tan cerca, se vino á él por le coger; mas el buen malique Alabez, acompañado de su bravo corazon, le aguardó: y al tiempo que el toro bajó la frente para ejecutar el bravo golpe, Alabez le hechó el albornoz con la mano izquierda en los ojos, y apartándose un poco á un lado con la mano derecha le asió del cuerno derecho tanrecio, que le hizo tener: y con grande presteza le hecho mano del otro cuerno, y le tuvo tan firmemente, que el toro no pudo hacer golpe ninguno. El toro, viéndose asido, procuraba desasirse dando grandes saltos, levantando cada vez al buen Alabez del suelo. Alabez pareciéndole vergüenza andar de aquella manera con tal bestia, se arrimó al lado izquierdo del toro, y usando de fortaleza y maña, torció de los cuernos al toro de tal manera, que dió con él en el suelo, haciéndole hincar los cuernos en tierra. El golpe fué tan grande, que pareció que habia caido un monte, y el toro quedó quebrantado que no se pudo mover de aquel rato. El buen malique Alabez, como así lo vió, lo dejó, y tomando su albornoz que de fi-

na seda era , se fué á su caballo , que sus criados lo-guardaban y subió en él con gran ligereza sin poner pie en el estribo , dejando á todos los circunstantes embelesados de su bravo acaecimiento y valor. A cabo de rato , el toro se levantó , aunque no con la ligereza que solia. El rey envió á llamar á Alabez , el cual fué á su mandado con gentil continente , como si tal no hubiera hecho ; y llegado el rey le dijo : «por cierto , Alabez , vos lo habeis hecho como valiente y esforzado caballero , y de hoy mas quiero que seais capitan de cien caballos , y teneos por alcaide de la fuerza de Cantoria , que es muy buena alcaidia , y de buena renta.» Alabez le besó las manos por la merced que le hacia.

GINES DE HITA, *Histor. de los bandos de los zegrís y abencerrajes* (1).

LA RIBERA DEL TAJO.

ADMIRADO Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio que al lado le venia, le dijo: no poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas; y no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Bétis, y las que visten y adornan el famoso Ebro, y al conocido Pisuerga; y en las apartadas tierras, ha paseado las del Santo Tiber, y la amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sibeto, grande ocasion habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio; porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida á regocijo y gusto al corazon que de él está mas ajeno. Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las de es-

(1) De esta obra tejió y compuso el caballero Florian la novela heroica de *Gonzalo de Córdoba*.

te rio sean en gran parte, ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la misma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion. La tierra que lo abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas, y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado rio como en cambio, en los brazos de ella dulcemente entretejiéndose, forma como de industria, mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que le causen nuevo placer, y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricas caserías, que por ella se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus, en hábito sucinto: y al amoroso Zéfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artífice con natural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tertia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Espérides y de Alcino pueden callar, de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos: de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Eliseos tienen asiento, es sin duda en esta.

CERVANTES, *en la Galatea.*

EL VALLE DE LOS CIPRESES.

JUNTÁRONSE todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era extraño y maravilloso que aun á los mismos que muchas veces le habian visto, causaba nueva admiracion y gusto. Levántase en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y compuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defenso-

res de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mismos collados estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados, altos é infinitos cipreses, puestos por tal órden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto mas de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas, se ven correr por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin de estas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman; en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y de precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli, y las soberbias de la antigua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deliciosa plaza; y lo que mas hace á este agradable sitio digno de estimacion y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado; que solo sirve de guardador de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser dignos y merecedores de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veian entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que habia de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leian los nombres de los que en ellas estaban sepultados. = EL MISMO, *ibidem*.

HONRAS FUNEBRES DEL PASTOR MELISO.

PERO la que mas sobre todas resplandecia, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mismo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos, les dijo: «Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras; veis allí digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad, pues, á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros, entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace.» En diciendo esto, se llegó á un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo de ellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y veneradas sienes, haciendo señal á los demas que lo mismo hiciesen. De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Telesio, llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fué inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mismo, y algunos hubo que tierros con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento alrededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales solas ramas de ciprés se quemaban; y el venerable Telesio, con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcia, alguna breve y devota oracion, á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremente voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondian, *amen, amen*, tres vecés, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles; y las ramas de los altos cipreses y de los

otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplaba, hacian y formaban un sordo y tristísimo susurro, casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del *amen*, que los pastores repetian. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir queria; y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia, comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática, y la excelencia de su poesía, y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras, tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, solo por lo que él decia quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto (1). Concluyó pues el viejo su plática, diciendo: «Si á donde llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y á donde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y si las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbrala veríades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática; mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida: y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte de esta obligacion, á quien en particular mas obliga, es á los famosos Tirsi y Da-

(1) Bajo el nombre de Meliso, de quien Cervantes hace tan merecido elogio, se cree comunmente hallarse representado D. Diego Hurtado de Mendoza, distinguido historiador, poeta, caballero y diplomático.

mon, como á tan conocidos amigos y familiares suyos; y así les ruego cuan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz, lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia.» No dijo mas Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mismo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que allí instrumentos tenían; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque regalaba los oídos, movia los corazones á dar señales de tristeza con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábanse á esto la dulce armonía de los pintados pajarillos, que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio, y con lo que los pastores hacian, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte que concordándose el son de la triste música y el de la triste armonía de los gilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concierto, que no hay lengua que enca-
recerlo pueda. =EL MISMO, *ibidem*.

EL SIGLO DE ORO.

¡DICHOSA edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofrecien-

do á cualquiera mano, sin interes alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabellos, sin mas vestidos que aquellos que eran necesarios para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño, ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia qué juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera solas y señoras sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa

pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos.....=CERVANTES, *Quijote*.

DE DOS EJERCITOS FANTASTICOS.

PUSIÉRONSE sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, si la nube del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, gran duque de Quirocía: el otro de los miembros gigantescos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército, al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarve. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera zebra, y trae las armas de los veros azules, es el po-

deroso duque de Nervia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.*» Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: «á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vías el dorado Pactolo, los nómidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañen, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.»

EL MISMO, *ibidem.*

EL LAGO ENCANTADO.

¿HAY mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas

serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables; y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: «Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debajo de esta negrura yacen:» y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del brillante lago, y cuando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas transparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta: acá ve otra á lo brutesco ordenada, donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas cascas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor de manera que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura:

y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablar palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que por lo menos, dicen que suele valer una ciudad y aun mas? ¿Qué es ver pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos toda de ambar, y de olorosas flores destilada? ¿Qué, el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué, verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargarse la mano? ¿Cuál será oír la música, que en tanto que come, suena, sin saberse quién la canta, ni á dónde suena? ¿Y despues de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo está ella encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere.

EL MISMO, *ibid.*

COCINA DE LAS BODAS DE CAMACHO.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso, se fueron entrando por la enramada..... Lo primero que se ofreció á la vista de Sancho, fue espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar, ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas no tenian número: los pájaros y caza de diversos géneros, eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despuespareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos y enrejados, formaban una muralla, y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servian para freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima, servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podia sustentar á un ejército.

EL MISMO, *ibidem*.

DANZA ALEGORICA EN LAS BODAS DE CAMACHO.

TRAS esta entró otra danza de artificio, y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés: aque adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguian traian á las espaldas un pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesia* era el título de la primera: el de la segunda *Discrecion*: el de la tercera *Buen linaje*: el de la cuarta *Valentia*: del modo mesmo venian señaladas las que al Interés seguian. Decia *Liberalidad* el título de la primera: *Dádiva* el de la segunda: *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedras y de cáñamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaron á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traia escrito: *Castillo del buen recato*. Hacianles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella, que se ponía entre las almenas del castillo..... Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos..... Y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura: y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas; pero el Interés quebraba en él alcancias doradas. Finalmente, despues de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolson, que le formaba el pellejo de un gran gato romano que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el interés con las figuras de su valía, y echándole una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tamborinos, bailando y dan-

zando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban.

EL MISMO, *ibidem*.

EL TEMPLO DEL DIOS DE LA GUERRA EN MEJICO.

Los templos, (si es lícito darles este nombre) se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios, y el mayor donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo Viztcilipuztli, que en su lengua significaba *Dios de la guerra*, y le tenian por el supremo de sus dioses. Primacia de que se infiere, cuánto se preciaba de militar aquella nacion..... Su primera mansion era una gran plaza en cuadro con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas, que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco antes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso. Era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subian á lo alto, donde habia un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles, puestos en hilera: tenian estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados; cuyo número, que no se puede referir sin escándalo, tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo. Lastimoso trofeo en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista, sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada, en la costumbre de los ojos, la memoria de la muerte.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estátuas de piedra que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos; tenian su presuncion de dioses liminares, porque re-

cibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza, sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz, que solian bailar en ella ocho y diez mil personas, cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierta se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminucion hasta formar una media pirámide, los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso, y de buenas medidas: tan alto que tenia ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento, que terminaba en un plano de cuarenta pies en cuadro, cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas, á manera de caracoles, formando por ambas haces de unas piedras negras, semejantes al azabache, puestas con orden, y unidas con betunes blancos y rojos, que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil donde terminaba la escalera, estaban dos estátuas de mármol que sustentaban, imitando bien la fuerza de los brazos, unos grandes candeleros de hechura extraordinaria; mas adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo, y remataba en esquinas donde afirmaban al miserable que habian de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazon. Y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto, y detras de cortinas. Era de figura humana y estaba sentado en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul, que llamaban cielo: de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros para cuidarle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz. En la mano derecha una culebra ondeada, que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas, que veneraban como traidas del

cielo, y una rodela, con cinco plumajes blancos, puestos en cruz; sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias y colores, decian notables desvarios con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo que llamaban Tlaloch, en todo semejante á su compañero. Teníanlos por hermanos, y tan amigos, que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder, y uniformes en la voluntad; por cuya razon acudian á entrambos con una victima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes, y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas, puestas sobre plumas de colores. Y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores mas de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apenas habia calle sin su dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio.—Solís, *Hist. de Méjico*,

ISLA DE CEYLAN.

Es Ceylan una de las mas raras islas del orbe y la mas fértil. Yace frontera del Cabo Comorin, poblada y cultivada con magnificencia. Nacen en ella todas las plantas conocidas en las otras partes de la tierra. Riéganla diferentes rios y fuentes purísimas con excelentes propiedades de aguas deleitosas y medicinales, entre las cuales nacen otras de betun líquido, y alguna de puro bálsamo. Volcanes de perpétuas llamas, que arrojan entre las asperezas de la montaña losas de azufre y allí mismo altas arboledas, en cuyas ramas se suelen ver géneros de aves de cuantas vuelan en las demas partes del mundo.

Abunda de elefantes tan nobles, que les reconocen superioridad los demas, puestos en su presencia. Por su instinto en los desta isla se puede afirmar que, ora sea por conocimiento ó por hábito, tienen sociedad con el ingenio, sentidos, y aun con

la prudencia de los hombres. Aquel honor de no quererse embarcar si entienden que son llevados para servir á príncipes en tierras peregrinas, y que obedecen si les juran que les restituirán á su patria. Afligirse de palabras afrentosas: guardar cierta especie de religion, reconociendo al sol y á la luna. Tienen memoria de lo que aprenden; y segun Gillio nos persuade, podemos creer que lloran las noches su servidumbre con angustiosas murmuraciones; y si enmedio del llanto sobreviene alguna persona, moderan los gemidos con vergonzoso movimiento: y en efecto parece que sienten el agravio de su suerte. En esta tierra les tocó el cargar y descargar los navios, donde el peso del comercio, armas, metales, bastimentos, y cualquiera otra materia del trato penden de sus colmillos, ó les oprimen la cerviz. De mejor gana sustentan sobre sus espaldas la gente de guerra, y grandes castillos edificadas en ellas. Sirven á los chingálas, no como en Roma en los espectáculos, sino en las batallas como solian á los cartagineses.

B. LEONARDO DE ARGENSOLA.

TORMENTOS DE CRISTO EN LA CRUZ.

INFINITO es lo que acerca de esto se ofrece; mas cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer. Dejo la sentencia injusta, la voz del pregon, los hombres flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de aqueste nuestro gran rey, los gritos del pueblo alegres en unos y en otros llorosos: que todo ello traia su propio y particular sentimiento. Vengo al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa; Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro por las partes mas sensibles del cuerpo, es tormento grandísimo; con clavos fueron allí atravesados los pies y las manos de Cristo. Y porque fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las mas viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo; antes en una cierta manera, se mostró contra sí mismo cruel. Porque, lo que la piedad natural, y el efecto humano y comun, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenia ordenado para menos

tormento de los que morian en cruz, ofreciéndoselo á Cristo lo desechó.....

Así que, desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello con que se pudiera defender en aquel desafío; el cuerpo desnudo y el corazon armado de fortaleza, y con solas las armas de su no vencida paciencia subió este nuestro rey á la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros y padeciendo él solo la pena que merecia padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede. Porque ¿en qué parte de Cristo, ó en qué sentido suyo no llegó el dolor á lo sumo? los ojos vieron lo que visto traspasó el corazon, la madre viva y muerta presente. Los oidos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes el cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin, dió licencia á su sangre, que como deseosa de lavar nuestras culpas, salia corriendo abundante y presurosa. Y comenzó á sentir nuestra vida despojada de su calor (lo que solo le quedaba por sentir) los frios tristísimos de la muerte: y al fin sintió y probó la muerte tambien. =P. M. LEON.

EFECTOS DE LA GRACIA.

LA gracia como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma, y prendiendo luego su fuerza en la voluntad de ella, la hace por participacion, como de suyo es la de Dios, ley é inclinacion y deseo de todo aquello que es justo y que es bueno. Luego por órden secreta y maravillosa, se comienza á pacificar el reino del alma y á concertar lo que en ella estaba encontrado, y á ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosegado que la turbaba: y descúbrese entonces la paz, y muestra la luz de su rostro, y sube, y crece, y finalmente queda reina y señora. Porque, en estando aficionada por virtud de la gracia la voluntad, luego calla y desaparece el temor horrible de la ira de Dios, que le movia cruda guerra; y que poniéndosele á cada momento delante, le traia sobresaltada y atónita. Y la voluntad y la razon, que estaban hasta aquel punto perdidamente discordes, hacen

:

luego paz entre sí; y así cesa aquella amarga y continua lucha, y aquel alboroto fiero y aquel continuo reñir con que se despedaban las entrañas del hombre..... y el sentido y las fuerzas del alma mas viles, que nos mueven con ira y deseos, con los demas apetitos y virtudes del cuerpo, reconocen luego el nuevo huésped que ha venido á su casa; y la salud y nuevo valor, que para contra ellos le ha venido á la voluntad.

Porque á la verdad ¿qué es lo que hay en el cuerpo, que sea poderoso para desasosegar á quien es regido por una voluntad y razon semejante? ¿Por ventura el deseo de los bienes de esta vida le solicitará ó el temor de los males de ella le romperá su reposo? ¿Alterarse ha con ambicion de honras, ó con amor de riquezas? ¿O con aficion de los ponzoñosos deleites desalentado saldrá de sí mismo? ¿Cómo le turbará la pobreza al que de esta vida no quiere mas de una estrecha posada? ¿Cómo le inquietará con su hambre el grado alto de dignidades y honras, al que huella sobre todo lo que se precia en el suelo? ¿Cómo la adversidad, la contradiccion, las mudanzas diferentes, y los golpes de la fortuna le podrán hacer mella, al que todos sus bienes los tiene seguros y en sí? Ni el bien le azozobra, ni el mal le amedrenta, ni el alegría le engríe, ni el temor le encoge, ni las promesas le mueven, ni las amenazas le desquician; ni es tal, que lo próspero ó lo adverso le mude. Si se pierde la hacienda, alegrase como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene á Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el ódio, ó si la envidia arma los corazones ajenos contra él; como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme: en las mudanzas está quedo, y entre los espantos seguro.

EL MISMO, *Nombres de Cristo.*

LA CELESTIAL JERUSALEN.

¡O qué dulces ratos tenia entre aquellos riscos, y por aquellas breñas! Arrebatábase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal que estaba vestida, así tan libremente dejando la tierra, se subia á donde vive su amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la so-

berana ciudad de Jerusalem. Viala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervian de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música, que su dulzura desmaya, causada de la suavidad de las voces angélicas, que alaban al gran príncipe del mundo sin cesar un punto.

Cuando consideraba los edificios no hechos por humanas manos, sino por el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza. Veía la ciudad puesta en cuadro de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conocemos..... Los muros resplandecian como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas, de suerte que venian á hacer doce; y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacian en ellas de las esmeraldas y rubíes engarzados en oro purísimo, y retocados de la luz y resplandor del verdadero sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas de esta bienaventurada ciudad son de oro limpísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno.

No la furia de los vientos combate los empinados árboles, ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas. Aquí el enfermizo otoño jamas desnuda las verdes arboledas de sus hojas, antes dura una apacible templanza, que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto ser. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas y de mil maneras, vencen en resplandor á las esmeraldas, y rubíes, y claras perlas, y piedras de Oriente. Aquí las rosas son mas hermosas, y de olor mas suave que las de los jardines de Jericó; las fuentes mas que cristal desecho; el agua es mas dulce, el gusto de las frutas mas suave.

¡O vida, verdaderamente vida! ¡O soberana ciudad, en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor: no hay enfermedad, porque Dios es verdadera salud. ¡Ciudad bienaventurada! = MALON DE CHAIDE, *Trat. de la Magdalena.*

DEFINICIONES.

PRECEPTOS DEL GENERO.

DEFINIR en elocuencia es amplificar, acumular los rasgos, los ejemplos, las circunstancias que caracterizan la cosa definida; presentarla por el lado favorable á la opinion que se quiere establecer y animar el cuadro que se forma no solamente con los mas vivos colores sino con todo lo que la mezcla de sombras y de luz pueden añadir á su brillo.

El carácter de la definicion oratoria (asi como de la poética) es pintar el objeto solo en su relacion con la intencion del orador ó del poeta: de aquí proviene que la misma cosa puede tener muchas definiciones diferentes y cada una tendrá su verdad y exactitud relativa. Veinte dibujantes colocados alrededor de un modelo sacan veinte figuras diferentes; un mismo paisaje producirá diferentes cuadros, segun los puntos de vista y los aspectos que elijan los pintores. La diversidad de situaciones morales produce la misma variedad en las definiciones oratorias ó poéticas. No sucede así en la definicion filosófica que debe ser entera é invariable, es decir, abrazar la totalidad del objeto al menos en su esencia, presentar su idea completa y distinta, parecersele en todos sus aspectos y no parecerse mas que á él. El filósofo no tiene situacion particular y momentánea; gira alrededor de la naturaleza.....

El mérito esencial de la definicion consiste en que sea conveniente ó á propósito, no empleándose sino para esclarecer, desarrollar ó circunscribir una idea. Además para que tenga belleza real y satisfaga juntamente al gusto y á la razon, debe contribuir á la solidez del edificio en cuyo adorno se emplea; teniendo entendido que segun el género, puede brillar en ella mas ó menos el lujo, ó la utilidad. = *Doctrinas* de MARMONTEL.

LA SABIDURIA.

GRAN cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete á lo secreto de las cosas, y nos lleva á Dios, y nos muestra las sendas de la vida. Esta nos da en el ánimo templanza: esta alumbra al entendimiento, concierta la voluntad, ordena el mundo, y muestra á cada uno el oficio de su estado: esta es reina y señora de todas las virtudes: esta enseña la

justicia y templa la fortaleza: por ella reinan los reyes, y gobiernan los príncipes: y ella halló las leyes con que se rigen los hombres.....

Donde puedes ver, Aurelio, que bien empleado seria cualquier trabajo que por ella se tomase. Por eso no compares los sábios á Sísifo infernal, aunque los veas muchas veces tornar á aprender de nuevo lo que tienen sabido; mas antes los compara á los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡O alta sabiduría, fuente divina de do mana clara verdad, do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es, pues eres tan dulce, que tornemos á tí muchas veces con sed?

PEREZ DE OLIVA, *Diál. sobre la dign. del hombre.*

LA POESIA.

LA poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran.

CERVANTES, *Quijote.*

LA DIALECTICA.

LA dialéctica, que no solo conviene, sino que es necesaria á todo buen orador, es aquella sutil á la verdad, pero viva y penetrante, que discierne lo verdadero de lo falso, distinguiendo con precision y exactitud lo que es propio del mundo y lo que es forastero de él: aquella que reconoce con claridad las partes que constituyen el todo, y sabe distribuirlas, ordenarlas y disponerlas con la union, órden y método que deben observar entre sí: aquella que divide con destreza la materia, pero sin hacerla añicos, ni desmenuzarla en partes tan delicadas, que apenas las perciba la vista mas perspicaz: aquella que va siempre á su objeto y á su fin sin perderle jamas de vista, sin divertirse en episodios ó digresiones extrañas, que hacen olvidar el objeto principal propuesto: aquella que da al discurso una justa libertad, sin violentarle ni oprimirle, y desviando de las proposiciones todo sentido equívoco y oscuro, las deja imprimir en el entendimiento una idea clara, limpia y precisa de lo que quieren decir: aquella que dispone con tan bello órden y tanta claridad todas las proposiciones del discurso, que parecen como nacidas unas de otras, y subiendo insensiblemente á los primeros principios, deduce de ellos consecuencias necesarias, naturales y evidentes: aquella que descarta siempre toda prueba que no sea conducente é invencible: aquella, en fin, que sabe unir todo el discurso como en un solo punto, para que se haga mas viva y mas pronta impresion en el ánimo del que oye; porque de una ojeada le entiende, y le penetra y le comprende. = P. ISLA, en *Fr. Gerundio*.

LA FORTUNA.

PÉSAME que te quejes de la fortuna, ca la fortuna como es conocida de tantos, no sufre ser infamada por uno: y con la fortuna mas vale pensar cómo te has de remediar que no cómo te has de quejar: porque hay muchos hombres que en pregonar sus trabajos son muy solícitos, y en buscar su remedio son muy perezosos. ¡O inocente de tí! Despues que estás tan desacordado, ¿acuerdas ahora quejarte de la fortuna? ¿Con la fortuna que todos hacen treguas, osas tú desafiarla? ¿Nosotros desarmamos las

ballestas; y descuelgas tú las lanzas? ¿Aun no sabes qué cosa es guerra, y quieres gozar de la victoria? ¿Estando todos entrampados, quieres tú pasar seguro? ¿Qué mas quieres te diga, pues te veo tomar con la fortuna? ¿Y tú no sabes que esta es la que los muros altos combate, y los carcomidos defiende; la que puebla los inhabitables desiertos, y despuebla los pueblos poblados: la que de los enemigos hace amigos, y de los amigos torna enemigos: la que á los vencedores vence: la que de traidores hace fieles, y de fieles sospechosos? Finalmente, quiero que sepas que la fortuna es la que revuelve los reinos, desbarata los ejércitos, abate á los reyes, sublima á los tiranos, da vida á los muertos, entierra á los vivos. ¿No te acuerdas del mote que tenia el segundo rey de los lacedemonios encima de sus puertas, que decia estas palabras: «Esta es la casa do el hombre hace lo que puede, y la fortuna lo que quiere?»

D. ANTONIO GUEVARA, *Reloj de principes.*

LA FAMA.

LA fama es de tanto precio entre los mortales, que con razon no se puede aborrecer, pues es medio seguro para emprender grandes hechos de virtud..... Y así por esto conoceremos ser la fama cierto género de virtud, pues nadie la procura, que no sea bueno, y de cosa buena. Por esta son conocidos y estimados los virtuosos: por esta se incitan á la virtud los presentes: por esta holgamos de leer los hechos de los antepasados y con su memoria procuramos hacernos á ellos semejantes: por esta, finalmente, con alegre ánimo se pasan los trabajos y deprenden las ciencias.

En bestia se trasforma el que menosprecia la fama, pues ningun varon ha habido, así santo como profano, que della no se le haya dado mucho; y tanto, que la tenga por principal pieza de su arnés; que cierto de su naturaleza convida á todos los hombres á ser esclarecidos por las virtudes. De aquí viene que á los tales, por la gran fama que dejaron, llamamos afamados; y por el contrario disfamados, á los que, no habiendo hecho cosa digna de memoria, se ocupan en los vicios, donde como puer-

cos encénagados, viven sin cuidado della..... Lo cual no es de agora, pues vemos que la reina de Sabá anduvo tantas leguas por la fama del saber y riquezas de Salomon; y que era tanta la fama de Tito Livio, que á los que la grandeza de Roma no habia podido traer á sí, la fama de un solo hombre llevó á ella.

Finalmente, por la fama vienen á ser los hombres inmortales: esta sigue á los que no la quieren, y huye de los que la procuran: esta á los vivos honra y á los muertos hace claros, y aun divinos. Ninguno jamas fue de virtud guarnecido, que luego no fuese afamado. Esta á los que muy solos están acompaña, á los no conocidos publica; y tiene tantas fuerzas, que aun á la muerte, que todas las otras cosas mata, ella solo vence. Pues aunque al Magno Alejandro y al invencible César quitó las vidas; no les pudo matar la fama, que agora tienen mas viva que entonces. Esta echa de sí rayos gloriosos, que son las hazañas que de sí produce: las cuales se publican por los oradores, se cuentan por los poetas, se ilustran por los historiadores.

CERVANTES DE SALAZAR, *Diál. sobre la dig. del hombre.*

LA VANAGLORIA, Y LOS VANAGLORIOSOS.

LA vanagloria, si yo no me engaño, es variedad de un ánimo que juntamente tiene algun bien, é ignora el modo de poseerle: es un afecto enfermo con ciertas hinchazones de excelencia: es torbellino de presuncion, que asiste en ánimos leves: es una imaginacion para las cosas mal fundadas apacible, y para las adversas inútil. Esta es la vanagloria brevemente, y sus definiciones. Los vanagloriosos son aquellos á quien el viento de la jactancia levanta sobre sí mismos: los que procuran que injustamente los veneren: los que favorecen á los aduladores: los que quieren enseñar, cuando para sí no saben: los que intentan ser tenidos por doctos en lo que no entienden: los que se huelgan de que se crean de ellos cosas grandes: los que en las palabras son tan graves, que se escuchan: los que son en prometer veloces, y en dar limitados: los que para los sucesos prósperos son alegres, y en los adversos frágiles: en los oprobios cuidadosos, en los regocijos inmoderados, y para lo honesto difíciles. =D. FRANCISCO QUINTANA, *Hipólito y Aminta.*

LA VERDADERA NOBLEZA.

SEGUN sentencia de sabios las señales de la verdadera nobleza son la liberalidad, el agradecimiento á los beneficios recibidos, la clemencia en perdonar, valentía, y grandeza de ánimo. De corazones nobles es sufrir con esfuerzo cualesquier tribulaciones, y ocupar sus pensamientos en cosas grandes, y no en las bajezas de este siglo. Aquella es verdadera nobleza que adorna el ánimo con buenas costumbres. No la claridad del linaje, sino la nobleza de las virtudes, hacen al hombre acepto y agradable á Dios. La nobleza corporal no es tuya, sino de los tuyos. La nobleza verdadera, que es la virtud, es propia tuya, la cual ninguno te la podrá dar, ni quitar si tú no quieres. ¿Qué mereces tú por lo que los otros ganaron? ¿Qué razon hay para alabarte por lo que heredaste de tus padres? La nobleza del linaje viene de la generacion; pero la nobleza de la virtud procede de la obra propia..... Aquel guarda entera su nobleza que no sirve á los vicios, ni es de ellos mandado. Siervo eres de aquel de quien eres señoreado. ¿Por ventura no es siervo de la maldad el que es señoreado de ella? Aquel no es vil que no hace vilezas. No te dejes jactar de que eres noble; pero debes mucho correrte, y tener vergüenza, que viniendo de buenos y nobles no seas heredero de sus virtudes. Como las nubes gruesas obscurecen el sol, y la luna, y estrellas para que no parezcan, ni nos den su luz; así los vicios de los que descenden de nobles obscurecen los buenos hechos y lustre de los antepasados. Sirviendo al vicio no eres noble, si no vil, pues eres siervo del vicio. Y la suma nobleza es ser claro en virtudes. Para solo esto te debes acordar que eres noble, para que con la sangre ilustre frisen las virtudes. La nobleza mundana no la halló la equidad de la naturaleza, sino la ambicion de la codicia.=P. ESTELLA.

cos encenagados, viven sin cuidado della. Lo qual no es de
 agora, pues vemos que **LOS LINAJES.** *Alayo tantas leguas*

A cuatro suertes de linajes se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando, hasta llegar á una suma grandeza: otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron: otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pirámide habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su basa ó asiento, no es nada: otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirve de ejemplo la casa Otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos principes, que por herencia lo son, y se conservan en ella sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los limites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se les puede dar este nombre) de infinitos principes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos, como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos, seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que inferais, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solo aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y

el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido, y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador; y sobre todo caritativo, que con dos maravedises que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal, como el que á campana herida da limosna; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta; y el no serlo, seria milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados.—CERVANTES, *en D. Quijote.*

AFRENTA Y AGRAVIO.

Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados; porque entre el agravio y afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de quien la puede hacer, y la hace, y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intencion que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedaria el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que habia hecho sin volver las espaldas y á pie quedo: y así segun las leyes del maldito duelo yo puedo estar agraviado, mas no afrentado; porque

los niños no sienten, ni las mugeres (en estos casos), ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en religion.....=EL MISMO.

LA VIDA.

Es pues la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que ponen al jornalero; que no tiene descanso, desde que empieza sino es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir, y no es en tu mano detener las horas, y si fueras cuerdo, no lo habias de desear; si fueras bueno, no lo habias de temer. Antes empiezas á morir, que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razon. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, ó de tu sustento, abrigo, reposo ú hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y miseria, la que con muertes de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias, como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que á tu parecer, sustentas el cuerpo, en su decoccion por otra parte gastan el calor natural que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto mas aprisa arde, mas aprisa te acabarás.=QUEVEDO, *La cuna y la sepultura.*

CARACTÉRES Y RETRATOS.

PRECEPTOS DEL GENERO.

RETRATO es la descripción de la figura ó carácter de una persona, y á veces de las dos cosas. Cuando, empero, se pinta cierta especie de hombres como el avaro, el hipócrita, el fanfarron, no se hace un retrato sino que se presenta un carácter.

En todos los casos en que un orador, historiador ó poeta tienen interes en dar á conocer una persona, están autorizados para hacer esta clase de pinturas: y cuanto mas fieles, interesantes é importantes sean al asunto, tanta mayor belleza real esparcirán en él: porque la belleza, en elocuencia, no es otra cosa que la bondad combinada con la fuerza de los medios.....

Esta manera de reunir los rasgos ó carácter de una persona y de dibujarlos con precision, conviene especialmente á la historia; pero aun en ella, cuando son muy frecuentes los retratos se hacen fastidiosos.

Los retratos, pues, serán *verdaderos, singulares, interesantes* para la inteligencia de los hechos: importantes por el papel que representen los personajes en el asunto: admirables por su semejanza y por la fuerza, por la exactitud y originalidad de los rasgos que los componen. Con tales circunstancias nos causan la impresion de una verdadera luz, que esparce á lo lejos la fuerza de sus rayos. = *Doctrinas* de MARMONTEL.

COSTUMBRES DE LOS ANTIGUOS ESPAÑOLES Y DEL SIGLO XVI.

GROSERAS, sin policia ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles. Sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron extraordinariamente: no eran parte los tormentos por rigurosos que fuesen, para hacérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos: la ligereza y soltura de los cuerpos extraordinaria: dados á las religiones falsas y culto de los dioses: aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual, transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente que ni en la claridad de entendimiento, ni en excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes

contra los enemigos que astutos y sagaces: el arreo de que usaban, simple y grosero: el mantenimiento mas en cantidad que exquisito ni regalado: bebian de ordinario agua, vino muy poco: contra los malhechores eran rigurosos, con los extranjeros benignos y amorosos. Esto fue antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado así los vicios como las virtudes. Los estudios de la sabiduría florecen cuanto en cualquiera parte del mundo: en ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud: en ninguna nacion tiene la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse. Deséase el ornato de las letras humanas, á tal empero que sea sin daño de las otras ciencias.

Son muy amigos los españoles de justicia; los magistrados armados de leyes y autoridad, tienen trabados los mas altos con los bajos, y con estos los medianos con cierta igualdad y justicia, por cuya industria se han quitado los robos y salteadores, y se guardan todos de matar ó hacer agravio; porque á ninguno es permitido ó quebrantar las sagradas leyes, ó agraviar á cualquiera del pueblo, por bajo que sea. En lo que mas se señalan, es en la constancia de la religion y creencia antigua: con tanta mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas: sosegadas las guerras domésticas y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increíble.

Los cuerpos son por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre: virtudes con que han vencido todas las dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con la abundancia de deleites, y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida y en vestido y en todo lo demas. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con su regalo y blandura, son ocasion de este daño. Con esto debilitadas las fuerzas, y extragadas con las costumbres extranjeras,

demas de esto por la disimulacion de los principes, y por la licencia y libertad del vulgo, muchos viven desenfrenados sin poner fin ni tasa, ni á la lujuria, ni á los gastos, ni á los arreos y galas. Por donde, como dando vuelta á la fortuna desde el lugar mas alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que (mal pecado) nos amenazan graves daños y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demas naciones: cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros, de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan. =MARIANA, *Hist. de Esp.*

CARACTER DE LOS CATALANES. (SIGLO XVII.)

Son los catalanes (por la mayor parte) hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, á que parece les inclina tambien su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas: en las injurias muestran gran sentimiento y por eso son inclinados á venganza: estiman mucho su honor y su palabra, no menos su exencion (1), por lo que entre las mas naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de esperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasion: el quejoso ó agraviado deja los pueblos y se entra á vivir en los bosques donde en continuos asaltos fatigan los caminos otros sin mas ocasion que su propia insolencia, siguen á estotros: estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Lllaman comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto: no es accion entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de Navarros y Badells, no menos celebrados y dañosos á su patria que los Güelfos y Gibelinos de Milan, los Pafos

(1) *Exencion*, fueros y privilegios.

y Médicis de Florencia, los Beamonteses y Agramonteses de Navarra y los Gamboinos y Oñacinos de la antigua Vizcaya.....

Es el hábito comun acomodado á su ejercicio: acompañanse de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto: los mas desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos: tampoco se acomodan á sombreros, mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores, cosa que algunas veces traen como para señal, diferenciándose unos de otros por las listas: visten larguísimas capas de jerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo con que se reparan y disimulan: sus calzados son de cáñamo tejido, á que llaman sandalias: usan poco el vino, y con agua sola de que se acompañan guardada en vasos rústicos y algunos panes ásperos que se llevan siempre parados del cordel con que se ciñen, caminan y se mantienen los muchos dias que gastan sin acudir á los pueblos =MELO, *Guerra de los moriscos de Cataluña.*

CARACTER DE LOS TURCOS.

En aquel tiempo los turcos, no olvidados aun de las costumbres de los escitas, de quien se precian suceder, vivian la mayor parte y mas belicosa en la campaña, debajo de tiendas y barracas, mudándose segun la variedad del tiempo y comodidades de la tierra. Tenian puesta su mayor fuerza en la caballería, gobernada por capitanes y príncipes de valor, no de sangre, á quien obedecian mas por gusto que por obligacion. Mantenian perpetua guerra con los vecinos sin orden militar, á imitacion de los alárabes que hoy poseen el Africa. Esta forma de vivir tuvieron desde que dejaron las riberas del rio Volga y entraron en el Asia menor, hasta que la vileza de las naciones del Asia y Grecia les dió crédito y reputacion.

A las monarquías y naciones sucede lo mismo que á los hombres que nacen, crecen y mueren. Nació Grecia cuando se defendió de Jerjes, y cuando su valor deshizo el poder de tan numerosos ejércitos, y forzó al bárbaro monarca que se retirase vencido, y pasase en una pequeña barca el estrecho del Heles-

ponto que poco antes soberbio y desvanecido humilló con puente. Tuvo su aumento cuando las armas de Alejandro pasaron mas allá del Ganges, y los límites y fines inmensos de la misma naturaleza no lo fueron de su ambición. Fue su muerte cuando las armas de los bárbaros por flojedad de sus príncipes y poca fidelidad de sus capitanes, la pusieron en dura servidumbre.

MONCADA, *Expedición de Catal.*

CARACTERES MORALES.

DE LOS CABALLEROS ANDANTES. Los mas de los caballeros que hoy se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza. Ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza solo procure descabezar, como dicen, el sueño, como hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno, que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar; y hallando en ella y en su orilla un batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo ya le bajan al abismo; y él puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de ser escritas no en pergamino, sino en bronce.

Mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades de oro y en los andantes caballeros. Sino, díganme: ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿Quién mas discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿Quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿Quién mas acuchillado y acuchillador que Belianis? ¿Quién mas intrépido que

Perion de Gaula? ¿Quién mas acometedor de peligros que Felix Marte Hircania? ¿Quién mas sincero que Esplandian? ¿Quién mas arrojado que D. Cironjilio de Trácia? ¿Quién mas bravo que Rodamonte? ¿Quién mas prudente que el Rey Sobrino? ¿Quién mas atrevido que Reynaldos? ¿Quién mas invencible que Roldan? ¿Quién mas gallardo y mas cortés que Rugero? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, fueron caballeros andantes luz y gloria de la caballería. = CERVANTES, *Quijote*.

DE UN HIPÓCRITA. Todo fué nada para ver entrar á D. Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos, el cual se habia hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba este por todos; porque si el que venia á curarse no traia bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faltriquera, ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenia asolado medio reino; hacia creer cuanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir: tanto que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del niño Jesus; entraba en las casas con *Deo gracias*; y decia lo de «el Espíritu Santo sea con todos:» traia todo ajuar de hipócrita, un rosario con unas cuentas frisonas. Al descuido hacia que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina, salpicado con sangre de narices..... Contaba tentaciones. En nombrando al demonio decia: «Dios nos libre y nos guarde.» Besaba la tierra al entrar en la iglesia; llámabase indigno..... Con estas cosas traia al pueblo tal, que se encomendaban á él y era propiamente como encomendarse al diablo, porque á mas de ser jugador, era cierto (así se llamaba por mal nombre) fullero..... Al fin, de los mandamientos de Dios los que no quebraba vendia. = QUEVEDO *en el gran Tacaño*.

UN MAL PREDICADOR.

HALLÁBASE el padre predicador mayor en lo mas florido de su edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza; cuellierguido, su cerquillo copetudo y es-

tudiosamente arremolinado, hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues; zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa..... En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamas de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes, y frases de chimenea, encajadas con grande donosura; no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores que jamas citaban á los Santos Padres, ni aun á los sagrados Evanjelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A San Mateo, le llamaba el Angel historiador; á San Márcos el evangélico Loro; á San Lucas, el mas divino pincel; á San Juan, el Aguila de Patmos; á S. Gerónimo, la púrpura de Belen; á S. Ambrosio, el panal de los doctores; á S. Gregorio, la alegórica Tiara... Pues qué ¡dejar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla en ademan de quien se desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos con la cabeza mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados, y como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho! Esto, afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete; y luego, que hecha ó no hecha una breve oracion se ponia de pie en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas mas que aire, volverle á meter en la manga á compás y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de, «*sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado;*» concluyendo con lo otro de, «*en el primitivo instantáneo ser de su na-*

*tural animacion ; » no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara; que todas ellas, por lo menos otras tantas evidencias de que allí no habia ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento. = P. ISLA, en *Fr. Gerundio*.*

VARIOS RETRATOS.

DE LOS REYES CATÓLICOS. Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados; sus rostros de buen parecer, la majestad en el andar y en todos sus movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco aunque tiraba algun tanto á moreno. En particular el rey tenia el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condicion suave y cortés, y clemente con los que iban á negociar. Fue diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par: tan amigo en los negocios, que parecia con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con vestido honesto y comida templada, acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacia mal á un caballo con mucha destreza: cuando mas mozo se deleitaba en jugar á los dados y naipes: la edad mas avanzada solia ejercitarse en cetreria, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas.

La reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeites, la gravedad, medida y modestia de su rostro singular. Fue muy dada á la devocion y aficionada á las letras: tenia amor á su marido; pero mezclado de celos y sospechas. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey D. Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados. = MARIANA, *Hist. de Esp.*

DEL GRAN CAPITAN GONZALO DE CÓRDOBA. Entonces fue cuando Gonzalo se presentó en Segovia ; y si su juventud y su inesperienza no le dejaban tomar parte en los consejos políticos y en la direccion de los negocios , las circunstancias que en él resplandecian le constituian la mayor gala de la corte de Isabel. La gallardia de su persona, la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio , ayudadas de una conversacion fácil, animada y elocuente le conciliaba los ánimos de todos y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas , y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas , en los torneos , manejando las armas á la española , ó jugando con ellas á la morisca , siempre se llevaba los ojos tras él , siempre arrebatava los aplausos ; y las voces unánimes de los que le contemplaban , le aclamaban principe de la juventud. Añadiase á estas prendas eminentes la que mas domina la opinion de los hombres , una liberalidad sin límites y una profusion verdaderamente real. Sus muebles , sus vestidos , su mesa era siempre de la mayor elegancia y del lujo mas exquisito. Reprendíale á veces el prudente ayo aquella ostentacion muy superior á sus rentas , y aun á sus esperanzas , por magníficas que fuesen : y su hermano D. Alonso de Aguilar desde Córdoba le exhortaba á que se sujetase en ella y no quisiese al fin ser el escarnio y burla de los mismos que entonces le aplaudian. «No me quitarás, hermano mio, contestó Gonzalo , este deseo que me alienta de dar honor á nuestro nombre y de distinguirme. Tú me amas , y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos , ni el cielo faltará tampoco á quien busca su elevacion por tan laudables caminos.» Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino. =QUINTANA, *Vidas de españoles cél.*

DE HERNAN CORTÉS. Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años , que le bastaron para conocer que iba contra su natural , y que no convenia contra la viveza de su espíritu, aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra ; y sus padres le encaminaron á la de Italia , que entonces era la de mas pundonor

por estar calificada con el nombre del Gran Capitan. Pero al tiempo de embarcarse, le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias; de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento, aunque no de profesion. Inclínose á pasar á las Indias, que como entonces duraba su conquista, se apetecian con el valor mas que con la codicia..... Luego que llegó á Santo Domingo, y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador que le admitió desde luego entre los suyos y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion; porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entonces las armas en las manos; y haciendo este viaje con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso, y tardó poco mas á darse á conocer su entendimiento, porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia, y agradable rostro; y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenia otras de su propio natural, que le hacian amable, porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos.

Solis, Conq. de Méjico.

DE D. QUIJOTE. Es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos.

DE SANSON CARRASCO. Era el Bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento. Tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande: señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires y de burlas.

DE MARITORNES. Servia en la venta así mesmo una moza as-

turiana, ancha de cara, llena de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demas faltas. No tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas que algun tanto le cargaban, le hacían mirar al suelo mas de lo que ella quisiera.

CERVANTES, *Quijote*.

DE MONIPODIO. Bajó el señor Monipodio tan esperado como bien visto de aquella virtuosa compañía: parecia de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados. Cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos: el sombrero era de ampa, campanudo de copa, y tendido de falda: atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del perrillo: las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y rematadas: las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el mas rústico y disforme bárbaro del mundo.—EL MISMO, *Novelas*.

RETRATOS IMAGINARIOS.

ERA AMADIS de Gaula un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigorosa, corto en razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira.

DE REYNALDOS me atrevo á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntuoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida.

DE ORLANDO soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estebado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

EL MISMO, *Quijote*.

PARALELOS.

PRECEPTOS DEL GENERO.

PARALELO es la comparacion ó cotejo de dos ó mas cosas..... El paralelo proporciona al espíritu el placer de ir y volver incessantemente de un objeto á otro, comparando los rasgos y notando su semejanza ó diferencia. Su efecto viene á ser el mismo que el de la comparacion... é iguales por consiguiente sus preceptos.

Siendo el objeto principal de las comparaciones (y de las metáforas) descubrir semejanzas entre objetos de diferente especie, derramar luz en el asunto, engrandecerle y hermosearle, se sigue que deberán tomarse de objetos que no sean bajos ni desconocidos, ni muy remotos, ni muy vulgares, ni desagradables, á no ser que se trate de envilecer el objeto comparado; ni parte de un período será metafórico, parte literal; ni sobre un objeto se acumularán, porque resultará desagrado y confusion: ni se llevarán muy adelante recorriendo muchas circunstancias, porque corre riesgo de oscurecerse el discurso..... Se extenderán lo que precisamente exijan los objetos comparados.

Doctrinas de SANCHEZ.

ELOCUENCIA SAGRADA Y PROFANA.

TODAS las circunstancias que en Atenas y Roma antiguas favorecieron al imperio y progresos de la elocuencia profana, las mismas y otras mas poderosas debian favorecer á la elocuencia sagrada entre nosotros. Si aquella se fomentó y alimentó con la libertad republicana; la otra se habia criado con libertad apostólica. Si aquella en las antiguas repúblicas hacia parte de su constitucion, pues sin ella no habia ni gobierno ni estado; esta en las repúblicas cristianas es uno de los principales cargos del ministerio pastoral. Si aquella era la que dictaba leyes y las abolia, la que ordenaba la guerra, la que conducia á los ciudadanos al campo de batalla, y la que consagraba las cenizas de los que habian muerto peleando por la patria: esta es la que dicta las reglas de la perfeccion cristiana, la que arma y guarnece la fragilidad humana contra las asechanzas de los vicios, y la que celebra la memoria de los héroes que triunfaron de las pasiones y

de la misma muerte. Si aquella era la que desde la tribuna ve-
laba contra los tiranos, y hacia resonar en los oídos de los ciu-
dadanos las cadenas de la servidumbre que les amenazaban; esta
es la que desde el púlpito predica la redención del género hu-
mano, del cautiverio del pecado, un pacificador y medianero
entre Dios y el hombre, un nuevo orden de justicia, una vida
futura, grandes esperanzas y grandes temores para la eternidad.
Entre aquellos republicanos, la elocuencia política vino á ser un
espectáculo público, y entre nosotros lo es la elocuencia sagra-
da. La primera tenía un poder irresistible, porque no solo go-
bernaba las opiniones, sino la opinión de todo un pueblo con-
gregado, donde su fuerza es terrible, porque allí la fuerza de
cada individuo se multiplica por la de todos juntos; así es que
apenas ha habido grande elocuencia, sino delante del pueblo.

Siendo esto así, como acabamos de referir, ¿cuánto mayor
estímulo no debe comunicar la elocuencia del púlpito al que
predica la palabra del Señor? A más del espíritu religioso que
ánima é inflama, al contemplar el predicador una muchedum-
bre inmensa de oyentes que colgados inmóviles de su boca, se
poseen de los afectos que más le penetran: que sollozan, tiem-
blan, se alegran, se enternecen á voluntad, debe todo esto á la
verdad servirle de un dulcísimo incentivo para usar de toda su
valentía, y para unir á la perfección del arte el señorío de los
corazones. Delante de la muchedumbre vibraba rayos Demós-
tenes, al mismo tiempo que la elocuencia estaba prohibida den-
tro de Areópago. Delante de la muchedumbre desplegaba la
fuerza de su elocuencia Tiberio Graco; y Cicerón era mayor
orador cuando hablaba al pueblo, que cuando razonaba en el
senado. Parece que la elocuencia no solo necesita una concur-
rencia universal, y que á esta la pueda conmover, sino de hom-
bres á quienes pueda infundir sus pasiones á su arbitrio: porque
para ser verdaderamente elocuente, es menester que el que
habla sea igual á los que le oyen, y aun á las veces que tenga, ó
tome cierto dominio sobre ellos. =CAPMANY, *Disc. de la eloc. esp.*

LA ELOCUCENCIA Y POESÍA.

En la elocuencia domina la verdad: la poesía vive de ficciones. El fin de aquella es instruir agradando y moviendo; el de esta agradar moviendo é instruyendo. El orador habla por lo comun al entendimiento; el poeta á la imaginacion. Aquel como un hombre que se posee; este como poseido de la pasion. Aquel coloca las mas veces sus ideas por el órden que tienen en su espíritu; este como se las presenta su imaginacion. Lo que aquel cuenta este pinta. El orador distingue los tiempos: el poeta ve como presente lo pasado y lo porvenir. El primero conoce al entendimiento por racionios; el segundo cautiva la voluntad con imágenes y el corazon con sentimientos. Aquel no pierde de vista el asunto principal: este sigue frecuentemente las impresiones que le causan las ideas accesorias. Aquel está como atrincherado dentro de su objeto; este vaga libremente por toda la naturaleza. Aquel imita simplemente á la naturaleza; este á la naturaleza bella. El primero es contemplador; el segundo creador. Para el primero lo insensible es poco menos que insensible; para el segundo no es así, sino que le da alma, le comunica movimientos, le imprime carácter, habla sentimientos y pasiones. Ultimamente, el orador no sale del mundo real; el poeta se espacia por la inmensa region de lo verosímil y de los posibles, que realiza cuando le parece oportuno. Verdad es que muchas veces se tocan estos dos géneros, y que el orador suele engalanarse con las flores del poeta.

El estilo del orador es comun ó prosáico; el del poeta es mas vivo, mas animado, lleno de imágenes, y distante del comun por una armonía musical que le es propia. El primero se contenta con las frases y giros regulares; el segundo se enriquece con trasposiciones elegantes, con metáforas muy expresivas, y algunas veces atrevidas, con giros singulares, con cuadros é imágenes que sorprenden, deleitan y arrebatan. En suma el orador habla, el poeta canta. El orador habla como un hombre, el poeta como un Dios. = SANCHEZ, *Retór. y poét.*

LOS ARZOBISPOS DE TOLEDO Y DE SANTIAGO EN EL REINADO DE
ENRIQUE III.

FUERON estos dos prelados en aquella era los mas señalados del reino, dotados de prendas y partes aventajadas, ingenio, sagacidad, diligencia, bien que las trazas eran bien diferentes. La nobleza, la edad, la elocuencia, la grandeza de ánimo eran casi iguales: los caminos por donde se enderezaban eran diferentes. El de Santiago usaba de caricias, astucia, y liberalidad; el de Toledo se valia de su entereza en que no tenia par, y de otras buenas mañas. El primero hacia placer y granjeaba la voluntad de los grandes: el otro se señalaba en gravedad, y mesura y severidad. El uno daba, el otro tenia mas que dar: aquel amparaba á los culpados y los defendia; el de Toledo queria que los ruines fuesen castigados. El uno era solícito, vigilante, favorecia á sus amigos, y á nadie negaba lo que estuviese en su mano: el otro ponía todo cuidado en la templanza, reformation y todo género de virtudes. Al uno punzaba el dolor por la iglesia de Toledo que los años pasados le quitaron á tuerto y contra razon como él se persuadia. Al de Toledo acreditaba haberla alcanzado sin pretension ni trabajo; era respetado y temido de sus contrarios por su valor, y si bien diversas veces le armaron lazos, y cayó en sus manos, siempre se libró de ellas, y con los rayos de su luz deshizo las tinieblas de muchas celadas que sus émulos le paraban.=P. MARIANA, *Hist. de Esp.*

LOS CARDENALES CISNEROS Y ADRIANO.

CONOCIENDO los dos gobernadores que las disputas sobre sus nombramientos se iban encendiendo con ofensa de la majestad y de su misma jurisdiccion, trataron de unirse en el gobierno: sana determinacion, si se conformaran los genios; pero discordaban, ó se compadecian mal, la entereza del cardenal con la mansedumbre de Adriano; inclinado el uno á no querer sufrir compañero en sus resoluciones; y acompañándolas el otro con poca actividad. Produjo este imperio dividido la misma division en los súbitos, con que andaba parcial la obediencia, y desunido el poder.=SOLÍS.

EL TEATRO Y EL MUNDO.

NUNCA los cetros y coronas de los emperadores farsantes respondió Sancho Panza, fueron de oro puro sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó D. Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia; con la cual quiero, Sancho, que estés bien teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan, y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos presente lo que somos, y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia, á donde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero: este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales. Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo D. Quijote, acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dijo D. Quijote, te vas haciendo menos simple y mas discreto. Si que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos; quiero decir, que la conversacion de vuestra

merced ha sido el estiercol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído: la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. = CERVANTES, *Quijote*.

CABALLEROS ANDANTES Y CORTESANOS.

BIEN parece un gallardo caballero á los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros, que en ejercicios militares, ó que lo parecen, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes. Pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en un despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades.

Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice á la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemorizen endriagos; que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. = EL MISMO, *ibidem*.

HUMILDAD Y GLORIA DEL SALVADOR.

GRANDE humildad es nacer en un establo, mas grande gloria es resplandecer en el cielo. Grande humildad estar entre estas bestias; mas grande gloria es ser cantado y alabado por los ángeles. Grande humildad es ser circuncidado como pecador; pero es grande gloria el nombre de Salvador. Grande humildad es venir al bautismo entre publicanos y pecadores, mas grandísima es la gloria de abrirse los cielos, sonar la voz del Padre y verse sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma, y los pregones y temores de S. Juan Bautista. Finalmente, grandísima humildad fué padecer y morir en una cruz, pero grandísima gloria fue obscurecerse el cielo, temblar la tierra, despedazarse las piedras, abrirse las sepulturas, aparecer los difuntos, hacer sentimiento todos los elementos. Todo esto era razon que así fuese; porque lo uno convenia para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro convenia á la dignidad de la persona que la curaba.....

Y puesto caso que lo uno pertenece á su gloria, y lo otro para nuestro ejemplo; si bien lo miras verás que así lo uno como lo otro era todo para nuestro bien: porque en lo uno se edifican nuestras costumbres, y con lo otro, se confirma nuestra fé. Y por esto, si te escandaliza la humildad de Cristo, para no creer que es Dios el que ves tan humillado; mira la gloria que acompaña á esa humildad, y verás que no es indigna cosa de la magestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa parece nacer Dios de mujer, mas no lo es si miras la gloria con que nace. Indigna cosa parece morir; mas no el morir con tan gloriosas señales. El morir descubrió la grandeza de su bondad, y el morir con tales señales descubre la gloria de su poder. Y por eso no es menos hermoso este Señor, á los ojos de quien lo sabe mirar, en su bajeza que en su gloria. Hermosísimo en el cielo, y hermosísimo en el establo; hermosísimo en el trono de su gloria y hermosísimo en el pesebre de Belen; hermosísimo entre los coros de los ángeles, y hermosísimo entre los brutos animales.

P. GRANADA, *Serm. de Nativ.*

LA PAZ Y LA GUERRA.

No estima la quietud del puerto quien no ha padecido en la tempestad, ni conoce la dulzura de la paz quien no ha probado lo amargo de la guerra. Cuando está rendida, parece bien esta fiera enemiga de la vida; en ella se declara aquel enigma de Sanson, del leon vencido, en cuya boca, despues de muerto, hacian panales las abejas; porque acabada la guerra, abre la paz el paso al comercio, toma en la mano el arado, ejercita las artes, de donde resulta la abundancia, y de ella las riquezas; las cuales, perdido el temor que las habia retirado, andan en las manos de todos. Aun las cosas que carecen de sentido se regocijan con la paz. ¡Qué fértiles y alegres se ven los campos que ella cautiva! ¡Qué hermosas las ciudades, pintadas y ricas con su sosiego! Y al contrario, ¡qué abrasadas las tierras por donde pasa la guerra! Apenas se conocen hoy en sus cadáveres las ciudades y castillos de Alemania. Tinta en sangre mira Borgoña la verde cabellera de su altiva frente, rasgadas y abrasadas sus antes vistosas faldas, quedando espantada de sí misma. Ningun enemigo mayor de la naturaleza, que la guerra; quien fue el autor de lo criado, lo fue de la paz: con ella se abraza la justicia. Son medrosas las leyes, y se retiran y callan, cuando ven las armas; por esto dijo Mario, excusándose de haber cometido en la guerra algunas cosas contra las leyes de la patria, que *no las habia oido con el ruido de las armas*. En la guerra no es menos infelicidad de los buenos, matar, que ser muertos. En la guerra los padres entierran á los hijos, turbado el órden de mortalidad; en la paz, los hijos á los padres; en la paz se consideran los méritos, y se examinan las causas; en la guerra la inocencia y la malicia corren una misma fortuna; en la paz se distingue la nobleza de la plebe; en la guerra se confunde, obedeciendo el mas flaco al mas poderoso; en aquella se conserva, en esta se pierde la religion; aquella mantiene, y esta usurpa los dominios. La paz quebranta los espíritus de los vasallos, y los hace serviles (1) y leales; y la guerra los levanta, y hace inobe-

(1) Dóciles al servicio.

dientes. Poco dura el imperio que tiene su conservacion en la guerra. Mientras está pendiente la espada, está tambien pendiente el peligro. Tan dañosa es la guerra, que cuando triunfa derriba los muros, como se derribaban los de Roma.

SAAVEDRA Y FAJARDO, *Empres. polit.*

LA HISTORIA MONASTICA Y LA POLITICA.

CERTIFICAN personas de buen juicio, que se ha hecho evidencia no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata casos raros y empresas grandes, y todo eso que llaman hazañoso, sino tambien la que se humilla al yermo, al claustro, al silencio, y al cilicio y á quanto tiene nombre de mortificacion, que suena siempre tan mal á las orejas del mundo.

Véase en esta historia trocado todo; y en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de estado: de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército, ó animar los soldados á la batalla: de aquellas promesas de la victoria, ó presagios de la suerte adversa: de las conjeturas de lo que pretende el enemigo: la loa del soldado valiente: la diligencia, destreza, y ánimo del capitan: los varios trances de la fortuna: la alegría del buen suceso: la riqueza del despojo y de la presa: el número de los muertos y cautivos: los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro, ó derribaron las banderas enemigas, y otros cien particulares con que se enriquecen las historias profanas: en vez, digo, de todo esto; entran las amonestaciones santas, los consejos de una celestial prudencia donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo: la perseverancia en el ejercicio santo: la fortaleza en el rigor de la penitencia: el fruto de la oracion continua: la sumision del cuerpo: el desprecio de sí mismo, el desengaño de las cosas visibles: la victoria contra nuestras pasiones: la lucha porfiada contra nuestros apetitos: la esperanza del premio, y tal premio: los anuncios de la salud del alma: los recatos aun en el estado mas seguro: el zelo, de la cirimonia, aunque sea pequeña, para que no se toque al muro de lo esencial: las prevenciones antes de llegar á las cosas sagradas: apoyar lo que se desmorona del

rigor primero, y esforzar lo que parece va enflaqueciendo en la virtud: muertes venturosas, suficientes para encender en santa envidia los mas tibios: castigos rigurosos á culpas casi sin nombre, mejores para labrar coronas que para enmienda de los delincuentes, y otro alarde de cosas semejantes, menudencias para los ojos del siglo, y de tanta estima en los de Dios que no los remunera menos que con un reino eterno.

P. SIGUENZA, *Hist. de la órden de S. Gerón.*

EL RICO Y EL POBRE.

Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico mas comodidades y padece menos incomodidades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al revés. Tiene el rico vario, precioso y abundante plato: ¿pero saboréase en él mas que el pobre con el comun y tosco? Ni aun tanto; porque en este, la paciencia con que se sienta á la mesa, recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa á las abejas de la Lituania, pais rudo y desabrido, no tener tan hermosas y odoríferas flores, como las abejas de otros paises, si de esas mismas ingratas flores sacan la mas hermosa y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; ¿pero duerme mas, ó mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que este siempre se levanta alegre y gozoso: y aquel muchas veces se queja de que pasó la noche con inquietud. ¿Cuántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el rey Asuero, por no poder dormir se divirtió con los anales de su reino! Defiéndose el rico con tapices, afelpados vestidos y gruesas paredes, de los rigores del frio; pero observa que con todo se queja mas de la destemplanza de la estacion dentro de su palacio, que el pastor cubierto de pieles en el monte..... Verás á cada paso al poderoso temblando con vivo resentimiento del frio, siempre que se ve precisado á dejar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente comun alegre por la calle. Lo mismo sucede en el estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse á salir de un cuarto bajo; cuando el comun del pueblo, con intrépida desenvoltura, acude á cuanto se le ofrece..... Habita el rico en

:

anchuroso y aliñado palacio, y nunca contento, piensa en extenderle, ó mejorarle; pero el pobre, ni siquiera le ocurre en todo el año que su habitacion es estrecha.

Viste el rico delicada Holanda, y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oiste quejarse algun pobre, de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico y el pobre trabajando todo el dia; pero no observarás mas triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio; antes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo cantando y chanceando, su tarea. Acabada esta, el descanso no es un ocio insípido, como el del rico, sino un dulce reposo; y despues, con blando y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no ejercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama: de modo, que se puede decir, que el pobre trabaja de dia y el rico de noche.

Si se quieren pesar los placeres de uno y otro estado, verás á los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bailes, ¡qué francamente risueños! ¡Qué sinceramente gozosos! Al contrario á los ricos, verás en los mismos festejos, no pocas veces fastidiosos. A lo menos no brilla tan puro el placer en sus semblantes. = P. FEIJOO, *Teatr. crit.*

EL SIGLO PRESENTE Y EL FUTURO.

AGORA, como saliendo de entre las zarzas y espinas á campo mas libre, digo, que ya se conoce bien cuán justamente Esaías da nombre de *Padre* á Cristo, y le dice que es *Padre del siglo futuro*. Entendiendo por este siglo la generacion nueva del hombre, y los hombres engendrados así, y los largos y no finibles tiempos en que ha de perseverar aquesta generacion. Porque el siglo presente, el cual en comparacion del que llama Esaías venidero, se llama primero siglo, que es el vivir de los que nacemos de Adan, comenzó con Adan y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus descendientes postreros, y en particular no durará en ninguno mas de lo que él durare en esta vida presente. Mas el siglo segundo desde Abel, en quien comenzó, exten-

diéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin, reforzándose él mas, perseverará para siempre.....

Y llámase siglo tambien porque es otro mundo por sí, semejante y diferente de este otro mundo viejo y visible: porque de la manera que, cuando produjo Dios el hombre primero, hizo cielos y tierra y los demas elementos; así en la creacion del hombre segundo y nuevo para que todo fuese nuevo como él, hizo en la iglesia sus cielos y su tierra; y vistió á la tierra con frutos y á los cielos con estrellas y luz, como David lo descubre lleno de ingenio y de espíritu, diciendo: *Que extendió los cielos Dios, como quien despliega tienda de campo, y que cubrió los sembrados dellos con aguas, y que ordenó las nubes, y que en ellas, como en caballos, discurre volando sobre las alas del aire, y que le acompañan los truenos, y los relámpagos y el torbellino.*

Aquí ya vemos cielos, y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo; oímos tambien el trueno á su tiempo, y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hierre los ojos: *allí*, esto es, en el nuevo mundo, y iglesia, por la misma manera, los cielos son los apóstoles, y los sagrados doctores, y los demas santos altos en virtud, y que influyen en virtud; y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros se torna en lluvia. En ella anda Dios, y discurre volando, y con ella viene el soplo de su espíritu, y el relámpago de su luz, y el tronido y el estampido con que el sentido de la carne se aturde. *Aquí*, como dice prosiguiendo el psalmista: *Fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, á donde permanece y nunca se mueve,* y como primero estuviese anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales obedeciendo á esta voz se apartaron á su lugar, á donde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas huyeron, la tierra descubrió su figura humilde en los valles y soberana en los montes. *Allí* el cuerpo firme y macizo que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios, en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubria, y como anegaba la gentilidad, y aquel mar grande y tempestuoso de tiranos y de ídolos, la tenian cuasi sumida; mas

sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud; y arredró de ella la amargura y violencia de aquellas olas; y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda, con la cual descubrió su forma, y su concierto la iglesia, alta en los obispos y ministros espirituales, y en los fieles legos humildes, humilde. Y como dice David, *subieron sus montes, y parecieron en lo hondo sus valles.*

El mismo, como en el mundo, así en la iglesia, envia lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí juntas en arroyos, y descendiendo bañan los campos. El trigo que fortifica, y el olio que alumbra, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros; y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y dieron en sí reposo, y dulce y saludable nido á los que volaron á ellos huyendo del mundo. Y no solo proveyó Dios de nido á aquestos huidos, mas para cada un estado de los demas fieles hizo sus propias guaridas. Y cómo en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveras entre las peñas; así acontece en la iglesia.

En ella luce la luna y luce el sol de justicia; nace, y se pone á veces, agora en los unos y agora en los otros; y tienen tambien sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros halla su sazón para salir y bramar, y para ejecutar su fiereza: mas tambien á las noches sucede en ella despues el aurora, y amanece despues, y encuévase con la luz la malicia; y la razón, y la virtud resplandece. ¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor, y cómo nos admiras con esta órden corporal y visible, mucho mas nos pones en admiracion con la espiritual é invisible! = P. M. LEON, *Nombres de Cristo.*

LA FORTUNA Y LA CIENCIA.

En cualquier acontecimiento *mas vale saber que haber*: porque si la fortuna se rebelare, nunca la ciencia desampara al hombre; la hacienda se gasta, la ciencia crece, y es de mayor estimacion lo poco que el sabio sabe, que lo mucho que el rico tiene.....

Pintaron varios filósofos á la fortuna en varios modos, por ser en todo tan vária: cada uno la dibujó segun la halló para sí, ó la consideró en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio, y al que mas favorece para mayor trabajo le aguarda. Es de vidrio instable, sin sosiego, como figura esférica en cuerpo plano: lo que hoy da, quita mañana: es la resaca de la mar, tráenos rodando y volteando, hasta dejarnos una vez en seco en los márgenes de la muerte, de donde jamas vuelve á cobrarnos, y en cuanto vivimos, obligándonos como á representantes á estudiar papeles y cosas nuevas que salir á representar en el teatro del mundo. Cualquiera accidente la descompone y roba, y lo que deja perdido y desafuciado remedia la ciencia fácilmente. *Ella* es riquísima mina descubierta, de donde los que quieren pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso rio, sin que se agote ni acabe: ella honra la buena fortuna y ayuda en la mala; es plata en el pobre, oro en el rico, y en el príncipe piedra preciosa: en los pasos peligrosos, en los casos graves de la fortuna el sabio se tiene y para, y el simple en lo llano tropieza. No hay trabajo tan grande en la tierra, tormenta en la mar, ni temporal en el aire que contraste á la ciencia, y así debe desear todo hombre vivir *para saber*, y saber *para bien vivir*: son sus bienes perpétuos, estables, fijos y seguros.

MATEO ALEMAN, *Guzman de Alfar*.

CARTAS.

PRECEPTOS DEL GENERO.

Las cartas son unas conversaciones por escrito: en ellas se aconseja, se disuade, se alaba, se reprende, se enseña, se satiriza, se dan noticias importantes y de poco momento etc. En fin su objeto se extiende tanto como el de las conversaciones.

Se pueden dividir en familiares y elevadas. Las *primeras* tratan de asuntos vulgares y comunes: su estilo debe ser *natural, suelto, gracioso, correcto*. La viveza, el ingenio, las sales, cuando no provienen de la empalagosa afectacion son dotes muy recomendables en este género de escritos.

Las cartas *elevadas* son mas elegantes y mas pomposas, ya sea por los altos personajes á quienes van dirigidas, ó ya por las materias que tratan. Unas contienen discusiones críticas, otras puntos históricos, otras romances ó novelas, otras leccion de moral, de matemáticas, de física, y aun los discursos mas filosóficos y abstractos. La gravedad del asunto determina su estilo.

SANCHEZ BARBERO.

FAMILIARES.

DEL P. JOSE FRANCISCO ISLA A UN AMIGO.

AMIGO y dueño mio: Su silencio de V. ya peca mas que en perezoso, y tambien mi paciencia seria demasiadamente zonza, si no me quejara de su poltronería; es el caso que su amistad de V. es fina, su agencia eficaz y su todo como V. se debe á si mismo, y yo no merezco: aviséle á V. me remitiese la cuenta del coste que tuvo el último encargo, y V. no acaba de avisármelo; no sé en qué consiste, pero sé que no era V. tan galbanero el año pasado: espero que este recuerdo de burlas me excuse argüir de veras.

Rúgese que las tropas no se unen; que la expedicion fraguada para esta primavera es hermana carnal de las grandes expediciones que se fraguaron las primaveras antecedentes; por lo que á mí toca, celebraré que las cuchilladas se den en seco, las batallas se ganen en borron, las plazas se tomen en el mapa y que tratemos de vivir en paz y no ser locos. No hay mas que

decir: concluyo como acostumbro, dando memorias, pidiendo preceptos, y deseando á V. mucha vida.=Segovia.=Sr. D. Gerónimo.=JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

AL MISMO.

Muy señor mio y mi amigo: En tiempo de pascuas todos entran, salen, y escriben, menos yo que ni escribo, entro ni salgo: V. las habrá tenido muy felices, si han correspondido á mi deseo, y para no interrumpir este gusto con ningun azar, conduciria tambien el que yo callase: por eso callé, como suelo en semejantes ocasiones, aunque hablando mas con la voluntad que con la pluma, y con la lengua; porque eso de callar de todo punto con la lengua, con la voluntad y con la pluma tiene para mí dificultades insuperables. En suma, el mismo que antaño soy ogaño, sépalo y así reconózcalo. Este correo escribo á madama Escolástica, perdida la mascarilla, y así va la carta en su cara original: si no la rescatase del correo, se quedará cautiva: y lo firmo.=Segovia.=Sr. D. Gerónimo.=EL MISMO.

A SU HERMANA.

MUJER de tu marido: Has dado en la mania, de algunas semanas á esta parte, de que te pierdo el respeto, sin que yo acierte á concebir cómo se puede perder lo que jamas se ha tenido. Pero tú eres una pequeña diablesa y sabes mas que Merlin; por lo que te estimaré me comuniques este secreto, que puede importar para mas de dos ocasiones. Hallar una cosa antes de perderse, es habilidad que á cada paso la usan los ladrones; pero perderse lo que jamas se poseyó, no lo habia tenido por posible hasta que tú me aseguras que es cosa evidente. Al fin, si te he perdido el respeto, fijaré cedulones en las esquinas de los correos (porque has de saber que los correos tienen esquinas) para que cualquiera persona que haya hallado un respeto que se perdió, acuda á tí, á quien pertenece, que se le pagará el hallazgo; y por lo que toca á mí, doy palabra tambien, el primero que te tenga que no solo no se pueda perder, pero que ninguno me lo pueda encontrar.

Ahora vete á pasear, que yo voy á escribir otras cartas. Señora B. T. P. el mas atento capellan.=EL MISMO.

DE D. ANTONIO DE SOLIS A D. ALONSO CARNERO.

Si yo fuera hombre que supiera hacer el miércoles lo que debo hacer el jueves, no anduviera tan alcanzado de tiempo ni tan apresurado en las respuestas de sus cartas de V. Celebro como siempre las nuevas que V. me dá de su salud, y la de mi señora Doña Teresa, que esto es en mi estimacion lo mejor de sus cartas de V. por muchas discreciones que se hallen en ellas. Yo quedo mejor de mis dolores de espaldas; pero sin necesidad de sangrarme segun el sentir de los médicos, que siempre los despreciamos hasta que nos duele algo; y muchas veces los buscamos para que nos duela, y hallamos que nos duele mas. Iba á decir un concepto, y se me ha desaparecido: V. reciba la buena voluntad.

Ya sabrá V. por otras cartas (que se abrirán primero) la gran novedad de haber pedido licencia el señor duque de Medina á S. M. para retirarse del primer ministerio. Parece cosa de los siete durmientes, que despertamos antiyer en una estacion, que pasaba otra moneda y reinaba otro rey. Dias ha que yo soñaba lo que ha sucedido, pero no lo acababa de creer..... El rey dura en la resolucion de gobernar por sí: quiera Dios asistirle para que lo prosiga, y conozca gobernando lo que le falta para gobernar.

A D. CRISPIN GONZALEZ.

SEÑOR y amigo mio: Paciencia, y prevenir el entendimiento para la conformidad; pues no le basta á V. el no pretender, ni anhelar para que no vayan á rogarle con su cuerpo los cargos de la monarquía. Ya sabrá V. cuando lea estos renglones, cómo S. M. le ha hecho merced de la secretaría del Norte: con que por agregacion me hallo de ayer acá súbdito de V. y con obligacion de interesarme en las conveniencias de mi jefe. Bien sé que ni por la ocupacion, ni por la dignidad viene V. de provecho para compañero, ni para que yo pueda lograr los ratos de conversacion como en el tiempo en que V. era uno de nosotros. Pero me hallo alborozadísimo con la esperanza de ver á V. y con la presuncion de que me ha de tocar alguna parte de

sus ratos perdidos. No se puede hablar mucho con los superiores sin alguna pretension.....

Sírvase V. dar mis rendidas memorias al señor D. Alonso: que como son muchos mis pecados no sé por cuál de ellos me ha negado el habla. Ya sé que se halla restituido al remo de su ocupacion, y que le han honrado para reventarle.....

Mejores y mejor informados coronistas tendrá V. de los rodeos por donde ha venido á sus manos la secretaría. Queda mal herido D. N..... y de la negociacion de Nueva España nuevamente suprimida, con algunas limitaciones que miran á quitar los ascensos y consumir al consumido.=EL MISMO.

DE ANTONIO PEREZ A SU HIJO D. GONZALO.

CUANTO me cuentan de vuestra parte, hijo, otra y mil veces hijo, de lo que habeis padecido y estais padeciendo, lo oigo con consuelo. Mirad ¡qué gentil manera de agradecimiento! Con consuelo, pues, digo: porque la prenda que podemos tener del cielo, despues de la palabra de Dios, acá abajo mas cierta del desagravio, y la tabla de no haberme hundido á mí tales tormentos son vuestros agravios. Y porque no penseis que es mio solo el beneficio de vuestras prisiones, á la parte entraís vosotros; pues todo ello ha sido y es para todo el mundo ejecutoria de padecer violencia vuestro padre; y este beneficio es vuestro, si daño vuestro mis agravios.

Animo, pues, hijo, á lo que queda por pasar; y no perdais el premio al fin de la carrera; ni os anegueis á la orilla: que yo acá no he dormido en camas de flores con la memoria de vuestros tormentos, ni olvidádome de vosotros, y de vos particularmente.

OTRA A SU MUGER DOÑA JUANA COELLO.

LAS palabras que me refieren de V. algunos que aportan por acá, me lastiman el alma tanto, que son bastantes á ayudarme á salir de la deuda de lo mucho que V. y sus hijos han padecido y padecen por mí: y por esta razon quedarle he en

obligacion grande ; pero en lo demas pasará á la paga la deuda. Porque no está en la grandeza de la herida , ni en la duracion del dolor de lo mas ni lo menos , sino en la intencion del tormento. Señora, yo remo y braceo en seco para navegar: no hay viento para las velas de mi deseo, sino el de mis gemidos y suspiros de verme sin ningun movimiento á ningun puerto , sino al de la sepultura..... A V. suplico yo que se anime, para ver el fin de estos trabajos, y no desayude á Dios con rendirse. Pido esto, porque yo estoy tan al cabo, que he menester ayuda para no hundirme en cualquier hoya.

Un retrato ha querido hacer el señor Gil de Mesa, que si pudiera ir , porque es grande , le enviaré. Y no me pesará que llegue á esas calles, porque vean que el amor suyo, que me favorece , me sustenta en aquel estado; y los perseguidores, que no pueden , contra la gracia de las gentes, acabar á un cuerpo muerto.

OTRA AL REY ENRIQUE IV DE FRANCIA.

SUPLICO á V. M. y á su grandeza reciba ese don humilde de un humilde siervo. Mi mujer Doña Juana, y mi dulce hija Doña Gregoria, me le envia: enviolo yo á V. M. tan seguro como pequeño. De ámbar blanco es, porque es el color de que se deben preciar las damas. Pero advierta V. M. que si otros guantes se suelen lavar con aguas de olores varios, esos se la ganarán á todos, porque vienen lavados con mas subidas aguas, de lágrimas: elemento hecho ya natural á madre y á hija, y á sus hermanas.

No desdeñe V. M. el don por las lágrimas, que son la quinta esencia del alma, y el mas suave olor al olfato de Dios. Y tienen mas: que si los otros olores llegan al cerebro humano, las lágrimas traspasan el alma á Dios. Pues mas tienen, señor: que hacen echar á Dios mano á la espada de su enojo contra quien á lágrimas no se mueve. No será destos V. M. siendo una de sus virtudes la piedad.

¿Quiére ver V. M. que no le adulo, sino que es lo que digo una pincelada de su retrato? Que le favorece Dios cada dia con

victorias; y sin duda debe de ser la causa, segun su natural, querer que venza á otros el que á sí se vence: porque es de las virtudes, que la piedad, que la liberalidad, y otras con cuanta mas resistencia del natural de la persona obran, mas mérito, mas gloria causan.

OTRA AL DICHO REY DE FRANCIA.

Si yo no supiese que escribir á los reyes sin ocasion, y aun buscarla, es atrevimiento; hubiera escrito á V. M. despues que partió el señor D. Martín, y le hubiera dado el parabien de los buenos sucesos que Dios le envia cada dia. Pero ya no lo he podido sufrir: sea, sire, mucho en buen hora todo lo que cada dia amanece de prosperidad, y para pasar adelante; que eso quiere Dios, segun la priesa que se da.....

Escribo porque V. M. se entretenga en la lengua española, ya que ha dicho que quiere que le sirva de maestro en ella. Por cierto V. M. ha escogido gentil bárbaro por maestro: bárbaro en los conceptos, en la lengua, bárbaro en todo. Lo que yo entiendo, es que V. M. ha de ser mi maestro, y que de su mano ha de recibir polimiento esta piedra tosca; que los artífices grandes en tal materia muestran el arte y el primor de sus manos, como los ánimos reales se señalan, á imitacion del natural de Dios, en reparar á quien destruyen los que tienen por proeza mostrar en tales obras su grandeza, y para tal efecto usurpan aun el poder divino.

DE SANTA TERESA DE JESUS AL V. M. FR. LUIS DE GRANADA.

DE las muchas personas que aman en el Señor á V. P. por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á su majestad por haberle dado á V. P. tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningun trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oir sus palabras si se sufriera conforme á mi estado y ser mujer. Porque sin esta causa la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el

señor D. Teutonio me ha mandado escribir esta; á lo que yo no hubiera atrevimiento. Mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar para que V. P. se acuerde alguna vez de encomendarme á nuestro Señor: que tengo de ello gran necesidad, por andar con poco caudal puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer, de verdad, algo de lo que imaginan de mí.

Entender V. P. esta bastaria á hacerme merced y limosna: pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces á pedir á nuestro Señor la vida de V. P. sea muy larga. Plegue á su magestad me haga esta merced y vaya V. P. creciendo en santidad y amor suyo.

TERESA DE JESUS.

DE D. ANTONIO DE GUEVARA Á D. ENRIQUEZ.

MAGNÍFICO señor y mi amigo antiguo. =Valdivia, vuestro solicitador me dió una carta, la cual parecia bien ser de su mano escrita; porque traia pocos renglones y muchos borrones. Si como os hizo Dios caballero, os hiciera escribano, mejor maña os diérais á entintar cordovanes, que á escribir procesos. Siempre trabajad, señor, en que si escribiéredes alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la plegadura igual y el sello claro; porque es ley de corte, que en lo que se escribe se muestre la prudencia y en la manera de escribir se conozca la crianza. En la carta que me fue dada, se contenian muchas preguntas debajo de muy pocas palabras; y que por una turquesa hagamos ambos á dos bодоques, será pues el caso, que á cada pregunta responderé una sola palabra.

Preguntáisme, señor, que ¿á qué vine á la corte? Y á esto os respondo, que no vine de mi voluntad, sino que me constringió necesidad; porque en el debate, y pleito que traemos la iglesia de Toledo y yo, fuéme necesario venirme á disculpar, y al pleito desmarañar. Decisme, señor, ¿qué es lo que hago en la corte?

Y á esto os respondo, que segun mis contrarios me siguen, y mis negocios se alargan, que ninguna cosa hago, sino que me deshago.

Decísme, señor, que os escriba ¿qué es la cosa en que mas ocupo el tiempo? Y á esto os respondo, que segun los cortesanos tenemos por oficio, mal querer, cizañar, blasfemar, holgar, mentir, trafagar y maldecir; con mas verdad podremos decir del tiempo, que le perdemos, que no le empleamos. Decísme, señor, que ¿quiénes son los con quien mas converso en esta corte? Y á esto os respondo, que es de tan mal viduño la corte, y su gente, que los que en ella andamos, y dende niños nos criamos, no es nuestro estudio buscar con quién conversemos, sino en descubrir de quiénes nos guardemos. Apenas tenemos tiempo para defendernos de los enemigos, ¿y quereis que nos ocupemos en buscar nuevos amigos? En las cortes de los príncipes, yo confieso, que hay conversacion de personas, mas no hay confederacion de voluntades: porque aquí la enemistad es tenuta por natural, y la amistad por peregrina.

Es de tal condicion la corte, que los que mas se visitan, peor se tratan, y los que mejor se hablan, peor se quieren. Los que andan en las cortes de los príncipes, si quieren ser curiosos, y no necios, hallarán muchas cosas, de qué se espantar, y muchas mas de qué se guardar.

Otras cosas hay en esta corte á buen precio, ó por mejor decir á buen barato: es á saber, crueles mentiras, nuevas falsas, amistades fingidas, envidias continuas, malicias dobladas, palabras vanas, y esperanzas falsas: de las cuales siete cosas tenemos en esta corte tanta abundancia, que se pueden poner tiendas, y pregonar ferias. Preguntáisme, señor, si hay buena expedicion en los negocios, porque queríades enviar á despachar algunos. A esto os respondo, que segun las cosas de la corte son pesadas, enojosas, prolijas, costosas, intrincadas, malhadadas, deseadas, suspiradas, lamentadas y marañadas; téngome por dicho, que si son diez los despachados van noventa desesperados. Escribísme, señor, que os escriba, si hay ogaño buena feria aquí en Medina. A esto os respondo, que como yo soy cortesano y pleiteante, y no tengo mercadería que vender, y menos dineros, con

qué las comprar, ni sé de qué la loar, ni hallo de qué me quejar, mas de que andando por esta feria, veo en estas tiendas de burgaleses tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomo gozo, y de no poderlas comprar, tomo pena..... Muchas veces he tornado á leer vuestra carta, y no he hallado mas que responder á ella: que á la verdad mas parecia interrogatorio, para tomar testigos, que no carta para amigos. No quiero mas decir, sino que escapo de escribiros muy cansado, y aun enojado, no de responder á la carta, sino de construir vuestra maldita letra. Nuestro Señor sea en vuestra guarda, y á mí me dé gracia para que le sirva. De Medina del Campo á 5 de Junio, año de 1532.

GUEVARA.

DE GAZEL A BEN-BELEY.

UNA de las palabras, cuya explicacion ocupa mas lugar en el diccionario de mi amigo Nuño, es la voz política, y su adjetivo derivado político. Quiero copiarte todo el párrafo, que dice así:

«Política viene de la voz griega, que significa ciudad; de donde se infiere que su verdadero sentido es la ciencia de gobernar los pueblos, y que los políticos son aquellos que están en semejantes encargos, ó por lo menos en carrera de llegar á desempeñarlos. En este supuesto, aquí acabaria este artículo, pues venero su carácter; pero han usurpado este nombre otros sujetos que se hallan muy lejos de verse en tal situacion, ni de merecer tal respeto. De la corrupcion de esta palabra apropiada á semejantes gentes, nace la precision de extenderme mas.

Políticos de esta segunda clase son unos hombres que no sueñan de dia y de noche, sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan. Las tres potencias del alma racional, y los cinco sentidos del cuerpo humano, se reducen á una desmesurada ambicion en todos ellos. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida á este fin. La naturaleza pierde toda su hermosura en el ánimo de estos. Un jardin no es fragante, ni una fruta deliciosa, ni un campo ameno, ni un bosque frondoso, ni las diversiones tienen atractivo, ni la comida sabor, ni la conversacion gusto, ni la salud alegría, ni la amis-

tad consuelo, ni el amor delicia, ni la juventud fortaleza. Nada importan las cosas del mundo en el día; la hora, el minuto, que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna. Los demás hombres pasan por varias alteraciones de gustos y penas; pero estos no conocen más que un gusto, y es el de adelantarse, y así tienen, no por pena, sino por tormento inaguantable toda contingencia, y las infinitas casualidades de la vida humana. Para ellos todo inferior es un esclavo, todo igual un enemigo, todo superior un tirano. La risa y el llanto en estos hombres, son como las aguas de un río que han pasado por parages pantanosos: vienen tan turbias, que no es posible distinguir su verdadero color y sabor. El continuo artificio que ya se hace segunda naturaleza en ellos, los hace insufribles aun á sí mismos. Se piden cuenta del poco tiempo que han dejado de aprovechar en seguir por entre precipicios el fantasma de la ambición que los guía. En su concepto el día es corto para sus ideas, y demasiado largo para las de los otros. Desprecian al hombre sencillo, aborrecen al discreto, parecen oráculos al público; pero son tan ineptos, que un criado inferior sabe todas sus flaquezas, ridiculeces, vicios y tal vez delitos, según el verdadero proverbio francés, que ninguno es héroe para con su ayuda de cámara.

De aquí nace revelarse tantos secretos, descubrirse tantas maquinaciones; y en sustancia, mostrar los hombres ser defectuosos, por más que quieran parecer semidioses.»

En medio de lo odioso que es y debe ser al común de los hombres el que está agitado de semejante delirio, y que á manera del frenético debería estar encadenado, porque no haga daño á cuantos hombres, mugeres y niños encuentra por las calles, suele ser divertido su manejo para el que lo vé de lejos. Aquella diversidad de astucias, ardides y artificios, es un gracioso espectáculo para quien no la teme. Pero para lo que no basta la paciencia humana es para mirar todas estas máquinas manejadas por un ignorante ciego, que se figura á sí mismo tan incomprendible, como los demás le conocen necio. Creen muchos de estos que la mala intención puede suplir al talento á la viveza, y al demás conjunto que se vé en muchos libros, pero en pocas personas.....—CADAHALSO, *cart. mar.*

DEL MISMO AL MISMO.

ARREGLADO á la definicion de la voz politica, y su derivado político, segun la entiende mi amigo Nuño, veo un número de hombres que desean merecer este nombre. Son tales, que con el mismo tono dicen la verdad y la mentira: no dan sentido alguno á las palabras Dios, padre, madre, hijo, hermano, amigo, verdad, obligacion, justicia y otras muchas que miramos con tanto respeto, y pronunciamos con tanta veneracion los que no nos tenemos por dignos de aspirar á tan alto timbre con tales competidores. Mudan de rostro mil veces mas á menudo que de vestido. Tienen provision hecha de cumplimientos, de enhorabuena y pésames. Poseen gran caudal de frases de mucho boato y ningun sentido. A costa de inmenso trabajo han adquirido cantidades innumerables de ceños, sonrisas, carcajadas, lágrimas, sollozos, suspiros, y (para que se vea lo que puede el entendimiento humano) hasta desmayos y accidentes. Viven sus almas en unos cuerpos flexibles y doblegables, que tienen varias docenas de posturas para hablar, escuchar, admirar, despreciar, aprobar y reprobar, extendiéndose esta profunda ciencia teórico-práctica desde la accion mas importante hasta el gesto mas frívolo.

Son en fin veletas, que siempre señalan el viento que hace: relojes que notan la hora del sol: piedras que manifiestan la ley del metal, y una especie de índice general del gran libro de las cortes. ¿Pues cómo estos hombres no hacen fortuna? Porque gastan su vida en ejercicios inútiles y vanos ensayos de su ciencia. ¿De dónde viene que no sacan el fruto de sus trabajos? Les falta, dice Nuño, una cosa. ¿Cuál es la cosa que les falta? No les falta mas, dice Nuño, que entendimiento.—EL MISMO.

ARENGAS Y RAZONAMIENTOS.

PRECEPTOS DEL GENERO.

Es oficio del filósofo convencer de la verdad, y es oficio del orador persuadirnos á obrar conforme á ella. La convicción deberá ir acompañada de la persuasión..... Mas para persuadir debe hacer el orador mas que convencer: porque considerando al hombre movido por muchos y diferentes resortes, se ha de dirigir á las pasiones, ha de pintar á la imaginacion y debe tocar el corazon; y por tanto, ademas de pruebas sólidas y método claro ha de emplear las artes todas de conciliar é interesar.

BLAIR, *Extract.* por MUNARIZ.

DE ATAULFO A SUS SOLDADOS.

Ni el parentesco con el emperador Honorio, ni los halagos de la reina Placidia su hermana me han obligado á dejar á Italia y traeros á Francia y despues á España, sino solamente vuestra mayor conveniencia; porque si bien pudiera mantener el imperio de Roma vuestro valor, ni fuera con justo título, ni sin continuas guerras para acabar de echar á Honorio de Italia y á su hermano Arcadio de Constantinopla: y aun entonces seria forzoso emplearos en debelar los tiranos de ambos imperios y reducir á la obediencia las demas provincias con perpétuas fatigas y peregrinaciones; en que podríais alcanzar muchas victorias, pero sin tener asiento fijo donde rehacer las fuerzas y sustituir con la procreacion la gente que consumen la guerra y el tiempo. Por esto nuestra gloriosa nacion, despues de muchos siglos de guerra, y de muchos triunfos, no ha levantado un reino cierto. No habeis dejado las amadas patrias para vivir siempre cargados con las armas, sino para reposar en un imperio y gozarle con paz y quietud, que es el principal fin de la guerra. Para lo cual ningun reino mejor que España, última de las tierras, y la primera de ellas en el temple de sus climas, en la fertilidad de sus campos y en la riqueza de sus minerales. Bien lo conocieron los antiguos; pues no en Italia sino en España constituyeron los campos Eliseos. Aquí Dios y los hombres favorecerán nuestras empresas justificadas con la cesion, que

:

por via de recompensa me ha hecho el emperador mi cuñado, y con el derecho de la espada; porque siempre á la justicia de la guerra acompaña la felicidad de las victorias. Estas os facilitarán mucho la desunion de las naciones que han entrado en España divididas en diversos señoríos y aborrecidas de los españoles por sus tiranías y por la diversidad de sus costumbres y ritos. A las cuales habeis de vencer con el ardid y con la fuerza; y á los españoles con la razon, con la justicia, con la religion, con la amistad y con la cortesía; virtudes á que se rinde la altivez de sus ánimos. Ya no podeis volver á Italia; porque Honorio, mas atento á los celos de su conservacion que á las obligaciones del parentesco, nos ha cerrado los pasos de los Alpes para impedirnos la vuelta. Y cuando esta desconfianza y el apetito de dominar (poderoso en vuestros corazones) os obligue á mayor monarquía, de ninguna parte mejor que desde España podeis aspirar al dominio universal. Porque su situacion la hace cabeza de la tierra, habiéndole dado la naturaleza por muros á los Pirineos y por fosos al uno y otro mar Occéano y Mediterráneo, con puertos capaces de grandes armadas para salir á las empresas. Al Mediodía teneis vecinas las vastas provincias de Africa. Entre el Norte y Levante se extienden las de Francia, donde teniendo ya nosotros el dominio de las mas principales, nos darán el paso á Alemania y á Italia. Los españoles, gente valerosa y constante, os desean para poner en vuestras manos el cetro que hoy está dividido en varios reinos. Nuestra sangre goda mezclada con la suya y el ser todos de la religion cristiana aseguran la union con ellos. Los caballos de estas provincias que por su ligereza fingió la antigüedad haber nacido del viento, os servirán para acometer y alcanzar. Estas montañas preñadas de plata, oro, hierro y acero serán vuestros erarios para el sustento de la guerra, y vuestras armerías con que podais preveniros para la ofensa y defensa. Todos instrumentos de vuestros trofeos y triunfos, con los cuales se puede esperar que habeis de ser felices y gloriosos entre todas las naciones del mundo. Dijo: y luego se vió el semblante de todos mudado de triste en alegre, y que unos á otros se daban el parabien de las esperanzas concebidas. = SAAVEDRA FAJARDO, *Cor. gót.*, cap. II.

DEL REY DON RODRIGO A SUS SOLDADOS ANTES DE LA BATALLA
DEL GUADALETE.

MUCHO me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa fé por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos á guerra si no pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mujeres y patria; saquear y echar por tierra los templos de Dios; hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas; como lo han hecho en otras partes? Y casi veis con los ojos, y con las orejas oís el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. Hasta ahora han hecho guerra contra eunucos: sientan qué cosa es acometer á la invencible sangre de los godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros: engreidos con aquella victoria, y por haberlos Dios cegado han pasado tan adelante, que no podrán volver atrás sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra á los moros en su tierra, corriamos las tierras de Francia: al presente, ¡ó grande mengua y digna de que con la misma muerte, si fuera menester, se repare! somos acometidos en nuestra tierra: tal es la condicion de las cosas humanas, tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera, que no se podrá perder; pero cuando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonarnos y encendernos el deseo de la venganza. Los campos están bañados de la sangre de los vuestros, los pueblos quemados y saqueados, la tierra toda asolada: ¡quién podrá sufrir tal estrago! Lo que ha sido de mi parte, ya veis cuán grande ejército tengo juntado, apenas cabe en estos campos, las vituallas y almacén en abundancia, el lugar es á propósito, á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveido de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demas de esto, hay otras cosas, que ahora se callan, y al tiempo de pelear vereis cuán apercebido está todo. En vuestra mano, soldados, consiste lo demas; tomad ánimo y coraje, y llenos de confianza acometed los enemigos, acordaos de vuestros antepasados, del valor de los godos; acordaos de la religion cristiana, debajo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos. = P. MARIANA, *Hist. gen. de Esp.*

DE TARIF A LOS MOROS ANTES DE LA MISMA BATALLA.

Por esta parte se extiende el Occéano, fin último y remate de las tierras: por aquella nos cerca el mar Mediterráneo: nadie podrá escapar con la vida si no fuere peleando: no hay lugar de huir: en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este dia, ó nos dará el imperio de Europa, ó quitará á todos la vida. La muerte es fin de los males, la victoria causa de alegría: no hay cosa mas torpe que vivir vencidos y afrentados: los que habeis domado la Asia y la Africa, y al presente no tanto por mi respeto quanto de vuestra voluntad acometeis á haceros señores de España, debeis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal, que ganáreis. No os ofrecemos por premio los desiertos de Africa, sino los gruesos despojos de toda Europa: ca vencidos los godos, demas de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá contrastar? ¿Temereis por ventura este ejército sin armas, juntado de las heces del vulgo sin orden y sin valor? Que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo; ni vencen los muchos, sino los denodados: con su muchedumbre se embarazarán; y sin armas, con las manos desnudas los vencereis. Cuando tenian las fuerzas enteras, los desbaratásteis; por ventura ahora, perdida gran parte de sus gentes, acobardados con el miedo, ¿alcanzarán la victoria? La alegría, pues, y el denuedo, que en vos veo, cierto presagio de lo que será, esa llevad á la pelea, confiados en vuestro esfuerzo y felicidad, en vuestra fortuna y en vuestros hados. Arremeted con el ayuda de Dios y de nuestro profeta Mahoma, venced los enemigos que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pelados por el gran calor, las pobres chozas de Africa con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consiste y llevais el imperio, la salud, el alegría del tiempo presente, y del venidero la esperanza. = EL MISMO, *ibidem*.

DE PELAYO Á LOS GODOS INCITANDOLOS A TOMAR LAS ARMAS
CONTRA LOS MOROS.

CONVIENE usar de presteza y de valor para los que tenemos la justicia de nuestra parte; sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades, tiene una pequeña guarnicion de moros, los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca el nombre de cristiano que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasion de pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religion, por los hijos, mujeres, parientes y aliados, que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalo nos enflaquecieron, y hicieron caer en tantos males: las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierden. Direis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿cuánto mas pesado es que los hijos y mujeres hechos esclavos, sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¡O grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! Todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras casas particulares y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañais os, si pensais que los particulares se pueden conservar, destruida y asolada la república: la fuerza de esta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pié. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna

cosa puede asegurar: y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra estéril y menguada de todo, sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debéis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? Como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se puede esperar, que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura que tratamos con hombres crueles, y no antes con fieras, bestias y salvajes? Por lo que á mí toca estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme enemigo no mas á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros, que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno, antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes, que no son los enemigos los que mas deben de temer.

EL MISMO, *ibidem*.

DE DON RUI-LOPEZ DAVALOS, EN NOMBRE DE LOS GRANDES DE CASTILLA, BRINDANDO CON EL CETRO AL INFANTE DON FERNANDO, TIO DE DON JUAN II.

Nos, Señor, os convidamos con la corona de vuestros padres y abuelos: resolucion cumplidera para el reino, honrosa para vos, saludable para todos. Para que la oferta salga cierta, ninguna otra cosa falta sino vuestro consentimiento: ninguno será tan osado que haga contradiccion á lo que tales personajes acordaron. No hay en nuestras palabras engaño ni lisonja. Subir á la cumbre del mando y del señorío por malos caminos, es cosa fea;

mas desamparar al reino que de su voluntad se os ofrece, y se recoge al amparo de vuestra sombra en el peligro, mirad no parezca flojedad y cobardía. La naturaleza de la potestad real y su origen enseñan bastantemente que el cetro se puede quitar á uno y dar á otro, conforme á las necesidades que ocurren. Al principio del mundo vivian los hombres derramados por los campos á manera de fieras; no se juntaban en ciudades ni en pueblos; solamente cada cual de las familias reconocia y acataba al que entre todos se aventajaba en la edad y en la prudencia. El riesgo que todos corrian de ser oprimidos de los mas poderosos, y las contiendas que resultaban con los extraños, y aun entre los mismos parientes, fueron ocasion que se juntasen unos con otros, y para mayor seguridad se sujetasen y tomasen por cabeza al que entendia con su valor y prudencia los podria amparar y defender de cualquier agravio y demasia. Este fue el origen que tuvieron los pueblos; este el principio de la majestad real, la cual por entonces no se alcanzaba por negociaciones ni sobornos: la templanza, la virtud y la inocencia prevalecian. Asimismo no pasaba por herencia de padres á hijos: por voluntad de todos, y de entre todos se escogia el que debia suceder al que moria. El demasiado poder de los reyes hizo que heredasen las coronas los hijos, á veces de pequeña edad, de malas y dañadas costumbres. ¿Qué cosa puede ser mas perjudicial, que entregar á ciegas y sin prudencia al hijo, sea el que fuere, los tesoros, las armas, las provincias? y lo que se debia á la virtud y méritos de la vida, darlo al que ninguna muestra ha dado de tener bastantes prendas? No quiero alargarme mas en esto, ni valerme de ejemplos antiguos para prueba de lo que digo. Todavía es averiguado que por la muerte del rey D. Enrique el primero, sucedió en esta corona, no doña Blanca su hermana mayor que casara en Francia, sino doña Berenguela: acuerdo muy acertado, como lo mostró la santidad y perpétua felicidad de D. Fernando su hijo. El hijo menor del rey D. Alonso el Sabio la ganó á los hijos de su hermano mayor el infante D. Fernando, porque con sus buenas partes daba muestras de príncipe valeroso. ¿Para qué son antiguas? Vuestro abuelo el rey D. Enrique quitó el reino á su hermano, y privó á las hijas de la herencia

de su padre: que si no se pudo hacer, será forzoso confesar que los reyes pasados no tuvieron justo título. Los años pasados en Portugal el Maestre de Avis se apoderó de aquel reino, si con razon, si tiránicamente, no es de este lugar apurarlo: lo que se sabe es que hasta hoy le ha conservado y mantenídose en él contra todo el poder de Castilla. De menos tiempo acá dos hijas del rey D. Juan de Aragon perdieron la corona de su padre, que se dió á D. Martin, hermano del difunto, si bien se hallaba ausente y ocupado en allanar á Sicilia; que siempre se tuvo por justo mudase la comunidad y el pueblo, conforme á la necesidad que ocurriese, lo que ella misma estableció por el bien comun de todos. Si convidáramos con el mando á alguna persona extraña, sin nobleza, sin partes, pudiérase reprender nuestro acuerdo. ¿Quién tendrá por mal que queramos por rey un Príncipe de la alcuña real de Castilla, y que en vida de su hermano tenia en su mano el gobierno? Mirad, pues, no se atribuya antes á mal no hacer caso ni responder á la voluntad que grandes y pequeños os muestran, y por escusar el trabajo y la carga desamparar á la patria comun, que de verdad tendidas las manos se mete debajo las alas y se acoge al abrigo de vuestro amparo en el aprieto en que se halla. Esto es finalmente lo que todos suplicamos: que encargaros useis en el gobierno de estos reinos de la templanza á vos acostumbrada y debida, no será necesario.

EL MISMO.

DE HERNAN CORTES ANIMANDO A SUS SOLDADOS PARA LA EMPRESA DE MEJICO.

CUANDO considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra, que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia, es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que también es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles,

batallas desiguales, en que habreis menester socorridos de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencia del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazon como el primero: que en las guerras mas veces sirve la paciencia que las manos. Hechos estais á padecer, y hechos á pelear en esas islas, que dejais conquistadas; mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía: que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. Pocos somos; pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecucion: comun la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Mas tendreis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes: y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar el mundo entero, y aun me lo promete el corazon con no sé qué movimiento extraordinario que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras: y no os parezca temeridad esta confianza mia: pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí, lo que espero de vosotros.

SOLIS, Conquist. de la nueva Esp.

DE MAJISCATZIN AL SENADO DE TLASCALA, EXHORTANDOLE A LA ALIANZA CON LOS ESPAÑOLES.

BIEN sabeis, nobles y valerosos tlascaltecas, que fue revelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de nuestra antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de religion, que ha de venir á este mundo, que habitamos, una gente invencible de las regiones orientales, con tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciudades movibles sobre las aguas, sirviéndose del fuego y del aire para sujetar la tierra; y aunque entre la gente de juicio no se crea que han de ser dioses vivos, como lo entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma tradicion, que serán unos hombres celestiales tan valerosos, que valdrá uno

por mil, y tan benignos que tratarán solo de que vivamos según razón y justicia. No puedo negaros que me ha puesto en gran cuidado lo que conforman estas señas con las de esos extranjeros, que teneis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el rumbo de Oriente: sus armas son de fuego, casas marítimas sus embarcaciones: de su valentía ya os ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco: su benignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros mismos confederados; y si volvemos los ojos á esos cometas y señales del cielo, que repetidamente nos asombran, parecen que nos hablan al cuidado y vienen como avisos ó mensajeros de esta gran novedad. ¿Pues quién habrá tan atrevido y temerario, que si es esta la gente de nuestras profecias, quiera probar sus fuerzas con el cielo y tratar por enemigos á los que traen por armas sus mismos decretos? Yo por lo menos temeria la indignacion de los dioses, que castigan rigorosamente á sus rebeldes y con sus mismos rayos parece que nos están enseñando á obedecer; pues habla con todos la amenaza del trueno, y solo se ve el estrago donde se conoció la resistencia. Pero yo quiero que se desestimen como casuales estas evidencias y que los extranjeros sean hombres como nosotros; ¿qué daño nos han hecho para que tratemos de la venganza? ¿Sobre qué injuria se ha de fundar esta violencia? Tlascala que mantiene su libertad con sus victorias y sus victorias con la razon de sus armas, ¿moverá una guerra voluntaria que desacredite su gobierno y su valor? Esta gente viene de paz: su pretension es pasar por nuestra república: no lo intenta sin nuestra permission: ¿pues dónde está su delito? ¿Dónde nuestra provocacion? Llegan á nuestros humbrales fiados en la sombra de nuestros amigos; y ¿perderemos los amigos para atropellar á los que desean nuestra amistad? ¿Qué dirán de esta accion los demas confederados? Y ¿qué dirá la fama de nosotros si quinientos hombres nos obligan á tomar las armas? ¿Ganaráse tanto en vencerlos como se perderá en haberlos temido? Mi sentir es que los admitamos con benignidad y se les conceda el paso que pretenden: si son hombres, porque está de su parte la razon; y si son algo mas, porque les basta para razon la voluntad de los dioses.

EL MISMO, *ibidem*.

DE JICOTENCAL AL SENADO DE TLASCALA CONTRA LA ALIANZA
CON LOS ESPAÑOLES.

No en todos los negocios se debe á las canas la seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que á la osadía, mejores consejeras de la paciencia que del valor. Venero, como vosotros, la autoridad y el discurso de Majiscatzin; pero no estrañareis en mi edad y en mi profesion otros dictámenes menos desengañados, y no sé si mejores: que cuando se habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasion todo aquello que se parece al miedo. Verdad es que se esperaban entre nosotros esos reformadores orientales, cuya venida dura en el vaticinio y tarda en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer esta voz que se ha hecho venerable con el sufrimiento de los siglos; pero dejadme que os pregunte ¿qué seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos esos extranjeros? ¿Es lo mismo caminar por el rumbo del Oriente que venir de las regiones celestiales, que consideramos donde nace el sol? Las armas de fuego y las grandes embarcaciones, que llamais palacios marítimos, ¿no pueden ser obra de la industria humana, que se admiran porque no se han visto? Y quizá serán ilusiones de algun encantamiento semejantes á los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. Lo que obraron en Tabasco ¿fué mas que romper un ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlascala como sobrenatural, donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con los zempoales ¿no puede ser artificio para ganar á menos costa los pueblos? Yo por lo menos la tendria por dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir el veneno; porque no conforma á lo demas que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres, si ya no son algunos mónstruos que arrojó el mar á nuestras costas, roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata y dados á las delicias de la tierra; desprecian nuestras leyes; intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religion; destruyen los templos; despedazan las aras; blasfeman de los dioses, y ¿se les da estimacion de celestiales? Y ¿se duda

la razon de nuestra resistencia? Y ¿se escucha sin escándalo el nombre de la paz? Si los zempoales y totonaques los admitieron en su amistad fué sin consulta de nuestra república; y vienen amparados en una falta de atencion, que merece castigo en sus valedores. Y esas impresiones del aire y señales espantosas, tan encarecidas por Majiscatzin, antes nos persuaden á que los tratemos como enemigos; porque siempre denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer: que nunca se acompañan de horrores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se adormezca nuestro cuidado y se deje estar nuestra negligencia. Mi sentir es, que se junten nuestras fuerzas y se acabe de una vez con ellos; pues vienen á nuestro poder señalados con el indice de las estrellas, para que los miremos como tiranos de la patria y de los dioses; y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas conozca el mundo, que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco que invencibles en Tlascala.

EL MISMO, *ibidem*.

DISCURSO DE D. QUIJOTE SOBRE LAS ARMAS Y LAS LETRAS.

Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Sino ¿cuál de los vivientes habria en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara y de la suerte que estamos nos viese, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado, es la gran reina, que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la triste figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que este arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos, que los hombres inventaron: y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quitenseme de delante los que dijeron que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que mas ellos se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el

cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas que muchas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó á la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Sino, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en que no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veámos ahora cuál de los dos espíritus el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras..... poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta, como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida..... Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas, que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.

Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza; no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma; aunque sea un poco mas tarde de lo que se

usa, aunque sea de la sobra de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa; y no les falta algun ageno brasero, ú chiminea, que si no calienta, á lo menos entibie su frio; y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio, en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.....

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes veámos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza; porque está atendido á la miseria de su paga que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para cu-

rarle algun balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismos. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse: así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del Señor á quien sirven; y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida; sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega. Y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes; y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados.

A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, las monarquías; los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada que aquello que mas cuesta, se estima y debe estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, in-

digestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en partes ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su Capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuando improvisadamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veámos si se iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales clavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden los pies de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de sus pies irá á visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabuceria, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa el mismo lugar: y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentia y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin

saber cómo ó por dónde, en la mitad del corage y brio, que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al dispararse la maldita máquina, corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir: que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta, en que ahora vivimos: porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo el descubier-to de la tierra. Pero haga el cielo lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.—CERVANTES.—*Quijote*.

ELOGIO DEL ILUSTRE MONARCA CARLOS III.

EXORDIO I. El elogio de Cárlos III pronunciado en esta morada del patriotismo, no debe ser una ofrenda de la adulacion, sino un tributo del reconocimiento. Si la tímida antigüedad inventó los panegiricos de los soberanos, no para celebrar á los que profesaban la virtud, sino para acallar á los que la perseguian, nosotros hemos mejorado esta institucion, convirtiéndola á la alabanza de aquellos buenos príncipes, cuyas virtudes han tenido por objeto el bien de los hombres que gobernaron. Así es, que mientras la elocuencia, instigada por el temor, se desentona en otras partes para divinizar á los opresores de los pueblos, aquí libre y desinteresada se consagrará perpétuamente á la recomendacion de las benéficas virtudes en que su alivio y su felicidad están cifrados.

Tal es, señores, la obligacion que nos impone nuestro instituto: y mi lengua, consagrada tanto tiempo ha á un ministerio de verdad y justicia, no tendrá que profanarle por la primera vez para decir las alabanzas de Cárlos III. Considerándole como padre de sus vasallos, solo ensalzará aquellas providencias su-

yas que le han dado un derecho cierto á tan glorioso título; y entonces este elogio, modesto como su virtud, y sencillo como su carácter, sonará en vuestro oído á la manera de aquellos himnos con que la inocencia de los antiguos pueblos ofrecía sus loores á la divinidad, tanto mas agradables cuanto eran mas sinceros, y cantados sin otro entusiasmo que el de la gratitud.

II. ¡Ah! cuando los soberanos no han sentido en su pecho el placer de la beneficencia: cuando no han oído de boca de sus pueblos las bendiciones del reconocimiento, ¿de qué les servirá esta gloria vana y estéril que buscan con tanto afán para saciar su ambición, y contentar el orgullo de las naciones? También España pudiera sacar de sus anales los títulos pomposos en que se cifra este funesto esplendor. Pudiera presentar sus banderas llevadas á las últimas regiones del ocaso para medir con la del mundo la extensión de su imperio: sus naves cruzando desde el Mediterráneo al mar Pacífico, y rodeando las primeras la tierra para circunscribir los límites de la ambición humana: sus doctores defendiendo la iglesia, sus leyes ilustrando la Europa, y sus artistas compitiendo con los mas célebres de la antigüedad. Pudiera en fin amontonar ejemplos de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría. Pero con tantos y tan gloriosos timbres, ¿qué bienes puede presentar añadidos á la suma de su felicidad?

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos mas preciosos, lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes, á cuya posesión los arrastraba el voto general de la naturaleza. ¡O príncipes! vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente en medio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aquí vuestra primera obligación. Guardaos de atender á los que os distraen de su cumplimiento: cerrad cuidadosamente el oído á las sugerencias de la lisonja y á los encantos de vuestra propia vanidad, y no os dejéis deslumbrar del esplendor que continuamente os rodea, ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Mientras los pueblos afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira de lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones,

y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido, ó la execracion de los siglos venideros.

PROPOSICION. Parece que este precepto de la filosofía resonaba en el corazon de Cárlos III cuando venia de Nápoles á Madrid traído por la Providencia á ocupar el trono de sus padres. Un largo ensayo en el arte de reinar le enseñara que la mayor gloria de un soberano es la que se apoya sobre el amor de sus súbditos; y que nunca este amor es mas sincero, mas durable, mas glorioso que cuando es inspirado por el reconocimiento. Esta leccion tantas veces repetida en la administracion de un reino, que habia conquistado por sí mismo, no podia serlo menos en él que venia á poseer como una dádiva del cielo.....

IV. Vosotros, señores, vosotros que cooperais con tanto celo al logro de sus paternales designios, no desconocereis cuál era el espíritu que faltaba á la nacion. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustracion: ved aquí lo que España deberá al reinado de Cárlos III.

Si dudais que en estos medios se cifra la felicidad de un estado, volved los ojos á aquellas tristes épocas en que España vivió entregada á la supersticion y la ignorancia. ¡Qué espectáculo de horror y de lástima! La religion enviada desde el cielo á ilustrar y consolar al hombre, pero forzada por el interés á entristecerle y iludirle: la anarquía establecida en lugar del orden: el jefe del estado tirano ó víctima de la nobleza: los pueblos, como otros rebaños, entregados á la codicia de sus señores: la indigencia agobiada con las cargas públicas: la opulencia libre enteramente de ellas, y autorizada á agravar su peso: abiertamente resistidas ó atropelladas las leyes: menospreciada la justicia: roto el freno de las costumbres, y abismados en la confusion y el desorden todos los objetos del bien y el orden público; ¿dónde, dónde residia entonces aquel espíritu, á quien debieron despues las naciones su prosperidad?

España tardó algunos siglos en salir de este abismo; pero cuando cayó el diez y seis, la soberanía habia recobrado ya su autoridad, la nobleza sufrido la reduccion de sus prerogativas, el pueblo asegurado su representacion, los tribunales hacian respetar la voz de las leyes y la accion de la justicia; y la agri-

cultura, la industria, el comercio prosperaban á impulsos de la proteccion y el órden. ¡Qué humano poder hubiera sido capaz de derrocar á España del ápice de grandeza á que entonces subió, si el espíritu de verdadera ilustracion le hubiese enseñado á conservar lo que tan rápidamente habia adquirido!

No desdeñó España las letras, no: antes aspiró tambien por este rumbo á la celebridad. Pero ¡ah! ¿cuáles son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigiliass de sus sabios? ¿De qué le sirvieron los estudios eclesiásticos, despues que la sutileza escolástica le robó toda la atencion que debia á la moral y al dogma? ¿De qué la jurisprudencia, obstinada por una parte en multiplicar leyes, y por otra en someter su sentido al arbitrio de la interpretacion? ¿De qué las ciencias naturales, solo conocidas por el ridículo abuso que hicieron de ellas la astrología y la química? ¿De qué por fin las matemáticas cultivadas solo especulativamente, y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio, ¿cuál se deberá á tantos nombres como se nos citan á cada paso, para lisonjear nuestra pereza y nuestro orgullo?

V. Entre tantos estudios no tuvo entonces lugar la economía civil, ciencia que enseña á gobernar, cuyos principios no ha corrompido todavía el interés, como los de la política; y cuyos progresos se deben enteramente á la filosofía de la presente edad. Las miserias públicas debian despertar alguna vez al patriotismo, y conducirle á la indagacion de la causa y al remedio de tantos males; pero esta época se hallaba todavía muy distante. Entre tanto que el abandono de los campos, la ruina de las fábricas y el desaliento del comercio sobresaltaba los corazones, las guerras extranjeras, el fausto de la córte, la codicia del ministerio, y la hidropesía del erario abortaban enjambres de miserables arbitristas, que reduciendo á sistema el arte de estrujar los pueblos hicieron consumir en dos reinados la sustancia de muchas generaciones.

Entonces fue cuando el espectro de la miseria, volando sobre los campos incultos, sobre los talleres desiertos, y sobre los pueblos desamparados difundió por todas partes el horror y la lástima. Entonces fué cuando el patriotismo inflamó el cielo de

algunos generosos españoles, que tanto meditaron sobre los males públicos, y tan vigorosamente clamaron por su reforma; entonces cuando se pensó por primera vez habia una ciencia que enseñaba á gobernar los hombres y hacerlos felices: entonces finalmente cuando del seno mismo de la ignorancia y el desorden nació el estudio de la economía civil.

¿Pero cuál era la suma de verdades y conocimientos que contenia entonces nuestra ciencia económica? ¿Por ventura podremos honrarla con tan apreciable nombre? Vacilante en sus principios, absurda en sus consecuencias, equivocada en sus cálculos, y tan deslumbrada en el conocimiento de los males como en la eleccion de los remedios, apenas nos ofrece una máxima de buen gobierno. Cada economista formaba un sistema peculiar, cada uno le derivaba de diferente origen; y sin convenir jamas en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda.

VI CONFIRMACION. Estaba reservado á Carlos III aprovechar los rayos de luz que estos dignos ciudadanos habian depositado en sus obras. Estábale reservado el placer de difundirlos por su reino, y la gloria de convertir sus vasallos al estudio de la economía. Sí, buen rey, ve aquí la gloria que mas distinguirá tu nombre en la posteridad. El santuario de las ciencias se abre solamente á una pequeña porcion de ciudadanos dedicados á investigar en silencio los misterios de la naturaleza para declararlos á la nacion. Tuyo es el cargo de recoger sus oráculos: tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones: tuyo el de aplicarla á beneficio de los súbditos. La ciencia económica te pertenece exclusivamente á tí y á los depositarios de tu autoridad. Los ministros que rodean tu trono constituidos órganos de tu suprema voluntad: los altos magistrados que la deben intimar al pueblo, y elevar á tu oido sus derechos y necesidades: los que presiden al gobierno interior de tu reino: los que velan sobre tus provincias: los que dirigen inmediatamente tus vasallos deben estudiarla, deben saberla, ó caer derrocados á las clases destinadas á trabajar y obedecer. Tus decretos deben emanar de sus principios y sus ejecutores deben respetarlos. Ve aquí la fuente de la prosperidad ó la desgracia de los vastos imperios que la Pro-

videncia puso en tus manos. No hay en ellos mal, no hay vicio, no hay abuso que no se derive de alguna contravencion á estos principios. Un error, un descuido, un falso cálculo en economía llena de confusion las provincias, de lágrimas los pueblos, y aleja de ellos para siempre la felicidad. Tú, señor, has promovido tan importante estudio: haz que se estremezcan los que debiendo ilustrarse con él le desprecien ó insulten.

VII. Apenas sube Cárlos al trono, cuando el espíritu de exámen y reforma repasa todos los objetos de la economía pública. La accion del gobierno despierta la curiosidad de los ciudadanos, renace entonces el estudio de esta ciencia, que ya por aquel tiempo se llevaba en Europa la principal atencion de la filosofía. España lee sus mas célebres escritores, examina sus principios, analiza sus obras: se habla, se disputa, se escribe; y la nacion empieza á tener economistas.

IX. Pero á tí, ó buen Cárlos, á tí se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu proteccion, sin tu generosidad, sin el ardiente amor que profesas á tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido. Caidas en una tierra estéril, la cizaña de la contradiccion las hubiera sofocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que germinaron; tú vas ya á recoger su fruto; y este fruto de ilustracion y verdad será la prenda mas cierta de la felicidad de tu pueblo.

Si, españoles, ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Cárlos III. Sembró en la nacion las semillas de luz que han de ilustraros y desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vigilante ministro, que encargado de la pública instruccion sabe promover con tan notable y constante afan las artes y las ciencias y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad, como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulacion, en ninguna tan firme sus defensores, en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entre tanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos y se imprime tranquilamente en nuestros corazos-

nes. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reúne, se extiende, y muy presto bañará nuestro horizonte. Si, mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios del futuro, ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad sentado sobre el trono de Cárlos; la sabiduría y el patriotismo le acompañan; innumerables generaciones le reverencian y se le postran en derredor; los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido, con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento, y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

X. O vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolucion, mientras la mano bienhechora de Cárlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar la sabiduría; mientras los hijos de Minerva, congregados en él, rompen los senos de la naturaleza, descubren sus íntimos arcanos y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y dia el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afan, este vuestro deseo y única ambicion. Y si quereis hacer á Cárlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nacion para hacerla dichosa.

JOVELLANOS.

N. B. En la imposibilidad de encontrar discursos sagrados, políticos y forenses anteriores á nuestra época, sujetos á los preceptos clásicos, se abstiene el colector de incluir modelos de estos géneros.

DIÁLOGOS FILOSÓFICOS Ó LITERARIOS.

PRECEPTOS DEL GENERO.

EL diálogo, tal como le emplea la didáctica, debe sujetarse á ciertas condiciones que conviene conocer. El diálogo natural es solo una conversacion entre varias personas sin que á ello se hayan preparado: el diálogo ficticio ó literario es por el contrario, el resultado de una preparacion. Los griegos emplearon con frecuencia este género de discursos para proceder á investigaciones filosóficas. Los diálogos de Platon son casi dramas filosóficos; los de Sócrates están compuestos de tal suerte que la persona interrogada se ve obligada por la naturaleza de la cuestion á descubrir la verdad.

El diálogo exige en general, ademas de la abundancia de ideas, prontitud de imaginacion y de ingenio, claridad, pureza, y exactitud, unidas á una expresion en que nada aparezca indeterminado. Las transiciones deben ser poco marcadas y venir sin esfuerzo y apariencia de estudio. Es preciso que todo lo que venga á la conversacion parezca allí como espontáneo, si bien el lenguaje deba ser mas severo y mas trabajado que en la conversacion ordinaria.

COLOQUIO DEL PORFIADO.

Interlocutores.

PAULO, FABIAN, LUDOVICO, BACHILLER NARVAEZ.

Paulo. El señor Fabian viene aquí á gozar de la buena conversacion de vuestro vecino, como le prometisteis: mira que no nos falte, pues lo tenemos vendido por cosa notable.

Ludovico. Su venida y la vuestra sean en buen hora: sentémonos, que de la de nuestro bachiller no hay que dudar, por que él me dijo que sería aquí á las tres horas, y no es hombre que se vuelve atrás de lo que dice.

Fabian. Señor, yo salí de mi tierra por ver cosas señaladas, y segun me habeis informado de la condicion deste hombre, aunque no fuera tan docto como es, viniera á esta ciudad

de Sevilla, á solo verlo porfiar, que decis lo hace diestramente.

Ludovico. Ayer os decíamos el señor Paulo y yo que tenia esa habilidad: pues agora añido y hago saber á vuestra merced, que no solamente es porfiado, pero es espíritu de contradicción; porque ninguna cosa ve afirmar á otro que no lo contradice, y afirma y sustenta lo contrario, y no le faltan razones aparentes para lo uno y lo otro, porque como os dijimos, verdaderamente es de agudo ingenio y ha leído y visto mucho.

Fabian. Por cierto que debe ser placer tratar á veces con ese hombre, porque siempre se ofrecerán pláticas y materias de que se guste y aun se saque provecho.

Paulo. Verdad es eso; pero todavía es pesadumbre verle siempre contradecir, y tambien habla tanto, que apenas da lugar á que otro hable donde él está.....

Ludovico. Ce paso, ta, ta, que viene.—Oh, señor Narvaez, vengais en buen hora.

Bachiller Narvaez. En la misma estén vuestras mercedes, que yo no puedo venir sino en buena, viniendo á esta casa, donde tanta merced y favor se suele rescebir.

Ludovico. Aquí la rescebimos siempre, señor con vos, y agora mayor, porque habléis y conozcais al señor Fabian, que es un caballero muy leído, y muy amigo de Antonino, vuestro gran amigo.

Bachiller N. Cualquiera desas dos cosas me obliga á mí á ser su servidor, y por tal me ofrezco.

Fabian. Mucho huelgo, señor, que baste la una dellas para cobraros por amigo; y esta será el amistad de Antonino, porque de la otra estoy tan falto, que por ella no merezco gracia alguna.

Bachiller. Tener vuestra merced esa amistad, me hace á mí cierto de lo demas, aunque el señor Ludovico no me lo afirmara.

Fabian. Como quiera que sea, me podeis tener por servidor vuestro. Pero sepamos qué libro es ese que trae ese mo- chacho.

Bachiller. Las vidas de Plutarco, abreviadas por un moder

no; y tráigolo, que me lo prestó el señor Ludovico, porque presumo siempre del volver fielmente lo que me prestan, principalmente libros.

Paulo. Es muy buena condicion, y aun provechosa, porque como dice aquel verdadero refran: El buen pagador, señor es de lo ageno.

Bachiller. Ese refran tengo yo por muy falso: sino, júzguelo el señor Fabian, cuál es mas señor de lo ageno, el que no lo paga y se queda con ello, ó el que lo torna á su dueño.

Fabian. Digo que es buen principio este, y que tiene razon el señor Narvaez. Pero el libro he yo ya visto, y parésceme bien, y para poder gozar de la multitud de libros que hay agora, es cosa provechosa el abreviar y sumar los autores como este ha hecho.

Bachiller. Vuestra merced me perdone que en esto estoy de contrario parescer; porque quanto lo primero, con sumar é abreviar no se sigue el efecto que decís, antes se multiplican los libros y se hace de uno dos: y despues desto es falsar la escritura agena, porque cortan y mudan el estilo; quitan la elocuencia y ornato del autor verdadero; menoscaban la materia que se trata; usurpan la agena gloria y trabajo, haciéndose ingeniosos en ageno libro; finalmente, es hurto é injusticia trazar y cortar en ageno edificio contra la voluntad de su dueño: y allende de lo dicho, son causa los que hacen estas que llaman epítomes ó sumas, que los libros principales que abreviaron se pierdan, como ha acaescido en la obra de Trogo Pompeyo, que Justino abrevió y en lo mas de las Décadas de Tito Livio, que Lucio Floro hizo lo mismo, y así en otros.

Fabian. Está muy bien dicho lo que dice el señor Narvaez, aunque bien habria de responder; pero yo no soy amigo de porfiar.

Bachiller. Pues yo, señor, aunque fuese amigo de hacerlo, no lo sé hacer.

Paulo. No lo pensamos acá así; pero no os pese, señor, deso, porque es tan mala cosa el porfiar, que es bien no hacerlo y mejor no saberlo hacer.

Bachiller. No digo yo que no sé porfiar, porque lo tengo por

malo (que antes lo tengo por necesario y bueno y provechoso), si no que no soy para tanto.

Paulo. Cuanto, si vos quereis defender que el porfiar es cosa buena, menester es que sepais bien porfiar, porque es contra la comun opinion, que es la que debemos seguir.

Bachiller. Yo no sé cómo lo defenderé; pero aunque mi defension sea flaca, no por eso dejará de ser bueno el porfiado.— Pero antes deso quiero contradecir esa otra sentencia en que afirmais que habemos de seguir las comunes opiniones, porque parece que es contra buena filosofía, y aun contra las escrituras; pues es cierto que habemos de tener lo que tienen los sabios, y estos ya sabemos que son los menos; y suélese decir comun opinion la que los mas tienen: de manera, que es mejor que tengamos con los sabios, aunque sean menos, que no llegarnos á la comunidad de los simples: y así se manda entre los preceptos de la ley, que no siga el hombre la multitud ni se aparte de la verdad por consentir al parecer y sentencia de los mas.

Paulo. Si, que yo no digo que sigamos lo que dicen los necios, aunque sean muchos; antes llamo comun opinion la que tienen los mas sabios.

Bachiller. Guarida es esa que habemos tomado en declararos desa manera; pero cuando eso fuese, digo que los mas de los sábios dirán que el porfiar es santo y necesario.

Ludovico. Veámos el por qué sin porfiar sobre ello.

Bachiller. En dos palabras lo diré, y no hay que responderme: porque verdaderamente si no hubiese porfia y altercacion, nunca se sabria, ni descubriria bien la verdad de las cosas, ni de las artes; y el que lo condena, no entiende bien qué cosa es, porque ha de saber que el disputar y porfiar es una misma cosa; pues no es mas la disputa y porfia que tener uno una opinion y otro la contraria, y otro alternar sobre ella, sin lo cual no puede haber ejercicio de letras, no de ciencias. Pues que así es, no sé yo quién osa condenar cosa tan necesaria y usada en el mundo como es la disputa, y que todos los filósofos y santos usaron, y hoy dia usan todas las escuelas y universidades del mundo.

Fabian. Agora yo os doy mi fé que en esto no es menester gastar mas tiempo, que el señor Narvaez tiene razon, porque

verdaderamente, como ha dicho, porfiar es disputar; pero yo no sé qué se es; que da pesadumbre un hombre porfiado.

Bachiller. ¿Sabeis de dónde viene eso? De que á quien quiera pesa que otro entienda mejor la cosa que él, ó sea de contraria opinion á la suya; y como el que porfia ó disputa ha de hacer una destas dos cosas ó ambas, nasce de aquí el dar pesadumbre, aunque no sea pesado; pero cierto el hacerlo templada y sabiamente es loable habilidad, y no la acertarán á hacer sino hombres sábios y de ingenio.

Paulo. Mudemos, pues, el propósito, porque no hagamos esta porfia destemplada; pero hágoos saber que me quedo yo con mi opinion

Bachiller. Error comun es: no me maravillo que os quedeis en él.

Paulo. Si fuese error, con ser comun me consolaré; pues dicen que es consuelo el mal de muchos.

Bachiller. Tan comun es el error dese refran como el propósito á que se dijo; y debió ser sentencia de algun impio y cruel hombre.

Ludovico. Cómo! ¿no es verdad lo que dijo el otro poeta, que es consuelo á los miserables tener compañeros en su adversidad?

Bachiller. No, cierto, sino sentencia inhumana, y sin piedad; porque aunque no tengamos mas obligacion que á ser hombres, habemos de tener dolor y compasion de ver padecer á otro hombre; de manera que por sola esta razon se prueba que el mal de muchos antes mas es acrecentamiento de penas que consuelo, pues se siente el mal propio, y se duele del ageno: ¿cuánto mas será verdad lo que yo digo en el cristiano, que por precepto divino es obligado á amar á su prógimo como á sí mismo y á condolerse en sus trabajos? Porque veais lo que se gana en tener compañeros en los males.

Ludovico. No quiero responder á eso, señor Bachiller, porque nunca os han de faltar razones, y porque estamos hoy determinados de no replicar á lo que dijéredes. Pero digo que os hizo Dios merced en no haceros abogado, porque temo que por contradecir á cualquiera de las partes, defendiérades muchas veces la injusticia.....

Bachiller. Mal conocido me teneis. = PEDRO MEJIA.

DIÁLOGO SOBRE LOS CASAMIENTOS.

Interlocutores.

SANCHO PANZA Y SU MUGER TERESA.

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su muger conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle (1).

¿Que traeis, Sancho amigo, que tan alegre venís?

Sancho. Muger mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.

Teresa. No os entiendo, marido, y no sé qué quereis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar tan contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

Sancho. Mirad, Teresa, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte: así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

Teresa. Mirad, Sancho, despues que os hicisteis miembro de caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

Sancho. Basta que me entienda Dios, muger, que él es el en-

(1) Para dar á este trozo la forma y soltura del diálogo, se ha tomado el colector la licencia de suprimir las palabras *dijo, respondió, replicó, etc.*, que emplea Cervantes en forma narrativa.

tendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí: y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera, que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silvos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso, sino tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

Teresa. Bien creo yo, marido, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro señor os saque presto de tanta mala ventura.

Sancho. Yo os digo, muger, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme Gobernador en una Insula, aquí me caeria muerto.

Teresa. Eso no, marido mio, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os ireis, ú os llevarán á la sepultura, cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tio el Abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno, y enfin, enfin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada.

Sancho. A buena fe, que si Dios me llega á tener algo que de gobierno, que tengo de casar, muger mia, á Mari-Sancha tan altamente, que no alcancen, sino con llamarla *Señoría*.

Teresa. Eso no, Sancho, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya

parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú, á una doña tal y Señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

Sancho. Calla, boba, que todo será ensayarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde, y cuando no ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere.

Teresa. Medios, Sancho, con vuestro estado, no os queráis alzar á mayores, y advertid el refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un Condazo, ó con un Caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas; no en mis dias, marido; para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes, y en esos palacios grandes, á donde ni á ella la entiendan ni ella se entienda.

Sancho. Ven acá, bestia y muger de Barrabas, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que me llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa: y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla..... ¿No te parece, animalia, que será bien dar con mi cuerpo en algun Gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo, y casase á Mari-Sancha con quien yo quisiese, y verás cómo te llaman á tí Doña Teresa Panza, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del Pueblo? No sino estaos siempre

en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tú mas me digas.

Teresa. ¿Veis cuanto decis, marido? pues con todo eso temo que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa, ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento; Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones ni doñas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí, por ser vuestra muger, me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo, pero allá van reyes do-quieren leyes; y con ese nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar qué decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil, ó á lo de Gobernadora, que luego dirán: mirad que entonada va la pazpuerca: ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como sino la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos á ser gobierno, ó insulo, y entonaos á vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea; la muger honrada, la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta, el hacer algo en su fiesta. Idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas. Y yo no sé por cierto quién le puso á él Don, que no tuvieron sus padres ni sus abuelos.

Sancho. Ahora digo que tienes algun familiar en ese cuerpo ¡Válate Dios la muger, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha) si yo dijera que mi

hija se arrojara de una torre abajo, ó se fuera por esos mundos como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, teneis razon de no venir con mis gustos; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un Don y una Señoría á cuestas, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohadas de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

Teresa. ¿Sabeis por qué, marido? por el refran que dice: quien te cubre te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen, y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar, y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones, como enjambres de abejas.—CERVANTES, *Quijote*.

DIALOGO SOBRE LOS DESAFIOS.

Interlocutores.

DON SIMON Y DON TORCUATO SU YERNO.

Simon. Haz tu viaje, hijo mio, y procura volver cuanto antes. Laura sin tí no vivirá contenta: ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo..... Pero ya soy muy viejo. A propósito, ¿qué te parece de este Don Justo?

Torcuato. Jamas traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡qué talento! ¡qué humanidad!

Simon. Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo..... yo quisiera á los ministros mas duros, mas enteros. ¡Si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo..... ¡Oh! ¡Aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un Digesto vivo. ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entonces se ahorcaban hombres á docenas.

Torcuato. Habria mas delitos.

Simon. ¿Mas delitos que ahora? ¿Pues no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

:

Torcuato. Segun eso, habria menos conocimiento de las leyes.

Simon. ¿De las leyes? ¡Buena! Ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas: míralos, y verás si las conocieron: hombre hubo, que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo: todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de estranjia, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que solo se trata de planes, métodos, ideas nuevas? Así anda ello. ¿Querrás creerme, que hablando la otra noche con Don Justo sobre la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislacion sobre los duelos necesitaba de reforma? ¿y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafio, que al que lo provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! como sino fuese igual la culpa de ambos. Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

Torcuato. No por eso dejará de ser acertada. Los mas de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! En esa parte lo mismo pienso yo, que el Señor Don Justo.

Simon. Pero hombre.....

Torcuato. En los desafios, Señor, el que provoca es por lo comun el mas temerario, y el que tiene menos disculpa. Si está injuriado, ¿por qué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán, y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible; pero el desafiado.....

Simon. Que se queje tambien á la justicia.

Torcuato. ¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, Señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demas: la opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafio es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la Justicia? ¿La nota que le impuso la opinion pública podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una

quimera; pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía: que es alma de la sociedad: que distingue las condiciones y las clases: que es principio de mil virtudes políticas: y en fin, que la legislacion, lejos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

Simon. ¡Bueno, muy bueno! Discursos á la moda, y opinioncitas de ayer acá: déjalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

Torcuato. La buena legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido, se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la braveza; pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

Simon. Segun eso al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias. ¿No es verdad?

Torcuato. Si fué injustamente provocado: si procuró evitar el desafio por medios honrados y prudentes: si solo cedió á los impetus de un agresor temerario, y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los tribunales; habrá menos desafios, ó ninguno: y cuando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el ánimo del juez sobre la muerte de un desdichado. Pero, Señor, Laura estará impaciente; si os parece.....

Simon. Sí, sí: vamos allá. Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? No, Don Justo adelanta terriblemente en la causa: tanto como eso es menester confesarlo. El es activo como un diablo. Sí, como un diablo. ¡Fuego!

DON JUSTO Y DON SIMON.

Simon. ¡Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia: todos lloran, todos se afligen, y todos sienten su desgracia. Ved aquí, Señor Don Justo, las consecuencias de los desafios. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin

advertir que, por conservarle, atropellan todas sus obligaciones. No: la ley los castiga con sobrada razon.

Justo. Otra vez hemos tocado este punto, y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud, y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos seria buena la legislacion que castigase con dureza al que admite un desafio, que entre ellos fuera un delito grave; pero en un pais donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio racional, y la misma constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor: en un pais donde el mas honrado es el menos sufrido, y el mas valiente el que tiene mas osadía: en un pais, en fin, donde á la cordura se llama cobardia, y á la moderacion falta de espíritu, ¿será justa la ley que priva de la vida á un desdichado, solo porque piensa como sus iguales? ¿Una ley que solo podrán cumplir los muy virtuosos, ó los muy cobardes?

Simon. Pero, Señor, yo creia que el mejor modo de hacer á los mozos mas sufridos, era agravar las penas contra los temerarios.

Justo. Cuando haya mejores ideas acerca del honor, convenirá acaso asegurarlas por este medio; pero entre tanto las penas fuertes serán injustas, y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto menòs bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacia plausibles los duelos, y entonces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos poco mas ó menos como los Godos, y sin embargo castigamos los duelos con penas capitales.

Simon. Esos discursos, Señor, son demasiado profundos: yo no soy filósofo, ni los entiendo; pero estoy muy mal con que los mozos.....

Justo. Dejemos una contestacion que debe afligirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

JOVELLANOS, *El Delincuente Honrado.*

DIALOGO DEL HABLADOR.

Interlocutores.

SARMIENTO, PROCURADOR, ROLDAN.

Sarmiento. Tome, señor procurador, estos trescientos ducados; y doy palabra á V. que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Procurador. V. ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

Roldan. ¡Ah caballero! ¿Es V. procurador?

Procurador. Si soy: ¿qué manda V?

Roldan. ¿Qué dinero es ese?

Procurador. Dámelo este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldan. ¿Y cuánto es el dinero?

Procurador. Doscientos ducados.

Roldan. Vaya V. con Dios.

Procurador. Dios guarde á V.

Roldan. ¡Ah! ¡Caballero!

Sarmiento. ¿A mí, gentil-hombre?

Roldan. A V. digo.

Sarmiento. ¿Y qué es lo que me manda?

Roldan. Cúbrase V., que si no no hablaré palabra.

Sarmiento. Ya estoy cubierto.

Roldan. Señor mio; yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra; tengo necesidad, y he sabido que V. ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada; y por si V. tiene deleite en darlas, vengo á que V. me dé una á donde fuere servido; que yo lo haré con doscientos ducados menos que otro.

Sarmiento. Si no estuviera tan mohino, me obligara á reir. ¿V. dicelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

Roldan. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No di-

cen que tiene cara de hereje? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

Sarmiento. V. no debe ser muy leído: que el proverbio latino no dice sino que *neceditas caret lege*, que quiere decir que la necesidad carece de ley.

Roldan. Dice muy bien V.: porque la ley fue inventada para la quietud; y la razon es el alma de la ley: y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma; memoria, voluntad y entendimiento: V. tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Venus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarmiento. ¡Por el diablo que acá me trajo: esto es lo que habia menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

Roldan. ¡Cuchillada dijo V.! Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel, aunque entonces no habia cuchillos: cuchillada fue la que dió Alejandro Magno á la reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y así mismo Julio César al conde D. Pedro Ansurez, sobre el jugar de las tablas con D. Gaiferos entre Cabañas y Olias; pero advierto á usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traicion y alevosía: la traicion se comete al rey: la alevosía contra los iguales; por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su filosofía de la espada, y Terencio en la Conjuracion de Catilina.....

Sarmiento. Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio: ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldan. ¿Bernardinas dijo V.? y dijo muy bien; porque es muy lindo nombre; y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de S. Bernardo; porque si se llamase Francisca, no pudiera ser: que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C, las letras del A, B, C, son ventitres...

Sarmiento. Téngase, que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldan. Dice V. muy bien: porque quien tiene lengua á Roma va: yo he estado en Roma y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalban. Montalban era un castillo de donde era el señor Reinaldos; Reinaldos era uno de los doce Pares de Francia, y de los que comian con el emperador Carlo Magno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada; en Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedi: el maravedi antiguo basta tanto como ahora un escudo: dos maneras hay de escudos; hay escudos de paciencia, y hay escudos.....

Sarmiento. Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido.

Roldan. ¿Perdido dijo V.? Y dijo muy bien; porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija, ó un lienzo; perder.....

Sarmiento. Acabe con el diablo.=CERVANTES, *Comedias.*

CUENTOS.

EL LOCO Y EL PERRO.

HABIA en Córdoba un loco que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuidado, se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros que descargó la carga, fue uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco y no le dejó hueso sano, y cada palo que le daba, decia: «Perro ladrón, ¿á mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?» Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia: «Este podenco, guarda.» En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. =CERVANTES, *D. Quijote*; en el Prólogo.

EL HIDALGO Y EL LABRADOR CONVIDADO.

«CONVIDÓ un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Almos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fue hija de D. Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que, á lo que entiendo, mi señor D. Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero..... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro Amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador

mentiroso.—Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré.—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias.—No ha de acortal tal, dijo la duquesa, por hacerme á mi placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.—Digo, pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado.—Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.—A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y así digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque...—Por vida vuestra, hijo, dijo el eclesiástico, que volvais pues de Tembleque, y que sin enterar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento.—Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca...» Gran gusto recibian los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento; y D. Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. «Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente, será vuestra cabecera; y este es el cuento.» —EL MISMO.

EL LOCO DE SEVILLA.

EN la casa de locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al Arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian allí, y apesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del Rector de la casa si era verdad lo que aquel Licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellan, y el Rector le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparataba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la esperiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco, habló con él una hora, y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada; antes habló tan atentamente, que el capellan fue forzado á creer que el loco estaba cuerdo: y entre otras cosas que el loco le dijo, fue que el Rector le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian porque dijese que aun estaba loco y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar de ella sus enemigos ponian dolo, y dudaban de la merced que nuestro Señor habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al Rector, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevarsele consigo á que el Arzobispo le viese, y tocase con la

mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al Rector mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el Licenciado: volvió á decir el Rector que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del Rector, para que dejase de llevarle: obedeció el Rector, viendo ser orden del Arzobispo; pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le quería acompañar, y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el Licenciado á una jaula, adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto le dijo: «Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él si en él confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire: esfuérzese, esfuérzese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.» Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula frontero de la del furioso; y levantándose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces ¿quién era el que se iba sano y cuerdo? El Licenciado respondió: «Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los Cielos que tan grande merced me han hecho.—Mirad lo que decis, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco; sosegad el pie y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta.—Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estacio-

nes.—¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo que quede memoria de él por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo, soy Júpiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo; y yo loco, yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme.» A las voces y las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos le dijo: «No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.» A lo que respondió el capellan: «Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced.» Rióse el Rector y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.—CERVANTES, *D. Quijote*.

LA SALIVA.

EL gran Duque de Florencia que por cuatro letras mas ó menos del título de gran era malquisto de todos los otros potentados, estaba cerrado en un camarín con un criado, de quien fiaba la comunicacion mas reservada. Conferian sobre la grandeza de sus ciudades y la hermosura de su estado, el comercio de Ligorna y las victorias de sus galeras. Pasaron al grande esplendor con que su sangre se habia mezclado con todos los monarcas y reyes de

Europa en los repetidos casamientos con Francia, pues por la línea materna eran sus descendientes los reyes católicos, el cristianísimo y el de la Gran Bretaña. En este cómputo los cojió la hora, y arrebatado della el criado, dijo: Señor, vuesa alteza de ciudadano vino á príncipe: *Memento homo*. En tanto que se trató como potentado fue el mas rico; hoy que se trata como suegro de reyes y yerno de emperador, *pulvis es*; y si le alcanza la dicha de suegro con Francia, y las maldiciones de casamentero, *in pulverem reverteris*. El estado es fertilísimo, las ciudades opulentas, los puertos ricos, las galeras fortunadas, los parentescos grandes, el dominio por todas razones real; empero ahora he visto en él notables manchas que le desaliñan y desautorizan, y son estas: la memoria que conservan los vasa llos de que fueron compañeros; la república de Luca, que cayó de medio á medio de todo; los presidios de Toscana, que el rey de España tiene; y el *gran* sobre duque, por la emulacion de los vecinos. El Duque, que en algunas cosas de estas no habia reparado, dijo: «¿Qué modo tendré para sacarme estas manchas?» Replicó el criado: «Sacarlas segun están reconcentradas, es imposible sin cortar el pedazo; y es mal remedio, porque es mejor andar manchado que roto. Y si las manchas que digo se sacan con el pedazo, no le quedará pedazo á vuesa alteza, y vuesa alteza quedará hecho pedazos: estas son manchas de tal calidad, que se limpian con meterse mas adentro, y no con sacarse. Use vuesa alteza de la saliva en ayunas para esto, y vaya chupando para sí poco á poco. Y lo que gasta en dotes de reinas, gástelo en tapar los oídos á los atentos, porque no le sientan chupar.»

QUEVEDO.

ALEGORÍAS.

LA ENTRADA DE LA REPUBLICA LITERARIA.

HABIENDO discurrido entre mí del número grande de libros, y de lo que va creciendo cada dia, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, con que se han hecho ya trato y mercancía las letras, estudiando los hombres para escribir, y escribiendo para granjear: me venció el sueño, y luego el sentido interior corrió el velo á las imágenes de aquellas cosas, en que despierto discurria. Halléme á vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñido, deslumbraban la vista, y se levantaban á comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla; y ofreciéndoseme delante un hombre anciano, que se encaminaba á ella, le alcancé, y trabando con él conversacion, supe que se llamaba *Marco Varron*, de cuyos estudios y erudicion en todas materias, profanas y sagradas, tenia yo muchas noticias, por testimonio de Ciceron y de otros: y preguntando yo, ¿qué ciudad era aquella? me dijo con agrado y cortesía, que era la *República Literaria*; Y ofreciéndose á mostrarme lo mas curioso de ella, aceté la compañía y la oferta, y fuimos caminando en buena conversacion. Por el camino fui notando que aquellos campos vecinos llevaban mas eléboro, que otras yerbas, y preguntándole la causa, me respondió; que la divina Providencia ponía siempre vecinos á los daños los remedios; y que así habia dado á la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales con el continuo estudio padecian graves achaques de cabeza. Muchos buscaban el eléboro y anacardina para hacerse memoriosos, con evidente peligro del juicio. Poco me pareció que tenían los que le aventuraban por la memoria; porque, si bien es depósito de las ciencias, tambien lo es de los males: y fuera feliz el hombre, si, como está en su mano el acordarse, estuviera tambien el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconsuela, y la de los males presentes nos atormenta.

Habiendo llegado á la ciudad, reconocí sus fosos, los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas, defendidas de cañones de ánsares y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servian de baluartes, dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducian á menudos átomos; y recogidos estos en cedazos cuadrados de hilo de alambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel: materia fácil de labrar, y bien costosa á los hombres. ¡Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza próvidamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como á metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran providencia los retiró á regiones mas remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar oceáno, y por muros, altas y peñascosas montañas; y el hombre industrioso busca artes é instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes, y sacar aquella materia, que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos, de que aun no pudo cubrirse la desnudez, y entre aquella basura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga en aquellas hojas, donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos, y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas, no sin misterio, parece que faltaba á sí misma la arquitectura: porque de los cinco órdenes solamente se veia el dórico, duro y desapacible, simbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las columnas estaban en sus nichos nueve estátuas de las nueve musas, con varios instrumentos de música en las manos, á las cuales habia dado la escultura tal aire y movimiento á pesar del mármol, que la imaginacion daba á entender, que imprimia en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo, donde las consideró inteligencias ó almas la antigüedad. *Clio* parece que encendia en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. *Tersicore* elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. *Erato* daba números y compases á los mo-

vimientos de los pies. *Polimnia* avivaba la memoria. *Urania* se servia de ella, para persuadir el ánimo á la contemplacion de los astros. *Caliope* levantaba los espíritus heróicos á acciones gloriosas. *Melpomene* los alentaba con la memoria de muchos, que merecieron con las hazañas los elogios. *Talia*, disimulando en el donaire la censura, á un tiempo entretenia y enseñaba. *Euterpe* formaba diversas flautas, acomodando á todas diferentes sentidos con tal propiedad, que parecia que para cada uno las iba fabricando. Este frontispicio se remataba en la estatua de *Apolo*, cuya madeja de oro, con lustroso curso de luz, bajaba sobre los hombros. Ocupaba su mano derecha el plectro, y la izquierda la lira; y aun sin herir las cuerdas, hacia armonía al discurso, si no al oído, la propiedad. = SAAVEDRA, *Repúb. liter.*

LO INTERIOR DE LA REPUBLICA LITERARIA.

Despues de estas soledades deshabitadas, entramos en lo poblado y culto de la ciudad, que reconocida por dentro no correspondia á la hermosura exterior; porque en muchas cosas era aparente y fingida, levantadas algunas fábricas sobre falsos fundamentos, ocupados sus habitantes en fabricar con mas vanidad que juicio obras nuevas, con las ruinas de unas, y con los materiales de otras; en que toda aquella ciudad andaba revuelta y embarazada, con mas confusion que fruto de su vana fatiga, que renovaba, y no engrandecia la república antes la defraudaba de aquel lustre y aumentos que tuviera, si sus hijos entre sí compitiesen en buscar nuevas trazas y materias de palacios, y otras obras públicas.

Los ciudadanos estaban melancólicos, macilentos, y desaliñados. Entre ellos habia poca union, y mucha emulacion y envidia. Allí eran nobles los aventajados en las artes y ciencias, de cuya excelencia recibian lustre y estimacion; y los demas hacian número de plebe, aplicándose cada uno al oficio que mas frisaba con su profesion: y así los gramáticos eran berzeros y fruteros, que de unas tiendas á otras, con verbosidad y arrogancia, se deshonoraban unos á otros, motejando tambien á los que pasaban á vista dellos, sin tener respeto á ninguno. A Pla-

ton llamaban confuso: á Aristóteles, tenebroso y gibo, que entre oscuridades celaba sus concetos: á Virgilio, ladron de versos de Homero: á Ciceron, tímido y supérfluo en sus repeticiones, frio en las gracias, lento en los principios, ocioso en las digresiones, pocas veces inflamado, y fuera de tiempo vehemente: á Plinio, rio turbio, acumulador de cuanto encontraba: á Ovidio, fácil y vanamente fecundo: á Aulo Gelio, derramado: á Salustio, afectado: y á Séneca, cal sin arena.

Los críticos eran remendones, ropavejeros, y zapateros de viejo. Los retóricos, saltimbancos, que vendian quintas esencias y acreditaban con gran copia de palabras algunos secretos medicinales. Los historiadores; casamenteros, por las noticias que tienen de los linajes é intereses agenos. Los poetas vendian por las calles jaulas de grillos, ramilletes de flores, melcochas y mantequillas, chochos y muñecas. Los médicos eran carniceros, enterradores, y ejecutores de justicia: y porque aquella república, como tan discreta no admitia boticas, se aplicaban los boticarios á forjar armas, y fundir piezas de artillería; y en lugar de ellos, Dioscórides vendia yerbas, otras drogas ó simples por las calles. Los Astrólogos se aplicaban á la navegacion y agricultura. Los perspectivos eran mercaderes, que sabian disponer la luz á sus tiendas, para hacer mas hermosas sus telas. Los lógicos eran corredores, mohatrereros y regatones. Los filósofos, jardineros. Los juristas, lenceros y de otros oficios de vara. Los inclinados á juntar centones y sentencias agenas, y á componer de ellos una obra, se daban á hacer escritorios de taracea, y mesas de diversas piedras engastadas en mármol: y los que hacian repertorios á los libros, eran ganapanes que trabajaban para los demas.

En esta república, como en la de los Egipcios y Lacedemonios se tenia por virtud el hurtar con pretexto de imitacion: y así los oficiales unos á otros se hacian grandes robos, y cada dia se veian levantadas nuevas tiendas con mercancías agenas. Los que mas se aprovechaban de esta licencia eran los letrados y poetas; aquellos con la variedad de libros, y escritos de que se valen: y estos, porque como entraban á vender sus juguetes por las casas, hurtaban de ellas las mejores alhajas.

Gobernaban esta ciudad diversos senadores autorizados por su ancianidad y experiencia, entre los cuales estaba dividido el cuidado público. Plutarco, Tito Livio, Dion y Apiano, gobernaban las cosas del pueblo. Julio César, Veleyo, Amiano y Polibio, las militares. Tácito, las políticas. Censores eran Diodoro, Mela y Estrabon: y porque ningun cuerpo de reino ó república se puede mantener sano (aunque su cabeza sea de buen consejo, y estén perfectamente organizados sus miembros) si el estómago, que es el secretario, no fuere tan robusto, que sin indigestiones de despachos cueza bien las materias, y con práctica y conocimiento político suministre á cada una de las partes la sustancia que ha menester, se servia esta república de Suetonio Tranquilo, varon grande, criado en negocios, versado entre naciones, celoso, prudente y secreto.=EL MISMO, *ibidem*.

LA INVENCION DE LA TINTA.

Entramos en la ciudad por una puerta coronada de una media esfera, donde trabadas las manos se veian las siete artes liberales, la gramática, dialéctica, retórica, aritmética, música, geometría y astronomía. Las puertas eran de aquel bronce, ó metal corintio que tanto celebró la antigüedad, gravadas con tan hermosos relieves de figuras, que me obligó á preguntar á Polidoro, quién era el artífice y qué historia contenian? En esta puerta, me dijo, está grabada la invencion de la tinta por mano de un gran artífice florentin, cuyo ingenioso y sutil buril dilata su fama por los confines de la tierra. ¿No ves (me explicaba, levantado el brazo, y tendida la mano) aquella turba de hombres, que con grave y severo semblante, despreciador de todos los sentimientos y comodidades humanas, mira con desestimacion á aquella doncella, que con una corona de oro en la cabeza y un clarin en la mano, da muestras de huir corrida de sus baldones y desprecios, queriendo volar sobre aquel áspero monte? Esta, pues, es la *Gloria*, y aquellos son *Filósofos Estóicos*, que se burlan de ella, excluyéndola del número de los verdaderos bienes del hombre, como á felicidad agena del ánimo, y fuera de su potestad, nacida de la opinion agena; de lo cual afren-

tada, levanta el vuelo, y seguida de algunos espíritus alentados, llega á la cima del monte, y postrada á los pies de la *Virtud* su madre, que vive entre aquellas soledades, acompañada de la *Vigilancia*, de la *Fatiga* y del *Arte*, damas que siempre la asisten le refiere los agravios y desestimaciones de los filósofos. La *Virtud* la consuela representándole los efectos de su fama en los hechos de los varones pasados, y de aquellos que en los siglos venideros han de abrir por el oceano nuevos rumbos y caminos, hasta descubrir otros mundos, siendo estrecho á sus ánimos el que hoy se conoce. Con lo mismo, le responde la *Gloria*, que procura, madre mia, consolarme, acrecientas la causa de mi llanto: porque, si bien es grande esta fama, tú sabes que es vana y caduca, pendiente de los labios ajenos, y formada de palabras ligeras, hijas del viento de quien nacen y en quien luego mueren, dejando triunfante al *Olvido*, mi mayor enemigo. Estas palabras de la *Gloria*, acompañadas de lágrimas, como lo descubre su semblante, obligan á la *Virtud* á ordenar al *Arte*, que es aquella doncella en cuyos hombros tiene puesta la mano, que procure el remedio con que pueda perpetuarse la *Fama*. Obedece el *Arte*, y mas adelante la verá consultar el remedio con la *Noche*, representada en aquella doncella, cuyo manto sembrado de estrellas le cubre la mitad del rostro. Esta le dice, que así como en lo oscuro de su manto escribió el gran arquitecto de los orbes sus eternos decretos con caracteres de luz; así sobre blanca carta se podían delinear con tinta negra los conceptos del ánimo, dándoles cuerpo, y fijando, á pesar del *Olvido*, las palabras, con la misma oscuridad en que él procuraba sepultar á la *Fama*. El arbitrio de la *Noche* agradó al *Arte*, y queriendo disponerse á hacer la tinta, los dioses que entre aquellas nubes están atentos al caso, anteviendo que con tal invencion habia la *Gloria* de llegar á ser diosa, procuran anticiparse á lisonjear su voluntad; y para perfeccion de la obra que intenta, Baco le suministra el vino, Júpiter las agallas de encina, Pomona la goma arábica, Vesta el vitriolo, Febo el calor: del cual y de aquellos materiales resulta la tinta, que está en aquellas redomas, y has visto en esos fosos, que es la que hace inmortal á la gloria, y por quien se conserva esta república.—EL MISMO, *ibidem*.

EL CAMINO DEL VICIO Y EL DE LA VIRTUD.

HALLEME en un camino favorecido de la naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenía la vista, y sin respuesta humana platicaban las fuentes entre las guijas, y los árboles por las hojas: tal vez cantaba el pájaro, ni sé si determinadamente, si á competencia, ó agradeciéndoles su armonía... Tendí los ojos codicioso de ver algun camino por buscar compañía: y veo (¡cosa digna de admiracion!) dos sendas que nacian de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse.

Era la de la mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento; y estaba, de la poca gente que por ella iba, llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo, ví algunos que trabajaban en pasarla; pero, por ir descalzos y descomidos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los pies, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante: decir que puede ir alguno á caballo, es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podría yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo: déjese de caballerías, y caiga de su asno; y miré con todo eso, y no ví huella de bestia alguna. Y es cosa de admirar, que no habia señal de rueda de coche, ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamas.

Pregunté espantado de esto, á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso habia ventas en aquel camino, ó mesones en los paraderos. Respondióme: ¡venta aquí, señor, ni meson! ¿Cómo quereis que le haya en este camino si es el de la virtud? Quedaos con Dios: que en este camino es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho...

Volví á la mano izquierda, y ví un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo, que siempre oí decir: *dime con quien andas, te*

diré quién eres, por ir con buena compañía, puse el pie en el umbral del camino, y sin sentirlo, me hallé resbalado en medio de él, como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que había menester, porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y saraos: y no el otro camino, que por falta de sastres, iban en él desnudos y rotos, cuando aquí nos sobraban mercaderes, joyeros y todos oficios..... Animóme para proseguir en el camino; el ver, no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas. Ví una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos: y llegado que hube, ví que iban entre nosotros.

Estos, me dijeron que eran los *hipócritas*, gentes á quien la penitencia y el ayuno, que en otros son mercancía, es noviciado del infierno..... Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos, juzgan el secreto mas oscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara. Bien que hay muchos buenos, mas son diferentes de estos, á quien ántes se les ve la disimulacion que la cara, y alimentan la ambiciosa felicidad de aplausos de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores, y los mas malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad, pues siendo hipócritas lo son al fin. Iban estos solo á parte, y reputados por mas necios que los moros, mas zafios que los bárbaros y sin ley; pues aquellos, ya que no conocieron la vida eterna, ni la van á gozar, conocieron la presente, holgáronse en ella; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan, y en la otra son atormentados: y en conclusion, de estos se dice con toda verdad, que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros: los ricos tras la riqueza, y los pobres, pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó, van por un camino; y los discretos, por no dejarse gobernar de otros, y los necios, por no entender á quien los gobierna, aguijan á todo andar.—QUEVEDO, *Zahurdas de Pluton*.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

Trozos religiosos.	1
Idem morales.	24

LECCIONES LITERARIAS.

Modelos de narraciones.	42
De cuadros y pinturas.	77
De descripciones.	88
De definiciones.	118
De caracteres y retratos.	127
De paralelos.	138
De cartas.	152
De arengas y razonamientos.	163
Elogio de Carlos III.	179
Diálogos.	186
Cuentos.	202
Alegorías.	208

COLECCION



TROZOS Y PÓDRIOS

AUTORES SELECTOS CASTELLANOS

SOBRE

Delicio. **TOMO 2.^o** Poesia.

—

DON ANTON MARRA TERZADILLOS.

Catedrático de la Universidad Central

Y ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION.

TOMO 2.^o — VERSO.

QUINTA EDICION

ARROYO DE LA PLAZA DE SAN JUAN

1888.

INDICE.

PÁGINAS.

Trozos religiosos.	1
Idem morales.	21



Modelos de narraciones.	42
De cuadros y pinturas.	77
De descripciones.	88
De definiciones.	118
De caracteres y retratos.	127
De paralelos.	138
De cartas.	152
De arengas y razonamientos.	165
Elogio de Carlos III.	179
Diálogos.	188
Cuentos.	202
Alojerías.	208

COLECCION

DE

TROZOS Y MODELOS

EXTRACTADOS

DE AUTORES SELECTOS CASTELLANOS

SOBRE

Religion, Moral, Elocuencia y Poesía,

POR EL DOCTOR

DON ANGEL MARIA TERRADILLOS,

Catedrático de la Universidad Central

Y ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION.

TOMO 2.^o—VERSO.

CUARTA EDICION

AUMENTADA Y CORREGIDA.

1855.

Esta obra se halla aprobada por el Consejo de Instrucción Pública, é incluida por el Gobierno en la lista de textos para la segunda enseñanza.

TROZOS Y MODELOS

ESTRUCTURADOS

DE AUTORES SELECCIONADOS CASTELLANOS

SOBRE

Religion, Moral, Eloquencia y Poesia

POR EL DOCTOR

Siendo propiedad exclusiva del Colector va contrasignada para los efectos de la ley.

TOMO 2.º - VERSO

CUARTA EDICION

IMPRESA DE D. VICTORIANO HERNANDO,

calle del Arenal, número 11,

donde se hallará con las demas obras del Autor.

TROZOS SELECTOS.

INTRODUCCION.

Reglas generales de la composicion poética.

Si el noble anhelo de la eterna fama
Que nuestros patrios vates merecieron
Vuestros fogosos ánimos inflama,
No os arrojéis, ó jóvenes hispanos,
Con temerario afán á la árdua empresa.....
..... Consultad antes
Cien veces y otras cien las propias fuerzas,
Y ved si grato el cielo
Os otorgó la ardiente *fantasia*,
El *ingenio* creador digno tan solo
Del sacro lauro del divino Apolo.
Con tan sublime don favorecidos,
No dudeis aspirar en nuestros cantos
Al digno galardón: *natura bella*
Os mostrará las gracias, los encantos
A los ciegos profanos escondidos;
Y alzando el sacro velo,
Ofrecerá benigna á vuestros ojos
El propio, el solo, el único *modelo*.
Su fiel *imitacion* continuo sea
Vuestro estudio y placer, sin que del arte
El duro anhelo ni el afán se vea:
Desdeñando sacar una vil copia
Con baja esclavitud, libre campea
El *genio* creador: compara, elige,
Forma de mil objetos una idea;

Y ornando á su placer su propia hechura,
 Emula de natura,
 La iguala, la corrige, la hermosea.....

Mas si el impetu osado
 No modera la ardiente *fantasia*;
 Si del *buen gusto* altiva menosprecia
 El cauto aviso y la prudente guía;
 No os admireis si su arrogancia necia
 De la segura senda os extravía.....

Mas no con breve afan livianamente
Buen gusto adquirireis; que ni lo prestan

Los áridos preceptos,
 Ni el sutil racionio de la mente;
 Con modelos bellisimos nutrido
 Fórmase lentamente,
 Cual con música acorde el fino oido;.....
 No lo vicieis; y cual segura guía

Seguid su voto, oh jóvenes hispanos:

De griegos y romanos
 Estudiad los modelos noche y dia;
 Y no aparteis jamas de la memoria
 Que así lograron tan sublime gloria
 Nuestros ilustres vates castellanos.

Seguid, seguid su ejemplo: de memoria
 Sus cantos aprended, y repetidos
 Cien veces y otras ciento,
 El alma aficionad á su belleza,
 Y el gusto y los oidos
 A su grato favor y dulce acento.....

.....
 ¡Tanto puede en las artes el *buen gusto*!
 Elegidle por juez; y haciendo gratas,
 Del *genio* la invencion y la riqueza,
 Dé á vuestras obras *unidad, enlace,*
Proporcion, orden, sencillez, belleza.

SR. MARTINEZ DE LA ROSA, *Poética*, CANTO I.

NARRACIONES.

Adan y Eva recorren el Paraiso.

Los dos lazados en sabroso nudo
 Pisaban inespertos los vergeles
 Del aromoso Eden. So el pie desnudo
 De Adan se elevan súbitos claveles;
 Do fija Eva sus plantas, el menudo
 Césped brota azucenas: en pos fieles
 Les dan aves y fieras vasallaje.
 ¡Padres felices de infeliz linaje!

Alza la vista Adan: por la ancha esfera
 Morada inmensa del radiante dia,
 Ve al sol nadar en luz, y en su carrera
 Llover vida á los seres y alegría.
 El frutecido suelo considera,
 Del mar bullente la tenaz porfia
 Por asaltar la tierra: y dueño solo
 Se ve de Cinosura al otro polo.

Las tiernas flores de la frente ufano
 Desciñe Febo al estrellado toro,
 Y mezcla en la balanza al rubio grano
 De la doncella aligera tesoro.
 Sube al fogoso carro; y de su mano
 Desparce rosas entre espigas de oro,
 Y embalsamando el céfiro de aromas,
 Racimos llueve y olorosas pomas.

Ve el universo Adan; ve su morada,
 Y queda inmóvil, cual del suelo pario
 Brilla en real jardin piedra animada
 Por mano de famoso estatuario.

Eva lo ve, y examinar le agrada
 Las varias plantas, el ramaje vario
 Que en colgantes sus flores eslabona,
 Y entolda el prado y el pensil corona.

Mueve el pie terso hácia el nevado rio,
 Que por cauces de lirios resbalando,
 Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
 Mecido el olmo por el aire blando,
 Alzan las crestas el sobre lecho frio
 De argentados vivientes mudo bando
 Por ver á su señora, y ella en paga

:

Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el blanco seno,
Y entre guijuelas de oro su figura

Mira temblar bajo el cristal sereno.

Ya en la frente del toro con blandura

La palma asienta; ya en el bosque ameno

Párase á oír la alondra, que gozosa

Vuela del árbol y en su mano posa.

En medio el paraiso su guirnalda

Sobre palma y ciprés frondoso extiende

Arbol bello, que en ramos de esmeralda

Lucientes pomas de carmin suspende.

Arbol funesto, á cuya umbrosa espalda

Blandida al aire su guadaña tiende

La Parca, hambrienta del fatal tributo

A que convida el engañoso fruto.

Eva lo entreve y tiembla; ni se atreve

A adelantar la temerosa planta:

Alza los ojos paso, y ya la mueve

Curiosidad de ver belleza tanta.

Late el pecho anheloso, y lanza breve

El mal cogido aliento: ya adelanta

El pie..... infeliz, huye: muerte, muerte

El tronco infausto de sus ramos vierte.

Llega al árbol fatal..... Profeta santo,

Dame lágrimas, ¡ay! tu lloro triste

Me da, y el verso do con flébil canto

El cautiverio de Sion gemiste.

¿Podrán cien lenguas el eterno llanto

Decir del universo? Tú me asiste,

Tú esfuerza mi sentir. Llorad, vivientes,

Todos vais á morir, futuras gentes.

REINOSO; *Inocencia perdida*, CANTO II.

De Edipo á Yocasta.

Yo vivia feliz..... y tan dichoso,

Que en el mundo no habia quien contento

Así estuviese con su propia suerte,

A los Dioses por ella bendiciendo.....

Así mis años plácidos corrian,

Cuando en hora fatal, cuyo recuerdo

Hondamente clavado en mi memoria

Llevaré hasta el sepulcro, otro mancebo,
Perdida en un banquete la templanza,
Mi enojo provocó; y al reprenderlo,
Se atrevió á echarme en rostro que no era
Hijo yo de Polibo, ni heredero
De su nombre y su trono..... Hasta sin ira
Le escuché: ¿lo creerás? Solo desprecio
Me inspiró aquel mezquino; y á sus voces
Con burla y risa todos respondieron.
Mas de allí á breves dias..... (ni yo propio
Te lo sabré explicar) me sentí inquieto,
Melancólico, triste, caviloso,
Privado de ventura y de sosiego,
Cual si en el alma misma me punzara
Una espina cruel..... Luché algun tiempo
Conmigo mismo; reclamé el auxilio
De mi flaca razon; busqué en el seno
del deleite el olvido..... Todo en vano:
Mientras mayores eran mis esfuerzos
Por borrar esa idea de mi mente,
Mas profundo y tenaz era su sello.
Cansado de sufrir, al cabo un dia
Narré á mis padres el fatal suceso,
Aunque oculté á su amor la triste duda
Que era mi torcedor y mi tormento:
Ellos del caso extraño sorprendidos
Mostráronse al principio; pero luego,
Culpando la embriaguez del ciego jóven,
Olvidar me mandaron su denuesto.
Mas quiso mi desdicha que de entonces
Me pareció notar mayor esmero
En llamarme su hijo, mas señales
De piedad y ternura; y ese empeño,
Manteniendo la llaga abierta y viva,
Doblaba mis sospechas y recelos.
Al fin, ansioso de apurar mi origen,
Y á tal duda mil males prefiriendo,
Me ausenté de Corinto, protestando
Que iba á Atenas á ver al gran Teséo;
Y sin tomar ni tregua ni descanso,
Corrí impaciente hasta llegar á Delfos.
¡Ojalá antes muriera!.... Pero tres veces
Consultado el oráculo tremendo,
Enmudeció; yo ciego y obstinado,
Con lágrimas insté, doblé mis ruegos,

Maldije en mi delirio la tardanza,
 Invoqué hasta los dioses del Averno;
 Y casi con violencia rasgar quise
 Del destino fatal el denso velo.
 Cedió el númen al fin, cual si apiadado
 Satisfacer quisiese mi deseo;
 Mas resolvió, tremendo en su venganza
 Castigar de un mortal el loco empeño.
 En la callada noche, solo estaba,
 Entregado á mis tristes pensamientos,
 Cuando vagó un susurro misterioso
 Por las lóbregas bóvedas del templo,
 Sonó la voz del Dios y á mis oídos
 Llegaron con horror estos acentos:
 «Quiéres saber tu suerte?....» Al escucharlo,
 La sangre se me heló; sentí el cabello
 Erizarse de espanto; y junto al ara
 Atónito quedé sin movimiento.....
 «Quiéres saber tu suerte?.... *De tu padre*
La sangre verterás.....»

A tan siniestro
 Oráculo, las fuerzas me faltaron,
 Y ante el ara caí; pero del centro
 De la tierra salir me parecía
 La misma voz, continuó repitiendo:
 «¿Quiéres saber tu suerte?.... *De tu padre*
La sangre verterás, y el casto lecho
Mancharás de tu madre.....» Apenas pude
 Escuchar hasta el fin: falto de aliento,
 Privado de razón y de sentido,
 Permanecí postrado largo trecho:
 Y al despuntar el alba, allí me hallaron,
 Cual un cadáver insensible y yerto.

SR. MARTINEZ DE LA ROSA, *Edipo*, acto IV.

De Yocasta á Edipo.

OYELO, Edipo:

Y sírvante mis males de escarmiento,
 Para aprender la fé que deba darse
 A engañosos oráculos.—Inquietos
 Sin tener sucesion un año y otro,
 Nuestra dicha y placer no eran completos;
 Que en medio de la pompa y la grandeza

Nos afligia el solitario aspecto
 De nuestro hogar, y desabrida el alma
 Las caricias de un hijo echaba menos.
 Con súplicas, con votos, con ofrendas,
 Importunamos sin cesar al cielo,
 Hasta que al fin nos pareció propicio
 Que iba ya á coronar nuestros deseos....
 Aun no era madre, y la esperanza sola
 Mi existencia doblaba y mi contento,
 Y un placer que inspiraba una ternura,
 Que solo siente el corazon materno.
 Por su parte mi esposo los instantes
 Contaba con afan;..... pero el exceso
 De ese afan nos perdió: quiso impaciente,
 Consultar un oráculo, que el pueblo
 Desde remotos siglos reputaba
 Guarda de los arcanos de este reino:
 Le consultó; y el dios..... ó sus ministros
 Estas solas palabras respondieron:
 «El hijo, cuya vida anhelas tanto,
 La muerte te dará.»—De terror lleno
 Oyó mi esposo el formidable anuncio:
 Quiso ocultarme su dolor inmenso;
 Pero tan grave era, que no pudo
 Con él su corazon..... De aquel momento,
 Perseguidos cual tú de un temor vano
 Y acosados de miseros agüeros,
 Ni una hora de paz y de ventura
 Pudimos disfrutar: el mismo objeto
 De tantas esperanzas convirtiöse,
 En objeto de horror; y hasta en mi seno
 Palpitar le sentia con espanto,
 Cual un mónstruo maldito por los cielos.
 En tan horrenda situacion nos halla
 El fatal plazo: se aproxima el riesgo:
 Redóblase el temor; un dios contrario
 De libertarnos nos inspira el medio;
 Y en aquel trance de temor y asombro,
 El atroz sacrificio resolvemos.....
 Un amigo de Layo al hijo mio
 Arrancó de mis brazos; y en secreto
 Conduciéndole á un monte muy poblado
 A su suerte cruel le dejó espuesto.....
 Mas apenas con su muerte
 Cesaron los temores, renacieron

Con mas fuerza y vigor en nuestras almas
 Los antiguos y tiernos sentimientos,
 No dulces y apacibles como antes,
 Sino mezclados con letal veneno.....
 Presente á nuestros ojos noche y dia,
 Sin cesar escuchando sus lamentos,
 Cuanto tocaban nuestras propias manos
 Nos presentaba de su sangre el sello;
 Y la vista de un niño, el oír su lloro,
 Nos hacia temblar. Al fin el tiempo
 Lo agudo del dolor fue mitigando;
 Mas nos dejó una angustia, un desconsuelo
 Dentro del corazon aun mas penosos,
 Que el dolor mismo; y con fatal anhelo
 El término miramos de la vida
 Como el único fin de los tormentos.—
 Ese es el fruto, ese, reservado
 A quien fia de oráculos inciertos,
 Que con soñados riesgos amagando,
 Nos sepultan en males verdaderos.

EL MISMO.—*Ibidem.*

Vence Caupolican á sus competidores en la prueba del tronco.

YA la rosada aurora comenzaba
 Las nubes á bordar de mil labores,
 Y á la usada labranza despertaba
 La miserable gente y labradores:
 Ya los marchitos campos restauraba
 La frescura perdida y sus colores,
 Aclarando aquel valle la luz nueva,
 Cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada
 Asiendo del troncon duro y nudoso,
 Como si fuera vara delicada
 Se le pone en el hombro poderoso:
 La gente enmudeció maravillada
 De ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
 La color á Lincoya se le muda,
 Poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
 Y á toda priesa entraba el claro dia:
 El sol las largas sombras acortaba;

Mas él nunca descrece en su porfia:
 Al ocaso la luz se retiraba;
 Ni por eso flaqueza en él habia:
 Las estrellas se muestran claramente;
 Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta
 Del tenebroso albergue húmedo y frio,
 Desocupando el campo y la floresta
 De un negro velo lóbrego y sombrío.
 Caupolican no afloja de su apuesta;
 Antes con nueva fuerza y mayor brio
 Se mueve y representa de manera,
 Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos
 La esposa de Titon ya parecia,
 Los dorados cabellos esparcidos
 Que de la fresca helada sacudia,
 Con que á los mustios prados florecidos
 Con el húmedo humor reverdecia,
 Y quedaba engastado así en las flores
 Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
 Del mar por el camino acostumbrado:
 Sus sombras van los montes recogiendo
 De la vista del sol, y el esforzado
 Varon el grave peso sosteniendo
 Acá y allá se mueve no cansado,
 Aunque otra vez la negra sombra espesa
 Tornaba á parecer, corriendo á priesa.

La luna su salida provechosa
 Por un espacio largo dilataba
 Al fin turbia, encendida y perezosa,
 De rostro y luz escasa se mostraba:
 Paróse al medio curso mas hermosa
 A ver la estraña prueba en qué paraba;
 Y viéndola en el punto y ser primero,
 Se derribó en el ártico hemisféro:

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
 Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
 Venciendo con esfuerzo la fatiga,
 Y creciendo la fuerza por costumbre.
 Apolo en seguimiento de su amiga
 Tendido habia los rayos de su lumbre;
 Y el hijo de Leocán en el semblante
 Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
 Peso de las espaldas despedía,
 Y un salto dió en lanzándole disforme
 Mostrando que aun mas ánimo tenia:
 Y el circunstante pueblo en voz conforme
 Pronunció la sentencia y le decia
 Sobre tan firmes hombros descargamos
 El peso y grande carga que tomamos.

ERCILLA, *Araucana*, CANT. I.

Guillermo Tell salva á Conrado de la furia del Gesler.

Tell. Orilla del lago, mis pesares
 Procuraba templar, viendo sus ondas
 Al soplo de los vientos agitarse.
 El temido rumor de la tormenta,
 El ancho toldo que obscurece el aire,
 Las negras nubes que en pesadas masas
 Giran y en agua sobre el agua caen,
 El silbido del austro que en los montes
 Zumba horrible y con furia incontrastable
 Los témpanos arranca de las cumbres
 Y deshechos en polvo los esparce,
 Todo ese grato horror, cuadro sublime,
 Me conmueve, me exalta, me complace,
 Que al furor de natura logro al menos
 Del furor de los hombres olvidarme.
 Conrado en tal momento se presenta:
 ¡Salvadme, por piedad, dice, salvadme!
 Y nos cuenta su historia, y al oirla
 Mis cabellos de horror siento erizarse.
 Aterrados allí tambien le escuchan
 Tímidos pescadores que en la márgen
 Buscan seguro asilo, recelosos
 De que el lago su barca airado trague.
 Pide Conrado que á la opuesta orilla
 Alguno en tal peligro le traslade;
 Pero por la tormenta amedrantados,
 Y aun mas por las venganzas implacables
 Del tirado de Ury, con vil repulsa
 A sus ruegos se niegan los cobardes.
 Pues yo te salvaré le digo entonces;
 Y á una barca me lanzo, y corto el cable,
 Y empuñando el timon, entre las hondas

Que la frágil barquilla airadas baten,
De la horrible tormenta al son tremendo,
Senda atrevida mis esfuerzos abren.
La amistad me sostiene, Dios me guía,
Salta Conrado en tierra, y yo á abrazarte
Vuelvo sin mas tardar.

D. A. GIL DE ZÁRATE. *Guillermo Tell, act. I.*

Vida singular.

DESEAIS, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por Oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua blando y caliente.

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino
Y á quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso;

Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida.

Despues que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene;

Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.

Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta. (vo,

Hasta que habiendo sol nue
Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Vóile puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

BALTASAR DE ALCÁZAR.

Jura de Alfonso el VI en Santa Gadea.

Hizo hacer al rey Alfonso
 El Cid un solemne juro
 Delante de muchos grandes
 Que se hallaron en Búrgos.
 Mandó que con él viniesen
 Doce caballeros suyos
 Para que con él jurasen
 Cada cual uno por uno
 En la muerte de Don Sancho
 Que lo mataron seguro
 En el cerco de Zamora
 A traicion y junto al muro.
 Y cuando en el templo santo
 Estuvieron todos juntos,
 Levantóse del escaño
 El Cid, y aquesto propuso:
 —Por aquesta santa casa
 Donde estamos ende ayuso,
 Que digades la verdad
 De aquesto que vos pregunto:
 Si vos, rey, fuisteis la causa,
 O de los vuestos alguno,

En la muerte de D. Sancho,
 Hayais la muerte que él hubo.
 Todos dijeron: Amen;
 Mas el Rey quedó confuso;
 Pero por cumplir el voto,
 Respondió:—Lo mesmo juro.
 Fincó la rodilla en tierra
 Por facer la corte ayuso,
 El Cid delante de todos
 Al Rey le fabla sesudo:
 —Si ayer non vos besé mano,
 Mi Rey, á ello fui tenuto,
 Mas agora vos la beso
 Con todo mi grado y gusto.
 En esto que aquí he hablado
 No os he fecho agravio alguno,
 Que esto debiera al rey Sancho
 Como leal vasallo suyo,
 Y si aquesto non ficiera
 Yo quedara por perjuro,
 Et non por buen caballero
 Me tuviera todo el vulgo.

ROMANCERO.

CUADROS Y PINTURAS.

Satan se lanza á tentar á nuestros primeros padres.

AL mundo se fulmina: en vivo fuego
 Nadando giran los sangrientos ojos.
 Sus pasos la soberbia sigue luego,
 Y audaz saciar ofrece sus enojos.
 ¡Disforme, horrendo mónstruo! El rostro ciego
 Los cielos amenaza: en sus arrojados
 Tiende las negras alas, y sombría
 Cubre el dorado sol y roba el día.

La torpe inobediencia la acompaña
 El duro cuello erguido: corre presta
 La descarnada muerte, y su guadaña
 Aun no teñida, á la batalla apresta:
 La crin revuelta, y en herviente saña
 Brotando sangre toda, el hierro asesta
 La guerra impía, y la traicion de flores
 Cubre el dardo que vibra en sus rencores.

Con tardo paso lánguida camina
 La hambre desmayada: ronco gime,
 Y la plegada faz el llanto inclina
 Regando el suelo del humor que esprime:
 La enfermedad pajiza se avecina
 A la arada vejez: vil hierro oprime
 La triste esclavitud. Siguen fatales
 Los vicios, la impiedad, todos los males.

Y ahullando ronco el ominoso bando,
 Cual negra tempestad corre sangriento;
 Los árboles destronca; el giro blando
 Detiene al ave con su torpe aliento.
 La alma inocencia el escuadron infando
 De lejos vé: con maternal lamento
 Vuela al hombre, y en lágrimas deshecha
 A su regazo tímida la estrecha.

REINOSO, *Inoc. perd., cant. I.*

El amanecer del día de la Pasion.

LA blanca aurora con su rojo paso
 En nubes escondida caminaba,
 Y los celajes del oriente raso
 De oro confuso, y turbia luz bordaba;
 Y adivina quizá del triste caso
 Oscurecer quisiera, y alumbraba
 No voluntaria, no, mas obediente
 Al que gustó de estar en cruz pendiente.

El rubio sol, temiendo la carrera,
 Escasa daba su hermosa lumbre,
 Y discurría por la cuarta esfera,
 Ya no por intencion, mas por costumbre:
 Y si pintarse con verdad pudiera
 En el bajo hemisferio y alta cumbre
 Oscuridad y luz, y noche y día
 Todo por hacer monstruos lo haría.

El aire sus alegres arreboles,
 De apacible escarlata sonrojados,
 Que parecen vistosos tornasoles
 De diversos matices refocados,
 Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
 Que embestirle quisieran abrazados,
 Melancólico y turbio se hurtara,
 Porque la claridad no le bañara.

Las dulcesavecillas voladoras,
 Que al rayar de la luz cantan risueñas,
 Olvidando las músicas sonoras
 Por su Dios se mostraban zahareñas:
 Mudas las lenguas antes chirriadoras,
 Daban de su dolor bastantes señas;
 Que como naturalmente obedecen
 A Dios, por Dios callando se entristecen.

Los peces, que en el agua trasparente
 A la mañana alborozados juegan,
 Y la plaza del aire refulgente
 De aljofar cubren y de escarcha riegan,
 Y remedando al escuadron valiente
 En varias tropas á encontrarse llegan,
 Dividian los líquidos cristales
 Mustios, por ver á Dios en penas tales.

Las fieras en los bosques detenidas
 Contra lo que sus almas les dictaban,

Las ondas cuevas de horror vestidas,
 Huyendo de la nueva luz, buscaban:
 Y allí presas con rabia enfurecidas,
 A su Criador bramando se quejaban,
 Y si tuvieran para mas licencia
 Vengaran su pasion y su paciencia.

Solo Caifas, mas que las bestias bruto,
 De la aurora no via el paso lento,
 La escasez del sol, del aire el luto,
 Y de las aves el callar atento,
 Del mar turbado el singular tributo,
 De los peces el tardo movimiento,
 Y de las bravas fieras los enojos
 Porque la envidia le cegó los ojos.

HOJEDA, *Cristiada*, lib. V.

La sombra de Layo se aparece á Edipo.

Edi. PUES escucha, y tiembla.—Ya pisaba
 Del panteon el último recinto;
 Y el silencio, el horror, la luz escasa
 De las antorchas fúnebres, el viento
 Que en las inmensas bóvedas zumbaba,
 De terror religioso me cubrian,
 Cual si del triste mundo me alejara.....
 ¿Lo creerás?....Al pasar entre las calles
 De apiñados sepulcros, las estatuas
 De mármol animarse parecian,
 Y que á mi vista súbito indignadas,
 ¡Fuera, profano, fuera! repitiendo
 Confuso el eco ¡fuera! retumbaba....
 Doblé mi audacia;
 Y con inciertos pasos presurosos
 Llegué hasta el fondo de la oscura estancia....
 ¡Nunca llegara, nunca!.... Oculta mano
 Del término anhelado me alejaba;
 Mas yo luchando y reluchando ciego,
 Del buen Layo toqué la tumba helada.....
 ¡Infeliz! con estrépito la losa
 Saltó en pedazos mil; pálidas llamas
 Salieron del sepulcro; y al reflejo,
 Vi la sombra de Layo alzarse airada,
 Extenderse, crecer, tocar las nubes,
 Y en el profundo abismo hundir la planta.....

Envuelto estaba
 En la púrpura real; mas de su pecho
 Mostraba abierta la profunda llaga:
 Y brotando la sangre, parecía
 Que hasta mi misma frente salpicaba.
 Atónito, turbado, confundido,
 Por tierra me postré: la voz me falta
 Para invocar á la tremenda sombra:
 Mas oso alzar la vista y de Yocasta
 Miro á mi lado la confusa imágen;
 Dudo, torno á mirar, voy á abrazarla,
 Y entre los dos lanzándose el espectro,
 Con sus sangrientas manos nos aparta.

Un lúgubre gemido
 Arrojó por tres veces, y otras tantas
 Me miró con ternura; hasta que al cabo
 Pronunció con dolor estas palabras:
*Huye, infeliz, del tálamo y del trono
 Que mancha el crimen.....* Dijo: y con la planta
 Hirió la hueca tumba; y en su seno
 Quedó la inmensa sombra sepultada.

SR. MARTINEZ DE LA ROSA, *Edipo, act. II.*

La primavera.

La primavera
 Nació y el coro de los mansos vientos
 Sopla suave, y abre á sus alientos
 Su seno el campo, y rie la pradera,
 Y en umbrosos frescores
 Brota la selva el sueño y los amores.
 ¿Oís? ¿quién parte con veloz huida
 Ante la nube, que con marcha lenta
 Por la aérea region se va tendiendo?
 Es Fabonio que á Céres la venida
 Anuncia de la plácida, opulenta
 Lluvia sutil. Sus rayos escondiendo
 Eclipsado va el sol; y á veces ama
 El desplegar, la nube traspasando,
 Los que antes encubrió, lejos dorando
 La nevosa altivez de Guadarrama,
 Que los valles nublados
 Alegra con sus iris variados.
 ¡Cuál suspendida por el vago viento

Flota la nube de esperanzas llena
 Que las alondras revolantes miden,
 Clamando, *lluvia*, en incesable acento!
 ¿Cae? Mi frente mojó, y el río suena
 Formando un orbe, y otros, que despiden
 Otros mas ensanchados, que rodean
 Otros que inmensos en la orilla mueren.
 ¡Cuán regalados los oídos hieren
 Los alisos que trémulos menean
 Sus hojas, do jugando
 El agua de una en otra va saltando!

Desciende al gremio de la madre Flora
 Que á sus hijas, de perlas coronando
 Su ya débil prision, hinche de vida.
 ¡O cuántas rosas la primer aurora
 En verde cuna mirará asomando
 Con tímida inocencia la encogida
 Y vergonzosa faz! Venid, aladas
 Hijas del viento, atravesad ligeras
 Las llanuras del mar, que placenteras
 Os llaman ya las sombras sosegadas
 Que Abril embalsamado
 Tiende risueño sobre el verde prado.

CIENFUEGOS.

El medio día.

VELADO el sol en esplendor fulgente
 En las cumbres del cielo,
 Lanza derecho ya su rayo ardiente
 Al acongojado suelo.
 Y al medio día rutilante ordena
 Que su rostro inflamado
 Muestre á la tierra, que á sufrir condena
 Su dominio cansado.
 El viento el ala fatigada encoge
 Y calla silencioso;
 Y el pueblo de las aves se recoge
 Al soto verde, umbroso.
 Cantando ufano en dulce caramillo
 Su zagaleja amada,
 Retrae su ganado al pastorcillo
 A la fresca enramada,
 Do juntos ya zagales y pastores

En regocijo y fiesta
 Pierden alegres las ociosas horas
 De la abrasada siesta :
 Mientras en sudor el cazador bañado ,
 Bajo un roble frondoso ,
 Su perro fiel por centinela á un lado ,
 Se abandona al reposo.
 Todo es calma y silencio. ¡ Oh ! ¡ qué gozosa,
 Sobre la fresca grama
 Tendido , en la pradera deliciosa
 Mi vista se derrama !
 Las pródidas abejas me ensordecen
 Con un susurro blando ,
 Y las tórtolas fieles me enternecen
 Dolientes arrullando.
 Lanza tal vez sus ayes congojosos
 Sensible Filomena ,
 Y con su amor y trinos armoniosos
 El ánimo enajena.
 Serpea entre la yerba el arroyuelo ,
 En cuya linfa pura
 Mezclado resplandece el claro cielo
 Con la grata verdura.
 Del álamo las hojas plateadas
 Mece adormido el viento ;
 Y en las trémulas ondas retratadas
 Siguen su movimiento
 Estos largos collados , estos valles
 Pintados de mil flores ,
 Esta ojosa alameda en cuyas calles
 Quiebra el sol sus ardores ;

 Estas lóbregas grutas..... ¡ ó sagrado
 Retiro delicioso !
 En tí solo mi espíritu aquejado
 Halla paz y reposo
 Tú me das libertad ; tú mil suaves
 Placeres me presentas ,
 Y mi helado entusiasmo encender sabes ;
 Y mi citara alientas.
 Mi alma tranquila y dulce en ver se goza
 Una flor , una planta ,
 El suelto cabritillo que retoza ,
 La avecilla que canta ,
 La lluvia , el sol , el murmurante viento ,

.
 Todo embriaga en plácido contento
 El tierno pecho mio;
 Y con voz balbuciente tu belleza
 Feliz cantar procuro,
 O rica ó liberal naturaleza,
 De cuidados seguro.

MELLENDEZ.

El águila.

CUAL el ave de Jove que saliendo
 Inexperta del nido, en la vacía
 Region desplegar osa
 Las alas voladoras, no sabiendo
 La fuerza que la guía:
 Y ora vaga atrevida, ora medrosa
 Ora mas orgullosa
 Sobre las altas cimas se levanta;
 Tronar siente á sus pies la nube oscura;
 Y el rayo abrasador ya no le espanta,
 Al cielo remontándose segura:
 Entonces el pecho generoso, herido
 De miedo y de alborozo, ufano late;
 Riza su cuello el viento
 Que en cambiantes de luz brilla encendido;
 El ojo audaz combate
 Derecho el claro sol le mira atento;
 Y en su heróico ardimiento
 La vista vuelve á contemplarse para
 La baja tierra; y con acentos graves
 Su triunfo engrandeciendo se declara
 Reina del vago viento y de las aves.

MELLENDEZ, *Oda á las artes.*

DESCRIPCIONES.

Maravillas de la creacion.

ALABA, ó alma, á Dios: Señor, ¿tu alteza
 Qué lengua hay que la cuente?
 Vestido estas de gloria y de belleza,
 Y luz resplandeciente.
 Encima de los cielos desplegados
 Al agua diste asiento;
 Las nubes son tu carro, tus alados
 Caballos son el viento.
 Son fuego abrasador tus mensajeros,
 Y trueno y torbellino:
 La tierra sobre asientos duraderos
 Mantienes de continuo.
 Los mares la cubrian de primero
 Por cima los collados:
 Mas visto de tu voz el trueno fiero,
 Huyeron espantados.
 Y luego los subidos montes crecen,
 Humíllanse los valles.
 Si ya entre sí hinchados se embravecen,
 No pasarán las calles,
 Las calles que les diste, y los linderos,
 Ni anegarán las tierras.
 Descubres minas de agua en los oteros,
 Y corre entre las sierras.
 El gamo, y las salvajes alimañas
 Allí la sed quebrantan.
 Las aves nadadoras allí bañas,
 Y por las ramas cantan.
 Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
 Y das artura al llano:
 Ansi das heno al buey, y mil legumbres
 Para el servicio humano.
 Ansi espigas el trigo, y la vid crece
 Para nuestra alegría.
 La verde oliva así nos resplandece,
 Y el pan da valentía.
 De allí se viste el bosque, y la arboleda;
 Y el cedro soberano,
 A donde anida la ave, á donde enreda

Su cámara el milano.
 Los riscos á los corzos dan guarida,
 Al conejo la peña;
 Por tí nos mira el sol, y su lucida
 Hermana nos enseña
 Los tienpos. Tú nos das la noche oscura,
 En que salen las fieras:
 El tigre, que racion con hambre dura
 Te pide, y voces fieras.
 Despiertas el aurora, y de consuno
 Se van á sus moradas.
 Da el hombre á su labor sin miedo alguno
 Las horas situadas.
 ¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
 De tu sabiduría!
 ¿Pues quién dirá el gran mar, sus anchos senos,
 Y cuantos peces cria?
 ¿Las naves que en él corren, la espantable
 Ballena que le azota?
 Sustento esperan todos saludable
 De tí que el bien no agota.
 Tomamos, si tú das, tu larga mano
 Nos deja satisfechos.
 Si huyes, desfallece el ser liviano,
 Quedamos polvo hechos.
 Mas tornará tu soplo y renovado
 Repararás el mundo,
 Será sin fin tu gloria, y tú alabado
 De todos sin segundo.
 Tú que los montes ardes, si los tocas,
 Y al suelo das temblores,
 Cien vidas que tuviera, y cien mil bocas
 Dedico á tus loores.
 Mi voz te agradará, y á mi este oficio
 Será mi gran contento:
 No se verá en la tierra maleficio,
 Ni tirano sangriento.
 Sepultará el olvido su memoria...
 Tu alma á Dios da gloria.

F. L. DE LEON, *Nomb. de Cristo.*

La tempestad.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la region azul?

¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del Zenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?

¿Con qué secreto impulso por el espacio van?

¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?

¡Cuál rapidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resvalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;

Ya reinan solamente por los espacios ellas;
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detras,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles mónstruos aligero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravia
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va,

Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia, y sus cimientos, por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con imponente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará sus nubes entre su gloria y él.

Y acaso algunas de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sináí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios.

Acaso será alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡ Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí.»

Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: «Tu Dios se acerca á ti.»

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;

El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el eter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detras de esos nublados que vogan en tropel;

Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente son,

Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante ti parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el aire va á romper?

Tus ojos son el dia: tu soplo la existencia:
Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡ Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;

Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles; prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor,

Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al harpa del poeta,
Si á mí, señor, bajara tu espíritu inmortal,

Mi corazon henchido del fuego del profeta

Cantará, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorgoros del ruiseñor gentil.

Mas grave y majestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el eter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparicion no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

SR. ZORRILLA, *Cantos del Trovador.*

Templo de la Fama.

ENTRE la tierra, el cielo, el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado
Que aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se la han dado.
Pues á solo él y su muralla fuerte,
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertas sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Ajenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña suene,
Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcázar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela:
Favores pregonando y disfavores,
Que allí el parlero tiempo le revela
De ojos vestida, de alas y de lenguas,

De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus claraboyas por la cumbre
De la enarcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El aire baña y da hermosura al suelo:
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas,
Sin guardadoras llaves ni candados,
A todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre,
Al deseo de saber crece la hambre.

A estos sin que el reciente rastro borre
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que en sus patios corre
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mudados en otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.

El firme umbral de sonoro bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime;
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence, y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida,
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida;
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sugeto,
Que á todo hace y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heróico de mi corta pluma,
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma

Y en lo alto ya de la voluble rueda,
 El tiempo ni la halle ni consume,
 Mas con su altiva voz tan hueca suene,
 Que el mundo espante y sus regiones llene.

BALBUENA, *El Bernardo*, cant. III.

El Rio Genil.

NEPTUNO fue mi abuelo, y de una fuente
 Que es de una sierra de cristales vena,
 Soy Dios, y con mis ondas fuera Tetis,
 Si no atajara mi camino el Betis.

Vestida está mi margen de espadaña,
 Y de viciosos apios y mastranto,
 Y el agua clara, como el ambar, baña
 Troncos de mirtos y de láuro santo:
 No hay en mi margen silbadora caña,
 Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
 De donde llevan flores en las faldas,
 Para hacer las Henides guirnaldas.

Hay blancos lirios, verdes miraveles,
 Y azules guarnecidos alelís;
 Y allí las clavellinas y claveles
 Parecen sementera de rubíes:
 Hay ricas alcatifas, y alquiceles,
 Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
 Y derraman las auras con su aliento
 Ambares, y azahares por el viento.

Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
 Estoy de frescos palios cobijado,
 Y entre nácares crespos de redondas
 Perlas mi margen veo estar honrado:
 El sol no tibia mis ceruleas hondas,
 Ni las enturbia el balador ganado;
 Ni á las Napeas, que en mi orilla cantan
 Los pintados lagartos las espantan.

Allí del olmo abrazan ramo y cepa
 Con pámpanos arpados los sarmientos,
 Falta lugar por donde el rayo quepa
 Del sol, y soplan los delgados vientos:
 Por flexibles tarayes sube y trepa
 La inexplicable yedra, y los contentos
 Ruiseñores trinando, allí no hay selva,
 Que en mi alabanza á responder no vuelva.

ESPINOSA, *Fábula del Genil*.

Descripcion del Paular.

RODEADO de frondosos y altos montes
Se extiende un valle que de mil delicias
Con sabia mano ornó naturaleza.

Pártele en dos mitades, despeñado
De las vecinas rocas, el Lozoya,

Por su pesca famoso y dulces aguas.

Del claro rio sobre el verde márgen,

Crecen frondosos álamos, que al cielo

Ya erguidos alzan las plateadas copas,

O ya sobre las aguas encorvados,

En mil figuras miran con asombro,

Su forma en los cristales retratada.

De la siniestra orilla un bosque ombrío,

Hasta la falda del vecino monte

Se extiende, tan ameno y delicioso

Que le hubiera juzgado el gentilismo

Morada de algun Dios, ó á los misterios

De las silvanas Driades guardado.

Aquí encamino mis inciertos pasos,

Y en su recinto ombrío y silencioso,

Mansion la mas conforme para un triste,

Entro á pensar en mi cruel destino.

La grata soledad, la dulce sombra,

El aire blando y el silencio mudo,

Mi desventura y mi dolor adulan.

No alcanza aquí del padre de las luces

El rayo acechador, ni sus reflejos,

Viene á cubrir de confusion el rostro

De un infeliz, en su dolor sumido.

El canto de las aves no interrumpe

Aquí tampoco la quietud de un triste;

Pues solo de la viuda tortolilla

Se oye tal vez el lastimero arrullo,

Tal vez el melancólico trinado

De la angustiada y dulce Filomena.

Con blando impulso el céfiro suave,

Las copas de los árboles moviendo,

Recrea el alma con el manso ruido:

Mientras al dulce soplo desprendidas

Las agotadas hojas, revolando,

Bajan en lentos círculos al suelo:

Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa,

Que al árbol adornara en primavera
Yace marchita y muestra los rigores
Del abrasado estio y seco otoño.

JOVELLANOS.

El hambre.

MAS todo en vano fue: bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia,
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía:
Busca en la madre cariñoso alhago
El tierno infante que en su amor confía,
Seco el pecho encontrando; ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte
Quien con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion: triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cual mordiendo en sí mismo en ánsia espira
Tal, elevados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrugiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

Pálido y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano;
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y ló devora, en donde
Avaro cree que á los demas se esconde.

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:

Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cual como grato pasto los devora.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun día:
Ora las aves de rapiña ahuyenta
Avido el moribundo en su agonía
Disputando el festín, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

Cual al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, arroja
La corba garra en sangre, aleteando
Va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre deborante
Ahonda el pico con mayor porfía,
Mas el hombre le aprieta á cada instante;
El ave mas profundizar ansía,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

ESPRONCEDA.

Vida de un Cazador.

D. Garcia.

¿Qué decis?

Mas precio entre aquellos cer-
Salir á la primer luz, (ros
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa
Seguir las por la dehesa,
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;

Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con pies rojos
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz, que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Sin disgusto de su boca:

<p>Levantarlas, ver por donde Entró entre la pluma el plomo. Volverme á mi casa, como Suele de la guerra el Conde A Toledo, vencedor; Pelarlas dentro en mi casa, Perdigarlas en la brasa, Y puestas al asador, Con seis dedos de un pernil, Que á cuatro vueltas, ó tres, Pastilla de lumbre es Y canela del Brasil; Y entregárselo á Teresa, Que con vinagre, su aceite, Y pimienta, sin afeite Las pone en mi limpia mesa, Donde en servicio de Dios, Una yo y otra mi esposa Nos comemos; que no hay cosa Como á dos perdices, dos:</p>	<p>Y levantando una presa Dársela á Teresa, mas Porque tenga envidia Brás, Que por dársela á Teresa; Y arrojar á mis sabuesos El esqueleto roido, Y oír por tono el crujido De los dientes y los huesos, Y en el cristal trasparente Brindar, y con mano franca, Hacer la razon mi Blanca, Con el cristal de una fuente; Levantar la mesa, dando Gracias á quien nos envia El sustento cada día, Varias cosas platicando; Que aquesto es el Castañar, Que en mas estimo, señor, Que cuanta hacienda y honor Los reyes me pueden dar.</p>
---	--

ROJAS, *Del rey abajo ninguno*, Act. I, Esc. X.

Antigua fiesta de toros en Madrid.

<p>MADRID, castillo famoso Que al rey moro alivia el miedo, Arde en fiestas en su coso Por ser el natal dichoso De Alimenon de Toledo. El ancho circo se llena De multitud clamorosa Que atiende á ver en su arena La sanguienta lid dudosa Y todo en torno resuena. Añafles y atabales Con militar armonía Hicieron salva y señales De mostrar su valentía Los moros mas principales. No en las vegas de Jarama Pacieron la verde grama Nunca animales tan fieros Junta el puente que se llama</p>	<p>Por sus peces de Viveros, Como los que el vulgo vió Ser lidiados aquel día: Y en la fiesta que gozó La popular alegría Muchas heridas costó. Salió el toro del toril Y á Tarfe tiró por tierra Y luego á Benalguacil: Despues con Hamate cierra El temeron de Conil. Traia un ancho liston Con uno y otro matiz, Hecho un lazo por airon Sobre la enhiesta cerviz Clavado con un harpon. Todo galan pretendia Ofrecerle vencedor A la dama que servia; Por eso perdió Almanzor</p>
---	---

El potro que mas queria.

El alcaide, muy zambbrero,
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero
Y desde un caballo overo
El moro de Orche cayó.

Todos miran á Aliatar;
Que aunque trestorsha muer-
No se quiere aventurar, (to
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas, viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pia;

Otra monta acelerado
La embiste el toro de un vuelo
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrára,
El circo desocupando
Y emplazándose se para
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir,
La plebe grita indignada:
Las damas se quieren ir
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo,
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla y dijo:

Sobre un caballo alazano
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear un toro
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar,
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar
Porque en tan solemne fiesta

Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo y él solamente
Ni se precia ni se estima.....

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid;
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara y él
Torciendo las riendas de oro
Marcha al combate cruel;
Alza el galope y al toro
Busca el sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar
De tanta gala asombrado,
Y alrededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le envistió:
Detras de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete
De espuma y sudor bañada
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:

El suelo huele y le moja
Con ardiente resoplido:

La cola inquieta menea,
La oreja diestra mosquea,
Vase retirando atras,
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ay! que le embiste horren-
El animal espantoso! (do.

Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja estrago haciendo;

Ni llama así fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible lijereza;

Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó,
Fue tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundia.

A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En la lanza le clavó

Y á los balcones llegaba;

Y alzándose en los estribos
Le alarga á Zaida diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,

Mi corto don admitiendo,

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.

MORATIN (D. NICOLÁS).

DEFINICIONES.

La nada de la vida.

Y dijo prosiguiendo: El hombre es nada
Muy hijo de mujer, muy corto en vida,
Muy lleno de miseria amontonada.

Es flor que apenas nace y ya es cogida,
Es sombra que camina; y se apresura
En manera ninguna detenida.

¿Y pones en el mientes de tu altura,
Y tienes por no indigno de tu alteza
Trabar pendencia con tan baja hechura?

¿Quién del cielo sacó jamas limpieza?
¿Quién puro y reluciente de enconado?
Ninguno á quien firmó naturaleza.

Pues si el vivir del hombre es limitado,
Si término sus dias tienen cierto
Con fuero por ninguno traspasado;

No apesgues mas sobre él, que cedo es muerto:
Afloja que él se acaba, y deseoso
Anhela al fin, cual nave anhela al puerto.

El árbol es cortado, es poderoso
A renovarse en ramas y en verdura,
Mas firme que primero, y mas hermoso.

Y si plantado acaso en tierra dura
Se seca su raiz y se envejece,
Si el tronco muere falto de frescura;
En regándole al punto reverdece
Al olor de la vena derivada,
Cual fértil planta en tallo y hojas crece.

Mas del varon la vida si es cortada,
Cortada quedará, si muere, muere,
Ni vuelve, ni de sí deja pisada.

.....
Y corriendo ansi el hombre á cierta muerte,
En ese poco que en la vida espira,
En la carne padece dolor fuerte,
En el alma amargor, tristeza é ira.

FRAY LUIS DE LEON.

El Pensamiento.

PENSAMIENTO.

Yo de solos atributos
 Que mi ser inmortal pide,
 Soy una luz que divide
 A los hombres de los brutos.
 Soy el primero crisol
 En que toca la fortuna,
 Mas mudable que la luna,
 Y mas ligero que el sol.
 No tengo fijo lugar
 Donde morir y nacer,
 Y ando siempre sin saber
 Dónde tengo de parar.
 La adversa suerte ó altiva
 Siempre á su lado me vé,
 No hay hombre en que no esté
 Ni muger en que no viva.
 Soy en el rey el desvelo
 De su reino y de su estado:
 Soy en el que es su privado

La vigilancia y el celo;
 Soy en el rico justicia,
 La culpa en el delincuente,
 Virtud en el pretendiente,
 Y en el pródigo malicia;
 En la dama la hermosura,
 En el galán el favor,
 En el soldado valor,
 En el tahur la ventura,
 En el avaro riqueza,
 En el misero agonía,
 En el alegre alegría,
 Y en el triste soy tristeza;
 Y en fin, inquieto y violento
 Por donde quiera que voy
 Soy todo y nada, pues soy
 El humano pensamiento.
 Mirad si bien me describe
 Variedad tan singular,
 Pues quien vive sin pensar
 No puede decir que vive.

CALDERON, *Auto.*—*La cena de Baltasar.*

La vida militar.

ESE ejército que ves,
 Vago al hielo y al calor,
 La república mejor,
 Y mas política es
 Del mundo, á que nadie espere
 Que ser preferido pueda,
 Por la nobleza que hereda,
 Sino por la que él adquiere:
 Porque aquí á la sangre excede
 El lugar que uno se hace,
 Y sin mirar cómo nace,
 Se mira cómo procede;
 Aquí la necesidad
 No es infamia: y si es honrado,
 Pobre y desnudo un soldado,
 Tiene mayor calidad,

Que el mas galán y lucido;
 Porque aquí, á lo que sospecho
 No adorna el vestido al pecho,
 Que el pecho adorna al vestido,
 Y así de modestia llenos,
 A los mas viejos verás,
 Tratando de serlo mas,
 Y de parecerlo menos:
 Aquí la mas principal
 Hazaña, es obedecer,
 Y el modo como ha de ser,
 Es ni pedir, ni reusar:
 Aquí en fin la cortesía,
 El buen trato, la verdad,
 La fineza, la lealtad,
 El honor, la bizarría,

<p>El crédito , la opinion , La constancia, la paciencia , La humildad y la obediencia , Fama , honor y vida , son</p>	<p>Caudal de pobres soldados , Que en buena ó mala fortuna , La Milicia no es mas que una Religion de hombres honrados.</p>
---	--

CALDERON.

Amor y agradecimiento.

DIANA.

¡QUÉ bien dice! Amor es niño
 Y no hay agradecimiento ,
 Que al primer paso, aunque len
 No tropieze en su cariño. (to
 Agradecer, es pagar
 Con un decente favor ,
 Luego quien paga el amor
 Ya estima el verse adorar.
 Pues si estima agradecida
 Ser amada una muger ,
 ¿Qué falta para querer ,
 A quien quiere ser querida?

CINTIA.

El agradecer , Diana ,
 Es deuda noble y cortes :
 La que agradecida es ,
 No se infiere que es liviana.
 Que agradece la razon
 Siempre en nosotras se infiere ,
 La voluntad es quien quiere ,
 Distintas las cosas son :
 Luego si hay diversidad
 En la causa y el intento
 Bien puede el entendimiento
 Obrar sin la voluntad.

MORETO, *El desden con el desden*, Acto I.

La perfecta Hermosura.

HERMOSURA perfecta no consiste
 En dar diversas formas al cabello ,
 Perlas á las orejas , y oro al cuello ,
 Ni en la ropa costosa que se viste.

Con traje rico ó pobre , alegre ó triste ,
 Es uno mismo siempre un rostro bello :
 Que en oro ó plomo siempre deja el sello
 La forma que grabada en él asiste.

Mas esto pocas veces lo concede
 Naturaleza avara con el mundo
 En el cual siempre es raro lo perfecto.

Yo , por mi mal , lo he visto; y sé que puede
 Con el traje primero y el segundo
 Vuestra hermosura hacer igual efecto.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

CARACTÉRES Y RETRATOS.

Los Araucanos.

GENTE es sin Dios, ni ley, aunque respeta
 A aquel que fue del cielo derribado
 Que como á poderoso y gran profeta
 Es siempre en sus cantares celebrado ;
 Invocan su furor con falsa secta,
 Y á todos sus negocios es llamado,
 Teniendo cuanto dice por seguro
 Del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
 Con él lo comunican en su rito,
 Si no responde bien, dejan de dalla,
 Aunque mas les insista el apetito:
 Caso grave y negocio no se halla
 Do no sea convocado este maldito ;
 Llámanle *Eponamon*, y comunmente
 Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
 Ciencia á que naturalmente se inclinan,
 En señales mirando y en agüeros
 Por las cuales sus cosas determinan:
 Veneran á los necios agoreros
 Que los casos futuros adivinan,
 El agüero acrecienta su osadía ;
 Y les infunde miedo y cobardía.

Algunos de estos son predicadores
 Tenidos en sagrada reverencia,
 Que solo se mantienen de loores,
 Y guardan vida estrecha y abstinencia:
 Estos son los que ponen en errores
 Al liviano comun con su elocuencia,
 Teniendo por tan cierta su locura,
 Como nos la Evangélica escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
 No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados ;
 Mas solo aquel vivir les aprovecha
 De ser por sabios hombres reputados:
 Pero la espada, lanza, el arco, y flecha,
 Tienen por mejor ciencia otros soldados,
 Diciendo que el agüero alegre, ó triste

En la fuerza y el ánimo consiste.

En fin el hado y clima de esta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aquí se encierra,
Son hombres que de súbito se airan,
De condicion feroces, impacientes,
Amigos de domar estrañas gentes.

Son de jestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nerbios bien fornidos:
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores,
De frios mortales, hambres, y calores.

No ha habido rey jamas que sujetase
Esta soberbia jente libertada,
Ni extrangera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada,
Siempre fue esenta, indómita, temida,
De leyes libre, y de cerviz erguida.

ERCILLA, *Araucana*, part. I, canto I.

Bernardo del Carpio.

DEL doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brillo natural llegado el arte,
Era en humano traje angel divino:
Hijo hermoso de Venus y de Marte
En su aire le juzgaras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si como yo te hablara la hermosura.

Niño que el tierno bozo le apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos y de vista brava,
Suave en el mirar, y zahareño:
Temor al verlo y alegría causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,

La cifra hacia del deleite y gusto.
 En un bravo fantástico caballo
 De la color y lustre del armiño,
 Que Genil vió nacer, Betis criallo,
 Y de su juncia aun no perdió el cariño:
 Sin poder con el freno sosegallo,
 Lozano el potro, y el ginete niño,
 Y así trocando manos y visajes
 Heria el jaez, temblaban los plumajes.

De azul, tela de plata y encarnada,
 Rico jubon, colete y calza al uso,
 El boemio en armiños aforrado,
 Que el regalo y la gala juntos puso,
 Con broches de diamantes recamado
 Y perlas en labor y órden confuso,
 Y en el sombrero, en plumas y en airones,
 Engaste de rubís hechos florones.

La calza de obra y ricas entretelas
 Lanzando rayos con vislumbres de oro,
 De puntas de diamantes dos espuelas,
 Y de rubís por ellas un tesoro:
 El blando freno, estribos y charuelas,
 Con pardos nieles de artificio moro,
 La guarnicion de la gallarda espada
 De esmeraldas y perlas amasada.

Varios entalles de oro en cada hebilla,
 Sonando del pretal las guarniciones
 Del verde brocatel la corva silla,
 Y del mismo matiz riendas y acciones;
 Gripado lo embutido de platilla,
 Y en nuevos trebolillos y florones,
 Con asientos de perlas y rubazos,
 Floridos brichos, y escarchados lazos.

Así tal vez entre celajes pardos
 Suele bullendo en luz resplandeciente,
 Con bellas alas de oro y pasos tardos,
 El lucero alegrar al rojo oriente;
 Y entre peñascos de ámbares gallardos
 Dorar las nuevas rosas de su frente,
 Recamando de aljófares y grana
 El tierno dia, el mundo y la mañana.

Tal el doncel llegó, tal en mirallo
 Deleite puso y gusto á los presentes:
 El rey por le hablar paró el caballo,
 Hecho un tejido muro de sus gentes:

Cuando el sabio gentil, que á presentallo
Al casto rey venia, estas prudentes
Palabras sembró al aire, y fue escuchado
Del circunstante pueblo descuidado.

BALBUENA, *el Bernardo*, CANTO I.

Retrato de Cortés.

CORTÉS, el gran Cortés... ¡divina Clio,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitán triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su ejército delante!
¡O qué valor que ostenta y que nobleza!
¡O cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría,
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Hebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente
Con plumages y airon empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente:
Música forma guarnecidas de oro
Templadas piezas al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelven las vislumbres duplicadas:
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturón, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero
Parece de limpisimo diamante:
Esculpió en medio por blason guerrero

Entre las uñas de un leon rapante
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz acometida
Hace corriendo que al impulso
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultraje
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipaje:
De ormesi recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendaje,
De bronces entallados la estribera,
Záfiro y balajes la testera.

El soberbio animal la clin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende
Y atónito y ufano se pasea.
En cuanto ó Betis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas hermosea
Tal mónstruo no abortó naturaleza
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

MORATIN, *Naves de Cortés.*

El Cid y su caballo.

SUSPENSO el concurso entero
Entre dudas se embaraza
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube:
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja

Cubre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
De una cristiana primores,
Por los visos y celajes
En el yelmo los plumajes
Vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion,
O á lo menos de venganza.

En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,

Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan
El bruto mas generoso
De mas gallardo ademan,
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alazan:
Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña erguida,
Las narices dilatadas,

Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis contra el fruto,
Pudo fingir el deseo
Mas bella estampa de bruto
Ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta alrededor:
Los ojos que le veian
Lleva prendados de amor:
Alá te salve decian
Dete el profeta favor.

MORATIN (DON NICOLÁS.)

Retrato moral de un cumplido Caballero.

EL hijo de Arias Gonzalo
El mancebito Pedro Arias
Para responder á un reto
Velando estaba unas armas.
Era su padre el padrino,
La madrina Doña Urraca,
Y el obispo de Zamora,
Es el que la misa canta:
El altar tiene compuesto
Y el sacristan perfumaba
A San Jorge y San Roman
Y á Santiago el de España:
Estaban sobre la mesa
Las nuevas y frescas armas,
Dando espejos á los ojos
Y esfuerzo á quien las miraba.
Salió el obispo vestido
Dijo la misa cantada,
Y el arnés pieza por pieza
Bendice y arma á Pedro Arias.
Enlázale el rico yelmo,
Que como el sol relumbraba,
Relevado de mil flores
Cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
Sacó el padrino la espada,
Dándole con ella un golpe
Le dice aquestas palabras:
—Caballero eres mi hijo,
Hidalgo y de noble casta,

Criado en buenos respetos
Desde los pechos del ama:
Hágate Dios tal que seas
Como deseo que salgas,
En los trabajos sufrido,
Esforzado en las batallas,
Espanto de tus contrarios,
Venturoso con la espada,
De tus amigos y gentes
Muro, esfuerzo y esperanza:
No te agrades de traidores
Ni les mires á la cara,
De quien de tí se fiare
No le engañes, que te engañas:
Perdona al vencido triste
Que no puede tomar lanza,
No des lugar que tu brazo
Rompa las medrosas armas;
Mas en tanto que durare
En tu contrario la saña,
No dudes el golpe fiero
Ni perdones la estocada;
A Zamora te encomiendo
Contra Don Diego de Lara,
Que nada siente de honra,
Quien no defiende su causa.—
En el libro de la misa
Le toma jura y palabra;
Pedrarias dice:—Si otorgo
Por aquestas letras santas.—

El padrino le dió paz | Y Doña Urraca le ciñe
 Y el fuerte escudo le embraza | Al lado izquierdo la espada.
 ROMANCERO (Anónimo.)

Belona.

No bien al dulce sueño y al reposo
 Dejado el quebrantado cuerpo habia
 Cuando oyendo un estruendo sonoro
 Que estremecer la tierra parecia:
 Con gesto altivo y término furioso
 Delante una muger se me ponía,
 Que luego ví en su talle y gran persona
 Ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies á la cintura,
 De la cintura á la cabeza armada
 De una escamosa y lucida armadura
 Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
 Blandiendo en la derecha la asta dura,
 De las horribles furias rodeada,
 El rostro airado, la color teñida,
 Toda de fuego bélico encendida.

ERCILLA, *Araucana*, Cant. XVII.

Pintura de Diana.

SONANDO va la aljaba de Corinto
 Con las etolias flechas en el hombro,
 Debajo de los pechos brilla el cinto,
 Donde miran las fieras con asombro
 Del Jabalí de Arcadia la cerdosa
 Testa, y del Ciervo epireo la ganchosa.

La rubia trenza, afrenta de su hermano,
 Prende blanco liston, que acaso pierde,
 Dos broches alzan con donaire ufano
 A un lado, y otro la basquiña verde,
 Las columnas de Paro descubriendo,
 Que el Real coturno calza, y va luciendo.

Enmedio de cien Ninfas sobresale
 Como alta palma entre el centeno blando,
 Pues no hay otra gallarda que la iguale:
 ¿O deidad, cómo estoy de tí cantando?
 ¿O virgen, con cuál verso en este día
 Te podrá celebrar la musa mia?

MORATIN (D. N.)

ODAS.

Preceptos del género.

Dioses, hazañas, inclitos varones

La oda sublime entusiasmada canta:

A el claro son de la armoniosa lira,

Pindaro arrebatado,

La olimpica palestra abrirse mira:

Los carros ve volar, oye el estruendo,

De cien pueblos escucha los clamores,

Y en cánticos de gloria,

Del triunfador ensalza la victoria.....

Menos libre y audaz, pero al par noble,

Si la santa virtud al vate inspira,

Dulces himnos cantando en su alabanza,

Con grave majestad pulsa la lira:

Asi Horacio y Leon cantan süaves

La blanda libertad y paz serena

De la inocente vida,

De ambicion libre y de temor ajena;

Mas si la horrenda paz aborrecida

Le muestra el vicio, y su furor provoca,

Inflámase su mente,

Su voz airada truena,

Y al crimen insolente

A eterno oprobio y confusion condena

¡Con qué diverso tono
De Anacreon la lira
Placeres solo canta,
Tan solo amor respira!
Ya el néctar de Liéo
Celebra en son festivo,
Y sigue nuestra planta
Su canto alegre y vivo;
Ya expresa con dulzura
De amor los falsos bienes,

Su gozo y su ventura,
Sus ansias y desdenes.

Mas rápida y sencilla

La amorosa letrilla

Parece el leve juego

Del niño alado y ciego:

Imita su donaire,

Su planta fugitiva;

Deslizase ligera,

Graciosa nos cautiva.

SR. M. DE LA ROSA.

SAGRADAS.**La presencia de Dios.**

Do quiera que los ojos
 Inquieto torno en cuidadoso anhelo
 Allí, gran Dios, presente
 Atónito mi espíritu te siente.

Allí estás: y llenando
 La inmensa creacion, so el alto empíreo
 Velado en luz te asientas,
 Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.

La humilde yerbecilla
 Que huella, el monte que de eterna nieve
 Cubierto se levanta
 Y esconde en el abismo su honda planta:

El aura que en las hojas
 Con leve pluma susurrante juega.
 Y el sol que en la alta cima
 Del cielo ardiendo el universo anima,

Me claman que en la llama
 Brillas del sol: que sobre el rauda viento
 Con ala voladora
 Cruzas del occidente hasta la aurora.

Y que el monte encumbrado
 Te ofrece un trono en su elevada cima:
 La yerbecilla crece
 Por tu soplo vivífico y florece.

Tu inmensidad lo llena
 Todo, Señor, y mas; del invisible
 Insecto al elefante,
 Del átomo al cometa rutilante.

Tú á la tiniebla oscura
 Das su pardo capuz y el sutil velo
 A la alegre mañana
 Sus huellas matizando de oro y grana.

Y cuando primavera
 Desciende al ancho mundo, afable ries
 Entre sus gayas flores
 Y te aspiro en sus plácidos olores.

Y cuando el inflamado
 Sirio mas arde en congojosos fuegos,
 Tú las llenas de espigas
 Volando mueves y su ardor mitigas.

Si entonce al bosque umbrío

Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
 El frescor regalado,
 Blando alivio á mi espíritu cansado.

Un religioso miedo
 Mi pecho turba y una voz me grita;
 En este misterioso
 Silencio mora, adórale humildoso.

Pero á par en las ondas
 Te hallo del hondo mar: los vientos llamas
 Y á tu saña lo entregas
 O si te place en furor sosiegas.

Por do quiera, infinito
 Te encuentro, y siento en el florido prado,
 Y en luciente velo
 Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.

Que del átomo eres
 El Dios y el Dios del sol, del gusanillo
 Que en vil lodo mora
 Y el ángel puro que su lumbre adora.

Igual sus himnos oyes
 Y oyes su humilde voz, de la cordera,
 El plácido balido,
 Y del leon el hórrido crugido.

Y á todos dadivoso
 Acorres, Dios inmenso, en todas partes
 Y por siempre presente,
 ¡Ay oye á un hijo en su rogar ferviente!

Oyelo blando y mira
 Mi deleznable ser: dignos mis pasos
 De tu presencia sean,
 Y do quier tu deidad mis ojos vean.

Hinche el corazon
 De un ardor celestial, que á cuanto existe
 Como tú se derrame,
 Y, ó Dios de amor, en tu Universo te ame.

Todos tus hijos somos:
 El tártaro, el lapon, el indio rudo,
 El tostado africano
 Es un hombre, es tu imágen, es tu hermano.

MELLENDEZ VALDES.

La Providencia.

De la miseria en el profundo seno
El infeliz decia:

«No hay Dios: en vano su esplendor sereno
El padre de la luz al orbe envia.

»En vano sometida á ley constante
Gira la inmensa esfera,
Y en curso igual el Orion radiante
Sobre el mar del ocaso reverbera.

»¿Qué es el lazo eternal, con que natura
Los seres encadena,
Si un Dios injusto su mejor hechura
A delinquir y á padecer condena?

»Yo ví, yo ví á las nubes sublimado
Y triunfante al impio:
Y de placer y gloria circundado
Por la tierra extender su señorío.

Y mientras goza, el inocente gime
En prision oscura;
Y al son de la cadena que le oprime
Llora infeliz su indigna desventura.

»El pan de la afliccion es su alimento
Y el lloro su bebida,
Y ansiando por el último momento
Arrastra el peso de su amarga vida.

»No hay Dios donde hay maldad: la espada impia
Es el Dios del humano:
Su trono, la sañuda tiranía
Y la triste virtud un hombre vano.»

Dijo: y del cielo al muro diamantino
Lanza gemido ardiente;
Y el poder blasfemando del destino,
Cubre entre el polvo vil la faz doliente.

Mas la verdad sus rayos brilladores
Desde el empireo envia;
Y el velo disipó de los errores,
Que la ofuscada mente oscurecia.

Vió entonces derrocarse en el averno
El sòlio del malvado:
Y eterna maldicion y llanto eterno
Exhalar de su pecho atormentado.

Y al justo en las mansiones de la vida
Unido al Dios, que implora,

Bendecir la inocencia perseguida
De las pruebas del hado triunfadora.

Mortal, necio mortal, que un solo instante
Para morir animas,
¿Presumes tú dar leyes al Tonante
Que hace temblar las celestiales cimas?

Deja que á la virtud hermosa y pura
La adversidad persiga,
Y que al malvado la fortuna impura
De rosa y de laurel corone amiga.

Deja al desórden que domine el mundo
Y que grite el cielo «la venganza es mia»

El alma es inmortal: puede una hora
Labrar tu eterna suerte:
Ejerce la virtud..... á Dios adora.....
Y lo demas te enseñará la muerte.

D. ALBERTO LISTA.

La muerte de Jesus.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente
Fulminaste en Sina? y el impio bando
Que eleva contra tí la osada frente
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgotha y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado,
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
Amor mas poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y Leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon del cándido cordero.

¡O victima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte
 O paz, ó gloria del culpado mundo!
 ¿Qué pecho empedernido no se parte
 Al golpe acerbo del dolor profundo
 Viendo que en la delicia
 Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
 De esas sangrientas llagas, amor mio?
 ¿Quien cubrió tus mejillas celestiales
 De horror y palidez? ¿cuál brazo impio
 A tu frente divina
 Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
 Al santo perdonad, muera el malvado.
 Si sois de un justo Dios ministros fieles
 Caiga la dura pena en el culpado:
 Si la impiedad os guía
 Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo
 La víctima de paz que el hombre espera.
 Si del Oriente al escondido polo
 Un mar de sangre criminal corriera
 Ante Dios irritado
 No expiación, fuera pena, del pecado.

Que no cuando del cielo
 Su cólera en diluvios descendia
 Y á la maldad que dominaba el suelo
 Y á las malvadas gentes envolvía
 De la diestra potente
 Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
 De los montes el agua vengadora,
 El sol amortecida la alba lumbre,
 Que el firmamento rápido colora,
 Por la esfera sombría
 Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
 De su semblante descogió el Eterno
 Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado
 Domador de la muerte y del averno
 Tu cólera infinita
 Extingir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama:
 «Padre de amor, por qué me abandonaste?
 Señor, extingue la funesta llama

Que en tu furor al mundo derramaste,
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.»

¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte,
Esgrime, esgrime la fulminea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte
Que la humana maldad deja expiada
Suba al solio sagrado
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ó tierra:
Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere!!... gemid humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

D. ALBERTO LISTA.

Orden del universo.

¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe; y en la rueda,
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido
Veré distinto y junto
Lo que es, y lo que ha sido
Y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadisimo elemento.

Veré las inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada

La providencia tiene aprisionada.
 Por qué tiembla la tierra,
 Por qué las ondas mares se embravecen.
 Dó sale á mover guerra
 El Cierzo, y por qué crecen
 Las aguas del Occéano, y descrecen:
 De dó manan las fuentes;
 Quién ceba y quién bastece de los rios
 Las perpétuas corrientes;
 De los inviernos frios
 Veré las causas, y de los estíos:
 Las soberanas aguas
 Del aire en la region quién las sostiene;
 De los rayos las fraguas;
 Dó los tesoros tiene
 De nieve Dios; y el trueno dónde viene.
 ¿No ves cuando acontece
 Turbarse el aire todo en el verano?
 El dia se ennegrece,
 Sopla el Gallego insano,
 Y sube hasta el cielo el polvo vano.
 Y entre las nubes mueve
 Su carro, Dios, ligero y reluciente,
 Horrible son conmueve,
 Relumbra fuego ardiente,
 Treme la tierra, humillase la gente.
 La lluvia baña el techo,
 Envian largos rios los collados;
 Su trabajo deshecho,
 Los campos anegados
 Miran los labradores espantados.
 Y de allí levantado
 Veré los movimientos celestiales,
 Así el arrebatado
 Como los naturales,
 La causa de los hados, las señales.
 Quién rige las estrellas
 Veré, y quién las enciende con hermosas
 Y eficaces centellas;
 Por qué están las dos osas
 De bañarse en el mar siempre medrosas.
 Veré este fuego eterno,
 Fuente de vida y luz do se mantiene;
 Y por qué en el invierno
 Tan presuroso viene

Quien en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas
Del gozo y del contento
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

F. LUIS DE LEON.

A la Ascension.

¿Y dejas, pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados
Y los agora tristes y aflijidos
A tus pechos criados,
De ti desposeidos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea en ojos?
Quien oyó tu dulzura
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
Aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado
Estando tú encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

FRAY LUIS DE LEON.

HEROICAS O PINDARICAS.**Profecía del Tajo.**

FOLGABA el rey Rodrigo
 Con la hermosa Caba en la ribera
 Del Tajo sin testigo.

El rio sacó fuera
 El pecho y le habló de esta manera:

En mal punto te goces
 Injusto forzador que ya el sonido
 Oigo ya, y las voces,
 Las armas y el bramido
 De Marte y de furor y ardor ceñido.

¡Ay! esa tu alegría
 Qué llantos acarrea, y esa hermosa
 (Que vió el Sol en mal dia)
 A España ¡ay! cuán llorosa
 Y al cetro de los godos cuán costosa.

Llamas, dolores, guerras,
 Muertes, asolamientos, fieros males
 Entre tus brazos cierras
 Trabajos inmortales
 A tí y á tus vasallos naturales.

A los que en Constantina
 Rompen el fértil suelo, á los que baña
 El Ebro, á la vecina
 Sansueña, á Lusitania,
 A toda la espaciosa y triste España.

Ya desde Cádiz llama
 El injuriado conde á la venganza
 Atento y no á la fama,
 La bárbara pujanza
 En quien para tu daño no hay tardanza,

Oye que al cielo toca
 Con temeroso son la trompa fiera,
 Que en Africa convoca
 El moro á la bandera
 Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande
 El árabe cruel, y hiere el viento
 Llamando á la pelea:
 Innumerables cuento
 De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
 Debajo de las velas desaparece
 La mar, la voz al cielo
 Confusa y varia crece,
 El polvo roba al dia y le oscurece.

¡Ay! que ya presurosos
 Suben las largas naves: ¡ay! que tienden
 Los brazos vigorosos
 A los remos y encienden
 Las mares espumosas por do hienden.

El Eolo derecho
 Hinche la vela en popa, y larga entrada
 Por el hercúleo estrecho
 Con la punta acerada
 El gran padre Neptuno da á la Armada.

¡Ay! triste ¿y aun te tiene
 El mal dulce regazo? ¿ni llamado
 Al mal que sobreviene
 No acörres? ocupado
 No ves ya el puerto á Hércules sagrado,

Acude, acorre, vuela,
 Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
 No perdones la espuela
 No des paz á la mano,
 Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay! cuánto de fatiga
 ¡Ay! cuánto de sudor está presente.

Al que viste loriga
 Al infante valiente,
 A hombres y á caballos juntamente.

Y tú, Betis divino,
 De sangre ajena y tuya amancillado,
 Darás al mar vecino

¡Cuánto yelmo quebrado!
 ¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
 Cinco luces las haces desordena
 Igual á cada parte;
 La sexta ¡ay! te condena,
 Oh cara patria, á bárbara cadena.

F. I. de Leon

A Guzman el Bueno.

YA con lira sonora
 Himnos di á la beldad hija del cielo,
 Y á amor canté que sin cesar la adora;
 Mas ¿cómo al fin mi generoso anhelo
 Podrá exaltarse de la hermosa fama
 Hasta el templo inmortal? Ella me llama,
 Y ya en mi pecho hierva
 El canto de loor, sin que mis ojos
 En esta sirte miserable vean
 El grande objeto que ensabiar desean.
 ¿Cantara yo las haces españolas
 En Pirene temblando al eco horrendo
 Con que Mavorte en rededor rugia?
 ¿O á las naves británicas huyendo
 Nuestra misera escuadra entre las olas,
 Amedrentadas ya con su osadía?
 No, España, patria mia;
 No son eternas, no, las torpes huellas
 Que de tu noble frente
 Empañan el honor: tú en otros dias,
 Con victorioso patriotismo bellos,
 De gloria ornada y esplendor te vias.
 ¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?
 Entonces los Alfonsos esforzados,
 El hijo de Jimena y gran Rodrigo,
 Rayos horribles de la gente mora,
 Con sus nervudos brazos no cansados
 Desolacion del bárbaro enemigo
 Eran siempre en la lid espantadora.
 ¿Quién diera á mi deseo
 Tantos lauros contar? Cada llanura
 Fue campo de batalla,
 Cada colina vencedor trofeo;
 Los sitios mismos que el baldon miraron,
 Miraron la venganza y las afrentas
 En torrentes de sangre se lavaron.
 «Venid, venid, el árabe decia,
 Volad, hijos de Agar; ya los esclavos
 El yugo intentan sacudir que un dia
 En su arrollado cuello
 Vuestro valor indómito cargara.
 ¿Lo sufrireis? Las naves aprestemos,

Y el ancho valladar con que el destino
 La Europa y Libia dividió salvemos.
 Venid, venid; que nuestra fiera saña
 Estremecida España
 Sienta otra vez; acometed, y abiertas
 De Calpe y de Tarifa os son las puertas.»

Mas no las puertas de Tarifa entonces
 Al pérfido Julian obedecian;
 El valor y el honor las defendian
 El honor y el valor que siempre fueron
 Escudo impenetrable el mas seguro.
 ¿Qué sin ellos valer el alto muro
 Ni el grueso torreón jamas pudieron?
 El hombre es solo quien guarnece al hombre.

¡Oh pueblo numantino!
 ¡Oh sagrada ciudad de alto renombre!
 ¿Quién si no tu constancia te ceñia
 Cuando las olas del poder romano
 Sobre tí vanamente se estrellaban,
 Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzman impertérrito defiende
 La fortaleza en donde
 Quebrada el moro su pujanza via;
 Que ataca en vano, y de furor se enciende,
 Y truena, al fin, con la espantable saña
 De nube que se rompe
 Con estruendo fragoso en la montaña.

«¿Así será que la esperanza mia
 Un hombre solo á contrastar se atreva?
 Oye, Guzman: las leyes del destino
 Esta prenda infeliz de tus amores
 A mí venganza dieron:
 Hijo es tuyo, ¿le ves? si en el momento
 Ante mis pies no allanas
 La firme valla del soberbio fuerte,
 Tú que le diste el ser, tú le das muerte.»

Así la iniquidad habla á la tierra,
 Cuando, de orgullo y de poder henchida,
 Mueve á los hombres espantosa guerra.
 ¡Oh! ¡no tembleis! Magnánima á su encuentro
 La virtud generosa se levanta,
 Y sus soberbios impetus quebranta.
 Ella elevó á Guzman; de ella inspirado,
 «Conóceme, tirano, respondia;
 Y si es que espada en tu cobarde mano

Falta á la atrocidad, ahí va la mia;
 Que yo consagro mi inocente hijo
 Sobre las aras de mi patria amada.
 Esto sereno dijo,
 Y arroja al campo la fulmínea espada.
 Y estremécese el campo y da un gemido
 Al vacilar la víctima, do esconde
 Su punta aguda el inclemente acero,
 Calpe con gritos de dolor responde
 Al grito universal, y del guerrero
 Tambien la faz valiente
 Brotando riega involuntario el llanto.
 ¡Ah! Tú padre de España eras primero;
 Mira cuál ella la segura frente
 Alza y su númen tutelar te aclama;
 Mira á tu gloria despertar la fama,
 Que, sus doradas alas desplegando
 Y sonando la trompa refulgente,
 Los grandes ecos de tu nombre envia
 Del norte al mediodia
 Del templo de la aurora al occidente.
 Y esta soberbia aclamacion oyendo,
 De horror y espanto el berberisco herido,
 Huye al mar confundido,
 Entre sollozos trémulos diciendo:
 «Huyamos ¡ay! á nuestra ardiente arena.
 ¿Cómo arrancar la tímida paloma
 Podrá su presa al águila valiente
 Del aire vago en la region serena?
 Quiébrase el cetro á la africana gente,
 Su trono se hunde, y la cruel venganza
 Del godo vencedor, estrago y ruina
 Contra el seno del Africa fulmina.»
 Así temblando el musulman huia
 Del español guerrero,
 Que sobre él centellando revolvia.
 Bien como cuando su valor primero,
 Sorprendido, el leon pierde, y se amansa,
 Y en sí el oprobio de servir consiente.
 ¿Cómo á tan vergonzoso vituperio
 La generosa frente
 Pudo ya doblegar? ¿Dó fue el espanto
 Que dió á la selva atónita su imperio?
 ¿Nació quizá para vivir esclavo?
 No, que llega su vez, y ardiendo en ira,

Rompe, y se libra, y con feroz semblante
 Del vil ultraje á la venganza aspira
 Bañando en sangre las atroces manos;
 Y ruge, y amedrenta á sus tiranos.

D. M. J. QUINTANA.

A la memoria.

Hija del cielo, bella Mnemosina,
 Que de Jove fecunda
 Diste la vida á Clio en la colina
 Que eterna fuente inunda;

Si ya algun dia te adoré en el ara
 Que el pincel sobrehumano
 Del vencedor de Apeles te elevara
 En el jardin Albano;

Báñame ¡ó diosa! en tu esplendor risueño
 Que abraza y no debora,
 Y rico de tu don, mire con ceño
 Cuanto Cresos atesora.

Tú, diosa, de purísimos placeres
 Aurora eres divina:
 Tú en las desgracias y tristezas eres
 Celeste medicina.

Por tí se goza el adalid dichoso
 En su pasada gloria,
 Y bajo sus laureles orgullosos
 Vé durar su victoria.

Por tí el amor sus triunfos eterniza,
 Y en lazo permanente
 Aprisiona el placer que se desliza
 Cual rápido torrente.

Por tí á los campos vuelo de la aurora,
 Y el Indo nacer miro,
 Y á par de la cuadriga voladora
 Por cielo y tierra giro.

Tú, la muerte venciendo y las edades,
 Reengendras las acciones,
 Y nuevo lustre al esplendor añades
 De gloriosos varones.

Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
 Del saber clara fuente,
 Y sus altas pirámides retratas
 A mi atónita mente.

Allá tu gloria, Salamina, veo ;
 Tu campo allá se ufana ,
 ¡ O Maraton ! con el feliz trofeo
 De la fuerza persiana.

Ya escucho al vencedor de Trasimena ,
 Y á tí por quien Cartago
 Vió trasladar á la africana arena
 De Canas el estrago.

Ilustres héroes, de mi patria gloria,
 Aun hablais ; y al oiros
 Del pecho lanza vuestra fiel memoria
 Tristisimos suspiros.

Haz que mi nombre al número glorioso
 Eternamente unido :
 En ecos de la fama victorioso
 Burle el innoble olvido :

Y brille ¡ ó diosa ! en tu marmóreo templo
 Donde mi Elisio brilla ;
 Elisio á todos celestial ejemplo
 De virtud sin mancilla.

¡ Ah ! yo , si bien en su ribera ardiente
 El Niger me tuviera ,
 Sonar tu nombre , Elisio , eternamente
 Sobre mi lira hiciera. ARJONA.

Sáfica á Poncio.

¡ DEJAS , oh Poncio ! la ociosa Mántua
 Y de sus musas separado corres
 A do las torres de Cipion descuellan
 Sobre las ondas.

Sobre las ondas que la grande armada
 Mecen humildes del Monarca hispano ,
 A cuya mano tímido Neptuno
 Cedió el tridente.

¡ Oh cuánta noble juventud te espera !
 ¡ Oh cómo hierve , y animosa esplaya
 Sobre la playa su valor , de triunfos
 Impaciente !

Sube las altas naos presurosa ,
 Y por el ancho piélago cruzando ,
 Irá bramando cual leon , que hambriento
 Busca su presa.

Tiembla á su vista pálida , y se esconde

Despavorida la feroz quimera,
Que la bandera tricolor impía
Sigue proterva.

Caerá rendida, y con horrible estruendo
En el profundo báratro lanzada,
Será herrojada por las negras furias
De sus cavernas.

Y allí sus dogmas y cruentos ritos,
Y allí sus leyes y moral nefanda,
Y allí su infanda deleznable gloria
Serán sumidos.

Allí de donde por desdicha fueran
De la llorosa humanidad salidos,
Serán hundidos con espanto, y dados
A olvido eterno.

¡Guay de ti, triste nacion, que el velo
De la inocencia y de la verdad rasgaste
Cuando violaste los sagrados fueros
De la justicia!

¡Guay de ti, loca nacion, que al cielo
Con tan horrendo escándalo aflijiste
Cuando tendiste la sangrienta mano
Contra el ungido.

Firmó su santa cólera el decreto,
Que la venganza confió á la España,
Y ya su saña, corre al golfo armada
Del rayo y trueno.

Lidiará Poncio, do la roja insignia
Se diere al viento, por la empresa santa;
Do la almiranta desparciere en torno
Ruina y espanto.

Lidiará empero de Minerva al lado;
Que ella su brazo y asistencia pide,
Y ella su ejide tenderá piadosa
Para cubrirle.

Cúbrele; ¡oh Diva! la naval corona
Ciñe á su frente, y tu graciosa oliva
Envia ¡oh Diva! por la amiga mano
Del claro Poncio.

Guárdale ¡oh Diva! para culto y gloria
De tus altares y delicia mia;
Guárdale pia, y á mis tiernos brazos
Vuélvele salvo.

JOVELLANOS.

MORALES.**Vida del campo.**

¡Qué descansada vida
 La del que huye el mundanal ruido,
 Y sigue la escondida
 Senda, por donde han ido
 Los pocos sabios, que en el mundo han sido!
 Que no le enturbia el pecho
 De los soberbios grandes el estado,
 Ni del dorado techo
 Se admira, fabricado
 Del sabio moro, en jaspes sustentado.
 No cura si la fama
 Canta con voz su nombre pregonera;
 Ni cura si se encarama
 La lengua lisonjera
 Lo que condena la verdad sincera.
 ¡Qué presta á mi contento,
 Si soy del vano dedo señalado,
 Si en busca de este viento
 Ando desalentado
 Con ansias vivas, con mortal cuidado?
 ¡O monte! ¡ó fuente! ¡ó rio!
 ¡O secreto seguro, deleitoso!
 Roto casi el navio,
 A vuestro almo reposo
 Huyo de aqúeste mar tempestuoso.
 Un no rompido sueño,
 Un dia puro, alegre, libre quiero;
 No quiero ver el ceño
 Vanamente severo
 De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
 Despiértenme las aves
 Con su cantar sabroso no aprendido:
 No los cuidados graves
 De que es siempre seguido
 El que al ajeno arbitrio está atenido.
 Vivir quiero conmigo:
 Gozar quiero del bien, que debo al cielo,
 A solas, sin testigo,
 Libre de amor, de celo,
 De odio, de esperanzas, de recelo.
 Del monte en la ladera

Por mi mano plantado tengo un huerto,
 Que con la primavera
 De bella flor cubierto
 Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
 Por ver acrecentar su hermosura
 Desde la cumbre airosa
 Una fontana pura
 Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
 El paso entre los árboles torciendo,
 El suelo de pasada
 De verdura vistiendo
 Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
 Y ofrece mil olores al sentido,
 Los árboles menea
 Con un manso ruido,
 Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
 Los que de un falso leño se confían:
 No es mio ver el lloro
 De los que desconfían,
 Cuando el Cierzo y el Abrego porfían.

La combatida antena
 Cruge, y en ciega noche y claro día
 Se torna: al cielo suena
 Confusa vocería
 Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla
 Mesa de amable paz bien abastada
 Me basta; y la vajilla,
 De fino oro labrada,
 Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
 Mente se están los otros abrasando
 Con sed insaciable
 Del peligroso mando,
 Tendido yo á la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
 De yedra y lauro eterno coronado,
 Puesto el atento oído
 Al son dulce acordado
 Del plectro sabiamente meneado.

F. L. DE LEON.

Un juez Avaro.

AUNQUE en ricos montones
 Levantes el cautivo inútil oro;
 Y aunque tus posesiones
 Mejores, con ajeno daño y lloro;
 Y aunque cruel tirano
 Oprimas la verdad; y tu avaricia
 Cerrada en nombre vano
 Convierta en compra y venta la justicia;
 Y aunque engañes los ojos
 Del mundo á quien adoras; no por tanto
 No nacerán abrojos
 Agudos en tu alma, ni el espanto
 No velará en tu lecho;
 Ni huirás la cuita, la agonía
 Del último despecho;
 Ni la esperanza buena en compañía
 Del gozo tus umbrales
 Penetrará jamas, ni la Megera
 Con llamas infernales
 Con serpentino azote la alta fiera
 Y diestra mano armada,
 Saldrá de tu aposento sola un hora;
 ¡Ay! ni tendrás clavada
 La rueda, aunque mas puedas, voladora
 Del tiempo hambriento y crudo.
 Que viene con la muerte conjurado,
 A dejarte desnudo
 Del oro y cuanto tienes mas amado;
 Y quedarás sumido
 En males no finibles, y en olvido.

EL MISMO.

A Tirsis.

¡TIRSIIS! ¡ah Tirsis! vuelve y endereza
 Tu navecilla contrastada y frágil
 A la seguridad del puerto; mira
 Que se cierra el cielo.

El frío Bóreas y el ardiente Noto,
 Apoderados de la mar insana
 Anegaron agora en este piélago
 Una dichosa nave.

Clamó la gente misera, y el cielo
 Escondió los clamores y gemidos
 Entre los rayos y espantosos truenos
 De su turbada cara.

¡Ay; que me dice tu animoso pecho
 Que tus atrevimientos mal regidos
 Te ordenan algún caso desastrado
 Al romper de tu Oriente!

¿No ves cuitado que el hinchado Noto
 Trae en sus remolinos polvorosos
 Las imitadas mal seguras alas
 De un atrevido mozo?

¿No ves, que la tormenta rigurosa
 Viene del abrasado monte, donde
 Yace muriendo vivo el temerario
 Encélado y Tifeo?

Conoce desdichado tu fortuna,
 Y preven á tu mal que la desdicha
 Prevenida con tiempo no penetra
 Tanto como la súbita.

¡Ay que te pierdes! vuelve, Tirsis, vuelve:
 Tierra, Tierra, que brama tu navío,
 Hecho prision y cueva sonora
 De los hinchados vientos.

Allá se avenga el mar, allá se avengan
 Los mal regidos súbditos del fiero
 Eolo, con soberbios navegantes,
 Que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
 Dende la playa, que el airado cielo
 Menos se encruelece de continuo,
 Con quien se anima menos.

EL B. F. DE LA TORRE.

La tribulacion.

¿Por qué, por qué me dejas?
 Señor, Dios mio, padre, vuelve y mira:
 ¿De mis ardientes quejas
 Tu bondad se retira?
 ¿Tú cesas, y mi labio á tí suspira?
 De tu nombre en la gloria
 Los miseros fiaron; tú les diste
 Del opresor victoria;
 Sus plegarias oiste,
 Y su esperanza y su salud cumpliste.
 La muerte y sus dolores
 Rompen mi corazon: y en mis oidos
 Suenan ya los clamores
 De los apercebidos
 Mónstruos á devorarme, y sus bramidos.
 A las fauces pegada
 Mi lengua está; y al polvo me ha lanzado
 Del olvido tu airada
 Diestra: en torno he mirado
 Y el mar de la ficcion me ha circundado.
 Mi pecho, como cera,
 Del dolor se liquida y desfallece:
 Cual la llama ligera,
 Muy mas mi angustia crece,
 Y aguija el enemigo, y me estremece.
 Gusano soy, no hombre,
 Oprobio de los hombres y su ira:
 Sin que mi mal le asombre,
 Me mofa quien me mira,
 Y mueve la cabeza, y se retira.
 A voces dicen: venga,
 El Dios venga en que espera neciamente:
 Su brazo le sostenga;
 O en su suelo fulgente
 De gloria ciña su abatida frente.
 Entonce acataremos
 Su misera orfandad y su inocencia:
 En tanto devoremos
 Su pan, y la clemencia
 De ese su Dios sustente su indigencia.
 Mas tú sobre las alas
 De querubines vas: los montes toca

Tu dedo, y los iguales
 Con los valles: tu boca
 Sopló, y en polvo vuela la árdua roca.
 Cual madre compasiva
 En mi debil infancia me has guiado:
 Contra la suerte esquiva
 En hombros me has tomado;
 Y siempre entre tus alas me has guardado.

Solo soy, y tú fuiste
 Mi padre: enfermo te imploré en el lecho,
 Y salud me trajiste.....

¡Ah! ven, cubre mi pecho,
 Que blanco todos de su saña han hecho.

Ven, corre poderoso,
 Confúndelos, Señor; no mas dilates
 El brazo victorioso
 Con que fuertes combates
 Y los cedros altísimos abates.

Corre, corre que crece
 Cual ola de la mar, el dolor mio,
 Y á mis pies se estremece
 El averno sombrío.....

Ven, Señor, llega, que en tu diestra fio.

MELLENDEZ.

ANACREONTICAS.

A Drusila.

En tanto que el cabello
 Resplandeciente y bello
 Luce en tu altiva frente
 De cristal trasparente
 Y en tu blanca mejilla
 La púrpura que brilla;
 La púrpura que al labio
 No quiso hacerle agravio;
 Goza tu abril, Drusila,
 En esta edad tranquila.

Coge, coge tu rosa,
 Muchacha desdeñosa,
 Antes que menos viva
 Vejez te lo prohíba.
 Porque si te rodea
 Y en tí su horror emplea,
 Quizá lo hará de suerte,
 Que llegues á no verte,
 Por no verte tan fea.

VILLEGAS.

La Paloma.

AMADA Palomilla,
 ¿De dónde, dí, ó á dónde
 Vienes con tanta priesa,
 Vas con tantos olores?—
 ¿Pues á ti qué te importa?
 Sabrás que Anacreonte
 Me envia á su Batilo,
 Señor de todo el orbe:
 Que como por un himno
 Me emancipó Dione,
 Nombrome por su paje,
 Y él por tal recibíome.
 Suyas son estas cartas,
 Suyos estos renglones,
 Por lo cual me promete
 Libertad cuando torne.
 Pero ya no la quiero,
 Ni quiero que me ahorre;
 Porque ¿de qué me sirve

Andar cruzando montes,
 Comer podridas vacas,
 Ni pararme en los robles?
 A mí pues me permite
 El mismo Anacreonte,
 Comer de sus viandas,
 Beber de sus licores:
 Y cuando bien brindada
 Doy saltos voladores,
 Le cubro con mis alas,
 Y él dulce las recoge.
 Su cítara es mi cama,
 Sus cuerdas mis colchones,
 En quien süavemente
 Duermo toda la noche.
 Mi historia es esta, amigo;
 Pero queda á los Dioses,
 Que me has hecho parlera
 Mas que graja del monte.

EL MISMO.

A un Ruiseñor.

¡Con qué alegres cantares,
 O ruiseñor, celebras
 Tu dicha, y de tu amada
 El tierno afan recreas!
 Te responde halagüena
 Con piadas suaves,
 Y se angustia si cesas.
 Las otras aves callan,
 Y el eco tus querellas
 Con voz adulatora
 Repite por las selvas,
 Mientras el cefirillo
 De envidioso te inquieta,
 Las hojas agitando
 Con ala mas traviesa.
 Tú cesas y te turbas:
 Atento á donde suena
 Te vuelves, y cobarde

De ramo en ramo vuelas.
 Mas luego ya seguro
 Los silbos le remedas,
 El triunfo solemnizas
 Y tornas á tus quejas.
 Así la noche engañas,
 Y el sol cuando despierta,
 Aun goza la armonía
 De tu amorosa vela.
 ¡O avecilla felice!
 ¡O qué bien la fineza
 De tu pecho encareces
 Con tu voz lisonjera!
 Ya pias cariñoso,
 Ya mas alto gorjeas,
 Ya al ardor que te agita
 Tu garganta enajenas.
 ¡O! no ceses, no ceses

En tan dulce tarea,
 Que en delicias de oírte
 Mi espíritu se anega.
 Así el cielo tu nido
 De asechanzas defiende,
 Y tu amable consorte
 Fiel por siempre te sea.
 Yo también soy cautivo,
 También yo si tuviera
 Tu piquito agradable,

Te diría mis penas.
 Y en sencillos coloquios
 Alternando las letras,
 Tú cantarás tus glorias,
 Y yo mi fé sincera.
 Que los malignos hombres
 Burlan de la inocencia,
 Y expónese á su risa
 Quien su dicha les cuenta.

MELLENDEZ.

De las ciencias.

APLIQUÉME á las ciencias,
 Creyendo en sus verdades
 Hallar fácil alivio
 Para todos mis males.
 ¡O qué engaño tan necio!
 ¡O cuán caro me sale!
 A mis versos me torno
 Y á mis juegos y bailes.
 Por cierto que la vida
 Tiene pocos afanes
 Para darle otros nuevos,
 Y añadirle pesares.
 Aténgome á mi Baco
 Que es risueño y afable,
 Pues los sabios, Dorila,
 Ser felices no saben.
 ¡Qué me importa que fijo
 Cual un bello diamante
 Esté el sol en el cielo
 Como él nazca á alumbrarme?
 La luna está poblada.....
 Mas que tenga millares
 De vivientes, pues que ellos
 Ningun daño me hacen.
 Quita allá las historias:
 Que mas allá del Ganges

Furioso sus banderas
 El Macedon llevase,
 ¿Qué nos hará, Dorila?
 Si por mucho que pasten
 Sobra á nuestras corderas
 La mitad de este valle.
 Pues sino á la justicia.....
 Venga un sorbo al instante,
 Que en mentando á esta diosa
 Me estremezco cobarde.
 Los que estudian padecen
 Mil molestias y achaques,
 Desvelados y tristes,
 Silenciosos y graves.
 ¿Y qué sacan? mil dudas,
 Y de estas luego nacen
 Otros nuevos desvelos
 Que otras dudas les traen:
 Así pasan la vida.
 ¡Vida cierto envidiable!
 En disputas y en odios,
 Sin jamas concertarse.
 Dame vino, Zagala,
 Que como él no me falte,
 No hayas miedo que cesen
 Mis alegres cantares.

EL MISMO.

HIMNOS.**A las víctimas del Dos de Mayo.**

*En este infausto día,
 Recuerdo á tanto agravio,
 Suspiros brote el labio,
 Venganza el corazón.
 Y suban nuestros ayes
 Del Céfitro en las alas,
 Al silbo de las balas,
 Y al trueno del cañon.*

Miradnos, sacros manes,
 Gemir en triste coro,
 La faz bañada en lloro,
 Y el alma en odio y hiel.
 Mas sangre en vez de llanto
 Se os debe por tributo,
 Y en vez de adelfa y luto,
 Trofeos y laurel.

Quién ¡ay! del negro día,
 Que hoy dobla nuestras penas
 Las bárbaras escenas
 Renueva sin terror:
 Erizase el cabello,
 Se agolpa el llanto ardiente,
 Y el pecho hervir se siente
 De cólera y furor.

¡O colmo de la infamia!
 No osando los malvados
 Lidiar con desarmados
 En lucha desigual,
 Mintiendo en el semblante
 Su rabia vengativa,
 Cubrieron con oliva
 Su pérfido puñal.

No paz con los tiranos
 Que es muerte solapada:
 Afilan mas la espada,
 Brindando su amistad.
 Mirad los infelices
 ¡Cuál mueren entre horrores!
 Mirad á los traidores
 Gozarse en su maldad.

Quien vió la sangre y ropas
 Sembradas por el suelo,
 Que espese el desconsuelo
 Que el alma le enlutó.
 Los aires ensordecen
 Las víctimas que jimen:
 A tan horrendo crimen
 Su luz el Sol perdió.

Cautivo aquel recinto
 Nos grita el alto ejemplo:
 El es de España el templo
 El es el patrio altar.
 Y el lauro del que al Sena
 Los vándalos ahuyente
 En voto reverente
 Sus aras debe honrar.

¿Qué vale que hoy nos vean
 Los mares gaditanos
 Cercar con ayes vanos
 Finjido panteon?
 Formemos de pendones
 En mas dichosos días
 A sus cenizas frias
 Mas digno pabellon.

En tanto á sus verdugos
 Persiga en triste sueño
 Del prado madrileño
 Espectro aterrador.
 Sangrienta el agua beban,
 Sangriento el cielo miren,
 Y en sangre al cabo espiren
 Por hierro vengador.

*En este infausto día,
 Recuerdo á tanto agravio,
 Suspiros brote el labio,
 Venganza el corazón.
 Y suban nuestros ayes
 Del Céfitro en las alas
 Al silbo de las balas,
 Y al trueno del cañon.*

D. J. N. GALLEGU.

A Baco.

Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco y no á Amor.
 Amigos, bebamos;
 Y en dulce alegría
 Pasemos el dia:
 La copa empinad.
 ¿En qué nos paramos?
 La ronda empecemos,
 Y á un tiempo brindemos
 Por nuestra amistad.

Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco y no á Amor.
 ¡O qué bien que sabe!
 Otro vaso venga:
 Cada cual sostenga
 Su parte en beber.
 Y quien quiera alabe
 De amor el destino;
 Yo tengo en el vino
 Todo mi placer.

Bebamos, bebamos etc.
 ¡O vino precioso!
 ¡Cómo estas riendo!
 ¡Saltando! ¡bullendo!
 ¿Quién no te amará?
 Tu olor delicioso
 Color sonrosado,

Sabor delicado,
 ¿Qué no rendirá?

Bebamos, bebamos etc.
 Amor da mil sustos,
 Ansias y dolores:
 Coja otro sus flores,
 Cójalas por mí:
 Que yo mis disgustos
 Templaré bebiendo,
 ¡O Baco! y diciendo
 Mil glorias de ti.

Bebamos, bebamos etc.
 Tú al Indo venciste:
 Tú los tigres fieros
 Cual mansos corderos
 Pudiste ayuntar.
 Tú el vino nos diste
 El vino que sabe
 La pena mas grave
 En gozo tornar.

Bebamos, bebamos etc.
 Venga, venga el vaso,
 Que un sorbo otro llama:
 Mi pecho se inflama
 Y muero de sed.
 Nadie sea escaso,
 Ni aunque esté caido
 Se dé por rendido:
 Amigos, bebed.

Bebamos, bebamos etc.

MORATIN (D. L.)

A la duquesa de Wervick y Alba.

ADMITE benigna,
 Duquesa excelente,
 Ofrenda que ausente,
 Tus siervas te dan.
 Hoy alzan humildes
 Sus ojos al cielo;

Su amor y su celo
 No vanos serán.
 La voz inocente
 Al númen agrada
 Que vuela inspirada
 De puro candor.

¡ Oh ! llegue á su oído
La súplica nuestra ,
Prodigue su diestra
En tí su favor.

Dilate tu vida
En prósperos años.
Ni sienta los daños
Del tiempo cruel.
Cual árbol robusto
Que dura creciendo
El áurea moviendo
Las flores en él.

Amante y esposo
Ocupe tu lado ,
Aquel fortunado
Mancebo gentil :
Coronen su frente
Laureles de gloria:
Fatigue á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda :

En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza ,
Cordura , belleza ,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los cielos
Honor inmortal.

Conceden , que al mundo
Viviendo famosos
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un día
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando ofendida
Cruzados pendones
De osadas naciones
Domar el poder.

EL MISMO.

CANCIONES.

Preceptos del género.

Si en mas altas *Canciones*
 Del son acompañado de la lira,
 El sacro vate á remedar aspira
 El impetu y ardor de las pasiones,
 Sus imágenes vivas y animadas,
 Su voz, su canto, el número, el acento,
 Del corazón reciban
 El tono, la expresión, el movimiento.—M. DE LA R.

Cancion entre el alma y Cristo.

Alma. ¿A DÓNDE te escondiste,
 Amado, y me dejaste con gemido,
 Como el ciervo huiste,
 Habiéndome herido,
 Salí tras tí clamando, y ya eras ido.
 Pastores, los que fuerdes
 Allá por las majadas al Otero,
 Si por ventura vierdes
 Aquel, que yo mas quiero
 Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
 Iré por esos montes y riberas,
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y fronteras.
 O bosques y espesuras,
 Plantadas por la mano del Amado,
 O prado de verduras,
 De flores esmaltado,
 Decid si por vosotros ha pasado?

Criaturas. Mil gracias derramando,
 Pasó por estos sotos con presura,
 Y yéndoles mirando,
 Con sola su figura,
 Vestidos los dejó de su hermosura.

Esposo. A las aves ligeras,
 Leones, ciervos, gamos saltadores,

Montes, valles, riberas,
 Aguas, aires, ardores,
 Y miedos de la noche véladores.
 Por las amenas liras,
 Y cantos de sirenas os conjuro,
 Que cesen vuestras iras,
 Y no toqueis al muro,
 Porque la esposa duerma mas seguro.

Entrádose ha la esposa
 En el ameno huerto deseado,
 Y á su sabor reposa,
 El cuello reclinado,
 Sobre los dulces brazos del Amado.

Nuestro lecho florido,
 De cuevas de leones enlazado,
 En púrpura tendido,
 De paz edificado,
 De mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
 Los jóvenes discurren al camino
 Al toque de centella,
 Al adovado vino,
 Emisiones de bálsamo divino. = S. JUAN DE LA CRUZ.

La victoria de Lepanto.

CANTEMOS al Señor, que en la llanura
 Venció del ancho mar al trace fiero:
 Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra
 Salud y gloria nuestra:
 Tú rompistes las fuerzas y la dura
 Frente de Faraon, feroz guerrero:
 Sus escogidos principes cubrieron
 Los abismos del mar, y descendieron,
 Cual piedra en el profundo: y tu ira luego
 Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano confiado
 En el grande aparato de las naves,
 Que de los nuestros la cerviz cautiva
 Y las manos aviva
 Al ministerio injusto de su estado,
 Derribó con los brazos suyos graves
 Los cedros mas excelsos de la cima;
 Y el árbol que mas yerto se sublima,

Bebiendo ajenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
Del impio furor suyo: alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante
Y los armados brazos extendidos
Movi6 el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña
Porque en tí confiadas le resisten
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallas de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la luna las banderas,
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa:
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan:
Sus vírgenes están en cautiverio:
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio
Del Nilo á Eufrates fértil y Istro frio
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.»

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira,

Este soberbio mira,
 Que tus aras afea en su victoria:
 No dejes que los tuyos así oprima,
 Y en su cuerpo cruel las fieras cebe,
 Y en su esparcida sangre el ódio pruebe:
 Que hecho ya su oprobio, dice: «Dónde?
 El Dios de estos está? ¿de quién se esconde?»

Por la debida gloria de tu nombre,
 Por la justa venganza de tu gente,
 Por aquel de los míseros gemido
 Vuelve el brazo tendido
 Contra este, que aborrece ya ser hombre,
 Y las honras, que celas tú, consiente;
 Y tres y cuatro veces el castigo
 Esfuerza con rigor á tu enemigo,
 Y la injuria á tu nombre cometida
 Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso,
 Que tanto ódio te tiene: en nuestro estrago
 Juntó el consejo, y contra nos pensaron
 Los que en él se hallaron.
 «Venid, dijeron, y en el mar ondoso
 Hagamos de su sangre un grande lago:
 Deshagamos á estos de la gente.
 Y el nombre de su Cristo juntamente;
 Y dividiendo de ellos los despojos
 Hártanse en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentosa Egipto
 Los árabes y leves africanos,
 Y los que Grecia junta mal con ellos,
 Con los erguidos cuellos,
 Con gran poder y número infinito:
 Y prometer osaron con sus manos
 Encender nuestros fines y dar muerte
 A nuestra juventud con hierro fuerte,
 Nuestros niños prender y las doncellas,
 Y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,
 Puesta en silencio y en temor la tierra,
 Y cesaron los nuestros valerosos,
 Y callaron dudosos:
 Hasta que al fiero ardor de sarracenos,
 El Señor eligiendo nueva guerra,
 Se opuso el jóven de Austria generoso
 Con el claro español y belicoso:

Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercebido,
Sin recelo los impios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo:
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fé y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes: los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron,
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al impetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas;
Que saliendo de España dió un rugido,
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hay se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egito amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo:

Y faltos de consuelo
 Con rostro obscuro y soledad turbada
 Tus enemigos llorarán su afrenta.
 Mas tú, Grecia, conforme á la esperanza
 Egicia, y gloria de su confianza,
 Triste que á ella pareces, no temiendo
 A Dios, y á tu remedio no atendiendo.

Porque ingrata tus hijas no adornaste
 En adulterio infame á una impia gente,
 Que deseaba profanar tus frutos,
 Y con ojos enjutos
 Sus odiosos pasos imitaste,
 Su aborrecida vida y mal presente,
 Dios vengará sus iras en tu muerte;
 Que llega á tu cerviz con diestra suerte
 La aguda espada suya: ¿quién cuitada,
 Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú excelsa Tiro,
 Que en tus naves estabas gloriosa
 Y el término espantabas de la tierra,
 Y si hacías guerra,
 De temor la cubrias con suspiro;
 ¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
 ¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
 Dios para convertir tu gloria en llanto
 Y derribar tus inclitos y fuertes,
 Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida
 Vuestra vana soberbia y pensamiento:
 ¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
 Tú, que sigues la luna,
 Asia adúltera, en vicios sumergida?
 ¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
 ¿Quién rogará por tí? que á Dios enciende
 Tu ira y la arrogancia, que te ofende:
 Y tus viejos delitos y mudanza
 Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados
 Y de tus pinos ir el mar desnudo,
 Que sus ondas turbaron y llanura,
 Viendo tu muerte oscura,
 Dirán de tus estragos espantados
 ¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
 El Señor, que mostró su fuerte mano,
 Por la fe de su príncipe cristiano

Y por el nombre santo de su gloria
 A su España concede esta victoria.
 Bendita, Señor, sea tu grandeza;
 Que despues de los daños padecidos,
 Despues de nuestras culpas y castigo,
 Rompiste al enemigo
 De la antigua soberbia la dureza.
 Adórente, Señor, tus escogidos:
 Confiese cuanto cerca el ancho cielo
 Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo:
 Y la cerviz rebelde condenada
 Perezca en bravas llamas abrasada. = HERRERA.

A D. Juan de Austria.

CUANDO con resonante
 Rayo y furor del bravo impetüoso
 A Encélado arrogante
 Júpiter poderoso
 Despeñó airado en Etna cavernoso;
 Y la vencida tierra,
 A su imperio rebelde, quebrantada
 Desamparó la guerra,
 Por la sangrienta espada
 De Marte, aun con mil muertes no domada;
 En el sereno polo
 Con la suäve cítara presente
 Cantó el crinado Apolo
 Entonces dulcemente,
 Y en oro y lauro coronó su frente.
 La canora armonía
 Suspendia de Dioses el senado;
 Y el cielo que movia
 Su curso arrebatado,
 El vuelo reprimía enajenado.
 Halagaba el sonido
 Al piélago sañudo, al raudo viento
 Su fragor encojido,
 Y con divino aliento
 Las musas consonaban á su intento.
 Cantaba la victoria
 Del ejército etéreo y fortaleza,
 Que engrandeció su gloria;
 El horror y aspereza

De la titania estirpe y su fiereza.

De Palas Atenéa

El gorgóneo terror, la ardiente lanza;

Del Rey de la onda ejéa

La indómita pujanza;

Y del hercúleo brazo la venganza.

Mas del Bistonio Marte

Hizo en grande alabanza luenga muestra,

Cantando fuerza y arte

De aquella armada diestra,

Que á la flégrea hueste fué siniestra.

A tí, decia, escudo,

A tí del Cielo esfuerzo jeneroso,

Poner temor no pudo

El escuadron sañoso

Con sierpes enroscadas espantoso.

Tú solo á Oromedonte

Trajiste al hierro agudo de la muerte

Junto al doblado monte;

Y abrió con diestra suerte

El pecho de Peloro tu asta fuerte.

¡Oh hijo esclarecido

De Juno! oh duro y no cansado pecho!

Por quien cayó vencido,

Y en peligroso estrecho

Mimante pavoroso fué deshecho.

Tú, cubierto de acero,

Tú estrago de los hombres indinado,

Con sangre hórrido y fiero

Rompiste acelerado,

Del ancho muro el torreón alzado.

A tí libre ya debe

Del recelo saturnio, que el profano

Linaje, que se atreve

A alzar la osada mano,

Sienta su bravo orgullo salir vano.

Mas aunque resplandezca

Esta victoria tuya conocida

Con gloria, que merezca

Gozar eterna vida,

Sin que vaga en tinieblas ofendida:

Vendrá tiempo en que tenga

Tu memoria el olvido, y la termine;

Y la tierra sostenga

Un valor tan insine

Que ante él desmaye el tuyo, y se lo incline;
 Y el fértil occidente,
 Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
 Descubrirá presente
 Con prez y honor de España
 La lumbré singular de esta hazaña.

Que el cielo le concede
 A aquel ramo de César invencible,
 Que su valor herede,
 Para que al Turco horrible
 Derribe el corazon y ardor terrible.

Vése el pérfido bando
 En la fragosa, yerta, aérea cumbre
 Que sube amenazando
 La soberana lumbré,
 Fiado en su animosa muchedumbre.

Y allí de miedo ajeno,
 Corre cual suelta cabra, y se abalanza
 Con el fogoso trueno
 De su cubierta estancia,
 Y sigue de sus odios la venganza.

Mas despues que aparece
 El jóven de Austria en la enriscada sierra,
 Frio miedo entorpece
 Al rebelde, y atierra
 Con espanto y con muerte la impía guerra.

Cual tempestad ondosa
 Con horrisono estruendo se levanta,
 Y la nave medrosa
 De rabia y furia tanta
 Entre peñascos ásperos quebranta;

O cual de cerco estrecho
 El flamijero rayo se desata
 Con luengo sulco hecho,
 Y rompe y desbarata
 Cuanto al encuentro su impetu arrebatata.

La fama alzará luego
 Y con las alas de oro la victoria
 Sobre el jiro del fuego,
 Resonando su gloria
 Con puro lampo de inmortal memoria.

Y estenderá su nombre
 Por dó Céfiro espira en blando vuelo,
 Con inclito renombre
 Al remoto indio suelo,

Y á dó esparce el rigor helado el Cielo.

Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.

Si este al Cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.

Traed, Cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso;
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced que se adelante presuroso.

Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se escurece. **HERRERA.**

A las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fue: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente.
De su invencible gente
Solo quedan memorias funerales,
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fue plaza, aquel fue templo:
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas:
Las torres, que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despezado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,

Ya reducido á trágico teatro,
 ¡O fábula del tiempo! representa
 Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
 ¿Cómo en el cerco vago
 De su desierta arena
 El gran pueblo no suena?
 ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
 Luchador? ¿dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció: cambió la suerte
 Voces alegres en silencio unido:
 Mas aun el tiempo da en estos despojos
 Espectáculos fieros á los ojos;
 Y miran tan confusos lo presente,
 Que voces de dolor el alma siente.
 Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Gran padre de la patria, honor de España;
 Pio, felice, triunfador Trajano;
 Ante quien muda se postró la tierra,
 Que ve del sol la cuna, y lo que baña
 El mar tambien vencido gaditano...
 Aquí de Elio Adriano,
 De Teodosio divino,
 De Silio peregrino
 Rodaron de marfil y oro las cunas:
 Aquí ya del laurel, ya de jazmines
 Coronados los vieron los jardines
 Que ahora son zarzales y lagunas:
 La casa por el César fabricada
 Ay! yace de lagartos vil morada;
 Casas, jardines, Césares murieron,
 Y aun las piedras, que de ellos se escribieron.
 Fabio, si tú no lloras, pon atenta
 La vista en luengas calles destruidas:
 Mira mármoles y arcos destrozados:
 Mira estátuas soberbias, que violenta
 Némesis derribó, yacer tendidas:
 Y ya en alto silencio sepultados
 Sus dueños celebrados.
 Así Troya figuró,
 Así su antiguo muro,
 Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,
 ¡O patria de los dioses y los reyes!
 Y á ti á quien no valieron justas leyes,
 Fábrica de Minerva, sabia Atenas,
 Emulacion ayer de las edades,

Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
 Que no os respetó el hado, no la suerte,
 ¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
 ¿Mas para qué la mente se derrama
 En buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta ejemplo menor, basta el presente:
 Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
 Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento:
 Tal genio y religion fuerza la mente
 De la vecina gente,
 Que refiere admirada
 Que en la noche callada
 Una voz triste se oye, que llorando,
 Cayó *Itálica*, dice, y lastimosa
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 Selva, que se le opone resonando
Itálica: y el claro nombre oido
 De *Itálica*, renuevan el gemido
 Mil sombras nobles de su gran ruina:
 ¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

RIOJA.

A una cierva herida.

DOLIENTE cierva, que el herido lado
 De ponzoñosa y cruda yerba lleno
 Buscas el agua de la fuente pura,
 Con el cansado aliento, y con el seno
 Bello, de la corriente sangre hinchado,
 Débil, y descaida su hermosura
 ¡Ay! que la mano dura,
 Que tu nevado pecho
 Ha puesto en tal estrecho,
 Gozosa va con tu desdicha, cuando,
 Cierva mortal, viviendo estas penando
 Tu desangrado y dulce compañero,
 El regalado y blando
 Pecho pasado del veloz montero:
 Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
 Queda muerto tu amor, en vano dando
 Términos desdichados á tu suerte:
 Morirás en su seno reclinando
 La beldad, que la cruda mano esconde
 Delante de la nube de la muerte.
 Que el paso duro y fuerte,

Ya forzoso y terrible
 No puede ser posible
 Que le excusen los cielos; permitiendo
 Crudos astros, que mueran padeciendo
 Las asechanzas de un montero crudo,
 Que te vino siguiendo
 Por los desiertos de este campo mudo.

Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
 Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
 Del crudo amor vencido y maltratado.
 Tú con el fatigado aliento pruebas
 A rendir el espíritu doliente,
 En la corriente de este valle amado.
 Que el ciervo desangrado,
 Que contigo la vida
 Tuvo por bien perdida,
 No fue tampoco de tu amor querido,
 Que habiendo tan cruelmente padecido,
 Quieras vivir sin él cuando pudieras
 Librar el pecho herido
 De crudas llagas y memorias fieras

Cuando por la espesura de este prado
 Como tórtolas solas queridas,
 Solos y acompañados anduvistes:
 Cuando de verde mirto y de floridas
 Violetas, tierno acanto y lauro amado,
 Vuestras frentes bellísimas ceñistes.
 Cuando las horas tristes,
 Ausentes y queridos,
 Con mil mustios bramidos
 Ensondeciste la ribera umbrosa
 Del claro Tajo, rica, y venturosa
 Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
 Cuya muerte penosa
 No deja rastro de contenta vida.

Ahora el uno, cuerpo lleno
 De desden y de espanto, quien solia
 Ser ornamento de la selva umbrosa:
 Tú, quebrantada y mustia al agonía
 De la muerte rendida, el bello seno
 Agonizando, el alma congojosa;
 Cuya muerte gloriosa,
 En los ojos de aquellos
 Cuyos despojos bellos
 Son victorias del crudo amor furioso,

:

Martirio fue de amor, triunfo glorioso
 Con que corona y premia dos amantes
 Que del siempre rabioso
 Trance mortal salieron mas triunfantes.

Cancion, fábula un tiempo y caso agora
 De una cierva doliente, que la dura
 Flecha del cazador dejó sin vida,
 Errad por la espesura
 Del monte, que de gloria tan perdida
 No hay sino lamentar su desventura.

F. DE LA TORRE.

La esperanza.

ALIVIA sus fatigas
 El labrador cansado,
 Cuando su yerta barba escarcha cubre,
 Pensando en las espigas
 Del agosto abrasado
 Y en los lagares ricos del octubre:
 La hoz se le descubre
 Cuando el arado apaña,
 Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
 Sus miembros y se obliga
 El jóven al trabajo de la guerra:
 Huye el ocio seguro;
 Trueca por la enemiga
 Su dulce, natural y amiga tierra:
 Mas cuando se destierra,
 O al asalto acomete,
 Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía
 Y á dos tablas delgadas
 El otro que del oro está sediento;
 Escóndesele el dia,
 Y las olas hinchadas
 Suben á combatir el firmamento:
 El quita el pensamiento
 De la muerte vecina;
 Y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente
 Con la esposa dormida
 El cazador solícito y robusto:

Sufre el Cierzo inclemente,
 La nieve endurecida;
 Y tiene de su afán por premio justo
 Interrumpir el gusto
 Y la paz en las fieras,
 En vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
 Cualquier trabajo humano,
 Y el uno llama al otro sin tardanza:
 El invierno entretiene
 La opinion del verano,
 Y un tiempo sirve al otro de templanza:
 El bien de la esperanza
 Solo quedó en el suelo,
 Cuando todos huyeron para el cielo.

.....
 Si la esperanza quitas
 ¿Qué le dejas al mundo?
 Su máquina disuelves y destruyes;
 Todo lo precipitas
 En olvido profundo
 Y del fin natural, Flérida huyes:
 Si la cerviz rehuyes
 De los brazos amados,
 ¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

L. DE ARGENSOLA.

Himno al Sol.

PARA y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
 Y estático ante tí me atrevo á hablarte.
 Ardiente como tú mi fantasía,
 Arrebatada en ánsia de admirarte,
 Intrépidas á tí tus alas guía.
 ¡Ojalá que mi acento poderoso,
 Sublime resonando,
 Del trueno pavoroso
 La temerosa voz sobrepujando, ¡
 ¡Oh sol! á tí llegara
 Y en medio de tu curso te parara!
 ¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
 Diera también su ardor á mis sentidos;
 Al rayo vencedor que los deslumbra,
 Los anhelantes ojos alzaría,

Y en tu semblante fúlgido atrevidos,
 Mirando sin cesar los fijaría.
 ¡Cuánto siempre te amé sol refulgente!
 ¡Con qué sencillo anhelo,
 Siendo niño inocente,
 Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
 Y estático te vía
 Y en contemplar tu luz me embebecía!
 De los dorados límites de Oriente
 Que ciñe el rico en perlas Oceano
 Al término sombroso de Occidente,
 Las orlas de tu ardiente vestidura
 Tiendes en pompa, augusto soberano,
 Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
 Vivido lanzas de tu frente el día,
 Y, alma y vida del mundo,
 Tu disco en paz majestuoso envía
 Plácido ardor fecundo,
 Y te elevas triunfante,
 Corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del cenit dorado,
 Al regio trono en la mitad del cielo,
 De vivas llamas y esplendor ornado,
 Y reprimes tu vuelo:
 Y desde allí tu fúlgida carrera
 Rápido precipitas,
 Y tu rica encendida cabellera
 En el seno del mar trémula agitas,
 Y tu esplendor se oculta,
 Y el ya pasado día
 Con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
 En su abismo insondable desplomarse!
 ¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
 De imperios populosos disiparse!
 ¿Qué fueron ante tí? del bosque umbrío
 Secas y leves hojas desprendidas,
 Que en círculos se mecen
 Y al furor de aquilon desaparecen.
 Libre tú de tu cólera divina,
 Viste anegarse el universo entero,
 Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
 Impelidas del brazo justiciero,
 Y á mares por los vientos despeñadas,
 Bramó la tempestad: retumbó en torno

El ronco trueno y con temblor crugieron
 Los ejes de diamante de la tierra :
 Montes y campos fueron
 Alborotado mar tumba del hombre.
 Se estremeció el profundo ;
 Y entonces tú como señor del mundo ,
 Sobre la tempestad tu trono alzabas ,
 Vestido de tinieblas ,
 Y tu faz engreías ,
 Y á otros mundos en paz resplandecías .

Y otra vez nuevos siglos
 Viste llegar , huir , desvanecerse
 En remolino eterno cual las olas
 Llegan , se agolpan y huyen de Occéano ,
 Y tornan otra vez á sucederse ;
 Mientras inmutable tú , solo y radiante
 ¡ Oh sol ! siempre te elevas ,
 Y edades mil y mil huellas triunfante .

¿ Y habrás de ser eterno, inestinguible ,
 Sin que nunca jamas tu imensa hoguera
 Pierda su resplandor, siempre incansable ,
 Audaz, siguiendo tu inmortal carrera ,
 Hundirse las edades contemplando ,
 Y solo , eterno , perenal , sublime ,
 Monarca poderoso , dominando ?
 No ; que tambien la muerte ,
 Si de lejos te sigue ,
 No menos anhelante te persigue .

Goza tu juventud y tu hermosura ,
 ¡ Oh sol ! que cuando el pavoroso dia
 Llegue que el orbe estalle y se desprenda
 De la potente mano
 Del Padre Soberano
 Y allá á eternidad tambien descienda ,
 Deshecho en mil pedazos, destrozado
 Y en piélagos de fuego
 Envuelto para siempre y sepultado ,
 De cien tormentas al horrible estruendo ,
 En tinieblas sin fin tu llama pura
 Entonces morirá : noche sombría
 Cubrirá eterna la celeste cumbre :
 Ni aun quedará reliquia de tu lumbre ! = ESPRONZEDA .

ELEGÍAS.

Preceptos del género.

Tal la triste *Elegia*

Con blanda voz y pecho enternecido

Los casos llora de la suerte impía:

En su lánguido tono, en su descuido

Descubre su dolor y su ternura

Sin humillarse nunca torpemente

Ni presumir de ingenio y hermosura.

Misera y sola en sus amargas quejas

Alivio busca el ánimo doliente;

Sus cantos son gemidos,

Y sus ecos sentidos

Nacen del corazón, no de la mente.

Hija de la pasión y el sentimiento,

También de amor ternísima suspira;

No cual la osada lira

Que su triunfo celebra y su contento;

Mas sensible doliéndose y suave,

Como tórtola bella

Que con blanda querella

En solitario bosque y noche oscura

Nos inspira su amor y su ternura. — M. DE LA R.

Al tiempo.

Estoy pensando en medio de mi engaño

El error de mi tiempo mal perdido,

Y cuán poco me ofendo de mi daño.

Vuelvo los ojos que el mejor sentido

Alumbra, y hallo una pequeña senda,

Do paso humano apenas está esculpido.

Procuro, antes que el breve Sol descienda

A encubrirse en el último Occidente,

Llegar al fin de esta mortal contienda.

Y como quien se ve del daño ausente,

Que considera su temor pasado,

Y aun no descansa con el bien presente;

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado

En la seguridad nunca sosiego

Y en el sosiego siempre estoy turbado.

Aquel vigor, aquel celeste fuego

Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla, y error ciego.

Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica, y cuanto planta.

¡Oh cierto desengaño vergonzoso!
¡Oh grave confusion de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!

Tú me pusiste solo en un destierro
De cuanto me podia dar contento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.

¿Cuántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del honor de tu tormento?

Fuéme la suerte en lo mejor avara;
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.

Ninguna en tantas penas que sostuve
Puso merecimiento el amor mio,
Cuando de merecer mas cerca estuve.

Acabe ya este grande desvarío,
O pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envío.

Tus mudanzas ¡oh tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,

Te arrebatan el ánimo, y levantan
De este cansado peso que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.

La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.

¿Cuántas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fría?

Venció vencida Troya, y derribada
Se alzó y en su ruina se postraron
Los muros de Micenas estimada.

Las vencedoras llamas abrasaron
Las altas torres que labró Neptuno.
Y á Grecia sus cenizas acabaron.

El africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.

Mas roto, sufre igual el duro estrago

Por la mano española ; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.

Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro , osado se aventura
Por el remoto golfo de Occidente :

Y con valor igual á su ventura
Bravas gentes sujeta, y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.

Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa ; pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.

No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía , y brazo fuerte ,
En cuanto cerca en uno en otro polo.

Tú , domador , de toda humana suerte ,
Al fin vences , abates su grandeza ,
Y entregas á los brazos de la muerte.

Tú ejercitas ahora la riqueza ,
Las armas del soberbio turco fiero ,
Y del persa el valor y fortaleza.

Las celadas y escudos el ligero
Araxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.

Osadas gentes , duras , y sañosas ,
A la ambicion de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas ,

Teñid en sangre el hierro , y el estrecho
Paso abrid ¡ oh crueles ! á la muerte ;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.

No volvais la fiereza y brazo fuerte ,
Y el furor de la ira no vencida
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdida ,
Nuestra virtud en ocio se remata ;
Nuestra virtud , que tanto fué temida.

Culpa de quien , pudiendo , la maltrata ,
Y no le dá lugar ; antes procura
Que muera á manos de la envidia ingrata.

La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido reino Lusitano ,
Y eterna pena á su fatal locura :

Bañado en noble sangre el Africano
Campo rebosa , y con dolor suspira ,
Lejos Atlante , y Abila cercano.

El impío Cimbrío osadamente aspira ,

Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.

El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza hispana, y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.

Mas ¡oh infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mismo vencedor destierra.

¡Oh cuánto en vano se ha espendido! ¡oh cuanto
Valor esconde aquel ingrato suelo,
Que al turco de temor cubriera y llanto!

No ha visto, el que ve todo, inmenso cielo,
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon, y sin recelo.

Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indina de sufrir vital aliento,

¿Dó esta la fé, que á la real alteza
Debes? ¿á dó huyó de tu memoria?
¿A dó la religion y su firmeza?

¿Piensas, ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios? ¿contra el Rey? ¡oh intento ciego,
Digno de vituperio y no de gloria!

¡Oh cómo crias en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga, ó humilde ruego!

Cual soberbio turbion da la fragosa
Alcázar se despeña de Apenino,
Tal va contra tí España poderosa.

Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.

No puedo, aunque procuro, á mi despecho,
Librarme de ellos, y malgrado mio
Voy con ellos á donde el mal me han hecho.

Oso temiendo, y con el mal porfío,
Y tal vez la razon lugar me deja
Contra mi ostinacion y desvarío.

Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene, y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.

¡Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su impetu liviano!

Varias revueltas de confusa vida,

Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida:

Que todo cuanto pienso y cuanto veo
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.

¡Dichoso aquel á quien jamas inflama
Vano amor, ambicion, y lo que adora
Y teme el vulgo incierto siempre y ama!

Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á cualquier hora.

Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, y paciente,
En todos los peligros no turbado,

Y no sufre su pecho ni consiente
Que algun liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.

Antes mayor, mas glorioso y alto
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve y de ricos bienes menos falto.

Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va continuo,
Y cualquier ocasion le es importuna.

No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia extremo; pero
Dispuesto sí á seguille en su camino.

Nosotros turba vil con afan fiero
Puestos en desear y amar, estamos,
Y en servir á este bien perecedero.

En mil casos presentes peligramos;
Y en pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.

Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre
Y alzarnos casi nunca nos sucede.

El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo airado no bate el yerto asiento
Del elevado Olimpo, sino alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.

Quien tan rastrera trae la esperanza
Desespere llegar á tal estado:

Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

HERRERA.

Las miserias humanas.

¡ Con qué silencio y majestad caminas,
 Deidad augusta de la noche umbrosa,
 Y en la alta esfera plácida dominas!

Llena de suave albor tu graciosa
 Ver no deja el ejército de estrellas
 Que sigue fiel tu marcha perezosa:

Mientras el carro de cristal entre ellas
 Rigiendo excelsa vas; y el hondo suelo
 Ornas y alumbras con tus luces bellas.

Salve ¡ oh brillante Emperatriz del cielo
 Reina de los astros! Salve, hermana
 Del almo sol, de míseros consuelo.

A tí me acojo en la tormenta insana
 Que me abisma infeliz, á tí que amiga
 Oirme sabes y acorrerme humana:

Que en tí de alivio cierto su fatiga
 Descarga el triste; y el que en grillos llora
 Con tu presencia su penar mitiga.

Perdido el rumbo el náufrago te implora
 Contra la tempestad en noche oscura;
 Y el solitario tu deidad adora.

Y á todos tu solícita ternura
 Acoge y cura su llagado seno
 Lanzando de sus rostros la amargura.

¡ Luna! ¡ piadosa luna! ¡ cuánto peno!
 No, jamas otro en tu carrera viste,
 A otro infeliz cual yo de angustia lleno.

Un tiempo en lira de marfil me oíste
 Cantar insano mi fugaz ventura,
 Y envidia acaso de un mortal tuviste.

¡ Oh! ¡ cómo iluso en juvenil locura
 El mundo ante mis ojos parecía
 Risueño, y de la vida el aura pura!

Crédulo yo á los hombres ofrecía
 Mi llano inerme seno, entre sus manos
 Cual simple corderillo me metía.

Ingénuos siempre, fáciles, humanos,
 Y la alma paz pintada en el semblante
 Hermanos los creí y hallé tiranos:

De oído sordo y pecho de diamante
 Cuando en su amparo el infeliz los llama;
 Y en solo el mal su corazón constante.

A quién ciego furor el pecho inflama,
 Quién en muelle placer se aduerme ciego;
 Y quién en ira atroz sangrienta brama,
 Sopla la envidia su dañado fuego,
 Mientras de oír hinchada se desdora
 La vanidad de la indigencia el ruego.
 ¡Ay! ¡ay de aquel que abandonado llora;
 Y vil ultraje de enemigos hados
 Crédulo en ellos fia solo un hora!
 Burlado gemirá, cual disipados
 Al puro rayo del naciente día
 Los palacios del sueño fabricados:
 El que iluso en su ardiente fantasía
 Cuanto anhelo gozaba, congojoso
 Maldice despertando su alegría.
 Apénase burlado; y sin reposo
 Del bien soñado que cual sombra vana
 Huye, en pos corre, y llámale lloroso.
 Cada cual solo en adorar se afana
 El ídolo que alzó su desvaneó;
 Y al cielo su afición lo encumbra insana.
 ¿Quién hace, quién de la virtud su empleo?
 ¿Quién busca osado la verdad divina,
 O el aura del favor cierra al deseo?
 Llorosa al suelo la inocencia inclina
 Su lastimada faz, y tiembla y gime;
 Y el vicio ergido por do quier camina.
 Fiero el poder con ruda planta oprime
 La sencilla bondad; que desolada
 Ni aun huyendo su vida al fin redime.
 La cumbre del saber yace eclisada
 En brazos del error, que omnipotente
 Oprime la ancha tierra sojuzgada.
 Y el mortal ciego cuya excelsa mente
 Sublimarse debiera en raudo vuelo
 Sobre el trono del sol resplandeciente,
 Y allí fijar en el confín del cielo
 Su mansion inmortal, siempre en llorosa
 Pena, en mísero afán gime en el suelo.
 Gime y adoración rinde afrentosa
 A otro mortal cual él; ó si aira,
 Mudo, azorado, ni aun quejarse osa;
 Muy mas que si en su cólera le mira
 Indignado el Señor, cuando su mano
 Vibra el rayo ministro de su ira:

El rápido huracan con vuelo insano
Trastorna el bajo mundo; y de la sierra
El roble erguido precipita al llano.

Yo vi correr la asoladora guerra
Por la Europa infeliz: á su bramido
Gemir el cielo, retemblar la tierra;

Y un pálido esqueleto sostenido
Sobre ella y sobre el mar, con mano airada
Miles hundir en el eterno olvido:

El fuego asolador, la mies dorada
Aniquilar, la mies ¡oh saña impía!
Del dueño inerme en lágrimas regada;

Y á un pueblo solo el círculo de un día
Desparecer de sobre el triste suelo,
Que el temblon viejo y la niñez huía

En tal desvastacion ciego el anhelo
Del humanal orgullo complacerse;
Y en locos himnos insultar al cielo.

Tanto el hombre infeliz embrutecerse
Puede ¡oh dolor! el hombre que debiera
De una gota de sangre estremecerse;

Y en fraternal union, en tanta fiera
Peste como su ser mísero amaga
Tierno acorrerse en su fugaz carrera,

Si, como atiende la ilusion aciaga
De la pasion que su razon fascina,
Y el blando fuego de su seno apaga,

Dócil supiese oír su voz divina,
Su voz que entonces incorruptible suena,
Y á la mansa piedad siempre le inclina.

El daño universal mi propia pena
Me hizo, luna olvidar; miro á mi hermano,
Al hombre miro en infeliz cadena;
Y aunque grave mi mal ya me es liviano.

MELLENDEZ VALDÉS.

A las musas.

ESTA corona adorno de mi frente,
Esta sonante lira, y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algún día
Me diste, sacras musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe:
Que fuera osado intento repetirle.

He visto ya como la edad ligera,
 Apresurando á no volver las horas,
 Robó con ellas su vigor al númen.
 Sé que negais vuestro favor divino
 A la cansada senectud, y en vano
 Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
 Ninfas del verde Pindo habitadoras,
 No me negueis que os agradezca humilde
 Los bienes que os debí. Si pude un día
 No indigno sucesor del nombre ilustre,
 Dilatarle famoso; á vos fué dado
 Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
 Pudo bastar vuestro amoroso anhelo,
 A prestarme constancia en los afanes
 Que turbaron mi paz, cuando insolente,
 Vano saber; enconos y venganzas,
 Codicia y ambicion la patria mia
 Abandonaron á civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces
 A dominar y perecer tiranos:
 Atropellarse efímeras las leyes,
 Y llamarse virtudes los delitos.
 Ví las fraternas armas nuestros muros
 Bañar en sangre nuestra, combatirse
 Vencido y vencedor hijos de España,
 Y el trono desplomándose al bandido
 Impetu popular. De las arenas
 Que el mar sacude en la fenicia Gades,
 A las que el Tajo lusitano envuelve
 En oro y conchas; uno y otro imperio,
 Iras, desórden esparciendo y luto,
 Comunicarse el funeral estrago.
 Así cuando en Sicilia el Etna ronco
 Revienta incendios, su bifronte cima
 Cubre el Vesuvio en humo denso y llamas,
 Turba el averno sus calladas hondas;
 Y allá del Tibre en la ribera etrusca,
 Se estremece la cúpula soberbia
 Que da sepulcro al sucesor de Cristo.

¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
 ¿Quién dar al verso acordes armonías,
 Oyendo resonar gritos de muerte?
 Tronó la tempestad; bramó iracundo
 El huracan, y arrebató á los campos
 Sus frutos, su matiz, la rica pompa

Destrozó de los árboles sombríos:
 Todas huyeron tímidas las aves
 Del blando nido en el espanto mudas;
 No mas trinos de amor. Así agitaron
 Los tardos años mi existencia; y pudo
 Solo en region extraña, el oprimido
 Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda
 Y sus mármoles abre á recibirme;
 Ya los voy á ocupar..... Sino es eterno
 El rigor de los hados, y reservan
 A mi patria infeliz mejor ventura;
 Dénsela presto, y mi postrer suspiro
 Será por ella..... Prevenid en tanto
 Flébiles tonos, enlazad coronas
 De ciprés funeral, Musas celestes,
 Y donde á las del mar sus aguas mezcla
 El Garona opulento en silencioso
 Bosque de lauros y menudos mirtos,
 Ocultad entre flores mis cenizas. = MORATIN (D. L.)

El Dos de Mayo.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
 Del miserable que esquivando el sueño
 Profundas penas en silencio gime,
 No desdeñes mi voz; letal beleño
 Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
 Empapada la ardiente fantasia,
 Da á mi pincel fatídicos colores,
 Con que el tremendo dia
 Trace al fulgor de vengadora tea,
 Y el odio irrite de la patria mia,
 Y escándalo y terror al orbe sea.
 ¡Dia de execracion! La destructora
 Mano del tiempo le arrojó al averno:
 Mas ¿quién el sempiterno
 Clamor con que los ecos importuna
 La madre España en enlutado arreo
 Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
 Al pálido lucir de opaca luna,
 Entre cipreses fúnebre la veo:
 Trémula, yerta, y desceñido el manto,
 Los ojos moribundos

Al cielo vuelve que le oculta el llanto:
 Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
 Yace entre el polvo, y el leon guerrero
 Lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Ay! que cual débil planta
 Que agosta en su furor hórrido viento,
 De víctimas sin cuento
 Lloró la destruccion Mántua afligida!

Yo vi, yo vi su juventud florida
 Correr inerme al huésped ominoso.
 Mas ¿qué su generoso

Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
 En quien su honor y su defensa fia,
 La condenó al cuchillo.

¿Quién ¡ay! la alevosía,
 La horrible asolacion habrá que cuente,
 Que hollando de amistad los santos fueros,
 Hizo furioso en la indefensa gente
 Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
 Gritando se despeña

La infame turba que abrigó en su seno.
 Rueda allá rechinando la cureña,
 Acá retumba el espantoso trueno,

Allí el jóven lozano,
 El mendigo infeliz, el venerable
 Sacerdote pacífico, el anciano

Que con su arada faz respeto imprime
 Juntos amarra en su dogal tirano.
 En valde, en valde gime

De los duros satélites en torno
 La triste madre, la afligida esposa,
 Con doliente clamor; la pavorosa

Fatal descarga suena,
 Que á luto y llanto eterno las condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡cuánto estrago!
 ¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
 Mirad ese infelice

Quejarse al adalid empedernido
 De otra cuadrilla atroz. ¡Ah! «¿qué te hice?
 Exclama el triste en lágrimas deshecho:

Mi pan y mi mansion partí contigo;
 Te abrí mis brazos, te cedi mi lecho,
 Templé tu sed, y me llamé tu amigo.
 ¡Y hora pagar podrás nuestro hospedaje

Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
 Con dura muerte y con indigno ultraje?»
 ¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
 El mónstruo infame á sus ministros mira,
 Y con tremenda voz gritando ¡fuego!
 Tinto en su sangre el infeliz espira.
 Y en tanto, ¿dó se esconden
 Dó están, ó cara patria, tus soldados
 Que á tu clamor de muerte no responden?
 Presos, encarcelados
 Por jefes sin honor que haciendo alarde
 De su perfidia y dolo,
 A merced de los vándalos te dejan,
 Como entre hierros el leon, forcejan
 Con inútil afan. Vosotros solo,
 Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
 Que osando resistir al gran torrente
 Dar supisteis, en flor la dulce vida
 Con firme pecho y con serena frente;
 Si de mi libre musa,
 Jamas el eco adormeció á tiranos,
 Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
 Allá del alto asiento
 A que la accion magnánima os eleva,
 El himno oid, que á vuestro nombre entona,
 Mientras la fama aligera le lleva
 Del mar del hielo á la abrasada zona.
 Mas ¡ay! ¡que en tanto sus funestas alas
 Por la opresa metrópoli tendiendo,
 La yerma asolacion sus plazas cubre!
 Y el áspero silbar de ardientes balas,
 Y al ronco son de los preñados bronces
 Nuevo fragor y estrépito sucede.
 ¿Ois cómo rompiendo
 De moradores tímidos las puertas
 Caen estallando de los fuertes gonces?
 ¡Con qué espantoso estruendo
 Los dueños buscan que medrosos huyen!
 Cuanto encuentran destruyen
 Bramando los atroces foragidos
 Que el robo infame y la matanza ciegan,
 ¿No veis cuál se despliegan
 Penetrando en los hondos aposentos
 De sangre y oro y lágrimas sedientos?
 Rompen, talan, destrozan

:

Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
 Aquí matando al dueño se alborozan,
 Hieren allí su esposa-acongojada;
 La familia asolada
 Yace espirando, y con feroz sonrisa
 Sorben voraces el fatal tesoro.
 Mústio el dulce carmin de su mejilla
 Y en su frente marchita la azucena,
 Con voz turbada y anhelante lloro
 De su verdugo ante los pies se humilla
 Tímida virgen de amargura llena;
 Mas con furor de hiena
 Alzando el corvo alfanje damasquino,
 Hiende su cuello el bárbaro asesino.
 ¡Horrible atrocidad!..... ¡treguas, oh Musa,
 Que ya la voz rehusa
 Embargada en suspiros mi garganta!
 Y en ignominia tanta
 ¿Será que rinda el español bizarro
 La indómita cerviz á la cadena?
 No; que ya en torno suena
 De Palas fiero el sanguinoso carro,
 Y el látigo estallante
 Los caballos flamígeros hostiga.
 Ya el duro peto y el arnés brillante
 Visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su ruginoso acero:
 ¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
 ¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
 Y al grito heróico que en los aires zumba
 ¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
 Guadalquivir guerrero
 Alza al bélico son la régia frente,
 Y del Patron valiente
 Blandiendo activo la nudosa lanza,
 Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
 Vosotras, ó infelices
 Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
 Robó á sus lares, y en fugaz gemido
 Cruzais los anchos campos de Castilla;
 La heróica España, en tanto que al bandido
 Que á fuego y sangre de insolencia ciego
 Brindó felicidad, á sangre y fuego
 Le retribuye el don, sabrá piadosa
 Daros solemne y noble monumento.

Allí, en padron cruento
 De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
 La vil traicion del déspota se lea:
 Y altar eterno sea
 Donde todo español al mónstruo jure
 Rencor de muerte que en sus venas cunda,
 Y á cien generaciones se difunda.

D. JUAN NICASIO GALLEGO.

A la Patria.

¡CUAN solitaria la nacion que un dia
 Poblara inmensa gente!
 La nacion cuyo imperio se extendia
 Del ocaso al oriente,
 Lágrimas viertes, infeliz, ahora,
 Soberana del mundo,
 Y nadie en tu faz encantadora
 Borra el dolor profundo!
 Oscuridad y luto tenebroso
 En tí vertió la muerte,
 Y en su furor el déspota sañoso
 Se complació en tu suerte.
 No perdonó lo hermoso, patria mia;
 Cayó el jóven guerrero,
 Cayó el anciano y la segur impía
 Manejó placentero.
 ¡Oh vosotros del mundo habitadores!
 Contemplad mi tormento;
 ¡Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
 Al dolor que yo siento!
 Yo desterrado de la patria mia,
 De una patria que adoro,
 Perdida miro su primer valía
 Y sus desgracias lloro.
 Tendió sus brazos la agitada España,
 Sus hijos implorando;
 Sus hijos fueron, mas traidora saña
 Desbarató su bando.
 ¡Qué se hicieron tus muros torreados?
 ¡Oh mi patria querida!
 ¡Dónde fueron tus héroes esforzados,
 Tu espada no vencida?
 ¡Ay! de tus hijos en la humilde frente

Está el rubor grabado:
A sus ojos caidos tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué; cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba,
Como el trueno á la vírgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas ora como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderio
Pobre yerba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brío,
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares
Lloremos duelo tanto:
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

ESPRONCEDA.

ENDECHAS.

El pastor.

EL pastor mas triste
Que ha seguido el cielo,
Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho,
Llorando caidas
De altos pensamientos
Solo se querella,
Riveras del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola
Oye su tormento,

Sus endechas llevan
Rigurosos vientos
Como su firmeza
Mal tenidos celos.
Solo y pensativo
Se halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hállale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.

Tórtola cuitada,
 Que el montero fiero
 Le quitó la gloria
 De su compañero.
 Elevada y mústia
 Del piadoso acento
 Que oye suspirando
 Entregar al viento;
 Porque no se pierdan
 Suspiros tan tiernos,

Ella los recoge
 Que se duele de ellos;
 Y por ser mas dulces
 Que su arrullo tierno
 De su soledad
 Se queja con ellos.
 ¿Qué ha de hacer el triste?
 Pierda el sufrimiento,
 Que tras lo perdido
 No caerá contento.

F. DE LA TORRE.

A una tórtola.

VIUDA sin ventura,
 Tórtola cuitada
 Mustia y asombrada
 De una muerte dura.
 Tú que el valle ameno
 Con tu arrullo blando
 Serenaste, cuando
 Vió tu bien sereno.
 Quejas inmortales
 Hieren tus sentidos,
 Que á bienes perdidos
 No hay medianos males.
 Vuelve donde muevas
 Las fieras que dejas,
 Que no son tus quejas
 Para monte y cuevas.
 En el valle donde
 Tu dolor te cela,

Nadie te consuela,
 Nadie te responde.
 Lloro Filomena,
 Cierva herida brama,
 Y eco que te llama
 Te cuenta tu pena.
 Tu gloria fue tal,
 Que hizo ser temida;
 Pero tu caída
 Fue temido mal.
 Si mi compañía,
 Triste y desdichada,
 Por sola te agrada,
 Oye mi agonía.
 Cielos y hados canso,
 Monte y valle ofendo,
 Los aires enciendo,
 Las aguas amanso. = EL MISMO.

EPÍSTOLAS.

Preceptos del género.

Con tono mas pacifico y templado
 La *Musa del saber* al hombre enseña,
 Y darle útil doctrina no desdeña
 Con voz sonora y celestial agrado:
 Ni envuelve la verdad en ficcion leve,
 Como el sencillo Apólogo ni osada
 El torpe vicio á perseguir se atreve;
 Tranquila, grave, augusta,
 Enseña sosegada
 Las ciencias y las artes bienhechoras;
 Y temiendo mostrar su faz adusta,
 Adórnala con gracias seductoras.
 Así en acorde y plácida armonía
 Con enlace sagaz, que el arte oculta,
 Ordena la razon el plan sencillo:
 La amena fantasia
 Con delicadas sombras y colores,
 Los objetos abulta,
 Y de su noble hermana
 Con mil vistosas flores
 Los áridos preceptos engalana;
 Y del sonoro verso la medida,
 Grabándolos profundos en la mente,
 Les presta rapidez, fuerza y dulzura. = M. DE LA R.

A Fabio.

FABIO, las esperanzas cortesanas,
 Prisiones son, do el ambicioso muere
 Y donde al mas activo nacen canas.
 El que no las limare ó las rompiere,
 Ni el nombre de varon ha merecido
 Ni subir al honor que pretendiere.
 El ánimo plebeyo y abatido
 Elija en sus intentos temeroso
 Primero estar suspenso que caido:
 Que el corazon entero y generoso
 Al caso adverso inclinará la frente,

Antes que la rodilla al poderoso.

Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado,
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astréa fué, cuanto regia
Con su temida espada y su balanza,

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud, ó qué confía?

Ven, y reposa en el materno seno
De la antigua Romulea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno:

A donde, por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea al derramarla encima:

Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro
O cuando su pavon nos niegue Juno.

Busca pues el sosiego dulce y caro
Como en la oscura noche del Ejeo
Busca el piloto el eminente faro:

Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: *lo que desprecio he conseguido*:
Que la opinion vulgar es devaneo.

Mas precia el ruiñeñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.

Cese el ánsia y la sed de los oficios:
Que acepta el don y burla del intento

El ídolo, á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento

Y no le pasarás de hoy á mañana,

Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana

De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?

¡O error perpétuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas

Del senado y romana monarquía

Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida mas que un breve día;

Do apenas sale el sol, cuando se pierde

En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,

Seco á la tarde? ¡ó ciego desvarío!

¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver, que me desvío

De la vida viviendo, y que está unida

La cauta muerte al simple vivir mio?

Como en los rios, que en veloz corrida

Se llevan á la mar, tal soy llevado

Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?

¿O qué tengo yo á dicha en la que espero

Sin ninguna noticia de mi hado?

¡O si acabase viendo como muero,

De aprender á morir antes que llegue

Aquel forzoso término postrero:

Antes que aquesta mies inútil siegue

De la severa muerte dura mano

Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,

El otoño pasó con sus racimos,

Pasó el invierno con sus nieves cano:

Las hojas, que en las altas selvas vimos

Cayeron: y nosotros á porfía

En nuestro engaño inmóviles vivimos.

Temamos al Señor, que nos envía

Las espigas del año y la hartura

Y la temprana pluvia y la tardía:

No imitemos la tierra, siempre dura

A las aguas del cielo y al arado,

Ni la vid, cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fue criado

El varon para rayo de la guerra

Para sulcar el piélago salado:

Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh quién así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porcion alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en mas nobles objetos se termina.

Así aquella, que al hombre solo es dada
Sacra razon, y pura me despierta
De esplendor y de rayos coronada:

Y en la fria region, dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder, que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama
Y callado pasar entre la gente:
Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,

Apenas puede ya comprar los modos
De pecar: la virtud es mas barata;
Ella consigo misma ruega á todos

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuanto son los climas y los mares
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto,
Que pongo la virtud en ejercicio;
Que aun esto fue difícil á Epiteto.

Basta al que empieza á aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseña á ser modesto;
Despues le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de modesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura

La duracion de todo á su talento.

Flor la vimos primero, hermosa y pura:
Luego materia acerba y desabrida;
Y perfecta despues, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrinopreciado:

Y alguno tan ilustre generoso,
Que usó como si fuera vil gabeta,
Del cristal trasparente y luminoso.

¡Sin la templanza viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta:

No en la tonante máquina, preñada
De fuego y de rumor: que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad: y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuanto confio,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,

El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar: la ira á las espadas;
Y la ambicion se rie de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

FRANCISCO DE RIOJA.

A Don Juan de Arguijo.

Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo
Que aprendas la civil jurisprudencia
Contra la inclinacion que te dió el cielo,

Si la resistes, y á tu resistencia
Los astros ceden, no te dificulto
El laberinto de esta grave ciencia.

Pero á pesar del predominio oculto,
Yo saldré buen cetrero al mismo plazo
Que tú salieres buen jurisconsulto:

Y por las calles requiriendo el lazo
Del capirote y el de las pihuelas,
Sufiré que el halcon me manque un brazo.

Si te llaman las musas, no te muelas
En proponer tan elevados gastos
A escarmientos, arbitrios y cautelas,

.....

Mas quiérote advertir (non con imperio,
Sino á tus pies, para que no imagines,
Que me arrogo el honor del magisterio):

Que, pues, entras agora en los confines
Del Parnaso, implorar que te corone,
Al ingenio las fuerzas examines:

Y tenle en opinion, si se dispone
Tras el exámen, á escoger sujeto
Que con su habilidad se proporcione:

Que habiéndola medido ¿cuál conceto
Te saldrá por aborto de las sienas,
Sino en todos sus términos perfeto?

Si tus primicias dedicadas tienes
Al rigor de amorosa tiranía,
Picado entre favores y desdenes.

Al discernir palabras, bien seria
No entretejer las lóbregas y ajenas
Con las que España favorece y cria:

Porque, si con astucia las ordenas
En frasi viva sonarán trabadas,
Mejor que las de Roma y las de Atenas.

Con tal juntura no te persuadas
Que por humildes te saldrán vulgares,
Ni por muy escogidas afectadas,

Antes, si en rima larga las juntares,
Surgirá tan lacónica y tan sábia
Que la envidien el Tormes y el Henares:

O en el verso menor, que entre la rabia
De sus flechas nos trujo por delicias
De las escuelas púnicas Arabia.

Mas si tu ninfa celebrar codicias,
Sabe que aunque poético el ornato
Le acumule riquezas translaticias;

Las translaciones duras, como ingrato
Lustre, las huye en desatando el hilo
A sus lisonjas la benigna Erato.

¿Será bien que sin forma y sin estilo
Luzcan con la hermosura los despojos
Espléndidos del Ganges y del Nilo?

¿Záfiro ó esmeraldas son los ojos?
¿Y diamantes la tez? ¿Perlas los dientes?
¿Y encendidos rubies los labios rojos?

¿Las manos (que á marfiles excelentes
Imita su candor) serán cristales,
Si no se han de preciar de transparentes?

Cuando de estas metáforas te vales,
No las retires de su oficio tanto,
Que aun al efecto salgan desleales.

Mas si eres lapidario, no me espanto,
De que las gracias huyan esa parte
Que es pedrería y no amoroso canto.

Ni sutilices mucho con el arte
Las congojas que amor finezas llama,
Si esperas en su gusto acreditarte.

No las describe el que de veras ama,
 Con pluma metafísica; ni duda
 Que cualquier libre adorno las infama.

Gima el enfermo, y con noticia ruda
 Del pulso acuse la inquietud del seno,
 Donde clama sin voz la fiebre aguda.

Explicarás con primor Galeno,
 Que examina en su origen la dolencia,
 Y nunca la enmudece el daño ageno.

¡Oh cuánto el puro amor se diferencia
 Del astuto y vulgar, cuando sencillo
 Se opone á la ambicion de la elocuencia!

Este es el alto fin porque le humillo
 A que no afile en rimas elocuentes,
 Contra sus esperanzas el cuchillo.

Cuando decir tu pena á Silvia intentes,
 ¿Cómo creerá que sientes lo que dices,
 Oyendo cuán bien dices lo que sientes?

Mas sirven al ingenio esos matices
 Que al dolor, pues con culpa de inmodesto
 Tolera estos follajes de infelices.

Y aunque asevero mi opinion, protesto
 Que ni á la docta escuela petrarquista,
 Ni á su autor venerable arguyo en esto.

La verdad se lamenta de otra lista
 De antiguos y modernos que la exorna,
 En este gran precepto mal prevista:

Que en sus purezas de un jardin trastorna
 Lleno el canasto, y con las mismas flores
 La encubre, cuando piensa que la adorna.

Y envuelto en los poéticos honores,
 (*Si la supérflua erudicion no cesa*)
 Perece lo esencial de los amores.

Pues, ¿qué diré del verso, donde expresa
 Dulce pasion ó belicosa hazaña
 En cantares dramáticos profesa?

Mejor que otras provincias nuestra España
 Tiernos afectos y orgullosos trances,
 En números mas breves acompaña.

Pero no á sus letriltas ni romances,
 Donde Marte y amor fundan blasones,
 Aunque lo mande Silvia, te abalances.

No el bizarro neblí tras los gorriones
 (*Vulgo volátil*) cala ni descende,
 Terror de fugitivos escuadrones:

Que allá vecino al sol sus alas tiende,
Y á vista de las mas soberbias aves,
Feliz pirata, altivas garzas prende.

Huélgome, pues, de que la Eneida alabes
La Tebaida, y la Iliada primera
Unico ejemplo á los heróicos graves.

Llame fuente de ingenio Grecia á Homero;
Pero ocúrrale el tuyo, y no le temas:
Que, si vuelve por sí, como lo espero,

Presto dará el mayor de los poemas,
De hazañas lleno, y de invencion tan brava
Que no estime el frisar con las supremas.

Sigue la imitacion que tanto alaba
La escuela por precepto mas seguro,
Que al mismo Alcides quitarás la clava.

Tragedia escribirás cano y maduro:
Que agora, aunque Sófocles te convide,
Has de apelarte al término futuro:

Pues ya ni por Eurípides le pide,
Ni por Séneca, alguno el real calzado
Con que á la pompa trágica preside.

Si hoy la escribes, de sabios admirado
Al sordo viento volarás, propuesta
La aclamacion del popular senado.

Para ellos, pues, el alto estilo apresta,
En cuyo judicioso honor sosiegues,
Sin respetar la multitud molesta.

Pero cuando á escribir sátiras llegues,
A ningun irritado cartapacio,
Sino al del cauto Juvenal te entregues:

Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamas con tanto acierto,
(*Con permision de nuestro insigne Horacio.*)

Esto en razon de sátiras te advierto;
Aunque de las mas agrias ó mas finas
Hablas como enemigo descubierto.

Tras esto á musas cómicas te inclinas,
Si bien las sequedades aborreces
De las fábulas griegas y latinas.

Y no lo extraño; pero muchas veces
En lo que yace desabrido y seco
Hallan que ponderar discretos jueces.

Si el coturno trocares por el zueco,
Tu invencion fértil goza, que lucido
Sin duda te saldrás, y alegre el trueco.

Haz, pues, que así como el contexto unido
Mandas que con el método se abrace,
Que excluye la ignorancia y el olvido;
Enrede lo historial desde que nace
Hasta que la catástrofe risueña
Con sutil discrecion lo desenlace.

Y, pues, que á la instruccion moral se empeña,
No traiga para ejemplos de la vida
Los que algun delirante enfermo sueña:

Que ni la plebe es bien que se despida,
Despues que te prestó grato silencio,
Sino desesperada, desabrida.

Yo aquellas seis ficciones reverencio
(¿Cómo que reverencio? que idolatro)
Que en sus cinco actos desplegó Terencio.

Cierra la tuya al uso en tres ó en cuatro:
Que si ella ya con risas, ya con lloros
Los afectos nos purga en el teatro;

Si en lenguajes mas claros que sonoros
Discurre bien con prosa, en metro inserta;
Si guarda á las figuras sus decoros.

¿Hallará alguna impropiedad la puerta
Para descomponer lo que compones,
O por abuso, ó por descuido abierta?

Animo, pues; y para que en los dones
De tan raro inventor su gloria heredes,
Fúndate en verosímiles acciones.

No en la selva el delfin busquen las redes,
Ni el jabalí en el piélago los canes,
Porque en sus patrias oprimirlos puedes.

Segun lo cual, no quieran los galanes,
Aunque traten, ó incautos ó sutiles,
Con rameras, con siervos ó truhanes;

Envilecerse entre plebeyos viles
Sin descuento; ni principes ni reyes
Aplebeyar los ánimos gentiles.

Tú sin gran causa no los aplebeyes
Tanto, que á sus facciones y á sus famas
Prefiera un siervo infiel que les dé leyes.

Y no aleguen á Séneca las damas,
Ni á Marcial, si tal vez por travesura
No fisgan de sentencias y epigramas.

Y esto de introducir una figura
Que á solas hable con tardanza inmensa,
¿No es falta de invencion y aun de cordura?

Dirán que así nos dice lo que piensa
Y lo que determina allá en su mente;
(*A mi entender*) ridícula defensa.

¿No es fácil de inventar un confidente,
A quien descubra el otro del abismo
Del alma lo que duda ó lo que siente?

Soliloquio es hablar consigo mismo;
Pero, aunque no conversen dos, burlona
Quiso Grecia llamarle dialogismo.

¿Quién no se burlará de una persona
Que, sin oyente, sobre algun suceso
En forma de diálogo razona?

El de Fedria por Tais fue un rapto expreso;
Mas los de Plauto en su comedia vieja
¿Quién los escucha que no pierda el seso?

Si airado un padre forma llanto ó queja,
No para provocar el pueblo á risa
Le interrumpa el plebeyo que graceja:

Que si nuestra piedad, por tan precisa
Obligacion socorre al afligido,
Como Naturaleza nos lo avisa;

¿Quién hay tan falto de comun sentido,
Que por gusto de un chiste y de un apodo,
Ver quiera un noble afecto escarnecido?

«Haz en fin que el lugar, el tiempo, el modo
»Guarden su propiedad, porque una parte
»Que tuerza de esta ley, destruye al todo.»

Este precepto asaz desobligarte
De otros muchos podrá, con que prudente
(*Y aun pesada tal vez*) nos cansa el arte.

Pero ningun poema tuyo intente,
Luego como se copie ó se concluya,
A la pública luz salir reciente.

¿No le diste tú el ser? ¿No es obra tuya?
Pues espere á que en ti aquel amor tierno
De la propia invencion se disminuya.

Severa ley; mas hizola el gobierno
Sagaz, para entibiar al apetito
Del anciano Parnaso y del moderno:

Es la lima el mas noble requisito:
Y así, no peligrando la sustancia
Del verso deliciosamente escrito;

Refórmele su pródiga elegancia
Como el gran Venusino lo dispuso,
(*Por mas que á sus secuaces la ignorancia,*

*Quando ciñes lo ocioso, y lo difuso
 Para dejarlo adelgazado y breve,
 Diga que formas de una lanza un huso):
 Que aun limado con arte, es bien que pruebe
 A pasar por las dudas y opiniones
 Que el cuidado segundo al honor mueve.
 Bórralo con crueldad, no te perdones;
 Pues con gozo has de ver cuanto mas vale
 Lo que durmió en los pròvidos borrones.*

ARGENSOLA, (D. L.)

SÁTIRAS.

Preceptos del género.

DESDEÑANDO valerse de artificio

La sátira, maligna en la apariencia,

Sana de corazón, persigue al vicio;

Por vengar la virtud y la inocencia:

Ya su enérgico tono, grave, austero

Muestra un censor severo;

Ya su rápido curso, su vehemencia

El fuego que respira,

Su indócil impaciencia

El impetu descubren de la ira;

Ya en fin, sagaz, su cólera ocultando,

Las finas armas del ingenio emplea;

Y al vicio vil la máscara arrancando,

Burlándose *festiva* se recrea.....

Mas ora en fácil fuego

Gracia, donaire y libertad ostente

Ora grave corrija, ora indignada

Del corazón anuncie el noble fuego;

De puro celo armada

Muestre siempre la sátira modesta

Su pecho generoso,

Y al vicio acuse, pero no al vicioso. = M. DE LA R.

Contra los malos escritores.

No mas, no mas callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.

No censures mi intento, ó Lelio amigo,
Pues sabes cuánto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.

Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras que mil dias ha que apaño

He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.

Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.

He de seguir la senda de los raros:
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.

Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.

Guerra declaro á todo monigote;
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos
Que ya he advertido, que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.

En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebató,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.

¿Quiéres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?

¿Siempre he de oír no mas? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?

Tambien yo soy al uso literato,
Y se decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.

Bien sabes que imprimí unas conclusiones
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.

Sabes con cuánto afán busco y aprecio
Un libro de impresion Elzeviriana,
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.

Tambien el árbol quise hacer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenia vaso, nitro y gana.

Voy á la biblioteca: allí procuro
Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.

Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fue grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarchk el Romo.

Y allego de noticias un armario,

Que pudieran muy bien segun su casta
Aumentar el *Mercurio literario*.

Hablo francés aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.

Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriba* hallarse un *apanage*
Bien entendido que al discreto ofenda.

Batir en ruina es célebre *pasaje*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal potaje.

¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me crees, dices? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?

Tienes, Lelio, razon: de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio
Y huyo con gran cuidado de su abismo.

La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia mas osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.

Y si acaso otra pluma mas dichosa
En docto escrito deleitando instruye
Se le exalta la bilis envidiosa.

Y en fornido volúmen, que construye
Empuñando por pluma un varapalo
Le acribilla, le abrasa, le destruye.

Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo,

En todo lo demas camina á oscuras,
Y el asunto le olvida ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.

Su ciencia solo estriba en lo que ofende;
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas

No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.

Fijanse en las esquinas cartelones

Que al poste mas mazizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.

Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel azafranado
Da del libro magnífico diseño.

Atiza la gaceta por su lado ;
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.

Caen en la tentacion los animales ,
Y aun los que no lo son , porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.

Pero ¡oh dolor! mis ojos no lo vean :
Al leer del fróntis el renglon postrero
La esperanza y el gusto ya flaquean.

Marin , Sanz ó Muñoz son mal agüero ,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro civil y chapucero.

Crecen á cada paso las mohinas
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.

Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pie y medio , que al Mecenaz
Le dan , en vez de incienso , coscorriones.

Todo prólogo entona cantilenas ,
En que el autor se dice gran supuesto ,
Y bachiller por Lugo ó por Atenas.

No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable ,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.

Yo lo fio , copiante perdurable ,
Que de ajenos andrajos mal zurzidos
Forman un libro ingerto en porra ó sable ;

Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea ,
Nos apestas el alma y los sentidos.

El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana ,
Que leo enteras sin saber que lea.

No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse , y en las voces
Derehiques la frase castellana.

¿ Por qué nos das tormentos tan atroces
Habla , bribon , con menos retornelos ,
A paso llano y sin vocales coces.

Habla como han hablado tus abuelos ,

Sin hacer profesion de boquilobo,
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

Perdona, Lelio, el descortés arrobo:
Que en llegando á este punto no soy mio,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.

Déjame lamentar el desvario
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.

Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Belloso Geta, ó rústico Numida.

¡Y á estos respeta el Tajo! A estos venera
Manzanares y humilde los adora!
¡O ley del barbarismo ágría y severa!

Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
Cuáles son los implícitos escribas,
Contra quienes mi pluma se acalora.

Yo te daré noticias positivas,
Cuando hablen *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como cribas.

Mas claro que cincuenta papagayos
Dirá su nombre mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.

¿La frente arrugas? ¿tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras te suplico.

Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos, ni berracos.

Solo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.

Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente.

A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especia fina.

De este modo han escrito otros mas duchos
Satirica de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.

En sus versos Lucilio no perdona
Al consul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.

Ni Lelio adusto, ni Escipion severo

Del poeta se ofenden, aunque maje
A Metelo y á Lupo en su mortero.

Cualquiera sabe bien, aunque sea paje,
Que Horacio con su pelo y con su lana
Satiriza el pazguato y el bardaje.

Y entre otros á quien zurra la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.

Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes:

El que pintaba al Rin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus concetos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrentados.

Juvenal su labor así comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.

No solo la Teseйда le es muy dura,
A Télefo y á Oreste spiritado
Tambien á puros golpes los madura.

Con esto á sus autores hunde un lado
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Maton el abogado.

Con libertad, en fin, pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.

Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.

Cervantes, el divino viagero,
El que se fué al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su arnero,

Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.

De Arbolanches descubre el jenio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.

Sigue el pastor de Iberia, autor nefando,
Y el que escribió la picara Justina,
Capellan lego del contrario bando.

Y si este libro tanto se acrimina,

¿Qué haria si al *Alfonso* áspero y duro
Le pillase esta musa censorina?

Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satirico conjuro,

Aunque implicitamente y sin que pueda
Discernir por la bulla y mezcolanza,
Cuál es *Garcilanita* ó *Timoneda*,

Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza;

Cernicalos que son lagartigeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.

Cesen ya, *Lelio*, pues, tus displicencias,
Y, á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias,

Y excusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ellos los pulgares.

Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.

No por eso mi genio liso y franco
se empleará tan solo en la censura
Del escritor que cree cojo ó manco.

Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura;

Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.

Pero ¡oh cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre!

Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre, no á la fama.

Y así no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre mas sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible;
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.

Dias ha que con ceño nada escaso

Hubiera desahogado el entresijo
 De las fatigas tétricas que paso ,
 Si tú en tus cobardías siempre fijo
 No hubieras conseguido reportarme ;
 Pero ya se fué , amigo , quien lo dijo.
 De aquí adelante pienso desquitarme ,
 Tengo de hablar y caiga el que cayere ;
 Y en vano es detenerme y predicarme.
 Y si acaso tú ó otro me dijere ,
 Que soy semipagano , y corta pala ,
 Y que este empeño mas persona quiere ;
 Sabe , Lelio , que en esta cata y cala
 La furia que me impele , y que me ciega ,
 Es la que el desempeño mas señala ;
 Que aunque es mi musa principiante y lega
 Para escribir contra hombres tan perversos ,
 Si la naturaleza me lo niega ,
 La misma indignacion me hará hacer versos.

JORGE PITILLA

A Ernesto.

Quis tam patiens ut seneat se?—JUVENAL.

DÉJAME , Ernesto , déjame que llore
 Los fieros males de mi patria , deja
 Que su ruina y perdicion lamente ,
 Y si no quieres que en el centro obscuro
 De esta prision la pena me consuma ,
 Déjame al menos que levante el grito
 Contra el desórden : deja que á la tinta
 Mezclando hiel y acíbar , siga indócil
 Mi pluma el vuelo del Bufon de Aquino.
 ; Oh ! cuánto rostro veo á mi censura
 De palidez y de rubor cubierto !
 Animo , amigos , nadie tema , nadie
 Su punzante aguijon que yo persigo
 En mi sátira al vicio no al vicioso.
 ; Y qué querrá decir , que en algun verso
 Encrespada la bilis tire un rasgo ,
 Que el vulgo crea que señala á Alcinda ;
 La que olvidando su orgullosa suerte ,
 Baja vestida al Prado , cual debiera
 Una maja con trueno y rascamoño ,

Alta la ropa, erguida la caramba,
 Cubierta de un cendal mas trasparente
 Que su intencion, á ojeadas y meneos
 La turba de los tontos concitando?
 ¿Podrá sentir que un dedo malicioso
 Apuntando este verso la señale?
 Ya la notariad es el mas noble
 Atributo del vicio, y nuestras Julias
 Mas que el ser malas, quieren parecerlo.
 Hubo un tiempo en que andaba la modestia
 Dorando los delitos; hubo un tiempo
 En que el recato tímido cubria
 La fealdad del vicio: pero huyóse
 El pudor á vivir en las cabañas.
 Con él huyeron los dichosos dias
 Que ya no volverán: huyó aquel siglo
 En que aun las necias burlas de un marido
 Las bascuñas crédulas tragaban:
 Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
 Con ruedas de molino. Triunfa, gasta,
 Pasa saltando las eternas noches
 Del crudo Enero, y cuando el sol tardío
 Rompe el Oriente, admírala golpeando,
 Cual si fuese una estraña el propio quicio:
 Entra barriendo con la undosa falda
 La alfombra, aquí y allí cintas y plumas
 Del enorme tocado, siembra y sigue
 Con débil paso soñolienta y mustia,
 Yendo aun Fabio de su mano asido
 Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
 Ronca el cornudo y sueña que es dichoso.
 Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
 Eructo le perturban. A su hora
 Despierta el necio: silencioso deja
 La profanada holanda, y guarda atento
 A su asesina el sueño mal seguro.
 ¡Cuántas, ó Alcinda, á la coyunda uncidas,
 Tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo
 Buscan el yugo por lograr tu suerte!
 Y sin que invoquen la razon, ni pese
 Su corazon los méritos de novio,
 El sí pronuncian y la mano alargan
 Al primero que llega. ¡Qué de males
 Esta maldita ceguedad no aborta!
 Veo apagadas las nupciales teas

Por la discordia con infame soplo
 Al pie del mismo altar ; y en el tumulto ,
 Brindis y vivas con la tornaboda
 Una indiscreta lágrima predice
 Guerras y oprobios á los mas unidos.
 Veo por mano temeraria roto
 El velo conyugal , y que corriendo
 Con la imprudente frente levantada ,
 Va el adulterio de una casa en otra :
 Zumba , festeja , rie , y descarado
 Canta sus triunfos, que tal vez celebra
 Un necio esposo , y tal el hombre honrado
 Hieren con dardo penetrante el pecho ,
 Su vida abrevian , y en la negra tumba
 Su error , su afrenta y su despecho esconde.
 ¡ O viles almas ! ¡ oh virtud ! ¡ oh leyes !
 ¡ O pundonor mortífero ! ¿ Qué causa
 Te hizo fiar á guardas tan infieles
 Tan preciado tesoro ? ¿ Quién , ó Témis ,
 Tu brazo sobornó ? ¡ Le mueves cruda
 Contra la débil huérfana del hambre
 Y del oro acosada , ó del halago ,
 La seducción y al tierno amor rendida ;
 La espías, la deshonoras, la condenas
 A incierta y dura reclusion ; y en tanto
 Ves, indolente, en los dorados techos
 Cobijado el desórden, ó le sufres
 Salir en triunfo por las anchas calles,
 La virtud y el honor escarneciendo !
 ¡ O infamia ! ¡ ó siglo ! ¡ ó corrupcion ! Matronas
 Castellanas, ¿ quién pudo vuestro claro
 Pundonor eclipsar ? ¿ quién de Lucrecias
 En Lais os volvió ? ¿ Ni el proceloso
 Occéano, ni lleno de peligros
 El Lilibeo, ni las árduas cumbres
 Del Pirene pudieron guareceros
 Del contagio fatal ? Zarpa preñada
 De oro la nao gaditana, aporta
 A las orillas gálicas, y vuelve
 Llena de objetos fútiles y vanos ;
 Y entre los signos de extranjera pompa
 Ponzoña esconde y corrupcion, compradas
 Con el sudor de las iberas frentes ;
 Y tú, misera España, tú la esperas
 Sobre la playa, y con afan recoges

La pestilente carga, y la repartes
 Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
 Gasas y cintas, flores y penachos
 Te trae en cambio de la sangre tuya:
 De tu sangre ¡ó baldon! y acaso, acaso
 De tu virtud y honestidad. Repara
 Cuál la liviana juventud los busca.
 Mira cuál va con ellos engreida
 La impudente doncella. ¡Su cabeza,
 Cual nave real en triunfo, empavesada,
 Vana presenta del Favonio al soplo
 La mies de plumas y de airones, y anda
 Loca buscando en la lisonja el premio
 De su indiscreto afan! ¡Ay triste! guarte,
 Guarte que está cercano el precipicio.
 El astuto amador ya en asechanza
 Te atisba, y sigue con lascivos ojos.
 La adulacion y la caricia el lazo
 Te van á armar, do caerás incauta,
 En él tu oprobio y perdicion hallando.
 ¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
 Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
 Será y estéril tu arrepentimiento!
 Ya ni el rio Brasil, ni las cavernas
 Del nunca exhausto Potosí no bastan
 A saciar el hidrópico deseo,
 La ansiosa sed de vanidad y pompa
 Todo lo agota. Cuesta un sombrerillo
 Lo que antes un estado, y se consume
 En un festin la dote de una infanta.
 Todo lo tragan. La riqueza unida
 Va á la diligencia, pide y pordiosea
 El noble, engaña, empeña, malbarata,
 Quiebra y perece; y el logrero goza
 Los pingües patrimonios, premio un dia
 Del generoso afan de altos abuelos.
 ¡O ultraje! ¡Oh mengua! ¡todo se trafica!
 Parentesco, amistad, favor, influjo
 Y hasta el honor, depósito sagrado,
 O se vende ó se compra. Y tú, belleza,
 Don el mas grato que dió al hombre el cielo,
 No eres ya premio del valor, ni paga
 Del peregrino ingenio. La florida
 Juventud, la ternura, el sentimiento
 Del constante amador, ya no te alcanza.

Ya ni te das el corazon, ni sabes
 De él recibir adoracion y ofrendas,
 Ríndese al oro. La vejez hedionda,
 La sucia palidez, la faz adusta,
 Fiera y terrible, con igual derecho
 Viene sin susto á negociar contigo.
 Dáste al barato, y tu rosada frente,
 Tus suaves besos, y tus dulces brazos
 Corona un tiempo del amor mas puro,
 Son ya una vil y torpe mercancía.

JOVELLANOS.

LETRILLAS.

I.

*Poderoso caballero**Es don dinero.*

Madre, yo al oro me humillo,
 El es mi amante y mi amado;
 Pues de puro enamorado
 De continuo anda amarillo:
 Que pues doblon ó sencillo,
 Hace todo cuanto quiero;
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Nace en las Indias honrado
 Donde el mundo le acompaña,
 Viene á morir en España,
 Y es en Génova enterrado:
 Y pues quien le trae al lado
 Es hermoso aunque sea fiero,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Es galan y es como un oro,
 Tiene quebrado el color,
 Persona de gran valor,
 Tan cristiano como moro:
 Pues que da y quita el decoro
 Y quebranta cualquier fuero;
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Son sus padres principales,
 Y es de nobles descendiente,
 Porque en las venas de Oriente
 Todas las sangres son reales:
 Y pues es quien hace iguales
 Al duque y al ganadero;
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

¿Mas á quién no maravilla,
 Ver en su gloria sin tasa

Que es lo menos de su casa
 Doña Blanca de Castilla?
 Pero pues da al bajo silla,
 Y al cobarde hace guerrero,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Sus escudos de armas nobles
 Son siempre tan principales,
 Que sin sus escudos reales
 No hay escudos de armas dobles:
 Y pues á los mismos robles
 Da codicia su minero,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Por importar en los tratos,
 Y dar tan buenos consejos,
 En las casas de los viejos
 Gatos le guardan de gatos:
 Y pues él rompe recatos
 Y ablanda al juez severo,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Y es tanta su majestad,
 Aunque son sus duelos hartos,
 Que con haberle hecho cuartos
 No pierde su autoridad:
 Pero pues da calidad
 Al noble y al pordiosero,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Mas valen en cualquier tierra,
 Mirad si es harto sagaz,
 Sus escudos en la paz,
 Que rodela en la guerra:
 Y pues al pobre le entierra
 Y hace propio al forastero,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.=QUEVEDO.

II.

*Ande yo caliente,
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente,
Y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
El principe mil cuidados
Como pildoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador rebiente,
Y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas

Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en horabuena
El mercader nuevos soles
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y riase la gente.

Pues amor es tan cruel
Que de Piramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él:
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y riase la gente.=GÓNGORA.

III.

¿Ves aquel señor graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que némine discrepante
Fue en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.

¿Ves servido un señoron
De pajes en real carroza,
Que un rico titulo goza
Porque acertó á ser baron?
Pues con su casa, blason,
Titulo, coche y cochero,
Es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonando
Que tiene el cuero cosido

De heridas que ha recibido
Allá en Flandes batallando?
Pues con su escuadron, su man-
Su honor, heridas, acero, (do,
Es un grande majadero.

¿Ves aquel paternidad
Tan grande y tan reverendo,
Que en prior le está eligiendo
Toda su comunidad?

Pues con su gran dignidad,
Tan sério, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,

Es un grande majadero.
 ¿Ves al que esta satirilla
 Escribe con tal denuédo,
 Que no cede ni á Quevedo

Ni á otro ninguno en Castilla?
 Pues con su vena, letrilla,
 Pluma, papel y tintero,
 Es mucho mas majadero.

IGLESIAS.

IV.

Tú que no sabes
 Me das lecciones?
 Déjalo, Fabio,
 No te incomodes.

Porque de niño
 Gozo aun los dotes,
 Dices que cante
 Dulces amores.

Mas ¡ay! qué poco
 Mi humor conoces,

Acedo y lleno
 De indigestiones!
 Déjalo, Fabio,
 No te incomodes.

Dices que trate
 Gentes de corte
 Que me enriquezcan

De ideas nobles:
 Cuando aturridos
 De uno á otro coche,

Corre, ve y diles
 Son sus pensiones:
 Déjalo, Fabio,
 No te incomodes.

Dices no admito
 Los ricos dones

Que hacerme quieren
 Grandes señores;

Yo sé que al aire
 Nadie da golpes,

Y lo que tengo
 Creo me sobre:

Déjalo, Fabio,
 No te incomodes.

Diz que el estudio
 Con sus tesones,

Mi tez de rosa
 Fuerza es que robe.

Si tan bonito

Soy, que me arropen,
 Sin que al sol vea,

Dentro de un cofre;
 Déjalo, Fabio,

No te incomodes.

Dices y dicen:
 (Dios os perdone!)

Que tengo en suma
 Duro el cogote:

Si fuese estatua

Yo en él con goznes

Fuera defecto;

Pero acabóse:

Déjalo, Fabio,

No te incomodes.=EL MISMO.

EPÍGRAMAS.

Preceptos del género.

Mas al festivo ingenio daba solo
 El sutil epigrama su agudeza:
 Un leve pensamiento,
 Una voz, un equivoco le basta
 Para lucir su gracia y su viveza,
 Y cual rápida abeja vuela, hierre,
 Clava el fino agujon, y al punto muere.—M. DE LA R.

(DE LOPE DE VEGA)

I.

Yace un astrólogo aquí
 Que á todos pronosticaba,
 Y que jamás acertaba
 A pronosticarse á sí.
 De una coz y mil molestias
 Matole una mula un dia,
 Que entiende la astrología
 Al cielo, mas no á las bestias.

=

II.

Doña Madama Roanza
 Tan alta y flaca vivia
 Que mandó su señoría
 Enterrarse en una lanza;
 Y aun hubo dificultad
 Porque lo alto faltó,
 Y de lo ancho sobró
 La mitad de la mitad.

=

(DE ARGENSOLA D. B.)

III.

Cuatro dientes te quedaron
 Si bien me acuerdo; mas dos,
 Julia, de una tos volaron;
 Los otros dos de otra tos:
 Seguramente toser
 Puedes ya todos los dias,
 Pues no tienen tus encias
 La tercera tos que hacer.

=

(DE SALINAS.)

IV.

Dices, Ana, que no es nada
 Lo que á pedir te comides;
 Ana, si nada me pides,
 Tambien yo te niego nada.

=

V.

Quiero á Sexto confesar
 Que de ninguno es deudor,
 Pues solo debe en rigor
 Aquel que puede pagar.

:

(DE IGLESIAS.)

VI.

Yo ví en París un peinado
De tanta sublimidad,
Que llegó á hacer vecindad
Con el ala de un tejado.
Dos gatos que allí reñían
Luego que el peinado vieron,
A reñir sobre él se fueron
Y abajo no los sentían.

=

VII.

Hablando de cierta historia
A un necio se preguntó;
¿Te acuerdas tú? y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento,
Haz tambien entendimiento
Que te costará lo mismo.

=

VIII.

Al andaluz mas valiente
De todos los andaluces,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruces.
Cierta noche á la una dada
En el conejal hallé;
Me miró, yo le miré
Y... fuése sin decir nada.

=

IX.

Ayer un mendigo viendo
Junto á un templo un coronel
A pedirle fué corriendo,
Y le importunó diciendo
Rogaría á Dios por él.
Dióle un real que tuvo allí
El gefe, y le dijo así:
Con linda flema te vienes;
Ten, y ruega á Dios por tí
Que mas necesidad tienes.

=

(DE MORATIN D. N.)

X.

Ayer convidé á Torcuato,
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
dos gazapillos y un pato;
Doile vino y respondió:
Tomadlo por vuestra vida,
Que hasta mitad de comida
No acostumbro á beber yo.

=

XI.

Admiróse un portugués
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supiesen hablar francés;
Arte diabólica es,
Dijo torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal,
Llega á viejo y lo habla mal
Y aquí lo parla un muchacho.

=

XII.

Anda, que con un indiano
Se casa Marica Perez,
Pero es indiano que va
Que no en indiano que viene.

=

XIII.

De imposibles Santa Rita
Es abogada; y Filena
Con devocion muy contrita,
Reza á la Santa bendita
A fin de que la haga buena.

=

(DE MORATIN D. L.)

XIV.

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera,
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustasen á tí.

(DE FORNER.)

XV.

No dudo, Gil, que eres sabio
Y que en tu cabeza hueca,
Se hospeda una biblioteca
Y un calepino en tu labio.
De confesarlo no huyo,
Pero aquestos lucimientos
Son de otros entendimientos:
Sepamos cuál es el tuyo.

=

XVI.

Que siempre lastime y hiera
Mi estilo en prosa y en verso
Culpas, Lupo; mas, espera,
Si tú no fueras perverso,
Dí ¿satirico yo fuera?
Hablar bien de su codicia,
Disolucion y malicia
Fuera calumnia mortal:
Hablar mal del que obra mal,
Lupo, es hacerle justicia.

=

XVII.

Murió Espurco el avariento
Y aun en la muerte mezquino,
A un su mismo sobrino
Dejó el tesoro opulento.
La muerte misma quedó
Vencida en ardid tan raro;
Pudo extinguir el avaro
Pero la avaricia no.

=

(DE SALAS.)

A un pretendiente.

XVIII.

Aquí yace sepultada
De un pretendiente prolijo
La esperanza mas osada;
O César, ó nada, dijo,
Y se salió con ser nada.

=

A un mal escritor.

XIX.

Aquí yace Viador
El que nos hizo creer
Que era un sabio, y en rigor
Se metió luego á escritor,
Y lo echó todo á perder.

=

A un correo.

XX.

Aguanta, sufre y espera,
Que al fin te habrán de premiar,
Pues no te podrán negar
Que eres hombre de carrera.

=

A un barrendero montañes.

XXI.

Dios contigo generoso
Todo te lo ha concedido,
Cristiano viejo, nobleza,
Y barrendero de oficio.

=

Epitafio á un pródigo.

XXII.

Aquí yace aquel que hubo
Gran familia, gran boato,
Gran mesa, y hasta las deudas
Mas grandes que sus estados.

FÁBULAS Ó APÓLOGOS.

Preceptos del género.

BREVE, sencillo, fácil, inocente,
De graciosas ficciones adornado
El *apólogo* instruye dulcemente:
Cual si solo aspirase al leve agrado
De la razon oculta el tono grave;
Al bruto, al pez, al ave,
Al ser inanimado
Les presta nuestra voz, nuestras pasiones;
Y al hombre da, sin lastimar su orgullo
De la razon las útiles lecciones.

Para encubrir su cándido artificio
Finje una accion sencilla, interesante;
Con breve narracion, propia y amena,
Pinta el lugar, la escena;
Retrata con vivisimos colores
El genio y situacion de los actores:
Y en un drama pueril, fácil y grato
Nos ofrece sagaz nuestro retrato.

SR. M. DE LA R.

DE IRIARTE.—LITERARIAS.

El pedernal y el eslabon.

Al eslabon de cruel
Trató el pedernal un dia,
Porque á menudo le heria
Para sacar chispas de él.
Riñendo este con aquel
Al separarse los dos,
Quedaos, dijo, con Dios,
¿Valeis algo vos sin mí?
Y el otro responde: sí,

Lo que sin mí valeis vos.
Este ejemplo material
Todo escritor considere,
Que el largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbre el pedernal
Sin auxilio de eslabon;
Ni hay buena disposicion
Que luzca faltando el arte;
Si obra cada cual aparte
Ambos inútiles son.

El jardinero y su amo.

En un jardin de flores
Habia una gran fuente,
Cuyo pilon servia
De estanque á carpas, tencas y otros peces.

Unicamente al riego
El jardinero atiende,
De modo que entre tanto
Los peces agua en que vivir no tienen.

Viendo tal desgobierno,
Su amo le reprende;
Pues aunque quiere flores,
Regalarse con peces tan bien quiere.

Y el rudo jardinero
Tan puntual le obedece,
Que las plantas no riega
Para que el agua del pilon no merme.

Al cabo de algun tiempo
El amo al jardin vuelve,
Halla secas las flores;
Y amostazado dice de esta suerte:
Hombre, no riegues tanto
Que me quede sin peces;
Ni cuides tanto de ellos
Que sin flores, gran bárbaro, me dejes.

La máxima es trillada,
Mas repetirse debe;
*No escriba quien no sepa
Unir la utilidad con el deleite.*

La ardilla y el caballo.

MIRANDO estaba una ardilla
A un generoso alazan,
Que dócil á espuela y rienda
Se adestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:

Señor mio,
De este brio,
Ligereza,
Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer y acaso mas:

Yo soy viva,
Soy activa;
Me meneo,
Me paseo,
Yo trabajo
Subo y bajo.

No me estoy quieta jamás.

El paso detiene entonces.
El buen potro y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la ardilla da:

Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?

Yo me afano;
Mas no en vano.
Sé mi oficio;
Y en servicio
De mi dueño,
Tengo empeño
De lucir mi habilidad,
Con que algunos escritores
Ardillas tambien serán,
*Si en obras frivolas gastan
Todo el calor natural.*

La abeja y el cuclillo.

Saliendo del colmenar
Dijo al cuclillo la abeja:
Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.

No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú y mas cucú,
Y siempre una misma cosa.

¿Te cansa mi canto igual?
(El cuclillo respondió:)
Pues á fé que no hallo yo
Variedad en tu panal:

Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento
En tí es viejisimo todo.

A esto la abeja replica:
En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que mas perjudica;
Pero en obra destinada
Solo al gusto y diversion,
*Si no es vária la invencion,
Todo lo demas es nada.*

El oso, la mona y el cerdo.

UN oso con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,
Dijo á una mona: ¿qué tal?
Era perita la mona
Y respondióle, muy mal.

Yo creo respondió el oso,
Que me haces poco favor.
Pues qué mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?

Estaba el cerdo presente,
Y dijo: bravo ¡bien va!

Bailarin mas excelente,
No se ha visto, ni verá.

Echó el oso al oír esto
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto
Hubo de exclamar así:

Cuando me desaprobaba
La mona, llegué á dudar;
Mas ya que el cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.

Guarda para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, malo!
Si el necio aplaude, peor!

La lechuza.

COBARDES SON y traidores,
Ciertos críticos que esperan,
Para impugnar, á que mueran
Los infelices autores,
Porque vivos respondieran.

Un breve caso á este intento
Contaba una abuela mia.
Diz que un dia en un convento
Entró una lechuza.... miento;
Que no debió ser un dia.

Fue, sin duda, estando el sol
Ya muy lejos del ocaso....
Ella, en fin, se encontró al paso
Una lámpara ó farol,
(Que es lo mismo para el caso):

Y volviendo la trasera,
Exclamó de esta manera:
Lámpara, ¡con qué deleite
Te chupára yo el aceite,
Si tu luz no me ofendiera!
Mas ya que ahora no puedo,

Porque estás bien atizada,
Si otra vez te hallo apagada,
Sabré, perdiéndote el miedo,
Darme una buena panzada.

Aunque renieguen de mi
Los críticos de que trato,
Para darles un mal rato,
En otra fábula aquí
Tengo de hacer un retrato.

Estando, pues, un trapero
Revolviendo un basurero,
Ladrábanle (como suelen
Cuando á tales hombres huelen)
Dos parientes del Cerbero.

Y dijoles un lebrel:
Dejad á ese perillan;
Que sabe quitar la piel (can,
Cuando encuentra muerto un
Y cuando vivo huye de él.

La avutarda.

De sus hijos la torpe avutarda
 El pesado volar conocia,
 Deseando sacar una cria
 Mas ligera, aunque fuese bastarda.

A este fin muchos huevos robados
 De alcotan, de gilguero y paloma,
 De perdiz, y de tórtola toma,
 Y en su nido los guarda mezclados.

Largo tiempo se estuvo sobre ellos:
 Y aunque hueros salieron bastantes,
 Produjeron por fin los restantes
 Varias castas de pájaros bellos.

La avutarda mil aves convida
 Por lucirlo con cria tan nueva:
 Sus polluelos cada ave se lleva;
 Y hete aquí la avutarda lucida.

Los que andais empollando obras de otros,
 Sacad, pues, á volar vuestra cria.
 Ya dirá cada autor: esta es mia;
 Y veremos que os queda á vosotros.

El gato, el lagarto y el grillo.

Ello es que hay animales muy científicos
 En curarse con varios específicos,
 Y en conservar su construccion orgánica
 Como hábiles que son en la botánica;
 Pues conocen las yerbas diuréticas,
 Catárticas, narcóticas, eméticas,
 Febrífugas, estípticas, prolíficas,
 Cefálicas tambien, y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico
 Un gato, pedantísimo retórico,
 Que hablaba en un estilo tan enfático
 Como el mas estirado catedrático.
 Yendo á caza de plantas salutíferas,
 Dijo á un lagarto: ¡Qué ansias tan mortíferas!
 Quiero, por mis turgencias semi-hidrópicas,
 Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas*.

Atónito el lagarto con lo exótico
 De todo aquel preámbulo estrambótico,

No entendió mas la frase macarrónica
 Que si le hablasen lengua babilónica.
 Pero notó que el charlatan ridículo
 De hojas de girasol llenó el ventrículo;
 Y le dijo: ya, en fin, señor hidrópico,
 He entendido lo que es zumo *heliotrópico*.
 ¡Y no es bueno que un grillo, oyendo el diálogo,
 Aunque se fue en ayúnas del catálogo
 De términos tan raros y magníficos,
 Hizo del gato elogios honoríficos!
 Si; que hay quien tiene la hinchazon por mérito,
 Y el hablar liso y llano, por demérito.
 Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
 Cláusulas, y metáforas diabólicas,
 De retumbantes voces el depósito
 Apuran, aunque salga un despropósito,
 Caiga sobre su estilo problemático
 Este apólogo esdrújulo-enigmático.

Los huevos.

MAS allá de las Islas Filipinas
 Hay una que no sé cómo se llama,
 Ni me importa saberlo, donde es fama
 Que jamás hubo casta de gallinas,
 Hasta que allá un viajero
 Llevó por accidente un gallinero.
 Al fin fue tal la cria, que ya el plato
 Mas comun y barato
 Era de huevos frescos; pero todos
 Los pasaban por agua (que el viajante
 No enseñó á componerlos de otros modos.)

Luego de aquella tierra un habitante
 Introdujo el comerlos estrellados
 ¡O qué elogios se oyeron á porfia
 De su rara y fecunda fantasía!
 Otro discurre hacerlos escalfados.....
 ¡Pensamiento feliz!..... otro, rellenos.....
 ¡Ahora sí que están los huevos buenos!
 Uno despues inventa la tortilla;
 Y todos claman ya: ¡qué maravilla!
 No bien se pasó un año,
 Cuando otro dijo: sois unos petates;
 Yo los haré revueltos con tomates:

Y aquel guiso de huevos tan extraño
 Con que toda la isla se alborota,
 Hubiera estado largo tiempo en uso,
 A no ser porque luego los compuso
 Un famoso extranjero á la *Hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros:
 Pero ¡qué condimentos delicados
 No añadieron despues los reposteros!
 Moles, dobles, hilados,
 En caramelo, en leche,
 En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores
 Y los últimos huevos los mejores.
 Mas un prudente anciano
 Les dijo un dia: presumís en vano
 De esas composiciones peregrinas.

¡Gracias al que nos trajo las gallinas!
 ¡Tantos autores nuevos
 No se pudieran ir á guisar huevos
 Mas allá de las Islas Filipinas?

El gusano de seda y la araña.

Trabajando un gusano su capullo,
 La araña, que tejía á toda prisa,
 De esta suerte le habló con falsa risa,
 Muy propia de su orgullo:
 ¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
 Esta mañana la empecé temprano,
 Y ya estará acabada á mediodía.
 Mire qué sutil es, mire qué bella.....
 El gusano con sorna respondia,
 V. tiene razon: así sale ella.

DE SAMANIEGO.—MORALES.

El poeta y la rosa.

UNA fresca mañana
 En el florido campo,
 Un poeta buscaba
 Las delicias de mayo:
 Al peso de las flores
 Se inclinaban los ramos
 Como para ofrecerse
 Al huésped solitario.
 Una rosa lozana,
 Movida al aire blando,
 Le llama, y él se acerca;
 La toma y dice ufano:
 «Quiero rosa que vayas
 No mas que por un rato
 A que la hermosa Clori
 Te reciba en su mano:
 Mas no, no, pobrecita,
 Que si vas á su lado
 Tendrás de su hermosura
 Unos celos amargos:
 Tu suave fragancia,
 Tu color delicado,

El verdor de tus hojas,
 Y tus pimpollos caros,
 Entre estas florecillas
 Pueden ser alabados;
 Mas junto á Clori bella
 Es locura pensarlo:
 Marchita, cabizbaja
 Te irias deshojando
 Hasta parar tu vida
 En un desnudo cabo.»
 La rosa que hasta entonces
 No despegó sus lábios,
 Le dijo resentida:
 «Poeta chavacano,
 Cuando á un héroe quieras
 Coronar con el lauro,
Del jardin de sus hechos
Has de cortar los ramos:
 Por labrar su corona
 No es justo que tus manos
 Desnuden otras sienes, (naron.
 Que la virtud y el mérito ador-

La paloma.

UN pozo pintado vió
 Una paloma sedienta:
 Tiróse á él tan violenta,
 Que contra la tabla dió.
 Del golpe al suelo cayó,

Y allí muere de contado.
 De su apetito guiado
 Por no consultar al juicio,
Asi vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.

El caballo y el ciervo.

PERSEGUIA un caballo vengativo
 A un ciervo que le hizo leve ofensa;
 Mas hallaba segura la defensa
 En su veloz carrera el fugitivo.

El vengador, perdida la esperanza
 De alcanzarlo, y lograr así su intento,
 Al hombre le pidió su valimiento,
 Para tomar del ofensor venganza.

Consiente el hombre, y el caballo airado
 Sale con su ginete á la campaña;
 Corre con direccion, sigue con maña,
 Y queda al fin del ofensor vengado.

Muéstrase al bienhechor agradecido:
 Quiere marcharse libre de su peso;
 Mas desde entonces mismo quedó preso,
 Y eternamente al hombre sometido.

El caballo, que suelto y rozagante,
 En el frondoso bosque y prado ameno
 Su libertad gozaba tan de lleno,
 Padece sujecion desde ese instante.

Oprimido del yugo ara la tierra:
 Pasa tal vez la vida mas amarga:
 Sufre la silla, freno, espuela, carga;
 Y aguanta los horrores de la guerra.

En fin, perdió la libertad amable,
 Por vengar una ofensa solamente:
*Tales los frutos son que ciertamente
 Produce la venganza detestable.*

La cierva y la viña.

HUYENDO de enemigos cazadores
 Una cierva ligera,
 Siente ya, fatigada en la carrera,
 Mas cercanos los perros y ojeadores.
 No viendo la infeliz algun seguro
 Y vecino paraje
 De gruta ó de ramaje
 Crece su timidez, crece su apuro.
 Al fin sacando fuerzas de flaqueza
 Continúa la fuga presurosa.

Halla al paso una viña muy frondosa,
 Y en lo espeso se oculta con presteza.
 Cambia el susto y pesar en alegría,
 Viéndose en paz y á salvo en tan buen hora,
 Olvida el bien, y de su defensora,
 Los frescos verdes pámpanos comia.
 ¡Mas ay! que de esta suerte
 Quitando ella las hojas de delante,
 Abrió puerta á la flecha penetrante,
 Y el listo cazador, le dió la muerte.
 Castigó con la pena merecida
 El justo cielo á la cierva ingrata.
*¡Mas qué puede esperar el que maltrata
 Al mismo que le está dando la vida?*

El cojo y el picaron.

A un buen cojo un descortés
 Insultó atrevidamente:
 Oyólo pacientemente,
 Continuando su carrera,
 Cuando al son de la cojera
 Dijo el otro: *una, dos, tres,
 Cojo es.*
 Oyólo el cojo: aquí fue
 Donde el buen hombre perdió
 Los estribos; pues le dió
 Tanta cólera y tal ira,

Que la muleta le tira,
 Quedándose, ya se ve,
 Sobre un pié.
 Solo el no poder correr
 Para darte el escarmiento,
 Dijo el cojo, es lo que siento,
 Que este mal no me atormenta:
*Porque al hombre solo afrenta
 Lo que supo merecer,
 Padecer.*

La carambola.

PASANDO por un pueblo un maragato
 Llevaba sobre un mulo atado un gato,
 Al que un chico mostrando disimulo,
 Le asió la cola por detras del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
 Pególe al macho un arañazo horrible,
 Y herido entonces el sensible macho
 Pegó una coz y derribó al muchacho.

Es el mundo á mi ver una cadena
 Do rodando la bola,

El mal que hacemos en cabeza ajena

Refluye en nuestro mal por carambola. = SR. CAMPOAMOR.

Trabajar para su daño.

LA madre de un muchacho campesino
 Ganaba de comer hilando lino,
 Y el muchacho, grandísimo galopo,
 Le hurtaba una porcion de cada copo.
 Juntando las porciones fue tejiendo
 Un látigo tremendo
 Con la benigna idea
 De zurrar á los chicos de la aldea.
 Los ocios del amigo no eran buenos;
 La intencion por lo visto, mucho menos.
 Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
 Que hubo la madre de notar la sisa,
 Y registrando desde el piso al techo,
 El látigo encontró de hurtillos hecho.
 Cogióle furibunda
 Y al hijo dió con él tan recia tunda,
 Que á contar de las posas al cogote,
 No le dejó lugar libre de azote.
 Diciendo al batanarle de alto abajo:
 ¡Mira como te luce tu trabajo!
 A robar te llevó tu mal deseo,
 Y con el robo yo te vapuleo.
Siempre verás que el vicio
Se labra por sus manos el suplicio.

D. J. E. HARTZEMBUSCH.

ROMANCES.

Preceptos del género.

No tan leve y fugaz el amor mismo
 Dió al modesto *Romance*
 De Venus la belleza,
 De Apolo la soltura y gentileza.
 ¡Cuán plácido y suave
 Del tierno sentimiento
 El tono y blando acento
 Con su flexible voz imitar sabe!
 Ya alégrase inocente;
 Ya triste se querella;
 Ya lánguido retrata
 El tierno amor de Angélica la bella.
 Su sencillez admira y dulce encanto
 El alma embebecida,
 Mientras al fácil canto
 Su fluidez y cadencia nos convida.
 Mas antes que sencillo apareciese
 En traje pastoril cogiendo flores,
 El morisco alquicel vistió por gala,
 O cantó de Jimena los amores:
 De los siglos de gloria nos recuerda
 Los dulces galanteos,
 Las lides y combates,
 Cañas, fiestas, justas y torneos.
 Así los trovadores algun dia
 En la plaza, en la lid dieron lecciones
 De amor y bizzarria:
 Los niños, las doncellas, los ancianos
 Sus fáciles tonadas repitieron;
 Los jóvenes ufanos
 En sed de amor y gloria se encendieron. = M. DE LA R.

HISTORICOS.**Desafío del Cid.**

Non es de sesudos homes
 Ni de infazones de pró,
 Facer denuesto á un fidalgo
 Que es tenuto mas que vos.
 Non los fuertes barraganes
 Del vuestro ardid tan feroz
 Prueban en hombres ancianos
 El su juvenil furor.
 No son buenas fechorías
 Que los homes de Leon
 Fieran en el rostro á un viejo,
 Y no el pecho á un infanzon.
 Cuidárais que era mi padre,
 De Lain Calvo sucesor,
 Y que no sufren los tuertos
 Los que han de buenos blason.
 Mas ¿cómo vos atrevisteis
 A un home, que solo Dios,
 Siendo yo su fijo, puede
 Facer aquesto, otro non?
 La su noble faz ñublásteis
 Con nube de deshonor,
 Mas yo desfaré la niebla,
 Que es mi fuerza la del Sol;
 Que la sangre dispercude
 Mancha que finca en la honor,
 Y ha de ser si bien me lembro,
 Con sangre del malhechor:

La vuesa, conde tirano,
 Lo será, pues su fervor
 Os movió á desaguizado
 Privándovos de razon.
 Mano en mi padre pusisteis
 Delante el rey con furor,
 Cuidá que lo denotásteis,
 Y que soy su fijo yo.
 Mal fecho fieisteis, conde,
 Yo vos reto de traidor,
 Y catad si vos atiengo
 Si me causárais pavor.
 Diego Laynez me fizo
 Bien cendrado en un crisol,
 Probaré en vos mi fiereza
 Y en vuestra falsa intencion.
 Non vos valdrá el ardimiento
 De mañero lidiador,
 Pues para vos combatir
 Traigo mi espada y troton.—
 Aquesto al conde Lozano
 Dijo el buen Cid campeador,
 Que despues por sus fazañas
 Ese nombre mereció.
 Dióle la muerte y vengóse,
 La cabeza le cortó,
 Y con ella ante su padre
 Contento se afinó.

R. ANTIGUOS.

Doña Urraca y el Cid.

AFUERA, afuera, Rodrigo,
 El valiente castellano,
 Acordársete debiera
 De aquel buen tiempo pasado,
 Cuando fuiste caballero
 En el altar de Santiago,
 Cuando el rey fué tu padrino,
 Tú, Rodrigo, el afijado:

Mi padre te dió las armas,
 Mi madre te dió el caballo,
 Yo te calzé las espuelas
 Porque fueras mas honrado:
 Pensé de casar contigo,
 No lo quiso mi pecado,
 Casártete con Jimena,
 Fija del Conde Lozano:

Con ella hubiste dinero,
 Conmigo hubieras estado;
 Porque si la renta es buena
 Muy mejor es el estado.
 Bien casártete, Rodrigo,
 Muy mejor fueras casado:
 Dejarte fija del rey
 Por tomar la de un vasallo.—
 En oír de esto Rodrigo
 Quedó dello algo turbado;
 Con la turbación que tiene
 Esta respuesta le ha dado:
 —Si os parece, mi señora
 Bien podemos desviallo.—
 Respondióle Doña Urraca

Con rostro muy sosegado:
 —No lo mande Dios del cielo
 Que por mí se haga tal caso:
 Mi ánima penaría
 Si yo fuese en discrepallo.—
 Volvióse presto Rodrigo
 Y dijo muy angustiado:
 —Afuera, afuera, los míos,
 Los de á pie y los de á caballo,
 Pues de aquella torre mocha
 Una vira me han tirado.
 No traía el hasta el fierro,
 El corazón me ha pasado,
 Ya ningún remedio siento
 Sino vivir más penado.....

R. ANTIGUOS.

Los infantes de Lara.

YANTANDO con Almanzor
 Está Don Bustos de Lara,
 Que bien puede con los reyes
 Comer el señor de Salas.
 En Córdoba tiene el cuerpo
 Preso, y en Burgos el alma,
 Do fincan sus siete hijos
 Y su muger Doña Sancha:
 Y después de haber servido
 Mil manjares á su usanza,
 Dice el rey:—Gonzalo, amigo,
 Un costoso plato falta,—
 Respóndele el noble hidalgo
 Descubriendo honradas canas:
 —En la tu mesa, señor,
 Non puede haber mengua en
 nada,—
 En esto vino una fuente,
 Que cubria una tohalla,
 Y en ella siete cabezas,
 De aquel tronco muertas ramas.
 Mira la fuente Gonzalo,
 Y dice:—¡Ay fruta temprana!
 ¿Quién vos trasportó de Burgos
 A los campos de Arabiana?

Mas ¡ay, mis hijos! que son
 Mis preguntas excusadas,
 Que con sangre viene escrito
 Que es Rodrigo y Doña Lambra.
 ¡Quién de este plato pudiera
 Dar la mitad á mi Sancha,
 Que los mis ojos no pueden
 Cumplir con desdichas tantas!
 Si Narciso en una fuente
 Se arrojó viendo su cara,
 Yo que en tí veo siete, y tales,
 ¿Cómo no me arrojó? aguarda.
 Ya, fuente, perdiste el nombre
 En el mar de mis desgracias:
 Huye, Almanzor, no te anegue,
 Que sale de padre el agua,
 A todos lloro igualmente
 Consangre, aunque sale blanca,
 Que lágrimas de mis ojos
 Es sangre que vierte el alma,
 Leon seré, yo os prometo,
 Mis hijos, en la venganza.
 Mas ¡ay! que aunque soy leon
 Mi cautiverio es cuartana.
 ¡Ay ovejas sin pastor!

:

Que tambien murió la guarda;
Y porque los perros se harten
En Córdoba el perro guardan.
Guárdate, Almanzor, que suele

A veces morder con rabia
En la carne del señor, (via
Cuanto y mas si es quien le agra-

R. ANTIGUOS.

La campana de Huesca.

Don Ramiro de Aragon,
El rey monje que llamaban,
Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban.
Que era muy sobrado manso
Y no sabidor en armas,
Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensajero
Al monje que lo criara,
A San Ponce de Tomeras
Donde el buen abad moraba,
Porque él le diese consejo
En la bajeza en que estaba.
El mensajero se parte
Y al abad le da una carta:
El abad no le responde,
En la huerta solo entraba,
El mensajero con él
Que respuesta le demanda.
El abad lo despachó
Sin hablarle una palabra.
La respuesta que le diera
Fuera cifra bien cerrada,
Que sacando allí un cuchillo
Las ramas altas cortaba.
Despedido el mensajero
Mal contento se tornaba.
Como fué llegado al rey
Le dijera estas palabras:
—Mal recaudo os traigo, rey,
Que el monje no vos preciaba,
Ni me quiso dar respuesta,
Creo que de vos burlaba;
Entróse luego á una huerta
En leyendo vuestra carta,

Y afilando allí un cuchillo
Las ramas emparejaba.—
Oyendo aquestas razones
El rey las disimulara.
Entendió bien la respuesta
Y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las córtes
A córtes que celebraba.
Dice que hacer queria
Una solemne campana
Que se oyese por el reino
Y sonase en toda España.
Viérades de esto gran risa,
Los grandes de ello mofaban;
En esta ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban.
Llamó un dia á los señores
Y en su cámara les habla,
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.
En entrando todos ellos
Viéronse entre gente de armas,
Mandó cortar las cabezas
A los que mas del burlaban.
Quince fueron sentenciados,
A los otros perdonara;
Mandó sacar las cabezas
A los mozos de la sala;
Dijoles que eran de sus padres
Todas las que allí miraban,
Porque le tenian en poco
Y en su presencia burlaban:
Que viesen aquel ejemplo
Y ellos mojasen la barba.
Asi fué temido el monje
Con el son de esta campana.

R. ANTIGUOS.

MORISCOS.**Desafío de Tarfe.**

Si tienes el corazon,
 Zayde, como la arrogancia,
 Y á medida de las manos
 Dejas volar las palabras;
 Si en la vega escaramuzas,
 Como entre las damas hablas,
 Y en el caballo revuelves
 El cuerpo como en las zambras;
 Si el aire de los bohordos
 Tienes en jugar la lanza,
 Y como danzas la toca,
 Con la cimitarra danzas;
 Si eres tan diestro en la guerra
 Como en pasear la plaza,
 Y como á fiestas te aplicas,
 Te aplicas á la batalla:
 Si como el galan ornato,
 Usas la lucida malla,
 Y oyes el son de la trompa,
 Como el son de la dulzaina:
 Si como en el regocijo
 Tiras gallardo las cañas,
 En el campo al enemigo
 Le atropellas y maltratas:
 Si respondes en presencia,
 Como en ausencia te alabas;

Sal á ver si te defiendes,
 Como en el Alhambra agravias,
 Y si no osas salir solo
 Como lo está el que te aguarda,
 Algunos de tus amigos
 Para que te ayuden saca.
 Que los buenos caballeros
 No en palacio y entre damas
 Se aprovechan de la lengua,
 Que es donde las manos callan.
 Pero aquí que hablan las manos
 Ven y verás cómo habla
 El que delante del rey
 Por su respeto callaba.
 Esto el moro Tarfe escribe
 Con tanta cólera y rabia
 Que donde pone la pluma
 El delgado papel rasga.
 Y llamando un paje suyo,
 Le dijo: vete al Alhambra,
 Y en secreto al moro Zayde
 Da de mi parte esta carta.
 Y dirásle que le espero
 Donde las corrientes aguas
 Del cristalino Genil
 Al Generalife bañan.

R. ANTIGUOS.

Mata Gazul á Albenzaide.

SALE la estrella de Venus
 Al tiempo que el sol se pone,
 Y la enemiga del dia
 Su negro manto descoje.
 Y con ella un fuerte moro
 Semejante á Rodamonte,
 Sale de Sidonia airado,
 De Jerez la vega corre.
 Por do entra Guadalete

Al mar de España, y por donde
 Santa María del Puerto
 Recibe famoso nombre;
 Desesperado camina,
 Que aunque es de linaje noble,
 Lo deja su dama ingrata
 Porque se suena que es pobre.
 Y aquella noche se casa
 Con un moro feo y torpe,

Porque fué alcalde en Sevilla
 Del alcázar y la torre.
 Quejábase gravemente
 De un agravio tan enorme,
 Y á sus palabras la vega
 Con el eco le responde.
 Zaida, dice, mas airada
 Que el mar que las navessorbe,
 Mas dura é inexorable
 Que las entrañas de un monte.
 ¿Cómo permites, cruel,
 Despues de tantos favores,
 Que de prendas que son mias
 Ajena mano se adorne?
 ¿Es posible que te abrazes
 A las cortezas de un roble,
 Y dejes el árbol tuyo
 Desnudo de fruta y flores?
 Dejaste un pobre muy rico,
 Y un rico muy pobre escojes,
 Y las riquezas del cuerpo
 A las del alma antepones.

Dejas el noble Gazul,
 Dejas seis años de amores,
 Y das la mano á Albenzaide
 Que aun apenas le conoces.
 Alá permita, enemiga,
 Que te aborrezca y le adores,
 Que por zelos le suspires
 Y por ausencia le llores,
 Y en la cama le fastidies,
 Y que á la mesa le enojos,
 Y que de noche no duermas
 Y de dia no reposes, (tas.
 Ni en las zambras, ni en las fies-

No se vista tus colores;
 Ni el almaizal que le labres,
 Ni la manga que le bordes,
 Y se ponga el de su amiga
 Con la cifra de su nombre.
 Y para verle en las cañas
 No consienta que te asomes
 A la puerta ni ventana,
 Para que mas te alborotes.

Y si le has de aborrecer,
 Que largos años le goces;
 Y si mucho le quisieres,
 De verle muerto te asombres;
 Que es la mayor maldicion
 Que te pueden dar los hombres,
 Y plegue Alá que suceda
 Cuando la mano le tomes.
 Con esto llegó á Jerez
 A la mitad de la noche:
 Halló el palacio cubierto
 De luminarias y voces.
 Y los moros fronterizos
 Que por todas partes corren,
 Con mil hachas encendidas
 Con las libreas conformes.
 Delante del desposado
 En los estribos se pone,
 Que tambien anda á caballo
 Para honra de aquella noche.
 Arrojado le ha una lanza,
 De parte á parte pasóle,
 Alborotóse la plaza,
 Desnudó el moro su estoque,
 Y por en medio de todos
 Para Medina volvióse.

PEREZ DE HITA.

Los primeros amores de una mora.

FAMOSOS son en las armas
 Los moros del Canastel,
 Valentisimos son todos,
 Y mas que todos Hacen.
 El Roldan de Berberia,

El que se ha hecho temer
 En Oran del castellano,
 En Ceuta del portugués.
 Tan dichoso fuera el moro,
 Cuan dichoso podrá ser,

Si le bastára el adarga
 Contra una flecha cruel,
 Que de un arco de rigor,
 Con un arpon de desden
 Le despidió Belerifa,
 La hija de Alí Muley.
 Atento á tus demasias
 En amar y aborrecer,
 Quiso el niño Dios vendado
 Ser testigo y ser juez.
 Miraba el fiero africano
 Rendido mas de una vez
 A una esperanza traidora,
 Y á un desengaño fiel.
 Ya rindiendo á su enemiga
 Y entregándole á merced
 Las llaves del albedrio,
 Los pendones de la fé.
 Mirábalo en los ramblares,
 Ora á caballo, ora á pié,
 Rendir el fiero animal
 De las otras fieras rey.
 Y de la real cabeza
 Y de la aspantosa piel
 Ornan de su ingrata mora
 La respetada pared.
 Mirábalo el mas galan
 De cuantos Africa ve
 En servicio de las damas
 Vestir morisco alquicel.
 Sobre una yegua morcilla
 Tan extremo en el correr,
 Que no logran las arenas
 Las estampas de sus pies.
 Admirablemente ornada
 De un bravo y rico jaez
 (Obra al fin con todo digna
 De artífice cordobés).
 Solicita los balcones
 Donde se anida su bien,
 Comenzando en armonia

Y feneciendo en tropel.
 No le dió al hijo de Venus
 El moro poco placer;
 Y detestando el rigor
 Que se usaba contra él,
 Miraba á la bella mora
 Salteada en su vergel,
 De un cuidado que es amor,
 Aunque no sabe quién es.
 Ya en el oro del cabello
 Engastando algun clavel,
 Y á las lisonjas del agua
 Corriendo con vana sed.
 De pechos sobre un estanque
 Hace que á ratos esten
 Bebiendo sus dulces ojos
 Su hermoso parecer.
 Admiradas sus cautivas
 Del cuidado en que la ven,
 Risueña le dijo una,
 Y aun maliciosa tambien:
 Así quiera Dios, señora,
 Que alegre yo vuelva á ver
 Las generosas almenas
 De los muros de Jerez;
 Como esa curiosidad
 Es una (á mi parecer)
 De un amor recien nacido,
 Que volará antes de un mes.
 Sembró de purpúreas rosas
 La vergüenza aquella tez,
 Que ya fue de blancos lilios,
 Sin sabella responder.
 Comenzó en esto cupido
 A disparar y á tender
 La mas que mortal saeta,
 La mas que dudosa red.
 Y comenzó Belerifa
 A hacer contra amor despues,
 Lo que contra el rubio sol
 La nieve suele hacer.

GÓNGORA.

El zegri.

A sombras de un acebuche,
 Entre robles y jarales,
 Habia una cueva obscura
 Labrada por un salvaje,
 Valiente moro Zegri,
 Señor de los Alijares;
 Y salvaje por desdenes
 De una dama abencerraje.
 De frutas verdes y secas
 Se mantiene, porque sabe
 Que mantiene verde y seca
 La esperanza de sus males.
 Estando pues en su cueva,
 Oyó gemir en un valle
 A una leona fiera
 Que de su leon no sabe:
 Hundia el aire con quejas,
 Y luego rompiendo el aire
 A sus querencias volvia
 Bramando porque bramasen:

Mas como en guerra de celos
 El mas fuerte menos vale,
 Pensando que no es querida
 Viva pena, y muerta cae.
 Suspirando dice el moro:
 ¡Amor, de juicio sales!
 Con los hombres te haces fiera,
 Y con fieras hombre te haces:
 Deja á esa leona muerta
 Por tu gusto, y por tu amante,
 Que otra mas fiera te espera
 Mantenido con mi sangre.
 Seis años me desterró,
 Que se cumplen esta tarde,
 Y mañana parto á vella
 Con bruto dolor y traje.
 Sola una merced te pido,
 Que si á Granada llegare
 La vean aquestos ojos
 Porque los suyos acaben.

MORATIN.

PASTORALES.**Quejas de un pastor.**

PEÑAS del Tajo deshechas
 Del curso eterno del agua,
 ¿Cómo el de los ojos míos
 Un pecho tierno no ablanda?
 Bien parece que se rie
 Entre vosotras la ingrata,
 Que me ha desterrado el cuerpo
 Y me ha perseguido el alma.
 Gozosa Filis se goza
 De quien me destruye y mata,
 Como si el vencer un muerto,
 Diese victoria tan alta.
 Humilde sufriendo estoy
 El cuchillo á la garganta,

Y con ser sentencia injusta
 No le replicó palabra.
 Mis agravios me dan voces,
 Para que tome venganza;
 Yo acállolos con decirles
 Que poca vida me falta;
 Aconséjoles que sufran,
 Y respóndenme que osáran
 Si como ella tiene el pecho
 Tuviera yo las entrañas.
 ¿A quién se humilla el leon?
 ¿Quién con ser fiera se agravia?
 Y á mí me mata de celos
 Una mujer enojada.

R. ANTIGUOS.

A una zagala.

GUARDA corderos, zagala,
 Zagala, no guardes fe,
 Que quien te hizo pastora
 No te excusó de mujer.
 La pureza del armiño
 Que tan celebrada es,
 Vistela con el pellico,
 Y desnúdala con él.
 Deja á las piedras lo firme,
 Advirtiéndolo que tal vez
 A pesar de su dureza
 Obedecen al cincel.
 Resiste al viento la encina
 Mas con el villano pie,
 Que con mas hojas corteses
 A cualquier céfiro cree.
 Aquella hermosa vid,
 Que abrazada al olmo ves,
 Parte pámpanos discreta
 Con el vecino laurel.
 Tortolilla gemidora,
 Depuesto el casto desden,
 Tálamo hizo segundo
 Los ramos de aquel ciprés.
 No para una abeja sola
 Sus hojas guarda el clavel:
 Beben otras el aljofar
 Que guarda su rosicler.
 El cristal de aquel arroyo,
 Undosamente fiel;

Niega al ausente su imágen
 Hasta que la vuelve á ver.
 La inconstancia al fin da plumas
 Al hijo de Venus que,
 Poblando de ellas sus alas,
 Viste tus flechas tambien.
 No pues tu libre albedrío
 Lo tiranice interés,
 Ni amor que de singular
 Tiene mas que de fiel.
 Sacude preciosos yugos,
 Coyundas de oro no den,
 Sino cordones de lana
 Al suelto cabello ley.
 ¡Mal hayas tú, si constante
 Mirares al sol, y quien
 Tan águila muere en esto,
 Dos veces mal haya y tres!
 ¡Mal hayas tú, si mirares
 En lasciva candidez
 Las aves de la deidad,
 Que primero espuma fué!
 Solicitando prolija
 La ingratitude de un doncel,
 Ninfa de las selvas ya,
 Vocal sombra vino á ser.
 Si quieres, pues, zagaleja,
 De tu hermosura cruel
 Dar entera voz al valle,
 Desprecia mi parecer.

GÓNGORA (D. LUIS.)

JOCOSOS O BURLESCOS.**La muerte y el amor.**

TOPÁRONSE en una venta
 La muerte y amor un día
 Ya después de puesto el sol
 Al tiempo que anochece.
 A Madrid iba la muerte
 Y el ciego amor á Sevilla,
 A pie, llevando en los hombros
 Sus caras mercaderías.
 Yo pensé que iban huyendo
 Acaso de la justicia;
 Porque ganan á dar muerte
 Entrambos á dos la vida.
 Y estando los dos sentados,
 Amor á la muerte mira;
 Y como la vió tan fea
 No pudo tener la risa.
 Y al fin la dijo riyendo:
 Señora, no sé qué os diga,
 Porque tan hermosa fea
 Yo no la he visto en mi vida.
 Corrida la muerte de esto,
 Puso en el arco una vira,
 Y otra en el suyo Cupido,
 Y hácia fuera se retiran.
 Con un lanzon el ventero
 De por medio se metía
 Y haciendo las amistades
 Cenaron en compañía.
 Fúeles forzoso quedarse
 A dormir en la cocina,

Que en la venta no había cama,
 Ni el ventero la tenía.
 Los arcos, flechas y aljabas
 Dan á guardar á Marina,
 Una moza que en la venta
 A los huéspedes servía.
 Aun no ha bien amanecido,
 Cuando amor se despedía:
 Sus armas al huésped pide,
 Pagando lo que debía.
 El huésped le da por ellas
 Las que la muerte traía,
 Amor se las echó al hombro,
 Y sin más mirar camina.
 Despertó después la muerte
 Triste, flaca, desabrida;
 Tomó las armas de amor.
 Y desde entonces acá
 Mata el amor con su vira
 Mozos, que ninguno pasa
 De los veinte y cinco arriba.
 A los ancianos á quien
 Matar la muerte solía,
 Ahora los enamora
 Con las saetas que tira.
 Mirad cuál está ya el mundo
 Vuelto lo de abajo arriba;
 Amor por dar vida, mata;
 Muerte, por matar, da vida.
 ROMANCERO.

Boda y acompañamiento del campo.

DON Repollo y Doña Berza
 De una sangre y de una casta,
 Si no caballeros pardos,
 Verdes fidalgos de España:
 Casáronse y á la boda
 De personas tan honradas,

Que sustentan ellos solos
 A lo mejor de Vizcaya;
 De los solares del campo
 Vino la nobleza y gala,
 Que no todos los solares,
 Han de ser de la montaña.

Vana y hermosa á la fiesta
Vino Doña Calabaza,
Que su merced no pudiera
Ser hermosa, sin ser vana.

La Lechuga, que se viste
Muy de verde y con fanfarria,
Presumida sin ser fea,
De frescona y de bizarra.

La Cebolla á lo viudo
Vino con sus tocas blancas,
Y sus entresuelos verdes,
Que sin verdura no hay canas.

Para ser dama muy dulce,
Vino la Lima gallarda
Al principio, que no es bueno
Ningun postre de las damas.

La Naranja á lo ministro
Llegó muy tiesa y cerrada,
Con su apariencia muy lisa
Y su condicion muy ágría.

A lo rico y lo tramposo
En su erizo la Castaña,
Que la han de sacar la hacienda
Todos por punta de lanza.

La Granada deshonesta
A lo moza cortesana,
Desembozó en la hermosura,
Descaramiento en la gracia.

Doña Mostaza menuda,
Muy briosa y atusada,
Que toda chica persona
Es gente de gran mostaza.

A lo alindado la Guinda,
Muy ágría cuando muchacha,
Pero ya entrada en edad
Mas tratable, dulce y blanda.

La Cereza á lo hermosura,
Recien venida muy cara,
Pero con el tiempo todos
Se le atreven por barata.

Doña Alcachofa compuesta,
A imitacion de las flacas,
Basquiñas, y mas basquiñas,

Carne poca y muchas faldas.

Don Melon, que es el retrato
De todos los que se casan,
Dios te la depare buena,
Que la vista al justo engaña.

La Berengena mostrando
Su calavera morada,
Porque no llegó en el tiempo
Del socorro de las calvas.

Don Cohombro desvaído
Largo de verde esperanza
Muy puesto en ser gentil-hom-
bre
Siendo cargado de espaldas.

Don Pepino, muy picado
De amor de Doña Ensalada,
Gran compadre de doctores,
Pensando en unas tercianas.

Don Durazno á lo envidioso,
Mostrando agradable cara,
Descubriendo con el trato
Malas y duras entrañas.

Persona de muy buen gusto
Don Limon, de quien espanta
Lo sazonado, y panzudo,
Que no hay discreto con panza.

De blanco, morado y verde,
Corta crin y cola larga,
Don Rábano, pareciendo
Moro de juego de cañas.

Todo fanfarrones brios,
Todo picantes bravatas,
Llegó el señor Don Pimiento,
Vestidito de botarga.

D. Nabo, que viento en popa
Navega con tal bonanza,
Que viene á mandar el mundo,
De gorrón de Salamanca.

Mas baste, por si el lector
Objeciones desenvaina,
Que no hay bodas sin malicias,
Ni desposados sin tachas.

QUEVEDO.

A una dama.

Recibí vuestro billete,
 Dama de los ojos negros,
 Con mil donaires cerrado,
 Y con mil ansias abierto;
 Y en fé de los treinta escudos,
 Que en vuestro renglon tercero
 Vienen en un alma mia,
 Disimulados y envueltos;
 Os envio este inventario
 De las partidas que tengo,
 Que es como si os enviara
 Las del infante Don Pedro.
 Porque en materia de escudos
 Solo tengo un paves viejo;
 Y en moneda de reales
 Yo soy de un lugar realengo;
 Y cuanto á las alcabalas
 Tengo un grande privilegio
 Que como no hay que vender
 Ni las pago ni las debo.
 De los navios de Indias
 Poderosos y soberbios
 Me viene la dulce nueva
 Como llegaron al puerto.
 Cúpome de particion
 De molinos de agua y viento
 El molino de mis dientes,
 Que no muele á todos tiempos.
 De dehesas y cortijos,
 Viña, huertos y majuelos,
 Me cupieron los caminos
 Y la ciudad de linderos.
 No se me quejan las fuentes,
 Ni los claros arroyuelos

Que los enturbian cabezas
 Señaladas de mi hierro.
 Al fin, mis hatos se incluyen
 En los que ciñen mi cuerpo,
 Y en un agnusdei de alquimia
 Se rematan mis corderos.
 Solo el adorno de casa
 Es, señora, de momento,
 Porque en un momento es visto,
 Y se acaba en un momento.
 Tambien tengo alguna plata,
 Por ser poca no la cuento,
 Que es una santa patena
 Que heredé de mis abuelos;
 No tengo paños de corte,
 Mas no me faltan enteros,
 Porque ya tengo la corte,
 Solo el paño es el que espero.
 Tambien para mi salud,
 Que es la prenda que mas quie-
 Hay muy gentiles gallinas (ro,
 En mi mozo y en su dueño.
 Al fin que, señora mia,
 Dicho por menos rodeos,
 Si yo tengo solo un cuarto
 Muera de cuatro con trecho.
 Sin duda que se hallaron
 En mi triste nacimiento,
 Las estrellas en ayúnas, (ron.
 Pues tal hambre en mí influye-
 Aguarde que otra vez nazca
 En mas venturoso agüero,
 Que por desnudo mi madre
 Me puede parir de nuevo.

GÓNGORA (D. LUIS.)

CUEENTOS.

La cena.

En Jaen donde resido
Vive Don Lope de Sosa,
Y direte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido.

Tenia este caballero
Un criado portugués.....
Pero cenemos, Inés,
Si te parece primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.

Franco fue, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la de Castillo;
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.

Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fue
La invencion de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Midenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voime contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicon
Hizo fin ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneracion.

¿Qué oronda viene y qué bella!
Qué través y enjundia tiene,
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos con ella.

Pues sús, encójase y entre
Que es algo estrecho el camino...
No echés agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia el buen consejo.

Mas dí ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¿Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.

¿Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.

El corazon me rebienta
De placer: no sé de tí.
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo de pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal
Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es estre-
El de Pinto no le iguala, (mo,
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.

Haz pues, Inés, lo que sueles,

Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Ines hermana,
Que el portugues cayó enfer-
mo.....

Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

B. DE ALCÁZAR.

Las monas de Tetuan.

De una dama era galan
Un vidriero que vivia
En Tremecen, y tenia
Un grande amigo en Tetuan,
Pidióle un dia la dama
Que á su amigo le escribiera
Que una mona remitiera;
Y como siempre quien ama
Se desvela en conseguir
Lo que su dama le ordena,
Por escoger una buena
Tres ó cuatro envió á pedir.
El tres ó cuatro escribió
En guarismo el majadero,
Y como es allí la o cero
El de Tetuan leyó:

«Amigo, para personas
A quien tengo voluntad,
Luego al punto me enviad
Trescientas y cuatro monas.»
Hallóse afligido el tal;
Pero mucho mas se halló
El vidriero cuando vió,
Contra su frágil caudal,
Dentro de muy pocos dias
Apearse con estruendo
Trescientas monas, haciendo
Trescientas mil monerías.
Si te sucede lo mismo,
Lee sin ceros, pues es llano
Que una mona en castellano
Son cien monas en guarismo.

CALDERON.

El cura.

Hay cerca de Ratisbona
Dos lugares de gran fama,
Que el uno Agere se llama
Y el otro Macarandona.
Un solo cura servia
Humilde siervo de Dios,
A los dos, y así á los dos

Misas las fiestas decia.
Un vecino del lugar
De Macarandona fue
A Agere, y oyendo que
El cura empezó á cantar
El Prefacio, reparó
En que á voces aquel dia

Gratias agere decia,
 Y á Macarandona no.
 Con lo cual muy enojado
 Dijo al cura: gracias da
 A Agere, como si acá
 No le hubiéramos pagado
 Sus diezmos. Cuando escucha-
 Tan bien sentidas razones (ron
 Los nobles macarandones,

Los bodigos le sisaron.
 Viéndose desbodigar,
 Al sacristan preguntó
 La causa. El se la contó,
 Y el dió desde allí en cantar,
 Siempre que el Prefacio entona
 Porque la ofrenda se aplique,
Nos tibi semper et ubique
Gratias á Macarandona.

EL MISMO.

El gangoso.

CAUTIVÓ un moro á un gangoso:
 Y él, bien ó mal, como pudo,
 Se finjó en la nave mudo,
 Por no hacer dificultoso
 Su rescate; de manera
 Que cuando el moro le vió
 Defectüoso, le dió
 Muy barato. Estando fuera

Del bajel, moro, decia,
 No soy mudo: hablar no ignoro.
 A quien oyéndolo el moro
 De esta suerte respondia:
 Tú fuiste gran mentecato
 En finjir aquí el callar:
 Porque si te oyera hablar,
 Aun te diera mas barato.

EL MISMO.

Astucia de un Soldado.

Por el reino de Galicia
 Un soldado caminaba,
 Y llegando á un lugarcillo
 Entró alegre en la posada.
 Preguntó á la mesonera,
 Que qué de comer le daba:
 Y ella le dijo: que en todo
 El lugar no habia nada,
 Y el soldado replicó
 Con astucia y con cachaza:
 ¿Habrá algunos guijarritos
 De aquellos que hay en el agua
 De ese arroyo que se vé,
 Que cerca del lugar pasa?
 Eso, Señor, á montones,
 Respondió; pero, ¿qué saca
 Para comer, de que yo

Vaya ahora y se los traiga?
 Es que yo, dijo el soldado,
 Tengo el secreto y la gracia
 De cocerlos y ponerlos
 Mas sabrosos que unas natas;
 Y yo la enseñaré á hacerlo.
 Alegre como una pascua
 La sencilla mesonera
 Fue por ellos, con el ánsia
 De enriquecerse con cosa
 Que tanto la acomodaba,
 Trajo una buena porcion;
 Y el soldado preguntaba:
 ¿Hay aceite? Sí señor:
 ¿Hay huevos y pan en casa?
 A todo dijo que sí:
 Y el buen soldado con maña,

Hizo de todo una sopa,
Y se la comió con gana.
Y viendo la mesonera
Que los guijarros dejaba
Y lo demas se comia,

Le dijo muy admirada:
¿Por qué dejais los guijarros?
Y él la respondió con gracia:
Esos se dejan despues
Que ya han dado la sustancia.

SALAS, (D. Francisco).

Caso ingenioso y verdadero.

ALOJARON un Sargento
En casa de un Boticario:
Este quiso resistirlo,
Pero no pudo excusarlo.
Apeló contra la fuerza
A la industria, y á un muchacho
Hizo con grande secreto
Trajese disimulado
Una vivora: el Sargento
Preguntó muy asustado,
Viendo el reptil venenoso,
La novedad de aquel caso.

Y el Boticario le dijo:
Las vivoras se escaparon
Del cajon donde las tengo,
Y las andamos buscando;
Esta ha aparecido ahora,
Y en este conflicto estamos.
El Sargento, temeroso
De un riesgo declarado,
Con una prisa indecible
Recogió todos sus trastos,
Y haciendo una cortesía
Dejó en paz al Boticario

EL MISMO.

CUENTO MORAL.

El caballo de bronce.

Niños que de seis á once
Tarde y noche alegremente
Jugais en torno á la fuente
Del gran caballo de bronce
Que hay en la plaza de Oriente.

Suspended vuestras carreras
Pues hace calor, y oid
Una historia muy de veras
Y de las mas lastimeras
Que se cuentan por Madrid.

Este caballo años há
Estaba, como quizá
Sabreis sin que yo lo indique,

Puesto en el Retiro, allá
Frente á la *casa del Dique* (1).

Allí da el jardin frescura
Con sus aguas y verdor
Y el canoro ruiseñor
Tiene morada segura
De enemigo cazador.

Allí al caballo volaban
Con fácil y presto arranque
Mil pájaros que llegaban
A beber en el estanque
Cuyas ondas le cercaban.

Allí con reserva poca

(1) Así se llama la que está á orillas del estanque mayor del Retiro.

Le iba registrando entero
La turba intrépida y loca
Y hallábanle un agujero
Que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposicion
Que por la parte de afuera
Da fácil introduccion
A un pajarillo cualquiera
Del tamaño de un gorrion.

Por adentro, sin percance
Todo el cuello de un avance
Mete el pájaro: despues
Como no hay donde afiance
Ni las alas ni los pies,

Ni ellos le son de provecho
Ni ellas le hacen sino estorbo;
Y empujando con despecho
Se hiere garganta y pecho
Contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
De su imprudencia fatal,
Que salir de allí le veda,
Se angustia, desmaya y rueda
Por la cárcel de metal.

Donde, triste prisionero,
Pidiendo en vano merced
Sobre muchos que primero
Tuvieron su paradero
Perece de hambre y de sed.
Mil avecillas buscando

Sombra oscura en el estío;
Mil en el invierno, cuando
Ya lloviendo, ya nevando
Traspasábales el frio.

Embocáronse en la panza
Del caballo que en venganza
Debió decir para sí,
Renunciad á la esperanza
Pájaros que entreis en mí.

Con el tiempo se mudó
Del jardin en que habitó
A la plaza donde está
Y entonces se le quitó
El cuerpo que encima va.

Y los cóncavos secretos
Del cuadrúpedo cruel
Aparecieron repletos
De plumas y de esqueletos
De aves tragadas por él.

Dañosa curiosidad
Los condujo á muerte cruda.
¡Ay! ¡cuántos en nuestra edad
Por la brecha de la duda
Se abisman en la impiedad.

Abismo donde pedir
Favor al mortal discurso
No basta para salir:
El nos deja sin recurso
Desesperar y morir.

D. JUAN E. HARTZEMBUSCH.

SONETOS.

Preceptos del género.

EL rígido soneto,

Avaro en voces, pródigo en sentido,
Encierra en breve espacio un gran concepto;
Ya festivo, ya tierno, ya sublime,
Siempre exacto, bellissimo, ingenioso,
Estrecha un pensamiento, no le oprime;
Mas sin darle ni tregua, ni reposo,
Le ve nacer, crecer, apresurarse,
Y espirar en el término forzoso. = M. DE LA R.

Teoría y práctica del soneto.

UN soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto:
Catorce versos dicen que es soneto;
Burla burlando, van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante
Y estoy á la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho. = LOPE DE VEGA.

A las honras de Felipe II en Sevilla:

CON ESTRAMBOTE.

¡VIVE Dios, que me espanta esta grandeza!
Y que diera un doblon por describilla:
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza

Vale mas de un millon , y que es mancilla
Que esto no dure un siglo: ¡O gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!

Apostaré, que el ánima del muerto
Por gozar de este sitio hoy ha dejado
El cielo , donde vive eternamente.

Esto oyó un valenton , y dijo : es cierto
Cuanto dice voacé , seor soldado ,
Y quien dijere lo contrario , miente.

Y luego incontinente
Caló el chapeo , requirió la espada ,
Miró al soslayo , fuese , y no hubo nada. =CERVANTES.

A Tirsis.

ESTA es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.

Aquí, Tirsis, la ví cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella,
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió y así la via.

En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde yedra, y de violetas tiernas.

Al prado, y haya, y cueva, y monte, y fuente,
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas. =F. DE LA TORRE.

A la muerte.

IMÁGEN espantosa de la muerte
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
O al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con pavor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,

O al sobornado siervo el hierro oculto.
 El otro sus riquezas descubiertas
 Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

L. DE ARGENSOLA.

La Providencia.

DIME, Padre comun, pues eres justo,
 ¿Por qué ha de permitir tu providencia,
 Que, arrastrando prisiones la inocencia,
 Suba la fraude al tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
 Hace á tus leyes firme resistencia;
 Y que el celo, que mas la reverencia,
 Gima á los pies de vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
 Manos inicuas; la virtud gimiendo
 Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decia yo, cuando riendo
 Celestial ninfa apareció y me dijo:
 ¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

B. DE ARGENSOLA.

A Roma.

BUSCAS en Roma á Roma, ¡ó peregrino!
 Y en Roma misma á Roma no hallas.....
 Cadáver son, las que ostentó muradas
 Y tumba de sí propio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino
 Y limadas del tiempo las medallas
 Mas se muestran destrozo en las batallas
 De las edades, que blason latino.

Solo el Tibre quedó, cuya corriente
 Si ciudad la regó, ya sepultura
 La llora con funesto son doliente.

¡O Roma! en tu grandeza, en tu hermosura,
 Huyó lo que era firme, y solamente
 Lo fugitivo permanece y dura.

QUEVEDO.

A una boca.

LA dulce boca que á gustar convida
 Un humor entre perlas destilado,
 Y á no envidiar aquel licor sagrado,
 Que á Júpiter ministra el garzon de Ida,
 Amantes, no toqueis, si quereis vida;
 Porque entre un labio y otro colorado
 Amor está de su veneno armado,
 Cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que á la aurora
 Direis que aljofaradas y olorosas
 Se le cayeron del purpúreo seno:

Manzanas son de Tántalo y no rosas,
 Que despues huyen del que incitan hora,
 Y solo del amor queda el veneno. GÓNGORA.

Al Sol.

Puro y luciente sol, ¡ó qué consuelo
 Al alma mia en tu presencia ofreces,
 Cuando con rostro cándido esclareces
 La oscura sombra del nocturno velo!
 ¡Oh! ¡cómo animas el marchito suelo
 Con benéfica llama! y ¡cómo creces
 Inmenso y luminoso, que pareces
 Llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!

¡O sol! entra en la espléndida carrera
 Que el dedo te señala omnipotente,
 Al asomar por las etéreas cumbres;

Y tu increado autor piadoso quiera
 Que desde Oriente á Ocaso eternamente
 Pueblos felices en tu curso alumbres.

SOLÍS (D. DIONISIO).

A la rosa.

FRESCA, lozana, pura y olorosa,
 Gala y adorno del pensil florido,
 Gallarda y puesta sobre el ramo erguido
 Fragancia esparce la naciente rosa;
 Mas si el ardiente sol lumbre enojosa

Vibra del Can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor; hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y alegría;

Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mia. = ESPRONCEDA.

A Calderon.

Tú que en acento de desden profundo
Dijiste al ver la pequeñez humana:

«Sombra es *la vida* como el sueño vana,
Fantástica existencia la del mundo;»

Cuando brillabas luminar fecundo,
Sol refulgente de la escena hispana,
¿Pudo tener tu mente soberana
Por ilusion tu ingenio sin segundo?

Desde el Tiber al patrio Manzanares
Desde el Rin á los Andes mereciste
Universal admiracion y altares:

Y eterna de tu nombre la memoria,
Ella te enseña que decir debiste:
«Sueño todo será, menos mi gloria.»

D. JUAN E. HARTZEMBUSCH.

MADRIGALES.

Preceptos del género.

Sin aguda saeta venenosa,
 El ala leve y ricos los colores,
 Cual linda mariposa
 Que revuela fugaz entre las flores,
 El tierno *madrigal* ostenta ufano
 En su rápido giro mil primores;
 Mas si al ver su beldad, tocarle intenta
 Aspera y ruda mano,
 Conviértese al instante en polvo vano.

A unos ojos.

Ojos claros, serenos,
 Si de dulce mirar sois alabados,
 ¿Por qué si me mirais, mirais airados?
 Si cuanto mas piadosos
 Mas bellos pareceis á quien os mira,
 ¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
 Ojos claros, serenos,
 Ya que así me mirais, miradme al menos.

GUTIERRE DE CETINA.

A una abeja.

IBA cogiendo flores,
 Y guardando en la falda
 Mi Ninfa, para hacer una guirnalda;
 Mas primero las toca
 A los rosados labios de su boca,
 Y les dá de su aliento los olores.
 Y estaba (por su bien) entre una rosa
 Una abeja escondida,
 Su dulce humor hurtando;
 Y como en la hermosa
 Flor de los labios se halló, atrevida
 La picó, sacó miel, fuese volando. = LUIS MARTIN.

ÉGLOGAS.

Preceptos del género.

NACIDA entre la paz y la dulzura
 De la dorada edad, la *Egloga* amable
 Su inocencia celebra y su ventura:
 Sus blandos sentimientos,
 Sus sencillos acentos
 Fáciles nacen en su pecho y labio:
 Ni muestra ingenio, ni agrandar procura;
 Y cándida, inocente,
 Nos muestra fiel cuanto en el alma siente.

A par condena el fausto y el esmero
 De altiva cortesana,
 Y el tono vil y el hábito grosero
 De rústica villana:
 Con arte no aprendido
 Cual el canto del ave
 Suena su voz suave;
 Con las flores del prado se engalana;
 Y en su inocencia pura
 Con la vecina fuente
 Sus adornos consulta y su hermosura.
 Pero natura misma
 Le inspira amor y canta sus amores;
 No conoce mas ansias ni mas duelos
 Que el desden y los celos,
 Otro bien sino el huerto y el ganado,
 Ni mas reinos y mares
 Que el monte y rio, la laguna y prado.
 Mas su tono sencillo
 No es menos variado
 Que dulce y sazonado;
 Y su canto suave,
 Siguiendo el eco de apacible avena,
 Cual manso arroyo entre las flores suena.

M. DE LA R.

Salicio y Nemoroso.

El dulce lamentar de dos pastores,
 Salicio juntamente y Nemoroso,
 He de cantar, sus quejas imitando;
 Cuyas ovejas al cantar sabroso
 Estaban muy atentas los amores,
 De pacer olvidadas, escuchando.....

Saliendo de las ondas encendido
 Rayaba de los montes el altura
 El sol, cuando Salicio recostado
 Al pie de una alta haya en la verdura
 Por donde una agua clara con sonido
 Atravesaba el fresco y verde prado:
 El, con canto-acordado
 Al rumor que sonaba
 Del agua que pasaba,
 Se quejaba tan dulce y blandamente
 Como si no estuviera de allí ausente
 La que de su dolor culpa tenia:
 Y así como presente,
 Razonando con ella le decia:

SALICIO.

O mas dura que mármol á mis quejas,
 Y al encendido fuego en que me quemo,
 Mas helada que nieve, Galatea:
 Estoy muriendo, y aun la vida temo,
 Témolala con razon, pues tú me dejas;
 Que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.
 Vergüenza he que me vea
 Ninguno en tal estado,
 De tí desamparado;
 Y de mí mismo yo me corro agora.
 ¿De un alma te desdeñas ser señora
 Donde siempre moraste, no pudiendo
 Della salir una hora?
 Salid sin duelo lágrimas corriendo.

El sol riendo los rayos de su lumbre
 Por montes y por valles, despertando
 Las aves y animales y la gente:
 Cual por el aire claro va volando,
 Cual por el verde valle ó alta cumbre
 Paciéndolo va segura y libremente;

Cuál con el sol presente

Va de nuevo al oficio,

Y al usado ejercicio.

Do su natura ó menester le inclina;

Siempre está en llanto esta ánima mezquina,

Cuando la sombra al mundo va cubriendo,

O la luz se avecina.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada

Sin mostrar un pequeño sentimiento

De que por tí Salicio triste muera

Dejas llevar, desconocida al viento

El amor y la fé que ser guardada

Eternamente solo á mí debiera?

O Dios! ¿por qué siquiera

(Pues ves desde tu altura

Esta falsa, perjura

Causar la muerte de un estrecho amigo)

No recibe del cielo algun castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,

Qué hará el enemigo?

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,

Por tí la esquividad y apartamiento

Del solitario monte me agradaba:

Por tí la verde hierba, el fresco viento,

El blanco lirio y colorada rosa,

Y dulce primavera deseaba.

Ay! cuánto me engañaba,

Ay! cuán diferente era

Y cuán de otra manera

Lo que en tu falso pecho se escondia!

Bien claro con su voz me lo decia

La siniestra corneja repitiendo

La desventura mia.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Cuántas veces durmiendo en la floresta

(Reputándolo yo por desvarío)

Ví mi mal entre sueños, desdichado!

Soñaba que en el tiempo del estio

Llevaba, por pasar allí la siesta,

A beber en el Tajo mi ganado:

Y despues de llegado,

Sin saber de cuál arte

Por desnuda parte

Y por nuevo camino el agua se iba :
 Ardiendo yo con la calor estiva ,
 El curso enajenado iba siguiendo
 Del agua fugitiva.
 Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Cómo te vine en tanto menosprecio,
 Cómo te fui tan pronto aborrecible?
 Cómo te faltó en mí el conocimiento?
 Si no tuvieras condicion terrible ,
 Siempre fuera tenido en el aprecio,
 Y no viera este triste apartamiento:
 ¿No sabes que sin cuento
 Buscan en el estío
 Mis ovejas el frío
 De la sierra de Cuenca , y el gobierno
 Del abrigado extremo en el invierno?
 Mas qué vale el soñar , si derritiendo
 Me estoy en llanto eterno!
 Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
 Su natural dureza y la quebrantan :
 Los árboles parece que se inclinan ,
 Las aves que me escuchan , cuando cantan
 Con diferente voz se condolocen ,
 Y mi morir cantando me adivinan.
 Las fieras que reclinan
 Su cuerpo fatigado ,
 Dejan el sosegado
 Sueño , por escuchar mi llanto triste.
 Tú sola contra tí endureciste ,
 Los ojos aun siquiera no volviendo
 A lo que tú hiciste.
 Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes ,
 No dejes el lugar que tanto amaste ;
 Que bien podrás venir de mí segura ,
 Yo dejaré el lugar do me dejaste :
 Ven , si por solo esto te detienes.
 Ves aquí un prado lleno de verdura ,
 Ves aquí una espesura ,
 Ves aquí una agua clara
 En otro tiempo cara ,
 A quien de tí con lágrimas me quejo.
 Quizá aquí hallarás , pues yo me alejo
 Al que todo mi bien quitarme puede ;

Que pues el bien le dejo,
No es mucho que lugar tambien le quede.

Aquí dió fin á su cantar Salicio
Y suspirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida,
Y á compasion movida
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras este Nemoroso
Decidlo vos, Piérides; que tanto
No puedo yo, ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas:
Arboles que os estais mirando en ellas:
Verde prado de fresca sombra lleno;
Aves que aquí sembrais vuestras querellas:
Yedra que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno:
Yo me ví tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Si no memorias llenas de alegría;
Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso en el reposo
Estuve yo contento y descansado:
O bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando á Elisa ví á mi lado,
O miserable hado!
O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas conveniente fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,

Pues no la ha quebrantado tu partida.....
 ¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
 Cuando en aqueste valle al fresco viento
 Andábamos cojiendo tiernas flores,
 Que habia de ver con largo apartamiento
 Venir el triste y solitario dia
 Que diese amargo fin á mis amores?
 El cielo en mis dolores
 Cargó la mano tanto,
 Que á sempiterno llanto
 Y á triste soledad, me ha condenado:
 Y lo que siento mas es verme atado
 A la pesada vida y enojosa,
 Solo, desamparado,
 Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Despues que nos dejaste, nunca paxe
 En hartura el ganado ya, ni acude
 El campo al labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude,
 La mala hierba al trigo ahoga, y nace
 En lugar suyo la infelice avena.
 La tierra que de buena
 Gana nos producía
 Flores, con que solía
 Quitar en solo vellas mis enojos,
 Produce agora en cambio estos abrojos,
 Ya de rigor de espinas intratable:
 Y yo hago con mis ojos
 Crecer llorando el fruto miserable.....

Como al partir del sol la sombra crece,
 Y en cayendo su rayo se levanta
 La negra oscuridad que el mundo cubre;
 De do viene el temor que nos espanta,
 Y la medrosa forma en que se ofrece
 Aquello que la noche nos encubre,
 Hasta que el sol descubre
 Su luz pura y hermosa:
 Tal es la tenebrosa
 Noche de tu partir, en que he quedado
 De sombra y de temor atormentado,
 Hasta que muerte el tiempo determine,
 Que á ver el deseado
 Sol, de la clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
 Quejarse entre las hojas escondido,

Del duro labrador, que cautamente
 Le despojó su caro y dulce nido
 De los tiernos hijuelos, entre tanto
 Que del amado ramo estaba ausente;
 Y aquel dolor que siente,
 Con diferencia tanta
 Por la dulce garganta
 Despide, y á su canto el aire suena,
 Y la callada noche no refrena
 Su lamentable oficio y sus querellas,
 Trayendo de su pena
 Al Cielo por testigo y las estrellas;
 Desta manera suelto yo la rienda
 A mi dolor, y así me quejo en vano
 De la dureza de la muerte airada.
 Ella en mi corazón metió la mano
 Y de allí me llevó mi dulce prenda,
 Que aquel era su nido y su morada.
 Ay muerte arrebatada!
 Por tí me estoy quejando
 Al Cielo, y enojando
 Con importuno llanto al mundo todo.
 Tan desigual dolor no sufre modo,
 No me podrán quitar el dolorido
 Sentir, si ya del todo
 Primero no me quitan el sentido.....
 Divina Elisa, pues agora el Cielo
 Con inmortales pies pesas y midas,
 Y su mudanza ves, estando queda,
 ¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
 Que se apresure el tiempo en que este velo
 Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
 ¿Y en la tercera rueda
 Contigo mano á mano
 Busquemos otro llano,
 Busquemos otros montes y otros rios,
 Otros valles floridos y sombríos
 Do descansar, y siempre pueda verte
 Ante los ojos míos,
 Sin miedo y sobresalto de perderte?
 Nunca pusieran fin al triste lloro
 Los pastores, ni fueran acabadas
 Las canciones que solo el monte oía,
 Si mirando las nubes coloradas,
 Al trasmontar del sol bordadas de oro,

No vieran que era ya pasado el día.
 La sombra se veía
 Venir corriendo, apriesa,
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte, y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando
 El fugitivo sol de luz escaso,
 Su ganado llevando
 Se fueron recogiendo paso á paso.

GARCILASO.—*Egloga 1.ª*

Tirreno y Alcino.

Los rayos ya del sol se trastornaban,
 Escondiendo su luz al mundo cara
 Tras altos montes, y á la luna daban
 Lugar para mostrar su blanca cara;
 Los peces amenudo ya saltaban,
 Con la cola azotando el agua clara
 Cuando las Ninfas, la labor dejando,
 Hácia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos
 Tenían los pies, y reclinar querían
 Los blancos cuerpos, cuando sus oídos,
 Fueron de dos zampoñas que tañían
 Suave y dulcemente detenidos,
 Tanto, que sin mudarse las oían,
 Y al son de las zampoñas escuchaban
 Dos pastores á veces que cantaban.

Mas claro cada vez el son se oía
 De los pastores que venían cantando
 Tras el ganado, que también venía
 Por aquel verde soto caminando;
 Y á la majada, ya pasado el día,
 Recogido le llevan, alegrando
 Las verdes selvas con el son süave,
 Haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno, destes dos el uno era,
 Alcino el otro, entrambos estimados,
 Y sobre cuantos pacen la ribera
 Del Tajo con sus vacas enseñados:
 Mancebos de una edad, de una manera
 A cantar juntamente aparejados

Y á responder: a questo van diciendo,
Cantando el uno, el otro respondiendole:

TIRRENO. Flérída, para mí dulce y sabrosa,
Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno:
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero,
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO. Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,
Y de tí despojado yo me vea,
Cual queda el tronco de su verde rama,
Si mas que yo el murciélago desea
La oscuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO. Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Zéfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosos esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera:
En tal manera á mí, Flérída mia,
Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO. ¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altisimos á tierra,
Y de tanto destrozo aun no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
A la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO. El blanco trigo multiplica y crece:
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado: el verde monte ofrece
A las fieras salvages su gobierno:
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno,
Mas todo se convertirá en abrojos,
Si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO. De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado:
La malicia del aire corrompido

Hace morir la yerba mal su grado:
 Las aves ven su descubierta nido,
 Que ya de verdes hojas fué cercado;
 Pero si Filis por aquí tornare,
 Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO. El álamo de Alcides escogido
 Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo:
 De la hermosa Vénus fué tenido
 En precio y en estima el mirto solo:
 El verde sauz de Flérída es querido,
 Y por suyo entre todos escogiolo:
 Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,
 El álamo, el laurel y mirto callen.

ALCINO. El fresno por la selva en hermosura
 Sabemos ya que sobre todos vaya,
 Y en aspereza y monte de espesura
 Se aventaja la verde y alta haya;
 Mas el que la beldad de tu figura,
 Donde quiera mirado, Filis, haya,
 Al fresno y á la haya en su aspereza
 Confesará que vence tu belleza.

Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
 Le respondiò; y habiendo ya acabado
 El dulce son, siguieron su camino
 Con paso un poco mas apresurado.
 Siendo á las Ninfas ya el rumor vecino,
 Juntas se arrojan por el agua á nado;
 Y de la blanca espuma que movieron,
 Las cristalinas hondas se cubrieron.

GARCILASO.—*Eglog. 3.^a*

EGLOGAS.

Batilo, Arcadio, Poeta.

BATILO. Paced mansas obejas
 La yerba aljofarada
 Que el nuevo dia con su lumbre dora,
 Mientras en blandas quejas
 Le cantan la alborada
 Las dulces avecillas á la aurora:
 La cabra trepadora
 Ya suelta se encarama
 Por el monte enramado:
 Vosotras de este prado

Paced la yerba y la menuda grama:
 Paced ovejas mías
 Pues de Abril toman los alegres días

.....
 Mas por aquella loma
 Tras sus vacas manchadas,
 El pastoril acento al viento dando
 El dulce Arcadio asoma;
 Sus voces regaladas
 Mas y mas cada vez se van notando.
 Tambien viene cantando,
 Cual yo, de la florida
 Estacion. Salir quiero
 A encontrarle primero:
 Acaso dirá de mi querida,
 O la nueva tonada
 Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO. Quién viendo el alegría
 De este florido prado,
 Y el brillo y resplandores del rocío
 O la hambrienta porfia
 Con que pace el ganado,
 Y él solo, lejos, plácido y sombrío,
 Y el noble señorío
 Con que el sol claro nace,
 O las ondas sin cuento
 Que hace en la yerba el viento,
 Y los hilos de luz que el aire hace
 No sentirá movido
 El corazón, y el ánimo embebido?

.....
 Pero aquel que allí veo
 Que por el prado viene,
 No es Batilo el zagal? Tan de mañana:
 Cuán bien á mi deseo
 La suerte lo previene
 Guarde el cielo, pastor, la edad lozana.

BATILO. La gracia sobrehumana
 De tu rabel y canto
 Guarde del lobo odioso:
 Y sigue en tan sabroso
 Tono, que de los valles es encanto
 Y el ganado alborozá
 Y el choto jugueton por el retoza.

ARCADIO. Tú mas antes al viento

Suelta esa voz süave
 Que á todas las zagalas enamora,
 Tañendo el instrumento,
 Que el desden vencer sabe
 Y ablandar como cera á tu pastora.
 Y la letra sonora
 Cántame que hiciste
 Cuando te dió el cayado
 Por el manso peinado
 Que con lazos y esquila le ofreciste;
 O bien la tonada
 De la vida del campo descansada.

.

 BATILO. ¡Oh soledad gloriosa!
 ¡Oh valle! Oh bosque umbrio!
 ¡Oh selva entrelazada! Oh limpia fuente!
 ¡Oh vida venturosa!
 ¡Serenos y claro rio
 Que por los sauces corres mansamente!
 Aquí entre llana gente
 Todo es paz y dulzura,
 Y feliz armonía
 Del uno al otro dia.
 La inocencia de engaño está segura,
 Y todos son iguales
 Pastores, ganaderos y zagales;
 El cielo despejado
 Y el canto repetido
 De las pintadas aves por el viento,
 El balar del ganado,
 Y plácido sonido
 Que del céfiro forma el blando aliento;
 Tal vez el tierno acento
 De alguna zagaleja
 Que canta dulcemente
 En este oloroso ambiente,
 En grata suspension á el alma deja;
 Y á sueño descansado
 Brinda la yerba del mullido prado.
 No aquí esperanza ó miedo,
 Las tramas y falsías,
 Que saben los soberbios ciudadanos.
 El pastorcillo ledo
 En paz goza sus dias,

Sin entregarse á pensamientos vanos.
 Los cielos soberanos
 Bendicen su majada,
 Y con el sencillo celo
 Da bendicion al cielo,
 Tal vez acompañando la alborada
 Con que en el campo adora,
 El coro de las aves á la aurora.

Sin recelo ni susto,
 Los términos pasea,
 De las cabañas que nacer le vieron;
 Y ora aparta con gusto
 La cabra en su pelea,
 O ve do los jilgueros nido hicieron;
 Si al lagarto sintieron
 Sus tiernos corderillos,
 Rie cual se espantaron,
 Corrieron ó balaron:
 Ora al yugo acostumbra los novillos;
 Ora fruta ó flor nueva,
 En don alegre á su zagala lleva.

Y cierto, ¿cuántas veces
 Los mas altos señores
 Vienen á nuestras pobres caserías,
 Sin pompa ni altiveces,
 A gozar los favores
 Del campo, y sus sencillas alegrías?
 Las rústicas porfias
 Que los zagales tienen,
 Miran embelesados,
 Y en seguir los ganados
 Por los tendidos valles se entretienen;
 O de bailar se gozan
 Y al son de nuestras flautas se alborozan.

Aquí Delio y Elpino
 Moraron, y el famoso
 Que dejó de las magas el encanto
 Con su verso divino
 Junto al Bétis undoso;
 Y aquí Albano entonó su dulce canto,
 ¡Oh grata vida! Oh cuánto
 Me gozo en tí seguro!
 De flores coronado
 Y al cielo el rostro alzado,

Este vaso de leche alegre apuro;
 Bebe, Arcadio, y gocemos
 Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO. Cual la dulce llamada
 De paloma rendida
 Es al tierno pichon que la enamora,
 Cual yedra enmarañada
 Que á reposar convida,
 Y cuál agrada el baile á la pastora:
 Tal tu cancion sonora
 Es, zagal, á mi oido:
 Ni así es el prado ameno
 De grata yerba lleno,
 De las obejas con hervor pacido
 En fresca madrugada,
 Cual me encanta tu música extremada.

BATILO. No el lirio comparado
 Con zarza montuosa
 Ser debe, ó con el cardo azuzena;
 Ni así aquel desagrado
 Y altivez enojosa,
 De las de la ciudad con la serena
 Gracia de mi Filena.
 Ellas me desdeñaron
 Allá en su plaza un dia,
 Yo sus burlas reia,
 Y ellas de mis desprecios se enojaron.
 Volvime á mis corderos,
 Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO. Y yo á mi Elisa amada
 Fui compañero acaso
 La tarde en la ciudad que fiesta habia:
 Cual luna plateada
 Reluce en cielo raso
 Así Elisa entre todos relucia.
 ¡Cuán bella parecia,
 Zagal! Sus lindos ojos
 Mil pechos abrasaron,
 Envidias mil causaron,
 Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
 ¡Ay Elisa, bien mio,
 De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO. Los surcos, las labradas
 Laderas hermocean.
 Y del olmo la red es ornamento;

Las pomas sazonadas
 El paladar recrean,
 Y al ánimo la flauta da contento,
 Al bosque el manso viento;
 Tú á todo nuestro prado
 Le das, Filena mia,
 La risa y alegría.
 Al sentirte venir, bala el ganado,
 Y Melampo colea,
 Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO. No así de la pastora
 La gala deseada,
 Ni del zagal el dulce caramillo,
 Ni vaca mugidora
 Tanto en la cela agrada,
 A enamorado cándido novillo;
 O á la liebre el tomillo,
 Cual á Elisa es sabrosa
 Pradera y selva umbria.
 Con menos agonía
 Huye del gavilan la garza airosa,
 Que Elisa desolada,
 Corre de la ciudad á su majada.

BATILO. Darne quiere Lisardo
 Por el mi manso un choto,
 Para llevarlo en don á sus amores;
 Yo para tí lo guardo,
 Y el nido que en el soto
 Ayer cogí con ambos ruseñores.
 ¡Ay, si yo en mis ardorés
 Fuese abeja y volara,
 Mi bien, siempre á tu lado
 O en colorin mudado,
 Continuo mis amores te cantara,
 O hecho flor me cortases
 Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO. No á la cigarra es dado
 De voz haber porfía
 Con gilguero que canta en la enramada,
 Ni con cisne estremado
 En dulce melodía
 Puede ser abubilla comparada,
 Ni á tu voz regalada
 Mi tono desabrido.
 ¡O fuente! ¡Oh valle! ¡Oh prado!

¡Oh apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiñeños,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO. La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola lloroso,
El ciervo en selva umbria
Con su par se alborozaba,
Y con el agua el ánade pomposo.

Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas,
Cuando de nueva luz el sol las dora:
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA. Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus ganadillos,
Y yo que logré oílos
Detras de una haya umbrosa
Con ellos comparado
Maldije de mi estado.
De entonces la ciudad me fue enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías. =MELENDEZ VALDÉS.

Cancion pastoril.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña.
Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,

Muchos cantares diciendo
Con el son de ronco estruendo
De las ondas alteradas:
Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huía;
Pero á veces no podía,
Y el blanco pie se mojaba.
Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento
Mientras miraba el contento

De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal

Con voz amarga y mortal
De esta manera decia:

Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo
Y aunque mas placer te sea
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno,
No me hagas mas penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo celos de Neptuno.

Deja la seca ribera
Donde está el alga infructuosa,
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.

Huye ya y mira que siento
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Zelos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.

Ven conmigo al bosque ameno
Y al apacible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el estío.

Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo,
Que estando al abierto cielo,
El Sol morena te para.

No escuchas dulces concentos
Sino el espantoso estruendo

Con que los bravosos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.

Ven á la dulce floresta
Do natura no fue escasa,
Donde haciendo alegre fiesta,
La mas calorosa siesta
Con mas deleite se pasa.

Huye los soberbios mares,
Ven verás cómo cantamos
Tan deleitosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos;

Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea:
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.

¿Qué pensamiento mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor
Y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozáras
De nuestro campo y ribera,
Y porque mas lo preciaras,
Ojalá tú lo probaras,
Antes que yo lo dijera.

Licio mucho mas le hablara,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.

Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor. -G. POLO.

IDILIOS.

Preceptos del género.

De campestres guirnaldas mas ornado,

Y de artificio y pompa al par ajeno,

Muéstrase el tierno *Idilio*

De nativa bondad y gracia lleno:

Ya con pincel en breves cuadros

Retrate de la plácida natura

La gala y hermosura:

Ya con eco sensible y lastimero

De Adonis nos describa el caso fiero.

M. DE LA ROSA, *Poét. Canto IV.*

A una Zagala.

Allí está la gruta
Del aleve amor;
Huyamos, zagala,
Las iras del Dios.
Su lóbrega boca
Me llena de horror:
Si es esto la entrada
¿Qué hará su interior?
Los negros cuidados,
El flaco temor,
Los celos insomnes
El ciego furor
La moran, y afligen
Con impio rigor
Los tristes que en ella
Su engaño encerró.
Huyamos, huyamos
Con planta veloz;
Si mas lo tardares

Ya no es de sazon.
Mira que sus redes
Nos tiende el traidor,
Y solo quien huye
Burlarle logró.
Falaz como artero,
Si escuchas su voz,
Tú serás su esclava,
Pero muy mas yo.
Lanzarnos ha ciegos
Con impetu atroz
Por sendas que falso
De flores sembró,
A un bosque sombrío,
Do en dura prision
Sin fin penaremos
En llanto y dolor.

MELENDEZ, *id. I.*

Dorila.

SIENDO yo niño tierno,
 Con la niña Dorila,
 Me andaba por la selva
 Cogiendo florecillas,
 De que alegres guirnaldas
 Con gracia peregrina,
 Para ambos coronarnos,
 Su mano disponia.
 Así en niñeces tales,
 De juegos y delicias,
 Pasábamos felices
 Las horas y los dias:
 Con ellos poco á poco,
 La edad corrió de prisa,
 Y fue de la inocencia
 Saltando la malicia.
 Yo no sé, mas al verme,
 Dorila se reia,

Y á mí de solo hablarla,
 Tambien me daba risa.
 Luego al darle las flores
 El pecho me latia,
 Y al ella coronarme
 Quedábase embebida:
 Una tarde tras esto,
 Vimos dos tortolillas
 Que con trémulos picos
 Se halagaban amigas:
 Alentónos su ejemplo,
 Y entre honestas caricias
 Nos contamos turbados
 Nuestras dulces fatigas;
 Y en un punto, cual sombra,
 Voló de nuestra vista
 La niñez; mas en torno,
 Nos dió el amor sus dichas.

EL MISMO.

Al Sol.

PADRE del universo,
 Autor del claro dia,
 Brillante sol, á cuyos
 Influjos la infinita
 Turba de los vivientes,
 El ser debe y la vida:
 Tú, que rompiendo el seno
 De la alba cristalina,
 Sales sobre el oriente
 A derramar el dia,
 Por los profundos valles
 Y por las altas cimas;
 De cuyo reluciente
 Curso las diamantinas
 Y voladoras ruedas,
 Con rapidez no vista,
 Hienden el aire vago
 De la region vacía;
 En hora buena vengas
 De luces matutinas,

De rayos coronado
 Y llamas nunca extintas,
 A henchir las almas nuestras
 De paz y de alegría.
 La tenebrosa noche,
 De fraudes, de perfidias
 Y dolos, medianera,
 Se ausenta de tu vista,
 Y busca en los profundos
 Abismos su guarida.
 El sueño perezoso,
 Las sombras, las mentidas
 Fantasma y los sustos,
 Su horrenda comitiva,
 Se alejan de nosotros
 Y en pos del claro dia
 El júbilo, el sosiego
 Y el gozo nos visitan.
 Las horas transparentes
 De clara luz vestidas

Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
Por elevadas cimas
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas;
O ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde

Mas luz y fuego vibras;
O, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Veciduas aguas caigas
Con luz mas blanda y tibia;
Tu rostro refulgente,
Tu ardor, tu luz divina,
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

JOVELLANOS.

El clavel.

LA madre universal de lo criado,
Que con diversas y pintadas flores
De la alma primavera en mil colores
Adorna el verde manto que ha bañado
Céfiro en mil olores.

Ya alzando al cielo frescas azucenas
Nacidas al albor de la mañana;
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
De frescas hojas y de frutas llenas,
De rosicler y grana;

En mi huerto produjo el mas hermoso
Pundonor deljardin, el presumido
Galan de toda flor, astro florido,
En quien se excede el año presuntuoso,
El clavel encendido.

Sus edades se pasan de hora en hora;
Corto vivir le destinó la suerte,
Y solo un solsolemnizarle advierte
En risa el alba, en lágrimas la aurora,
Su nacimiento y muerte.

Señuelo sea de tu amante lado,
O bello airon de tu galan sombrero,
Por primicia del año placentero,
Y de un alma que á ti te ha consagrado
Su efecto lisonjero.

Lógrese en tu beldad esclarecida:
Y pues del año fue pimpollo tierno,
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
Y á su lado consiga eterna vida

En un Abril eterno.

IGLESIAS.

EPOPEYA.

Preceptos del género.

Con noble magestad la épica musa
Canta una *accion heroica, extraordinaria,*
Simple en el plan, en sus adornos varia.....

Modesta emprende la veraz historia
Los graves hechos referir fielmente,
Y el sagrado depósito inviolable
Religiosa guardar de gente en gente:
La musa celestial con noble audacia
Exorna, inventa, crea,
Y á la verdad solicita imitando,
Con gratas ficciones nos recrea.
La oscura tradicion, la antigua fama,
La fábula ingeniosa al noble canto
Añaden nuevo encanto;
Y arrastrada en el curso impetuoso
De la rápida accion, la razon misma
No percibe su engaño delicioso.....

A la voz de la musa soberana
El mar, la fuente, el valle, el bosque umbroso,
El rio caudaloso
Puéblanse de mil seres inmortales:
De espeso monte en las cavernas hondas
Refúgianse los faunos y silvanos:
Las náyades mostrando el blanco pecho,
Juegan del rio en las tranquilas hondas
Y seguido de rápidos tritones
Deja Tetis el seno de Nerco
Para correr las líquidas regiones...

Si enseña grave la razon sublime
Que en honda providencia
Un númen soberano
El orbe rige con potente mano;
La áurea cadena del divino Jove
En firme nudo al universo enlaza,
Del alto Cielo pende
Y en el inmenso espacio
La grave tierra y piélago suspende.

Como régia matrona
En el sublime sólio colocada,

Muestra el manto de púrpura esplendente,
 Y á la elevada frente
 Ciñe con magestad áurea corona:
 Asi la épica musa
 Ostenta en pompa, en gala y en riqueza,
 De su celeste origen la grandeza:
 Desdeña audaz los tímidos acentos,
 Y con vivas imágenes procura
 Ennoblecen sus altos pensamientos.....

Cual tiende su raudal el Tajo puro,
 Oro arrastrando por menuda arena,
 Y con el grato ruido de sus hondas
 De Toledo saluda el alto muro:
 No de otra suerte en el rotundo labio
 De la divina musa solo suena,
Noble, dición, riquísima, sonora;
 Y elevando su voz encantadora,
 De grata admiracion al orbe llena.

M. DE LA R.

LA ARAUCANA.

Costumbres de los araucanos.

No las damas amor, no gentilezas
 De caballeros canto enamorados,
 Ni las muestras, regalos ni ternezas
 De amorosos afectos y cuidados:
 Mas el valor, los hechos, las proezas
 De aquellos españoles esforzados,
 Que á la cerviz de *Arauco* no domada
 Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
 De gente que á ningun rey obedecen,
 Temerarias empresas, memorables,
 Que celebrarse con razon merecen:
 Raras industrias, términos loables
 Que mas los españoles engrandecen;
 Pues no es el vencedor mas estimado
 De aquello en que el vencido es reputado.

De diez y seis caciques y señores

Es el soberbio estado poseido,
 En militar estudio los mejores
 Que de bárbaras madres han nacido:
 Reparo de su patria y defensores,
 Ninguno en el gobierno preferido;
 Otros caciques hay, mas por valientes
 Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
 Servicio personal de sus vasallos,
 Y en cualquiera ocasion, cuando conviene,
 Puede por fuerza al débito apremiallos:
 Pero así obligacion el señor tiene
 En las cosas de guerra dotrinallos,
 Con tal uso, cuidado y disciplina,
 Que son maestros despues de esta doctrina....

Y desde la niñez al ejercicio
 Los apremian por fuerza y los incitan,
 Y en el bélico estudio y duro oficio
 Entrando en mas edad los ejercitan:
 Si alguno de flaqueza da un indicio,
 Del uso militar lo inhabilitan;
 Y el que sale en las armas señalado,
 Conforme á su valor, le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
 No son por flacos medios proveidos,
 Ni van por calidad, ni por herencia,
 Ni por hacienda, y ser mejor nacidos:
 Mas la virtud del brazo y la excelencia
 Esta hace los hombres preferidos,
 Esta ilustra, habilita, perfecciona,
 Y quilata el valor de la persona.....

Hacen su campo, y muéstranse formados
 Escuadrones distintos muy enteros,
 Cada hila de mas de cien soldados
 Entre una pica y otra los flecheros,
 Que de lejos ofenden desmandados
 Bajo la proteccion de los piqueros,
 Que van hombro con hombro, como digo,
 Hasta medir la pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
 Por fuerza viene á ser desbaratado,
 Tan pronto á socorrerle otro se mete
 Que casi no da tiempo á ser notado;
 Si aquel se desbarata otro arremete,
 Y estando ya el primero reformado,

Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios, cielo y tierra despreciando,
Ganosos de estremarse por valientes.
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes
Diciendo: si hay valiente algun cristiano
Salga luego adelante mano á mano.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada:
Y así á cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores.....

Juntos pues los caciques del senado
Propóneles el caso nuevamente,
El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente:
Y resueltos en uno y decretado,
Si alguno de opinion es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido;
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado.

Valdivia vence á los araucanos.

A sólo el de Valdivia esta victoria
Con justa y gran razon le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:

Este alcanzó en Arauco aquella gloria
 Que de nadie hasta allí fuera alcanzada:
 La altiva gente al grave yugo trujo,
 Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
 Ayudado de industria que tenia,
 Hizo con brevedad de buena gente
 Una lucida y gruesa compañía:
 Y con designio y ánimo valiente
 Toma de Chile la derecha via,
 Resuelto en acabar de esta salida
 La demanda difícil, ó la vida.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
 Batallas y reencuentros peligrosos,
 En tiempos y lugares diferentes,
 Que estuvieron los fines muy dudosos:
 Pero al cabo por fuerza los valientes
 Españoles, con brazos valerosos,
 Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
 Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdida de vidas
 Asediados seis años sostuvieron,
 Y de incultas raices desabridas
 Los trabajados cuerpos mantuvieron;
 Do á las bárbaras armas oprimidas
 A la española devocion trujeron
 Por ánimo constante y raras pruebas,
 Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Despues entró Valdivia conquistando
 Con esfuerzo y espada rigurosa,
 Los Promaucaes por fuerza sujetando
 Curios, Cauquenes, gente belicosa:
 Y el Maule y raudó Itála atravesando
 Llegó al Audalien, do la famosa
 Ciudad fundó de muros levantada,
 Felice en poco tiempo y desdichada.

.....
 El Estado Araucano, acostumbrado
 A dar leyes, mandar, y ser temido,
 Viéndose de su trono derribado,
 Y de mortales hombres oprimido,
 De adquirir libertad determinado,
 Reprobando el subsidio padecido,
 Acude al ejercicio de la espada
 Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
 Por ver con qué rigor se tomaria,
 En dos soldados nuestros, que á tormento
 Mataron sin razon y causa un dia:
 Disimulóse aquel atrevimiento,
 Y con esto crecióles la osadia,
 No aguardando á mas tiempo, abiertamente
 Comienzan á llamar y juntar gente.

Junta de los caciques araucanos.

Iban ya los caciques ocupando
 Los campos con la gente que marchaba,
 Y no fue menester general bando,
 Que el deseo de guerra los llamaba
 Sin promesas ni pagas, deseando
 El esperado tiempo, que tardaba,
 Para el decreto y áspero castigo,
 Con muerte y destruccion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
 Es bien que haya memoria de sus nombres,
 Que, siendo incultos bárbaros, ganaron
 Con no poca razon claros renombres:
 Pues en tan breve término alcanzaron
 Grandes victorias de notables hombres
 Que de ellas darán fé los que vivieren,
 Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
 Que al plazo señalado habia venido;
 Este fué de cristianos carnicero,
 Siempre en su enemistad endurecido:
 Tiene tres mil vasallos el guerrero,
 De todos como rey obedecido.
 Ongol luego llegó, mozo valiente,
 Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
 No fue el postrero que dejó su tierra,
 Que allí llegó el tercero, deseoso
 De hacer á todo el mundo él solo guerra:
 Tres mil vasallos tiene este famoso
 Usados tras las fieras en la sierra.
 Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,

Que cinco mil gobierna de continuo.
 Paicabí se juntó aquel mismo día,
 Tres mil fuertes soldados señorea.
 No lejos Lemolemo dél venia,
 Que tiene seis mil hombres de pelea.
 Mareguano, Gualemo y Lebopía
 Se dan prisa á llegar, porque se vea
 Que quieren ser en todo los primeros,
 Gobiernan estos tres, tres mil guerreros.

Tomé y Andalican tambien vinieron,
 Que eran del araucano regimiento,
 Y otros muchos caciques acudieron
 Que por no ser prolijo no los cuento.
 Todos con leda faz se recibieron,
 Mostrando en verse juntos gran contento;
 Despues de razonar en su venida,
 Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
 Y mal de las tinajas el partido,
 De palabra en palabra se llegaba,
 A encenderse entre todos gran ruido:
 La razon uno de otro no escuchaba:
 Sabida la ocasion do habia nacido,
 Vino sobre cuál era el mas valiente,
 Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
 Las mesas, de manjares ocupadas,
 Aguijan á las armas, desgajando
 Las ramas al depósito obligadas:
 Y dellas se aperciben, no cesando
 Palabras peligrosas y pesadas
 Que atizaban la cólera encendida
 Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel, claro decia
 Que el cargo del mandar le pertenece,
 Pues todo el Universo conocia
 Que si va por valor, que lo merece:
 Ninguno se me iguala en valentia,
 De mostrarlo estoy presto si se ofrece
 (Añade el jactancioso) á quien quisiere;
 Y á aquel que esta razon contradijere.

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
 A mí es dado el gobierno desta danza,

Y el simple que intentare otra locura
 Ha de probar el hierro de esta lanza.
 Ongolmo, que el primero ser procura,
 Dice: Yo no he perdido la esperanza
 En tanto que este brazo sustentare,
 Y con él la ferrada gobernare.

Alto, sús, que yo aceto el desafío;
 (Responde Lemolemo) y tengo en nada
 Poner á nueva prueba lo que es mio,
 Que mas quiero librarlo por la espada:
 Mostraré ser verdad lo que porfio
 A dos, á cuatro, á seis en la estacada;
 Y si todos cuestion quereis conmigo,
 Os haré manifiesto lo que digo.

Puren, que estaba aparte, habiendo oido
 La plática enconosa y rumor grande
 Diciendo en medio de ellos se ha metido,
 Que nadie en su presencia se desmande;
 Y ¿quién á imaginar es atrevido
 Que donde está Puren mas otro mande?
 La grito y el furor se multiplica,
 Quién esgrime la maza y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
 En medio de estos bárbaros de presto,
 Y con dificultad los despartieron,
 Que no hicieron poco en hacer esto:
 De herirse lugar aun no tuvieron,
 Y en voz airada ya el temor pospuesto,
 Colocolo, el cacique mas anciano,
 A razonar así tomó la mano:

«Caciques, del estado defensores,
 »Codicia del mandar no me convida
 »A pesarme de veros pretendores
 »De cosa que á mi tanto era debida:
 »Porque, segun mi edad, ya veis señores,
 »Que estoy al otro mundo de partida;
 »Mas el amor que siempre os he mostrado
 »A bien aconsejaros me ha incitado.

»¿Por qué cargos honrosos pretendemos
 »Y ser en opinion grande tenidos,
 »Pues que negar al mundo no podemos
 »Haber sido sujetos y vencidos?
 »Y en esto averiguarnos no queremos,
 »Estando aun de españoles oprimidos:

- » Mejor fuera esa furia ejecutalla
 » Contra el fiero enemigo en la batalla.
 » ¿Qué furor es el vuestro ¡oh araucanos!
 » Que á perdicion os lleva sin sentillo?
 » ¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
 » Y no contra el tirano en resistillo?
 » Teniendo tan á golpe á los cristianos
 » ¿Volveis contra vosotros el cuchillo?
 » Si gana de morir os ha movido,
 » No sea en tan bajo estado y abatido.
 » Volved las armas y ánimo furioso
 » A los pechos de aquellos que oshan puesto
 » En dura sujecion con afrentoso
 » Partido, á todo el mundo manifiesto:
 » Lanzad de vos el yugo vergonzo;
 » Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
 » No derrameis la sangre del Estado
 » Que para redimirnos ha quedado.
 » No me pesa de ver la lozania
 » De vuestro corazon, antes me esfuerza;
 » Mas temo que esta vuestra valentia,
 » Por mal gobierno el buen camino tuerza:
 » Que, vuelta entre nosotros la porfia,
 » Degolleis nuestra patria con su fuerza:
 » Cortad, pues, si ha de ser desamano,
 » Esta vieja garganta la primera:
 » Que esta flaca persona, atormentada
 » De golpes de fortuna, no procura
 » Sino el agudo filo de una espada,
 » Pues no la acaba tanta desventura.
 » Aquella vida es bien afortunada
 » Que la temprana muerte la asegura;
 » Pero, á nuestro bien público atendiendo,
 » Quiero decir en esto lo que entiendo.
 » Pares sois en valor y fortaleza;
 » El Cielo os igualó en el nacimiento;
 » De linaje, de estado, y de riqueza
 » Hizo á todos igual repartimiento;
 » Y en singular por ánimo y grandeza
 » Podeis tener del mundo el regimiento:
 » Que este precioso don no agradecido,
 » Nos ha al presente término traído.
 » En la virtud de vuestro brazo espero
 » Que puede en breve tiempo remediarse,
 » Mas ha de haber un capitan primero,

»Que todos por él quieran gobernarse:
 »Este será quien mas un gran madero
 »Sustentare en el hombro sin pararse;
 »Y pues que sois iguales en la suerte,
 »Procure cada cual ser el mas fuerte.»
 Ningun hombre dejó de estar atento
 Oyendo del anciano las razones;
 Y puesto ya silencio al parlamento,
 Hubo entre ellos diversas opiniones:
 Al fin, de general consentimiento,
 Siguiendo las mejores intenciones,
 Por todos los caciques acordado
 Lo propuesto del viejo fue aceptado (1).

Batalla entre españoles y araucanos.

Como el caiman hambriento cuando siente
 El escuadron de peces, que cortando
 Viene con gran bullicio la corriente
 El agua clara, entorno alborotando;
 Que abriendo la gran boca cautamente
 Recoge allí el pescado y apretando
 Las cóncavas quijadas lo deshace,
 Y al insaciable vientre satisface:
 Pues de aquella manera recogido
 Fue el pequeño escuadron del homicida,
 Y en un espacio breve consumido
 Sin escapar cristiano con la vida.
 Ya el araucano ejército movido
 Por la ronca trompeta obedecida,
 Con gran estruendo y pasos ordenados
 Cerraba sin temor por todos lados.
 La escuadra de Marean de encarnizada
 Tendia el paso con mas atrevimiento;
 Viéndola así Valdivia adelantada,
 No escarmentado manda á su Sargento,
 Que escogiendo la gente mas granada
 Dé sobre ella con recio movimiento;
 Pero diez españoles solamente
 Pusieron á la muerte osada frente.
 Contra el escuadron bárbaro importuno

(1) (Véase la prueba del tronco en las narraciones.)

Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
 Y en el encuentro de los diez ninguno
 Dejó allí de sacar la lanza roja:
 Desocupó la silla solo uno,
 Que con la vasca y última congoja
 De la rabiosa muerte el pecho abierto,
 Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron
 Haciendo tales hechos señalados
 Que digna y justamente merecieron
 Ser de la eterna fama levantados:
 Hechos pedazos todos diez murieron
 Quedando de su muerte antes vengados;
 En esto la española trompa oida
 Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte
 Los dientes y las lanzas apretando,
 Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
 Le van un largo trecho retirando:
 Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
 Piernas, brazos, cabezas cercenando:
 Los bárbaros por esto no se admiran,
 Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
 Perdone Dios á aquel que allí cayere,
 Del un bando y del otro así se ofende,
 Que de ambas partes mucha gente muere:
 Bien se estima la plaza y se defiende,
 Volver un paso atrás ninguno quiere,
 Cubre la roja sangre todo el prado
 Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
 Los templados arneses reteñian,
 Y las vivas entrañas escondidas
 Con carniceros golpes descubrian:
 Cabezas de los cuerpos divididas
 Que aun el vital espíritu tenian,
 Por el sangriento campo iban volando
 Vuelos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
 Todo en color de sangre lo convierte,
 Siempre el acometer es mas furioso;
 Pero ya el combatir es menos fuerte;
 Ninguno allí pretende otro reposo
 Que el último reposo de la muerte,

El mas miedoso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente,
Crió en los nuestros fuerza tan estraña
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña:
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: victoria, España, España;
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un estraño principio á lo ordenado.

Razonamiento de Caupolican al capitán Reinoso.

Yo soy Caupolican, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Puren desmantelado,
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado:
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado,
Me ponen á tus pies á que te pida
Por un muy breve término la vida.

Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona mas, es mas clemente,
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente:
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente
Y si en darme la muerte estas ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí á tus manos,
Ha de faltar cabeza en el estado,
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado:
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que de ellos soy el minimo soldado,
Tentar nueva fortuna error seria

Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

Mira que á muchos vences en vencerte,
Frena el ímpetu y cólera dañosa,
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar venganza es generosa:
La paz comun destruyes con mi muerte;
Suspende ahora la espada rigorosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

Aspira á mas, y á mayor gloria atiende,
No quieras en poca agua así anegarte,
Que lo que la fortuna aquí pretende
Solo es que quieras de ella aprovecharte:

Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto, no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, ó capitan, satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte:

Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y mas en este tiempo, que la mia,
La paz universal perturbaria.

Y pues por la experiencia claro has visto,
Que libre y preso, en público y secreto
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluniad todo sujeto,
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al rey Felipe la obediencia.

Suplicio de Caupolican.

LLEGÓSE él mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: pues el hado y suerte mia
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande, si es postrero.

Luego llegó el verdugo diligente,
 Que era un negro Gelofo, mal vestido,
 El cual viéndole el bárbaro presente
 Para darle la muerte prevenido;
 Bien que con rostro y ánimo paciente
 Las afrentas demas habia sufrido,
 Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
 Diciendo en alta voz de esta manera:

¿Cómo? ¿y qué en cristiandad y pecho honrado
 Cabe tan cosa fuera de medida,
 Que á un hombre como yo tan señalado
 Le dé muerte una mano así abatida?
 Basta, basta morir al mas culpado,
 Que al fin todo se paga con la vida,
 Y es usar de este término conmigo,
 Inhumana venganza y no castigo.

¿No hubiera una espada aquí de cuantas
 Contra mí se arrancaron á porfia,
 Que usada á nuestras miseras gargantas,
 Cercenara de un golpe aquesta mia?
 Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
 Maneras la fortuna en este dia,
 Acabar no podrá, que bruta mano
 Toque al gran general Caupolicano.

Esto dicho, y alzando el pié derecho,
 Aunque de las cadenas impedido,
 Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
 Le hechó rodando abajo mal herido:
 Reprehendido el impaciente hecho,
 Y del súbito enojo reducido,
 Le sentaron despues con poca ayuda
 Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante
 Por mas que las entrañas le rompiese,
 Barrenándole el cuerpo, fue bastante
 A que al dolor intenso se rindiese:
 Que con sereno término y semblante
 Sin que labio ni ceja retorciese
 Sosegado quedó de la manera
 Que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados
 Que prevenidos para aquello estaban
 Treinta pasos de trecho desviados,
 Por órden y despacio le tiraban:
 Y aunque en toda maldad ejercitados,

Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran hombre.

Mas fortuna cruel que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia
Forzando el curso le traia derecho,
Y en breve sin dejar parte vacia
De cien flechas quedó pasado el pecho
Por dó aquel grande espíritu echó fuera
Que por menos heridas no cupiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle,
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca de él no hubiese miedo.

D. ALONSO DE ERCILLA.

EL BERNARDO.

Batalla de Roncesvalles.

El nuevo orgullo del cercano dia,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarin de oro despertó, que hacia
Pomposa salva el rayo del lucero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.

Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja,
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
Y todo al fin por do el incendio pasa,
El monte asombra, y su ladera abrasa;

Así, al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor sube marchando
Por los riscos altivos miradores

Del grave Pirineo, el francés bando:
 Tiemblan los pinos, jimen los alcores
 Debajo el grave peso; y no bastando
 A refrenar su furia, el valle escaso
 Les da á no poder mas humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
 A quien del Cielo el brazo eterno puso
 Con riendas de oro al paso del deseo
 De un pueblo y otro de su trato y uso;
 Y por mejor y altísimo trofeo
 De paz y eternas treguas le compuso
 Entre las dos naciones, que feroces,
 Hoy su sosiego han perturbado á voces;

De las huecas alcobas, donde tiene
 En estrados de plata reclinada
 La grave espalda, que corriendo viene
 De la una mar á la otra mar salada;
 Al rumor de la gente que detiene,
 Su cabeza de encinas coronada;
 Dicen que alzó entre riscos, y la tierra
 Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas
 Del francés reino las lecciones fieras,
 De las lustrosas armas las doradas
 Luces, y el tremolar de las banderas,
 Las leyes de sus límites quebradas,
 Y que por pretensiones altaneras,
 Lo que el cielo apartó en concordia sana
 Juntar pretende la ambicion humana;

«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
 «Del mundo la quietud ha rebelado?
 «¿Qué nuevos móstruos de ánimos violentos
 «Por mis revueltas breñas se han sembrado?
 «A ¿qué fin con tan graves movimientos
 «De armas mi inculto seno veo preñado,
 «Que con ciego alboroto y son de guerra
 «Los confines asordan de mi tierra?.....»

Vanse acercando, suenan los clarines
 Entre las peñas con quebrados ecos;
 Y puestos ya en los últimos confines
 Del fatal monte y sus peñascos huecos,
 Del vario tiempo los dudosos fines,
 Y del triste hado los variables truecos
 Su orgullo asombran, y al dudoso caso
 Suspenso dan el amagado paso.

Muévense entrambos campos, semejantes
 A dos tejidas selvas, cuyos pinos
 Son espigadas lanzas relumbrantes,
 Y las copadas hayas yelmos finos:
 Las ramas sus plumeros tremolantes,
 Donde hace el viento bellos remolinos;
 Y á las varias centellas del acero
 En que el Sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre
 Al son de belicosos instrumentos,
 Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
 En roncós y tristisimos acentos:
 Suena el acero, asombra su vislumbre,
 Y el Pirineo tembló por los cimientos;
 Las madres dentro en los vecinos techos
 Sus hijos abrigaron á sus pechos.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
 Gaiferos, Naimo, Oton, y Belenguero,
 Anselmo, Don Turpin, Avivio, Alardo,
 El aleman Godofre, el fiel Rainero,
 De todos hecho un escuadron gallardo,
 Lanzando rayos de su ardiente acero,
 Por el revuelto ejército de España
 Rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto,
 Rompen, desarman, y en sangriento lago
 Un número increíble dejan muerto,
 Y entre los vivos un horrible estrago:
 Quién el costado, quién el cuerpo abierto,
 Sin sentir de la muerte bebió el trago;
 Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
 Por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos ejércitos difusos
 Sin órden, modo, sin concierto ni arte,
 En espantosa trápala los usos
 Y reglas quiebran del sangriento Marte:
 En ciegas tropas, y en monton confusos,
 De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
 De á caballo y á pie, todos á una
 Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos, ni el prudente
 Capitan pueden reducir á modo,
 La descompuesta confusion de gente
 En que se enreda y enmaraña todo:
 Mezclados el cobarde y el valiente,

El español, francés, normando y godo,
 El noble y el plebeyo, el alto, el bajo,
 El que viste armas y el que no las trajo.

Retumba el hueco valle á los acentos
 Del ronco y triste son de las espadas;
 Hieren las voces los confusos vientos,
 Y el romper de las armas encontradas:
 Corren del monte horribles rios sangrientos
 Volcando arneses, grebas y celadas
 A los vecinos valles, ya cubiertos
 De enteros escuadrones de hombres muertos.....

Combate de Bernardo con Roldan.

Cual generoso leon, que entre el rebaño
 De algun collado de Getulia estrecho,
 Cansado de matar y de hacer daño
 Las garras lame y el sangriento pecho,
 Si un dragon ve venir de bulto extraño
 La oveja que á matar iba derecho
 Deja, y en crespas crin, y aire brioso
 Se arroja al enemigo poderoso:

Así el bravo español, viendo de lejos
 Lucir las armas del señor de Anglante,
 Tras sus nuevos vislumbres y reflejos
 Feroz sale á ponérsele delante,
 Herida el alma de los tristes dejos
 Del malogrado primo y tierno amante;
 Bien que el Marte francés al desafio
 No salió con menor aliento y brio.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho
 Y en deseos de venganza:—O fiero hispano,
 Dijo: que el mundo á golpes has deshecho
 ¿Quién te dará ya libre de mi mano?
 Bien que la recompensa al daño hecho
 Será buscarla igual cuidado vano,
 Mas muere, y deje aquí ahora mi espada,
 Sino el agravio, la honra reparada.—

Así dijo, y cual dos dragones fieros
 Que en los marsilios campos con la ardiente
 Ponzoña que vomitan los postreros
 Arboles se arden, y su hervir se siente,
 Gimen las costas y escamados cueros,
 Tiembla del grave monte la eminente

Altura, y ellos la abrasada arena
De rocas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, corage y desconciertos;
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajados cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado, ni la sana
Pasta, valerle en su defensa pudo,
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantado el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas;
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza, que primero
Mostraba al mundo su invencible acero.

Antes, llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo;
Y él, de ver su arnés roto y él herido,
Quedó, mas que del golpe, sin sentido.

La vista absorta y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto

En triste sombra se le puso al lado:
 Mas, ya del breve frenesí despierto
 De todo el golpe de su honor llevado,
 Uno y otro redobla algodo altivo,
 Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,
 Sobre las derretidas masas de oro,
 Labrando rayos á la diestra mano
 Que sola rige el estrellado coro,
 Con los membrudos ciclopes el vano
 Aire retumba en eco mas sonoro,
 Que el valle á las confusas estampidas
 De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
 Por el campo sembrados, los caballos
 De las vueltas, vaivenes y reveses
 Ni ya pueden aquí ni allí llevarlos;
 Hechos sangrientas rajas los arneses,
 Por ver si así podrán mejor quebrallos,
 A brazos se asen, y en alientos mudos
 Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
 La de los dos caballos trajo al suelo,
 Donde saltando cada cual se esfuerza
 A mostrar lo que en él ha puesto el cielo:
 Crecen los nuevos golpes, y refuerza
 El honor lo que falta, que el recelo
 De perderle en el alma que le estima,
 La punta es de rigor que mas lastima.

Dió el francés á Bernardo una herida
 Tan á sazón, que pudo desarmalle
 Todo el hombro siniestro, y de escondida
 Sangre darle una nueva fuente al valle:
 Corrió notable riesgo de la vida;
 Mas cuando ya volvía á segundalle,
 Tan recio entró con él, que por las faldas
 De un gran peñasco le hizo dar de espaldas.

Y antes que hallase tiempo conveniente
 De rehacer su furia, con dos manos
 Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
 Bajó gimiendo por los aires vanos;
 La celada rompió el golpe valiente,
 Sonó el golpe en los valles comarcanos,
 Y aunque no cayó el conde, del ruido
 Quedó atronado el uso del sentido.

Queriale ya dejar, y un bulto mudo,
 Del muerto primo, sombra temerosa,
 Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
 Volver cruel su alma de piadosa:
 «Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
 No te puedo dar mas, ó alma dichosa;
 Muere ahora cruel, muere homicida,
 Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo, y alzando el brazo vengativo,
 A dar sobre él la fiera arma encantada,
 Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
 Su heróica frente y la enemiga espada;
 Cayó muerto Roldan, quedando vivo
 Su eterno nombre; su alma arrebatada
 Feroz voló á la esfera, y su gallardo
 Cuerpo á los pies cayó del gran Bernardo.

D. BERNARDO DE VALBUENA.

LA CRISTIADA.

Descripcion del alcázar del Eterno.

El sumo alcázar para Dios fundado
 Sobre este mundo temporal se encumbra,
 Su muro es de diamante jaspeado
 Que sol parece y mas que sol relumbra:
 Está de doce puertas rodeado,
 Que con luz nueva cada cual alumbrá;
 Y la mas fuerte y despejada vista
 No es posible que á tanto ardor resista.

Las doce tribus de Jacob valientes
 Están en los umbrales sobrescritos,
 Y en las basas de mármoles lucientes,
 Doce maestros de cristianos ritos.

La materia es de piedras escelentes
 Y de oro corruscante los escritos:
 Ninguna puerta con rigor se cierra,
 Porque ni hay noche ni se teme guerra.

De este rico metal cual vidrio puro
 Es la hermosa plaza cristalina;
 Y el ancho suelo como el alto muro
 De ardiente claridad y luz divina.
 Por ella un rio de cristal, seguro
 De ofensa vil con blando pié camina:

En urna va de perlas murmurando
Y el márgen de oro líquido esmaltando.

A la ribera de este ameno río
Está luciendo el árbol de la vida
Con grave copa y descollado brio,
Que con su olor á eterna edad convida.
Fruta dá que jamas dará hastio,
Que es fruta cada mes recién nacida:
Es de oro, y sus hojas de esmeraldas,
Y hacen dellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas
Están lindos y alegres corredores
Y galerías de marfil preciosas,
Bañadas con süaves resplandores:
Divisan desde allí todas las cosas
Aquellos celestiales moradores,
Y lastimales vernos fatigados
En pequeños y miseros cuidados.

La sala del artífice supremo
Que esta soberbia máquina compuso,
Es de un fino rubí de ardor eterno,
Que en cuadro y forma cóncava dispuso:
De aquí ejercita el general gobierno
En que dulzura y eficacia puso:
Es la piedra labrada en varios modos
Y de ciento cuarenta y cuatro codos.

Por una y otra parte dibujadas
En ella están las inclitas historias
Del mundo, antiguamente celebradas,
Por siempre dignas de felices glorias;
Y aun se conservan hoy depositadas
En cristianas altísimas memorias,
Por su gran prez y su valor ilustre,
Que honra dieron á Dios y al mundo lustre.

En un jardín cuyas perpétuas flores
Son carbunclos, jacintos y esmeraldas,
Plata y matiz los pájaros cantores,
Y oro de un río las alegres faldas:
Entre varias suavísimas colores
Blancas, verdes, azules, rojas, gualdas,
Está durmiente Adán, un sueño blando,
Y una costilla Dios le va sacando.

Y habiendo hecho de ella una agradable
Y hermosa muger, se la presenta;
El la recibe, y con el rostro afable

De su beldad y gracia se contenta.
 ¡Oh de mi carne y hueso, hueso amable,
 Y carne que mi espíritu alimenta!
 Naciste de varon, serás llamada
 Le dice, varonesa deseada.

El justo Abel se mira en otra parte
 Muerto, y en el matiz descolorido,
 Que aquel primero y envidioso Marte
 Le tiene á sus robustos pies tendido.
 A la materia sobrepuja el arte,
 Y á la verdad iguala lo esculpido:
 Muerto aparece por la dura mano
 De su crudo enemigo y fiero hermano.

Cerca de allí, colérico y terrible
 Se muestra Dios al fratricida odioso;
 Y la sangre de Abel con voz sentible
 Clama contra el soberbio y alevoso,
 Pintado el matador incorregible
 Va huyendo con ímpetu furioso.
 ¿De qué huyes? Cain, y por qué huyes?
 Que á Dios ofendes y tu bien destruyes.

Perlas y aljófar son las aguas vivas,
 Que representan el diluvio extraños
 Del cielo, que con lanzas vengativas
 Al mundo hizo irremediable daño.
 Allí se ven las ondas fugitivas
 Deslizarse y bajar con dulce engaño
 De la nave gentil, que burla de ellas,
 A fuerza de oraciones, no de estrellas.

Poco despues el iris generoso
 De diversos colores rodeado,
 Aplacándose el tiempo borrascoso
 Aparece en el cielo dibujado.
 El rico sardio y el rubí precioso,
 Con el bello crisólito mezclado,
 Son figura del arco, no pintura,
 Que en eso el iris de ellos es figura.

Formado de carbunclos refulgentes
 Un fuego está de llamas encendidas,
 Y el padre ilustre de las muchas gentes,
 En él sacrificar quiere mil vidas;
 La suya, y de sus claros descendientes
 En la de Isaac, su hijo, prometidas;
 Allí el alfange con valor levanta,
 Y aun en dibujo reluciendo espanta.

Rayo parece que del cielo baja,
 Y en los ojos de Isaac relampaguea
 Amenazando; pero el golpe ataja
 Un ángel á la fuerte mano hebrea.
 Si aprestabas al jóven la mortaja
 Santo Abraham, apréstale librea;
 Que ha de ser padre de inclitos varones,
 Temidos de ilustrísimas naciones.

Tambien Jacob su hijo allí se muestra
 Con dulces vinos y süaves flores;
 Y la prudente madre que le adiestra,
 Manjar le da, y con él ricos favores.
 Velloso hace su tratable diestra,
 Pieles le viste, fíngele rigores:
 La bendicion de Isaac con esto gana,
 Que la merece el hijo que se humana.

Despues un grueso y lucido diamante
 Pinta del alba roja el blanco paso;
 Y la frente un piropo rutilante
 Que el oriente pusiera en el ocaso.
 Con Dios lucha Jacob mas adelante
 Y el mismo Dios le dice; basta, paso,
 Suéltame que ya viene el alba; pero
 Su santa bendicion le da primero.

A Josef, en el otro cuadro venden
 Sus envidiosos pérfidos hermanos;
 Y con la venta desmentir entienden,
 Y hacer sus verdaderos sueños vanos.
 Y el edificio que arruinar pretenden
 Lo fundan y levantan con sus manos.
 ¡Oh solo sabio Dios! Tu suma ciencia,
 Se burla de la humana providencia.

Luego, entrando en la sala venerable
 Del Sumo Emperador de emperadores,
 La superficie vieron admirable,
 Con otras mil riquísimas labores:
 La encarnacion y vida memorable,
 Los trabajos, las armas, los amores
 Del nombre Dios, que están allí grabados,
 Y del eterno Padre respetados.

Las tarjas de la obra peregrina,
 Son de otra mas que celestial materia;
 Y sospecha de cosa tan divina,
 Aun no se hallan en la humana feria.

¡Oh, cuánto pierde el hombre que se inclina
A la de acá, vilísima miseria!
Hombre, levanta los cansados ojos,
Lidia y vence, y habrás tales despojos.

Estaba aquel gran Padre omnipotente,
El sumo trono de su eterno imperio
Llenando, y con su ropa refulgente
El ártico y antártico hemisferio.
Y á sus pies dibujada ilustremente,
En alto modo, y con sutil misterio,
Por la naturaleza curiosa,
Del mundo aquesta fábrica espantosa.

La tierra estaba informe, oscuro el aire,
Confusa el agua, asida della el fuego;
Fuego y agua mezclados, tierra y aire,
Y el aire y tierra, en un globo, y aire y fuego:
Sin lugar fuego y agua y tierra y aire,
Y el aire y tierra en caos, y el agua y fuego,
Fuego y agua riñendo, y aire y tierra,
Con la agua el fuego, el aire con la tierra.

Nació su luz, y con su linda cara
La distincion, la gracia, la armonía
No fue la luz en darse al mundo avara,
Que hoy divide la noche y hace el día:
Alegre y bella, rutilante y clara
Al *Hágase* de Dios aparecía;
Y apenas le mandaba que alumbrase,
Cuando salió sin que jamás faltase.

La oracion de Jesus subiendo al cielo.

Con prestas alas, que al ligero viento,
Al fuego volador, al rayo agudo,
A la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo:
Llega al sutil y espléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor mas abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con feliz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante,
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellissimo semblante:
Que ya mas de una vez con rostro ledó,

Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la mas excelsa nube,
Al tribunal subió que ahora sube.

Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos piés lijeros
Voltéan la gran máquina estrellada:
Estaban con espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subia,
A su consorte cada cual decia:

«¿Quién es aquesta dama religiosa

»Que de Jetsemaní volando viene?

»Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,

»Mas el rostro en sudor bañado tiene.

»Que beldad tan suave y amorosa

»Con tan grave pasion se aflija y pene

»Lástima causa. ¿Quién es la aflijida,

»En igual grado bella y dolorida?

»Es de oro su cabeza refulgente,

»Su rubia crin los rayos de la Aurora,

»De lavado cristal su limpia frente,

»Su vista sol que alumbra y enamora;

»Sus mejillas Abril resplandeciente,

»En sus labios la misma gracia mora;

»Callando viene, pero su garganta

»Da muestras que suspende cuanto canta.

»En polvo, en sangre y en sudor teñida

»Aparece su grave vestidura:

»Como quien piés lavó sube ceñida,

»Y humildad debe ser quien la asegura.

»Vedla, que en santo amor está encendida.

»Y así de amor el fuego la apresura:

»Si es por dicha oracion de algun profeta,

»Si es oracion, es oracion perfeta.

»Oracion es que los atentos ojos

»Y las tendidas y arqueadas cejas,

»Y lo demas que lleva por despojos

»Son de esta gran virtud señales viejas.

»Sin duda puso en tierra los hinojos,

»Y á solo Dios pretende dar sus quejas:

»El barro de la ropa lo declara,

»Y la congoja de su pecho rara.

»Cual humo de pebete es delicada

»De amarga mirra y de suave incienso,

»Y de la especería mas preciada
 »De que á Belen pagó la Arabia censo.
 »Mirra fué de su sangre derramada
 »La primer causa, y un dolor inmenso,
 »Y de estos aromáticos olores
 »Ciencia, virtudes, gracias, resplandores.
 »Ella dirá quién es, que ella se llega:
 »Mas la Oracion del Verbo soberano
 »Que á dura muerte su persona entrega
 »Debe ser, que su talle es mas que humano.
 »Si á mis ojos su ardiente luz no ciega
 »He de besarle su divina mano:
 »Es la Oracion de Cristo, es lo sin duda;
 »Abrasele la puerta, el Cielo acuda.»

Dijeron, y la dama jenerosa
 En la Ciudad entró de vida eterna,
 Y aquella compañía venturosa
 La recibió con rostro y alma tierna:
 Van con ella á la casa luminosa
 Del sumo Emperador que la gobierna,
 Y su lugar le dan las dignidades
 Mas altas de las nobles potestades.

Pasa de los espíritus menores
 El coro excelso y órden admirable,
 Y sube á los arcánjeles mayores
 De ilustre faz, de vista venerable:
 Hácenle reverencia, da favores,
 Y atrás deja al ejército agradable
 De las virtudes, y á los potentados
 Llega en fuerzas y gloria sublimados.

Salutacion de Cristo á la cruz al marchar al Calvario.

«Ven, estandarte de inmortal memoria,
 Que has de triunfar del espantoso infierno,
 Y, siempre digno de alabanza y gloria,
 Fundarás en la iglesia mi gobierno,
 Y en el final juicio con victoria
 Universal y resplandor eterno
 Lucirás y entre nobles compañías
 De ilustres santos y en perpétuos días.....

Arbol de vida y árbol de la ciencia
 Del mismo bien, y palma victoriosa

De donde cogerá con mas prudencia
 Que Eva el fruto de amor, mi bella esposa,
 Ven, que en tí mi suave providencia
 Sombra le ha de hacer maravillosa,
 Para que ya descanse, ya se aliente,
 Hasta que á verme suba claramente.

Ven ¡oh sagrada cruz! dame tus brazos
 Que yo te doy con caridad los míos,
 Y te regalo con estrechos lazos,
 Para mí fuertes, para el hombre píos:
 Y si á tu amor no bastan mis abrazos,
 Yo te prometo de mi sangre ríos,
 Con que lavada, y bella, y dulce quedes,
 Y rica al fin para ofrecer mercedes.

Ven, que en tí hallarán los pecadores
 De infinita piedad la fuente abierta,
 Y de gracia, dulzuras y favores
 Los justos franca la dichosa puerta,
 Salud el mundo, el cielo resplandores,
 Su triunfo Dios, su vida el hombre cierta.
 Ven, cruz, y vamos.» Dijo y recibióla
 Con un beso de paz, y levantóla.

La muerte de Jesus.

Estaba el Sol entonces coronado
 De largas puntas de diamantes finos
 Y en medio de su curso levantado
 Los montes abrazaba palestinos.
 Miguel, viendo á su Dios crucificado
 Desnudo ante los bárbaros indios
 Con hidalga vergüenza y noble celo
 Bajó del cielo empireo al cuarto cielo:

Y á los fuertes caballos rutilantes
 Que echaban fuego por las bocas de oro,
 Las ruedas volteando corruscantes
 Que dan al mundo nuevo gran tesoro;
 Los encendidos frenos radiantes,
 Sin guardar al planeta mas decoro
 Asió con la una mano valerosa,
 Y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado alzó los ojos
 Al sol, que con mil ojos le miraba,

Y fulminando por la vista enojos
 El fin de sus intentos aguardaba;
 Abriendo, pues, Miguel sus lábios rojos,
 Con voz le dijo resonante y brava
 Increpando al planeta excelsamente
 Porque daba su luz resplandeciente:

«¿Es posible, inmortal noble criatura,
 Que miras á tu Dios en cruz desnudo,
 Y ofreces luz á aquella gente dura
 Que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
 Cubre tu clara faz de noche oscura
 Con razon fiero, y con verdad sañudo,
 Desate el mundo así sus gruesas nieblas,
 Y á su Criador conozca en tus tinieblas.»

Dijo, y el sol avergonzado luego,
 Sus rayos en sí propio recogidos,
 Negó su bella lumbre al mundo ciego
 Por dejar á los hombres confundidos:
 Espantóse el romano, admiró al griego,
 Ambos en esta ciencia esclarecidos,
 Ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
 Se quedó pertinaz en su deseo.

¡Oh Dios! cuando tu luz no resplandece,
 Ni la luz sirve, ni aprovecha el día
 Para que el hombre ciego no tropiece
 Y ciego se despeñe en su porfia:
 Ni el quitarle la luz mas luz le ofrece,
 Que quien bañado en luz la luz no via,
 ¿Qué hará en las tinieblas sumergido?
 Dormir en noche oscura y torpe olvido.

Bajó despues Miguel triste al Calvario
 Con su escuadron de ardientes serafines
 Do temblaba Luzbel, su gran contrario,
 Con otro que lo fue de querubines:
 Y estuvo allí asistiendo al santuario
 De Dios con sus trompetas y clarines,
 Tambores destemplados y banderas,
 Y otros mil instrumentos y armas fieras.

Mientras esto pasaba, el Rey sagrado
 Ardiendo el corazon, secas las venas,
 Y por las cuatro llagas desangrado,
 Fuentes de nuestra gloria y de sus penas,
 Con sed del cuerpo y almas abrasado,
 Pero con luces claras y serenas,
 «Sed tengo» dijo, y con feroz denuedo

Uno á beber le dió vinagre acedo.....

Habiendo, pues, probado el Rey eterno
La esponja de vinagre, dijo al punto,
Y dijolo con paz y gozo interno

Por haber ya venido al postrer punto:

«Acabose:» Y con rostro humilde y tierno,
Grave en aspecto y en color difunto,
Mirando al cielo y á su Padre Santo,
Quiso dar fin á su divino canto.....

La tierra que á los fieros insolentes
Sustentaba, sudando al grave peso,
Y gimiendo con ansias vehementes,
Comprimida esperaba el gran suceso:
Mudó el mar sus menguantes y crecientes
Soberbias, detenidas al exceso
Singular del espanto jamas visto;
Servia con un sordo pasmo á Cristo.

Los cuatro vientos en sus hondas cuevas
Con apretada esponja en fuerte mano
Pedian oprimidos fuerzas nuevas,
Dejando sin aliento el verde llano;
Y el fuego helado daba ilustres pruebas
De temor y obediencia al Dios humano,
Y el sol, sin luz mirándose, temia
Que en muriendo su Dios él moriria.

Cuando llegó la muerte de sagrada
Estola revestida y de admirable
Y santo resplandor y luz bañada,
Y al mismo Dios, con ser quien es, amable,
Pero humilde llegó, y arrodillada,
Y pidiendo á la vida inconmutable
Licencia para entrar; y recibida
Al hombre Dios entró y quitó la vida.

Así murió diciendo:—¡O padre mio!
En tus manos mi espíritu encomiendo.—
Y con tan grande fuerza y tanto brio,
Voz tan alta y gemido tan tremendo,
Que mostró bien su eterno señorío,
Sobre la propia muerte así muriendo;
Y el alma despidió, y dejó suave
Su cabeza inclinada al pecho grave.

Cual repentino y espantoso trueno
Toca el oido y hiere juntamente
La vista perspicaz de lleno en lleno,
Y aun antes el relámpago luciente:

Y abrasa la cabeza y arde el seno
Del hombre al mismo punto el rayo ardiente,
Sin que prevenga el último desmayo
Que el trueno da, el relámpago y el rayo;

Tal es de Cristo la voz maravillosa
Cual trueno y cual relámpago su vista,
Y como rayo el alma poderosa,
Sin encontrar poder que le resista,
Hiere de la canalla pavorosa
Y hiriéndola acaba la conquista,
Oído, ojos, y cabeza, y seno,
Sin ver rayo, relámpago ni trueno.

Y Lucifer volviendo las espaldas,
Huye con sus vencidos escuadrones:
Iba Miguel pisándole las faldas
Con parte de las inclitas legiones:
Estos ya van ceñidos de guirnaldas,
Y tremolando alegres sus pendones;
Y esotros, los cabellos erizados,
Cobardes, confundidos, asombrados...

Los ángeles también, que en tierra y cielo,
Aire y mar esperaban obedientes,
En muriendo su Dios, con vivo celo
Efectos mil hicieron diferentes:
Uno del templo antiguo el sacro velo
Presto rompió con fuerzas vehementes
En dos partes, de arriba hasta abajo
Con sentimiento mas que con trabajo.

Y por la fortaleza valerosa,
Y virtud de los astros admirable
Se estremeció la tierra, temerosa,
Con furor sacudiéndose espantable:
Y el mar pasó la raya rigurosa
Que Dios le puso, y bravo y formidable
Con los bramidos atronaba el cielo,
Y con las ondas azotaba el suelo.

Los vientos de sus cóncavos y oscuros
Calabozos rugiendo se arrojaron,
Y levantando torres y altos muros,
Y enhiestos graves montes derribaron:
Unos con otros los peñascos duros
Y las menudas piedras se encontraron,
Y á golpes sacudidas se partieron:

¡Tanto la muerte de su Dios sintieron! = P. HOJEDA.

TRAGEDIA.

Preceptos del género.

Tales de la tragedia el dulce encanto:
 No refiere, no pinta; representa
 Un suceso terrible, lastimoso;
 Y tan viva su imágen nos presenta,
 Que con tierno placer arranca el llanto.

Accion.—Héroe.

Para lograr su objeto, una accion sola
 Por fin único y simple se propone;
 Su diestro plan dispone,
 Enlazando con nudos convenientes
 Los varios accidentes;
 Y ora sencilla y rápida camina
 Ora sagaz por sendas diferentes,
 Al término propuesto se avecina.....
 Una, grande, completa, interesante,
 La accion trágica sea;
 Con tal arte imitada y semejante
 A la misma verdad, que el pueblo vea
 La imágen fiel y viva
 Y con grato dolor y sobresalto
 De su ilusion apenas se aperciba.....

La inexorable ley del hado injusto,
 Los males en que al hombre precipitan,
 Sus flaquezas y miseras pasiones,
 Nuestro terror, nuestra piedad escitan:
 Manchado con incesto y parricidio
 Aun compadece Edipo; y si indignados
 Condenamos á Fedra el torpe intento,
 En lágrimas bañados
 Compartimos su angustia y su tormento.

Asi el arte procura
 Que el *héroe* principal la atencion robe,
 Y del público escite la ternura:
 Mas sin susto ni pena el hombre mira
 El fin funesto del atroz malvado.

Caractères.

Con sus propios matices y colores
 Los varios caractères pinte el drama,

Y nunca en sus retratos contradiga
La fábula, la historia ó comun fama.....

Por único modelo y por maestra
A la varia natura el arte elija;
Y ya retrate, ya osado invente,
A cada actor del drama dé un carácter
Proprio, bello, distinto y consecuente.

Su índole y situacion, su edad y patria,
Sus costumbres, afectos y pasiones
Parezcan inspirarle el propio acento,
Sus designios mover y sus acciones:
No hablen lo mismo el padre y el esposo,
El fiero rey y el débil cortesano,
El numida feroz y el culto griego,
El audaz jóven y el prudente anciano.

Plan.

En su curso y accion no ofrezca el drama
Absurdos y prodigios increíbles,
Si aprobacion y crédito reclama.....

No menos verosímil que oportuna,
Fácil, breve, ingeniosa,
La clara esposicion del argumento
Encubra su designio cuidadosa:
Desde el primer momento
El público impaciente ya desea
Saber hora, lugar, accion, intento;
Mas sin que el arte vea,
Ni ociosa narracion, lenta, y confusa
Su memoria fatigue y sufrimiento.

En su rápido curso la accion misma
Su origen y su objeto desenvuelva;
Su propia senda allane;
Y veloz, impaciente,
Por llegar á su término se afane.

De uno y otro incidente
Lleve, arrebate el ánimo suspenso;
Los riesgos, los obstáculos, la lucha,
El contraste presente
Cubran el porvenir de un velo denso;
Y de escena en escena
Crezca el terror, la agitacion, la pena.

Con oculto artificio preparada
La funesta catástrofe sorprenda
Rápida, singular, inesperada.

Lugar y tiempo.

Si al ingenio y al arte dable fuere,
 Dure la accion del drama el tiempo mismo
 Que á ella presente el público estuviere:
 Mas al espacio y término de un dia,
 La comun indulgencia
 Ensanchó de los vates la licencia.
 Contrastado de vivos sentimientos
 El público no mide escrupuloso
 Las acciones, las horas y momentos;
 Mal empero confunde en breve drama
 La larga duracion de un mes, de un año;
 Y rígido condena
 La grosera ficcion y el torpe engaño.
 Nunca el lugar se mude de la escena;
 Y á la ilusion atento,
 Jamas olvide el drama que ella sola
 Le ayuda grata á conseguir su intento.

Si seducir procura
 Al tierno corazon, ¿cómo no teme
 Que delaten los ojos su impostura
 Si transformada ven en un momento
 La estancia deliciosa
 En cárcel vaporosa,
 Y un pórtico de Atenas
 En el régio palacio de Micenas?

Tono.—Estilo.

Cual las templadas cuerdas de la lira,
 Al pulsarlas sagaz la diestra manó,
 Cuando escucha la voz de las pasiones
 Fácil responde el corazon humano:
 El que á arrancar lágrimas aspira
 Antes debe llorar; ver en su mente
 A la misera Dido ya postrada
 Apenas despedir la voz doliente
 Y con ansia mortal y desconsuelo
 Los tristes ojos levantar al cielo,
 Su mismo corazon dictará entonces
 La espresion *propia y fiel, tierna y sencilla*
 Sin humilde llaneza,
 Fácil sin desaliño, *digna y noble*
 Sin afectar orgullo ni grandeza:
 Mas si en pomposo estilo y frase hinchada
 Hécuba llora entre el incendio y ruina

La sangre de sus hijos derramada,
Lamenta en vano su infelice suerte;
El público tranquilo
El necio afán y el artificio advierte.

Al par de la pasión, eleve ó baje
La tragedia su voz: pinte su lucha,
Su desorden violento,
Su furor y delirio,
Su débil postración y desaliento
Enérgica y sensible, hermane diestra
El rigor, la nobleza y la ternura;
No cual inmóvil estatua inanimada:
Su proporción ostente y hermosura;
Las fogosas pasiones
No discurren, no cesan; arden, instan,
El ornato desdennan y el reposo,
Y al corazón arrastran
En su rápido curso impetuoso.

M. DE LA R.

PELAYO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO Y VEREMUNDO.

Leand. Resuelto está, señor: aquí debemos
Perecer ó triunfar: Pelayo intenta
Que el mismo sitio que miró el agravio,
También presente á la venganza sea.

Ver. ¡Oh que temeridad! él, hijo mío,
Incauto al precipicio se despeña;
Que rara vez corona la fortuna
Lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebató: aun me estremezco
De las amargas y terribles quejas
Con que culpó á Hormesinda; al fin salimos
Del peligroso Alcázar; y su pena
Sumida en un silencio formidable,
Cuanto menos patente era más fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo
Donde, no sé: pero quizá ya os cercan
Tantos riesgos...

Leand. Mayor que todos ellos
 El alma de Pelayo los desprecia:
 En esta misma noche; en este sitio
 A los patricios de Gijon espera,
 Y enardecer sus ánimos confía
 A que le sigan en su heróica empresa.

Ver. ¿Y vendrán?

Leand. No dudeis: los mas valientes
 Lo prometieron. Teudis y Fruela,
 Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso:
 Alfonso que dejaba estas riberas,
 Y ya no parte. Todos deseaban
 De Pelayo saber. Todos esperan
 Que ha de ser á su vista en esta noche
 La suerte de Pelayo manifiesta.
 La hora se acerca en fin: y por ventura
 El momento feliz tambien se acerca
 De empezar otra lid mas peligrosa,
 Pero de mas honor que la primera.
 Tras de tantas fatigas y combates
 Rendir el cuello á la servil cadena
 Fuera insufrible mengua, y no es posible
 Que nuestro corazon consienta en ella.
 Mas ya llegan aquí.

ESCENA II.

ALFONSO, VARIOS NOBLES DE GIJON, Y DICHOS

Alf. De tí dolidos
 Los cielos, Veremundo, te conservan
 A tu amado Leandro, y no consienten
 Que en tan amarga soledad padezcas.
 Todos gozando en la ventura tuya
 El parabien te dan.

Ver. ¡Cuán lisonjea
 Ese tierno interes mi anciano pecho!
 El os le paga en gratitud eterna;
 Nobles astúres, y pluguiese al cielo
 Que este bien que su mano me dispensa,
 A todos los cristianos se estendiese.
 El generoso celo que os alienta
 Me alcanza á mí, y al contemplarlo, hierve
 La sangre que la edad heló en mis venas.
 ¡Oh! si en aquesta vez consejos dignos
 De ventura y honor de aquí salieran!

Mas no es posible: el mal que nos agobia
 Vence á un tiempo al valor y á la prudencia.

Alf. ¿Y por qué desmayar? ¿No es un anuncio
 Ya de ventura la imprevista vuelta
 De ese jóven? Mis ojos se complacen
 En ver un hombre al fin, donde antes vieran
 Solo viles esclavos... ó Leandro,
 Tú que á su lado en las batallas fieras
 Con generoso esfuerzo combatiste,
 Responde, da este alivio á mi impaciencia:
 ¿Vive Pelayo?

ESCENA III.

PELAYO Y DICHOS.

Pel. Vive, si es que vida
 Se consiente llamar una existencia
 De infortunios sin término acosada,
 Condenada al ultraje y á la afrenta.
 Pelayo soy, el hijo de Favila,
 El que por tanto tiempo en la defensa
 Del estado sudó, cuyos trabajos
 Por toda España su renombre llevan.
 Soy el que siempre independiente, libre
 De entre la ruina universal ostenta
 Esento el cuello de los hierros torpes
 Que sobre el resto de los godos pesan.
 ¿Qué me sirven empero estos blasones,
 Cuyo bello esplendor me envaneciera,
 Si ajados ya, por tierra derribados,
 ¡O indignacion! un árabe los huella,
 Y Hormesinda los vende?... Ciudadanos,
 Si de vos por ventura alguno tiembla,
 Que en semejante infamia sumergida
 Su hija, su hermana, ó su consorte sea;
 Si en él se escucha del honor el grito
 Como en mi pecho destrozado truena,
 Ese me siga á castigar mi injuria,
 Y así la suya con valor prevenga.

Alf. Sí, yo te seguiré: deja, Pelayo,
 A tu diestra valiente unir mi diestra;
 Alborozarme viéndote, y contigo
 Al moro jure inacabable guerra.
 Alfonso de Cantabria te saluda,
 Y los buenos con él, que en tu presencia

Ven renacer las dulces esperanzas
 Que ya en tu aciago fin lloraban muertas.
 No solamente á castigar tu injuria
 Te seguiré sino á vengar con ella
 A España que reclama nuestros brazos,
 Y de tanto abandono se querella.
 Será su primer víctima Munuza.

Pel. ¡O ardimiento feliz! Yo bendijera
 Mis propios males, si ocasion dichosa
 De que la patria respirase fueran.
 Bien lo sabeis: mis débiles esfuerzos
 Osaron contrastar en su carrera
 Al feroz musulman: nunca mi pecho
 A la esperanza falleció; mas piensa
 Que el árbol encorvado en la borrasca
 Sus ramas levantando ya dispersas
 Se enderece mas bello y mas frondoso,
 Y con su sombra á defendernos vuelva.

Ver. Si el peligro arrostrando denodados,
 Y pereciendo en él se consiguiera
 El magnánimo fin; mi vida entonces
 Al altar de la patria por ofrenda
 La primera á inmolarsse correría:
 Mas la fuerza se abate con la fuerza.
 Volved la vista atras: mirad la plaga,
 Que levanta en la Arabia un vil profeta,
 La Asia y la Libia devastar, y al cabo
 En la Europa caer: á su violencia
 Arrolladas las huestes españolas
 El gótico poder cayó con ellas,
 Y sobre él orgulloso el agareno
 De mar á mar tremola sus banderas.
 El español atónico en su estrago,
 Y ya domesticado en su cadena
 Ni de su daño y su baldon se irrita,
 Ni á los clamores del valor despierta.

Pel. ¡Qué es pues el hombre? ¡ó cielos! A su audacia,
 Se ven ceder las indomables fieras;
 Los montes rinden su orgullosa cima,
 La esplosion del volcan aun no le aterra,
 ¡Y un hombre le subyuga!... Nuestros nietos
 Vendrán y exclamarán: «¿Por qué se sienta
 «Sobre nuestra cerviz desventurada
 «Del ageno temor la injusta pena?
 «¿Somos quizá los que en Jerez huyeron,

«O los que abandonando la defensa
 «De la patria, labraron con sus manos
 «Este yugo cruel que nos sujeta?»
 Así España hablará contra nosotros,
 Recordando ¡ó dolor! que á tanta afrenta,
 A una opresion tan misera pudimos
 Añadir el baldon de merecerla.

Alf. ¡Perezca aquel que sobre sí le llame!
 El pueblo me decis duerme y se entrega
 A los serviles hierros que le oprimen;
 ¿Quién sabe si esa mar ahora serena
 El soplo de los vientos solo aguarda
 Para bramar y amenazar soberbia?

Ver. No así tan presto en la esperanza fie
 Vuestro arrojado ardor. Y si se niega
 A seguir vuestros pasos la fortuna,
 Si sois vencidos en tan ardua empresa,
 ¿Quién guarecer á la infeliz España
 Podrá de la venganza que violenta
 En luto y sangre cubrirá al momento
 Las miseras reliquias que aun la quedan

Pel. Es justa nuestra causa, el alto cielo
 La dará su favor.

Ver. También lo era
 Cuando en Jerez lidiábamos.

Pel. No, amigos,
 No lo fué, yo os lo juro, por la inmensa
 Pérdida que los godos allí hicieron;
 Aun indignado el corazon se acuerda
 Que la molicie, el crimen nos mandaban.
 En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
 De oro la frente orlada, y mas dispuesto
 Al triunfo y al festin que á la pelea,
 El sucesor indigno de Alarico
 Llevó tras sí la maldicion eterna.
 ¡Ah! yo lo ví: la lid por siete dias
 Duró, mas no fué lid, fué una sangrienta
 Carnicería: huyeron los cobardes,
 Los traidores vendieron sus banderas,
 Los fuertes, los leales perecieron.
 No lo dudeis, los vicios, la insolencia
 De Witiza y Rodrigo á Dios cansaron;
 Y ya la copa de su enojo llena,
 Abrió la mano y la vertió en los godos
 Que tan torpes escándalos sufrieran.

Ver. Cedamos, pues, al celestial decreto
Que á afan y cautiverio nos condena.
Cuando menos debiéramos, sufrimos:
¿Y habremos de escuchar nuestra impaciencia
Al tiempo que oprimidos y dispersos,
Sin fuerza, sin apoyo, se nos cierran
Las puertas hácia el bien? Dios nos castiga;
Pleguemos ya la frente á su sentencia.

Pel. Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
O españoles, está. Ved la halagüeña
Ocasión que nos muestra la fortuna;
Ella moviendo su voluble rueda
Nos manda la osadía. Ved al moro,
Ansiando en su ambicion toda la tierra,
Salvar los montes, inundar las Galias,
Que hollar tambien y esclavizar desea.
Allá se precipitan sus guerreros:
Y á España en tanto abandonada dejan
A los que ya de combatir cansados
Al ocio muelle, y al placer se entregan.
Llena Gijon de nobles fugitivos,
Llenas tambien las convecinas sierras,
Brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
Y acaso culpan la tardanza nuestra.
Demos pues, la señal: ¡oh cuántos pueblos
Nos seguirán despues! Mas si se niegan
A tan bella ocasion... Sirva en buen hora,
Y la frente cobarde al yugo tienda
El débil y estragado mediodia:
¿Hijos, vosotros, de estas esperanzas,
A arrostrar y vencer acostumbrados
De la tierra y los cielos la inclemencia,
Temblareis? cedereis? no. Vuestros brazos
Alcen de los escombros que nos cercan
Otro estado, otra patria y otra España
Mas grande y mas feliz que la primera.

Alf. ¡Jóven sublime! tú el camino hermoso
De la virtud y gloria nos presentas.
Tu ardimiento á imitarte nos anima!
Sigámosle, españoles: mas es fuerza,
Si se ha de conseguir tan árduo intento,
Que uno mande, los otros obedezcan.
Rodrigo pereció, y el cetro godo,
Vilmente roto en su indolente diestra,
Clama imperiosamente que otras manos

:

En su primer honor le restablezcan.
 Nosotros que aspiramos á esta gloria,
 Aquí debemos, á la usanza nuestra,
 El caudillo elegir que nos conduzca,
 El rey alzar que nuestro apoyo sea.
 Mi voz nombra á Pelayo.

Pel. Nobles godos,
 No abrigueis tal error: ¡con qué vergüenza
 Se afligiera la sombra de Ataulfo,
 Descansar viendo su real diadema
 Sobre una frente que el rubor humilla!
 Buscad otro mas digno en que ponerla,
 Ilustres campeones...

Alf. No así injurieiis
 A tu espléndido nombre, á tus proezas,
 Al celo de los buenos que te admiran:
 ¿Degradarte? jamás. ¡Ah! no lo creas,
 No es dado á una muger frivola y débil
 Manchar la gloria, y trasladar su afrenta
 A aquel que sin cesar sus pasos guía
 Del honor y virtud por la árdua senda.
 Ese escándalo torpe que te ofende,
 En lugar de apocarte, te engrandezca
 Al terrible castigo de la venganza.
 El pueblo adora en tí, la patria espera:
 ¿Podrás dudar?... Valientes españoles,
 Respondedme, ¿quién es, dónde se encuentra
 El que con mas ardor se ha ennoblecido
 En esta grande y desigual contienda?
 ¿Quién de tantas desgracias á despecho
 Jamas desesperó? ¿quién nos alienta,
 Y en nombre de la patria nos inflama?

Los nobles. Pelayo.

Alf. ¿Quién, pues, ser nuestra cabeza
 Mas bien merece, y fundador ilustre
 Del nuevo estado que á rayar comienza?

Leand. Pelayo.

Alf. El nuestro rey, caudillo nuestro
 Debe ser, ciudadanos.

Los nobles. Él lo sea.

Alf. ¿Oyes el voto universal? Ahora
 Vil desercion tu resistencia fuera;

(Coge un escudo y se presenta con él á Pelayo en actitud reverente.)
 No es el trono opulento de Rodrigo
 Cercado de delicias y riquezas,

Sumergido en el ocio y la molicie,
 El que á tí los cristianos te presentan.
 Los peligros, la muerte, las batallas,
 Tu débil solio sin cesar asedian.
 Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
 A par de tí se acercarán con ellas.
 Tus vasallos son pocos, mas leales;
 Todos por mí te ofrecen su obediencia.
 He aquí el escudo, emblema del esfuerzo
 Con que debes velar en su defensa.
 Hasta aquí mi igual fuiste; desde ahora
 Yo te llamo mi rey: y á tus escelsas
 Virtudes y á tu gloria el homenaje
 Rindo, que un tiempo les dará la tierra.
 ¡Plegue á Dios que la nueva monarquía
 Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
 Abarque toda España, y que tu espada
 Cetro del mundo con el tiempo sea!

Pel. Pues yo ofrezco á mi vez, inclitos godos,
 (*Poniendo la mano sobre el escudo.*)

Ser en la dura lid que nos espera
 Siempre el primero y siempre conduciros
 Donde las palmas del honor se elevan.
 Respeto eterno á la justicia juro:
 Si en algun tiempo lo olvidare, puedan
 Verter en mí su indignacion los cielos
 Con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
 Deshecho entonces mi poder...

ESCENA IV.

UN GIJONES Y DICHOS.

El Gijones. Cristianos,

Volved la vista á la desgracia nueva
 Que asalta nuestra patria: ya Munuza
 Su indigna atrocidad descubre entera.
 La indulgencia y piedad que antes mostraba
 A nuestra desventura, á nuestras penas,
 Fingidas fueron, cebo pernicioso
 De su vil seduccion: la ley perversa
 De ser esclavo ó musulman el godo
 Se publica mañana.

Alf. ¡Oh si pudiera
 Mañana ser el venturoso dia
 De oprimirle!

El Gijones. Sabed que ahora se observa
Un repentino y grande movimiento
En su alcázar; la armas centellean,
Y la guardia se dobla; un mensajero
De Mérida enviado es quien altera
El tranquilo silencio de la noche.

Leand. Prevengámosle, godos: que perezca
El tirano mañana á nuestras manos.

Ver. ¿Y no temeis la muchedumbre fiera
De sus soldados? dilatadlo os lo ruego.
Bastantes aun no sois, haced que vengan
A unirse con vosotros los cristianos
Que esconden fugitivos esas sierras.

Pel. O mañana ó jamas. ¿Quereis por dicha
Vuestra fortuna abandonar espuesta
A la cobarde sujestion del miedo,
De la perfidia á la doblez funesta?
Mañana, cuando el bárbaro en la plaza
Haciendo ostentacion de su insolencia
Diere esa ley fanática, y el pueblo
Hervir de oculta cólera se sienta;
Entonces todos levantando á un tiempo
El fiero grito de imprevista guerra,
Y proclamando en él la fé, la patria,
Los fieles concitad á defenderlas.

Alf. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
Que en este instante el corazon me alienta,
No hay que dudar, vencemos. ¡O cristianos!
Traidor se llame, y maldecido muera,
El que sin la victoria y sin la muerte
Su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero al Dios que nos escucha,
O vencer ó morir juro.

Leand. En tu diestra
(Asiendo la mano de Alfonso.)
Lo juro yo tambien.

Ver. Y yo.
(Acercándose á ellos en ademan de asir su mano.)

Los nobles. No hay nadie
(Todos hacen el ademan de Alfonso jurando por su espada.)
Que ansioso no lo jure.

Pel. ¡O Providencia!
Si, que mañana al acabarse el dia,
O vencer ó morir el sol nos vea. = D. M. J. QUINTANA.

COMEDIA.

Preceptos del género.

Con bellas y oportunas situaciones
 Del corazón humano
 Descubre las recónditas pasiones;
 Cada vez mas incierto y mas lejano,
 Muestra sagaz el término dudoso:
 Y con astucia grata
 Burlando nuestro afán, cual fácil juego
 Forma, estrecha su nudo y le desata.
 Al par nos maravilla
 Su enredo singular y artificioso,
 Su esposición sencilla,
 Su desenlace fácil é ingenioso;
 Y que hermanando el arte riguroso
 Con la libre y fecunda fantasía,
 Su feliz invención ciña y reduzca
 A una acción, á un lugar á un solo día.
 No es una mera imágen y un retrato;
 Es un cuadro animado, propio, vivo,
 De la vida civil y comun trato;
 Ya la misma verdad tan fiel remeda,
 Que en secreto decimos: «asi pasa
 »En una y otra casa.»
 A tanta perfección el drama aspire;
 Arte no muestre ni ficción, ni actores;
 El mismo espectador escuche y mire
 Al amante, al esposo, al hijo, al siervo,
 Y en sus propias acciones,
 En sus fieles discursos busque y halle
 Su carácter, costumbres y pasiones...
 Ya nos retrata á un joven veleidoso,
 Pródigo, altivo, indócil, impaciente;
 Ya un templado varón, grave y juicioso;
 Ya un viejo adusto, avaro, impertinente;

Mas á par de la edad, diestro matiza
 La índole peculiar, el sexo, el grado,
 El siglo, la nación; y á un mismo tiempo
 Nos copia, nos instruye, nos hechiza.
 La modesta comedia solo admite
Estilo natural, leve y urbano, (fácil
 Tan propio en su expresión, tan libre y
 Que afán no muestre y artificio vano:
 Si la viva pasión su pecho enciende,
 Elevando su voz, la imita diestra;
 Y sin negar su condición humilde,
 Su tierno pecho y corazón nos muestra.
 Mas nunca audaz pretende
 Elevarse á la trágica grandeza;
 Ni con plebeya burla ó vil torpeza
 Su culto estilo y su poder ofende:
 Cortés, al par que viva,
 Sin mostrarse procaz ni desenvuelta
 Su donaire descúbrenos festiva;
 Si es que tal vez no finge seria y grave
 Ocultarnos su sátira ingeniosa,
 Y con sonrisa plácida y suave
 Celebremos su astucia maliciosa.
 Sin afectar doctrina ni agudeza,
 Del habla familiar rápida y fácil
 Imita la soltura y ligereza:
 Deslízanse veloces
 Sus versos y sus voces;
 Crúzanse, tornan, huyen
 Rápidos corren, vuelan;
 Y al leve pensamiento
 En su curso fugaz seguir anhelan

M. DE LA R.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA II.

DON ROQUE Y DOÑA BEATRIZ.

Doña Beatriz.

Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.

Don Roque.

Se acabaron?

Doña Beatriz.

Sí ¡como quedaron tantas!

D. Roque.

Pues, señor, quién se ha sorbido
Tanto chocolate? vaya
Que esto va malo, Beatriz;
Jamás he visto en mi casa
Tal desorden; ¡ya se ve!
Si parece una posada:
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio: tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trásticos y te vayas;
Déjame con mi muger
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando á la boda
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla,
En fin, á mangonear
Unicamente, escusada
Venida; pero aun supuesto
Que ella te necesitara,
Para que tú la instruyeras
Sobre algunas circunstancias
De mi genio, ó cosa tal,
Las cuatro ó cinco semanas,
Que ha que nos casamos, juzgo
Beatriz, que son muy sobradas

Para la tal instruccion.

Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera;
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda quedó bastante
Para que no le lloraras:
A mí no me necesitas
Para nada, para nada;
Si fuera decir....

Doña Beatriz.

Y dime,

Toda esa arenga en sustancia
Es porque me vaya?

Don Roque.

Sí.

Doña Beatriz.

Sí? pues no me da la gana.

Don Roque.

Por qué no?

Doña Beatriz.

Porque conozco
Mejor que tú las marañas
Que estas urdiendo; tu quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero, porque sientes
Cada ochavo que se gasta
A par del alma; y despues
Para empezar con estrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha,
Y no lo merece á fe!
Duélete de su desgracia,
No la aumentes; una niña
Sin padres, abandonada
A su tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadáver la casa,
Solo porque viendo en tí
El cariño que mostrabas
A Isabel, no le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas:

¡Ay hermano! esa infeliz
 No merece que la añadan
 Disgustos, no: pero tú
 En nada de esto reparas.
 Piensas que te lo mereces
 Todo, que es afortunada
 Siendo tu muger, y en vez
 De servirla y agradarla
 Vas á hacerte su tirano:
 Querras, sin duda, quitarla
 El alivio que halla en mí,
 Como en su amiga y su her-
 mana:)

Querrás, en fin, que no sea
 Compañera, sino esclava;
 Y cerrando á piedra y lodo
 La fortaleza encantada,
 No permitirle visitas,
 Ni consentirla que salga
 Jamas á aquellas honestas
 Diversiones necesarias
 A una niña. Esto no es bueno,
 Hermano; debes tratarla
 Con amor, y reprimirte
 Muchas veces en tus raras
 Aprensiones, y hazte cargo
 De la infinita distancia
 Que hay de tu edad á la suya.

Don Roque.

Pero yo te he dicho nada
 De eso, muger? yo la oprimo?
 Yo acaso quiero matarla?
 No la mimo? no procuro?.....

Doña Beatriz.

Sí, procuras apurarla
 El sufrimiento, y no sé,
 De veras, cómo te aguanta.

Don Roque.

¡Hola! quieres que las cosas
 Que debe hacer no las haga?
 Quieres que vaya á buscar,
 Teniendo muger en casa,
 Quien me ponga el peluquin
 Y me limpie la casaca?
 Bueno fuera, si por cierto,

Que solo por alegrarla,
 Si la quebradura, el flato,
 O la gota se me agrava,
 (Que ayer me puse á morir)
 Todo lo disimulara,
 Ocultando mis dolores
 Con brincos y risotadas.
 Quisieras.....

Doña Beatriz.

No quiero tal.

Don Roque.

Que ya cubierto de canas,
 Fuera un petimetre lindo,
 Dijecito de las damas,
 Vivarachito, monuelo,
 Director de contradanzas
 Entre duende y arlequin?

Doña Beatriz.

Quién te dice que tal hagas?

Don Roque.

Vosotras que gustais siempre
 De semejantes monadas:
 Qué no te conozco yo?
 Te parece que me engañas?

Doña Beatriz.

Vaya que eres fastidioso,
 Si los hay.

Don Roque.

Y tu preciada
 De sabidilla y doctora.

Doña Beatriz.

Sí, porque todas tus maulas
 Te las entiendo.

Don Roque.

Beatriz.....

Doña Beatriz.

¡Eh! déjate de eso; saca
 Chocolate, corre.

Don Roque.

Al fin *Yéndose.*

Todo es quimeras, y en nada
 Hemos quedado. ¡Ay Señor!
 Si no he de poder echarla.
 Ocho y ocho diez y seis,
 Y la semana pasada

Azúcar rosado, bollos.....
 ¡No es cosa lo que se gasta!
Abre con la llave la puerta del foro, y se va por la de la izquierda.

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE Y DESPUES MUÑOZ.

Don Roque observa si alguno le escucha, y luego llama á Muñoz.

Don Roque.

Solos parece que estamos,
 Entra Muñoz.

Muñoz.

Y qué es ello?

Don Roque.

Nada mas que preguntarte
 Del encargo que te he hecho.
 Y qué has podido observar?

Muñoz.

Qué encargo, lo del unguento?

Don Roque.

Hombre, al salir no te dije
 Que los dos quedaban dentro?

Muñoz.

Qué dos?

Don Roque.

Don Juan é Isabel;
 Y que vieras.....

Muñoz.

Ya me acuerdo:

Yo no he visto nada.

Don Roque.

No?

Con que Don Juan se fué presto?

Muñoz.

Un buen ratillo tardó.

Don Roque.

Ya, pero en este intermedio
 No se hablaron?

Muñoz.

Qué se yo.

Don Roque.

Pues no te encargué que luego
 Que yo me fuese, estuvieras
 Escuchando muy atento,
 Si los dos....

Muñoz.

En el portal

Me he estado casi durmiendo.

Don Roque.

Con que nada has hecho?

Muñoz.

Nada.

Don Roque.

¡Hombre, nada! Pues es cierto
 Que se puede descuidar...
 ¡Válgame Dios!

Muñoz.

Yo me entiendo.

Don Roque.

Qué entendiduras, Muñoz,
 Son esas, ni qué misterio
 Puede haber?

Muñoz.

Yo lo diré;

Yo lo diré claro y presto.

Que no quiero andar fisgando,
 Que no quiero llevar cuentos
 Entre marido y muger:

Yo sé muy bien lo que es eso.

Don Roque.

¡Hombre, por amor de Dios!

Muñoz.

Si digo que yo no puedo;

No puedo, no hay que cansarse

Ya está dicho; á perro viejo

No hay tus tus.

Don Roque.

Mira, Muñoz,

Coge un cordel...

Muñoz.

A qué efecto?

Don Roque.

Y ahórcame.

Muñoz.

No necesita,
No, cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

Don Roque

Dale bola con la edad.

Muñoz.

Dale con pedir consejo.

Don Roque.

Tú mismo me aconsejaste
No há mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me digiste...

Muñoz.

De lo dicho me arrepiento.

Don Roque.

Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte: ¡qué maldita
Condicion!

Muñoz.

Pues yo qué he hecho
De malo? hice yo la boda?
Di yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Gines, ni la criada
Que me sisa los almuerzos?
Yo he de pagarlo, sin ser
Arte ni parte? qué es esto?

Don Roque.

Hombre, ven acá, quién dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te digo;
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa;
Y juzgando... ladró el perro?

Muñoz.

No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.

Don Roque.

Jurara que el medio
Mas prudente, era observar...

Muñoz.

Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses, deciais;
Muñoz, este es otro tiempo,
Ya enviudé; ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredos!
Diez meses há, no hará mas;
No se me olvidan tan presto
Los cosas; ya estais casado,
Lleno de desasosiegos,
Lo pasado se olvidó,
Y atarugado y suspenso
Con lo presente, Muñoz,
Qué dices, dame un consejo,
Un arbitrio... para qué?
Para deshacer lo hecho?
No hay escape: no os casásteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

Don Roque.

Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme; no tal.

Muñoz.

Con que no tal, ¡eh! me alegro.
Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego
Que era separarse de ella...

Don Roque.

¡Ay Muñoz! déjate de eso;
Separarnos? no señor,
Vaya, por ningun pretesto:
El mal era para mi
Entonces... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes; esto quiero,
Pues aunque he dicho á mi her-
mana)
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de Don Juan
Para ver qué pensamiento
Es el suyo; ella me aturde,
Me saca mil argumentos,

Y tengo á bien de callar;
El, afectando misterios,
Nunca responde á derechas:
De suerte...

Muñoz.

¡Para mi genio!

Don Roque.

De suerte que yo no sé
Cómo salir de este enredo.
Ellos al cabo se irán;
Pero entre tanto no es bueno
Que Don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias:
Y hoy para darme tormento
Ese diablo de ese inglés
Quiere entregarme el dinero
De las lanas; fui allá,
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente:
Diez mil reales nada menos
Importa, es fuerza volver.

Muñoz.

Y qué quiere decir eso?

Don Roque.

Que es menester que me ayudes
Muñoz, por Dios te lo ruego:
Una especie... por la calle
Lo he venido discurriendo;
Una especie me ha ocurrido
Muy bella para el intento.

Muñoz.

Qué es la especie?

Don Roque.

Una bicota,
Que ha de surtir buen efecto.

Muñoz.

Y bien, decid la bicoca.

Don Roque.

Cómo?

Muñoz.

Que lo digais presto.

Don Roque.

No es mas sino aparentar,
Que los dos nos vamos luego;

Tú recogerás la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder; yo me voy,
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo ces)
Que no hay nadie en ella, enton-
Te ocultas con mucho tiento,
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin recelo
A patullar: Isabel
Descubrirá sus secretos,
Beatriz hablará con ella,
Y de este modo sabremos
Cuanto hay que saber... te ries?

Muñoz.

Y qué mala gana tengo
De risitas; pero á veces
No está en un hombre ser serio.

Don Roque.

Pero y á qué viene... ¡dale
Con la risa!

Muñoz.

Viene á cuento,
Si señor.

Don Roque.

Por qué?

Muñoz.

Por qué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite; una cosa

Solamente echo de menos;
¡Ya se ve! no es esencial.

Don Roque.

Y qué cosa?

Muñoz.

El agujero,
Rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.

Don Roque.

Es verdad,
Se me fué del pensamiento;

Debajo del canapé,
Que es muy fácil.

Muñoz.

Ya lo veo.

Al decir esto, se va Muñoz, vuelve despues.

Don Roque.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira,
Muñoz, ¡Pues estamos buenos!
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.

Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.

Muñoz.

Qué hay de nuevo?
Otro proyecto mejor?

Don Roque.

Que es preciso...

Muñoz.

Ya lo entiendo,
Es preciso, bien está.

Don Roque.

Mira.....

Muñoz.

Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiera mas embelecocos,
¡Caramba! es cosa de chanza:
Yo agazaparme? primero.....
¡Digo! á la vejez viruelas:
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un.....

Don Roque.

Muñoz,

Mira, Muñoz, ya no quiero
Nada de tí; ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto:
¡Qué ley! ¡qué ley! yo creí
Que tu aspereza y gesto
De vinagre, era apariencia
Nada mas: y yo, camueso
De mí, sin quererle echar
Por mas que me dijeron
Sus amas!... Pero, señor,
Que haya de olvidar tan presto..

¡Qué ingratitud! Cuántas veces
Se le ha ofrecido dinero;
Sabe que se le he prestado;
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes;
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

Muñoz.

Y yo sé eso?

Don Roque.

Pues qué no sabes las mandas
Que dejo allí?

Muñoz.

No por cierto.

Don Roque.

¡Toma! un año de salario
Contado desde el momento
En que yo fallezca; mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula;
Mando tambien...

Muñoz.

Yo debo

Nada á nadie?

Don Roque.

Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

Muñoz.

Ya estoy.

Don Roque.

Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los míos; tambien te dejo
La caja de plata; en suma
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte: ¡y por una cosa
Tan fácil, como te ruego,
Te enfureces como un tigre!...
En fin, se acabó; yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo:
No quieres hacerlo? vete.

Muñoz.
Yo no he dicho que no quiero.

Don Roque.

Pues qué has dicho?

Muñoz.
Qué sé yo.

Suena la campanilla, Muñoz quiere irse, y Don Roque le va deteniendo.

Don Roque.
No entiendo ya de rodeos,

Dí lo que quieres hacer.

Muñoz.
Han llamado... que... veremos.

Don Roque.
No hay veremos, habla claro.

Muñoz.
Si voy á abrir.

Don Roque.
No, primero

Has de resolverte.

Muñoz.
Digo,
Que sí lo haré.

Don Roque.
Cierto?

Muñoz.
Cierto.

ACTO III.

ESCENA XIII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, MUÑOZ.

Muñoz.
¿Pero yo qué le he de hacer?

Don Roque.
Es que quiero que las veas;
A ver por dónde la toman.

Muñoz.
Si la cosa está ya hecha,

¿Qué diablos han de decir?

Ni qué importa?

Don Roque.
Buena pieza,

Ya se fué Don Juan; cumplió
Por último su promesa:

Vaya bendito de Dios.

Ello es regular que tengas
Ayudada de mi hermana,

Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras

Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya

Conozco todas sus tretas.
Y las tuyas; si por cierto:

Me ha enseñado la experiencia.

Doña Beatriz.
¿Qué quieres decir con eso?

Don Roque.
Eh! no lo dije? ya empieza:

Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda

Disculpa alguna: ya has visto
Que lo sé todo; y que es fuerza

No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.

Es regular?

Doña Isabel.
Si, señor;

Bien decís, vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;

Pero sabed...
Don Roque.
¡Bueno fuera!

Que lo negaras!

Muñoz.
¡Pues digo,
Que se morderá la lengua.

Doña Isabel.
Sabed, que yo... desgraciada!

Oprimida... con violencia
Os di la mano de esposa:

No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero Don Juan... si señor,

Le quise; fue verdadera
Nuestra pasion.....

Doña Beatriz.
Isabel,

Qué es lo que dices?

Doña Isabel.

No fuera
Justo engañaros; le amé.....
Así lo quiso mi estrella:
El igualmente..... dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lágrimas; que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos;
Yo, sin tener quien volviera
Por mí, fui víctima triste
De la avaricia perversa
De mi tutor.

Don Roque.

Digo, ¿y cómo
Entonces, que conviniera
Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

Doña Isabel.

¡Ah, señor! ¿con tantos años
Aun no teneis esperiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazón?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos; y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y... no importa,
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo... ¡ay triste!
No soy yo sola; no es esta
La primera vez que pudo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.....

Don Roque.

Muy bien; ¿y toda esa arenga
Qué quiere decir?

Doña Beatriz.

¿Tan necio

Serás que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste; ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras,
Separándose los dos:
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

Don Roque.

Cierto; es una friolera:
No ha habido nada; no importa
Nada; no vale la pena:
¿Es verdad? lo que yo he visto
No ha sido nada, he? ¡parlera
De sataná!

Doña Isabel.

Ya os he dicho
Que le he querido; y que fuera
Mentir negároslo yo;
Pero si alguno sospecha
Que á mi decoro falté,
Es ilusion que le ciega.
No, señor: el cielo sabe
Que de iniquidad tan fea
Estoy inocente: yo
Supe con débiles fuerzas,
Si no vencer mi pasión,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle,
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviarán sus tristezas;
Recelando que si ahora
Apresurado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.....
¡Cuántos peligros le cercan!
Despreciado va de mí:
¡Infelice! ¿Quién dijera,
Que yo que le quise tanto?.....
¡Ah, mi afecto me enagena!
Pero no, no se malogren
Los instantes: ya desecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja;
Vos satisfecho quedais,

Yo triste, asombrada, llena
De dolor.... ¡ah! ya se fué,
Ya se logró vuestra idea;
Se logró... ¡pero qué golpe
Tan terrible! ¡Qué violenta
Separacion! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia,
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan agena;
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardón espera:
Sí; que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto: apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento,
Si es vida la que me resta,
Allí.....

Doña Beatriz.

Qué has dicho, Isabel?

Don Roque.

Muger, qué clausura es esa?
¿Qué... vaya, sosiégate?
Jesus! ¡Cierto que era buena
La invencion!

Doña Beatriz.

Hermana.....

Doña Isabel.

No:

Ya lo he pensado; y no queda
Otro arbitrio: ¿cómo quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá: por mas que quiera
Tranquilizarse; jamas
Podrá borrar sus sospechas:
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mí, su edad, su génio...
No es posible que convengan
Para vivir en quietud

Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos:
En tu casa mientras llega
El lance, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo:
Yo os lo suplico; si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta,
Que me habeis tenido.

Don Roque.

Vamos,

No hablemos de esa materia;
Yo me olvidaré de todo,
Y.....

Doña Isabel.

No, no señor; es fuerza
Que esta merced me otorgueis.

Don Roque.

Tú, Beatriz, tendrás con ella
Mas autoridad; por Dios;
Persuádela.

Doña Beatriz.

Ya no es esta

Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió;
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte
Jamás, y pues limpio queda
Tu honor; déjala vivir
En donde no te aborrezca.

Don Roque.

¿Con que yo me he de quedar
Sin muger por una tema?
¿Con que yo tengo la culpa?...
Isabel...

Doña Isabel.

Estoy resuelta:

Hacedlo, y á vuestro honor
Importa que no se estienda
El caso por la ciudad:
El sigilo y la presteza
Convienen.

Don Roque.

Teneis razon...

Matadme: ya nada resta
Sino morirme de rabia.

Doña Isabel.

No: vivid, señor, y sea
Con mucha felicidad:
Que yo viviré contenta
En la soledad que abrazo;
Porque retirada en ella
Tengamos quietud los dos:
Vamos Beatriz.

Doña Beatriz.

No difieras

Un instante lo que pide.

Don Roque.

Muñoz!

Muñoz.

¡Otra moledera!

Don Roque.

¡Pero tú, Muñoz, qué dices?

¡Hombre, por Dios!

Muñoz.

Si entendiera

Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y rejas,
No os aconsejara tal;
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda:
Si es preciso, aunque ella fuese
Una santa Dorotea...
Vamos, eso es tan palpable,
Que no merece la pena
De gastar tiempo: ¿se va?
Muy bien pensado: ¿se encierra?
Lindamente: á vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella, en no viendo jamas
Esa cara, está contenta:

Con que abreviarlo, y agur.

Don Roque. za?)

¿Con que ello ha de ser por fuer-

Muñoz.

No, sino de bien á bien.

Don Roque.

Beatriz!

Doña Beatriz.

En vano me ruegas.

Don Roque.

Isabel!

Doña Isabel.

No, no os escucho.

Don Roque.

¡Pero es posible que quieras!...

Doña Isabel.

No me sigais, apartad,

Que en vos se me representa

Un tirano aborrecido:

Lejos de vuestra presencia

Podré vivir; pero ved,

Que si un error os empeña

En obligarme á ceder,

No bastará la prudencia;

Y es temible una muger

Desesperada y resuelta. *Vase.*

Doña Beatriz.

Ya lo has visto: no la apures.

Don Roque.

Haré todo lo que quiera:

Dejadme vivir en paz, (na.

Dejadme... y Dios la haga bue-

Doña Beatriz.

Pero...

Don Roque.

Si, mañana mismo

Haremos la diligencia;

Mañana... y que me perdone...

Que yo la perdono á ella.

MORATIN.

DRAMA.

LA VIDA ES SUEÑO.

JORNADA I.

ESCENA II.

Sejismundo en una torre vestido de pieles y con una cadena y luz, Clarin y Rosaura.

Sejismundo.

¡Ay misero de mí! ¡ay infelice!
Apurar, Cielos, pretendo,
Ya que me trateis así,
¿Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo?
Aunque, si nací, ya entiendo,
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.

Solo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos,
(Dejando á una parte, cielos,
El delito del nacer)

¿Qué mas os pude ofender
Para castigarme mas?
¿No nacieron los demas?
Pues si los demas nacieron,
¿Qué privilejios tuvieron
Que yo no gozé jamas?

Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,
Apenas es flor de pluma,
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas
Corta con velocidad
Negándose á la piedad
Del nido que deja en calma;
Y ¿teniendo yo mas alma,
Tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel,
Que dibujan manchas bellas,
Apenas signo es de estrellas,
(Gracias al docto pincel)
Cuando atrevido, y cruel,
La humana necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Mónstruo de su laberinto,
Y ¿yo con mejor instinto,
Tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apenas, bajel de escamas,
Sobre las hondas se mira,
Cuando á todas partes jira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le dá el centro frio,
Y ¿yo con mas alvedrío
Tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata,
Y apenas, sierpe de plata
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad
Que le dá la majestad,
El campo abierto á su huida;
Y ¿teniendo yo mas vida
Tengo menos libertad?

En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon.
¿Qué ley, justicia, ó razon,
Negar á los hombres sabe
Privilejio tan süave,
Escepcion tan principal,
Que Diosle ha dado á un cristal,

A un pez, á un bruto, y á un ave?

Rosaura.

Temor y piedad en mí
Sus razones han causado.

Sejismundo.

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

Clarín.

Dí que sí.

Rosaura.

No es sino un triste (¡ay de mí!)
Que en estas bóvedas frías
Oyó tus melancolías.

Sejismundo.

Pues muerte aquí te daré,
Porque no sepas que sé (*Asela.*)
Que sabes flaquezas mías:
Solo porque me has oído,
Entre mis membrudos brazos
Te tengo de hacer pedazos.

Clarín.

Yo soy sordo, y no he podido
Escucharte.

Rosaura.

Si has nacido
Humano, baste el postrarme
A tus pies para librarme.

Sejismundo.

Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme,
Y tu respeto turbarme. (qui
¿Quién eres?, que aunque yo a-
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí;
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) solo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto;
Y aunque nunca ví ni hablé
Sino á un hombre solamente,
Que aquí mis desdichas siente,
Por quién las noticias sé

De cielo y tierra, y aunque
Aquí, porque mas te asombres,
Y mónstruo humano me nom-
bres,

Entre asombros y quimeras,
Soy un hombre de las fieras,
Y una fiera de los hombres;

Y aunque en desdichas tan gra-
La política he estudiado, (ves,
De los brutos enseñado,

Advertido de las aves,
Y de los astros suaves
Los círculos he medido:

Tú solo, tú has suspendido
La pasión á mis enojos,
La suspensión á mis ojos,
La admiración á mi oído.

Con cada vez que te veo
Nueva admiración me das,
Y cuando te miro mas,

Aun mas mirarte deseo:
Ojos hidrójicos creo
Que mis ojos deben ser, (ber,

Pues cuando es muerte el be-
Beben mas, y de esta suerte,
Viendo que el ver me da muerte,
Estoy muriendo por ver.

Pero véate yo, y muera,
Que no sé, rendido ya,
Si el verte muerte me da,

El no verte qué me diera:
Fuera mas que muerte fiera;
Ira, rabia, y dolor fuerte;

Fuera muerte, de esta suerte
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado

Es dar á un dichoso muerte.

Rosaura.

Con asombro de mirarte,
Con admiración de oírte,
Ni sé qué pueda decirte,

Ni qué pueda preguntarte:
Solo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,

:

Si consuelo puede ser,
 Del que es desdichado ver
 Otro que es mas desdichado.
 Cuentan de un sabio que un dia
 Tan pobre y misero estaba,
 Que solo se sustentaba
 De unas yerbas que cojia.
 ¿Habrá otro (entre sí decia)
 Mas pobre y triste que yo?
 Y cuando el rostro volvió,
 Halló la respuesta, viendo
 Que iba otro sabio cojiendo
 Las hojas que él arrojó.
 Quejoso de la fortuna
 Yo en este mundo vivia,
 Y cuando entre mí decia:
 ¿Habrá otra persona alguna
 De suerte mas importuna?
 Piadoso me has respondido;
 Pues volviendo en mi sentido,
 Hallo que las penas mias,
 Para hacerlas tú alegrías,
 Las hubieras recojido.
 Y por si acaso mis penas
 Pueden en algo aliviarte,
 Oyelas atento, y toma
 Las que de ellas me sobraren.
 Yo soy.....

JORNADA II.

ESCENA III.

En un palacio, músicos cantando y criados dando de vestir á Sejismundo, que sale como asombrado.—CLOTALDO, CLARIN.

Sejismundo.

¡Válgame el cielo, qué veo!
 ¡Válgame el cielo, qué miro!
 Con poco espanto lo admiro,
 Con mucha duda lo creo.
 ¿Yo en palacios suntuosos?
 ¿Yo entre telas y brocados?
 ¿Yo cercado de criados
 Tan lucidos y briosos?

¿Yo despertar de dormir
 En lecho tan excelente?
 ¿Yo en medio de tanta gente
 Que me sirva de vestir?
 Decir que sueño es engaño:
 Bien sé que despierto estoy.
 ¿Yo Sejismundo no soy?
 Dadme, cielos, desengaño.
 Decidme ¿qué pudo ser
 Esto que á mi fantasia
 Sucedió mientras dormia,
 Que aquí me he llegado á ver?
 Pero sea lo que fuere,
 ¿Quién me mete en discurrir?
 Dejarme quiero servir,
 Y venga lo que viniere.

Clotaldo.

Vuestra Alteza, gran señor,
 Me dé su mano á besar.
 Que el primero os ha de dar
 Esta obediencia mi honor.

Sejismundo (ap.)

Clotaldo es: ¿pues cómo así,
 Quien en prision me maltrata
 Con tal respeto me trata?
 ¿Qué es lo que pasa por mí?

Clotaldo.

Con la grande confusion
 Que el nuevo estado te da,
 Mil dudas padecerá
 El discurso y la razon;
 Pero ya librarte quiero
 De todas (si puede ser),
 Porque has, señor, de saber
 Que eres príncipe heredero
 De Polonia. Si has estado
 Retirado y escondido,
 Por obedecer ha sido
 A la inclemencia del hado,
 Que mil tragedias consiente
 A este imperio, cuando en él
 El soberano laurel
 Corone tu augusta frente.
 Mas fiando á tu atencion
 Que vencerás las estrellas,

Porque es posible vencellas,
Un magnánimo varon,
A palacio te han traído
De la torre en que vivias,
Mientras al sueño tenias
El espíritu rendido.
Tu padre, el rey mi señor,
Vendrá á verte, y dél sabrás,
Sejismundo, lo demas.

Sejismundo.

Pues vil, infame, traidor,
¿Qué tengo mas que saber,
Despues de saber quién soy,
Para mostrar desde hoy,
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu patria le has hecho
Tal traicion, que me ocultaste
A mí, pues que me negaste,
Contra razon y derecho,
Este estado?

Clotaldo.

¡Ay de mí triste!

Sejismundo.

Traidor fuiste con la ley,
Lisonjero con el rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y así el rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.

Criado.

Señor.....

Sejismundo.

No

Me estorbe nadie, que es vana
Diligencia; ¡y vive Dios!
Si os poneis delante vos
Que os eche por la ventana.

Criado.

Huye, Clotaldo.

Clotaldo.

¡Ay de ti,

Qué soberbia vas mostrando,
Sin saber que estás soñando!

(*Váse.*)

Criado.

Advierte.....

Sejismundo.

Aparte de aquí.

Criado.

Que á su rey obedeciò.

Sejismundo.

En lo que no es justa ley,
No ha de obedecer al rey,
Y su principe era yo.

Criado.

El no debió examinar
Si era bien hecho ó mal hecho.

Sejismundo.

Que están mal con vossospecho,
Pues me dais que replicar

Clarín.

Dice el principe muy bien,
Y vos hicisteis muy mal.

Criado 2.º

Quién os dió licencia igual?

Clarín.

Yo me la he tomado.

Sejismundo.

Quién

Eres tú, di.

Clarín.

Entremetido

Y deste oficio soy jefe,
Porque soy el mequetrefe
Mayor, que se ha conocido.

Sejismundo.

Tú solo en tan nuevos mundos
Me has agradado.

Clarín.

Señor,

Soy un grande agradador
De todos los Sejismundos.

ESCENA IV.

ASTOLFO, SEJISMUNDO, CLARIN,
CRIADOS, MÚSICOS.

Astolfo.

¡Feliz mil veces el dia

O principe que os mostrais
Sol de Polonia, y llenais
De resplandor y alegría
Todos esos horizontes
Con tan divino arrebol;
Pues que salis como el sol
De los senos de los montes!
Salid, pues, y aunque tan tarde
Se corona vuestra frente
Del laurel resplandeciente,
Tarde muera.

Sejismundo.

Dios os guarde.

Astolfo.

El no haberme conocido
Solo por disculpa os doy
De no honrarme mas. Yo soy
Astolfo, duque he nacido
De Moscovia, y primo vuestro:
Haya igualdad en los dos.

Sejismundo.

Si digo que os guarde Dios,
¿Bastante agrado no os nuestro?
Pero ya que haciendo alarde
De quien sois, desto os quejais,
Otra vez que me veais
Le diré á Dios que no os guarde.

Criado 2.º (á Astolfo).

Vuestra alteza considere
Que como en montes nacido
Con todos ha procedido...

(A Sejismundo.)

Astolfo, señor, prefiere...

Sejismundo.

Cansome cómo llegó
Grave á hablarme, y lo primero
Que hizo, se puso el sombrero.

Criado 2.º

Es grande.

Sejismundo.

Mayor soy yo.

Criado 2.º

Con todo esto entre los dos
Que haya mas respeto es bien
Que entre los demas.

Sejismundo.

Y quién
Os mete conmigo á vos?

ESCENA V.

ESTRELLA, DICHOS.

Estrella.

Vuestra alteza, señor, sea
Muchas veces bien venido
Al dosel que agradecido
Le recibe y le desea.
Adonde, á pesar de engaños,
Verá augusto y eminente
Donde su vida se cuente
Por siglos, y no por años.

Sejismundo (á Clarin).

Dime tú ahora, ¿quién es
Esta beldad soberana?
¿Quién es esta Diosa humana
A cuyos divinos pies
Postra el cielo su arrebol?
¿Quién es esta muger bella?

Clarin.

Es, señor, tu prima Estrella.

Sejismundo.

Mejor dijeras el Sol.
Aunque el parabien es bien *(A*

Estrella.)

Darme del bien que conquisto,
De solo haberos visto
Os admito el parabien:
Y así, de llegarme á ver
Con el bien que no merezco,
El parabien agradezco
Estrella, que amanecer
Podeis, y dar alegría
Al mas luciente farol,
¿Qué dejais que hacer al Sol
Si os levantais con el dia?
Dadme á besar vuestra mano
En cuya copa de nieve
El aura candores bebe.

Estrella.

Sed mas galan cortesano

Astolfo (ap.)
Soy perdido.

Criado 2.º (ap.)
El pesar sé
De Astolfo, y le estorbaré.
Advierte, señor, que no
Es justo atreverse así,
Y estando Astolfo.

Sejismundo.
No digo
Que vos no os metais conmigo?

Criado 2.º
Digo lo que es justo...

Sejismundo.
A mi
Todo eso me causa enfado;
Nada me parece justo
En siendo contra mi gusto.

Criado 2.º
Pues yo, señor, he escuchado
De tí, que en lo justo es bien
Obedecer y servir.

Sejismundo.
Tambien oiste decir
Que por un balcon á quien
Me canse sabré arrojar.

Criado 2.º
Con los hombres como yo
No puede hacerse eso.

Sejismundo.
No?
Por Dios que lo he de probar?

Astolfo.
Qué es esto que llego á ver?

Estrella.
Idle todos á estorbar.

Sejismundo (volviendo).
Cayó del balcon al mar:
¡Vive Dios! que pudo ser.

Astolfo.
Pues medid con mas espacio
Vuestras acciones severas (ras
Que lo que hay de hombres á fie-
Hay desde un monte á palacio.

Sejismundo.
Pues en dando tan severo
En hablar con entereza,
Quizá no hallareis cabeza
En que se os tenga el sombrero.

(*Vase Astolfo.*)

ESCENA VI.

BASILIO, SEJISMUNDO, CLARIN,
CRIADOS.

Basilio.
¿Qué ha sido esto?

Sejismundo.
Nada ha sido;
A un hombre que me ha cansado
Desde un balcon he arrojado.

Clarín (á *Sejismundo*).
Que es el rey, está advertido.

Basilio.
¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida al primer dia?

Sejismundo.
Dijome que no podia
Hacerse, y gané la apuesta.

Basilio.
Pésame mucho que cuando
Principe á verte he venido,
Pensando hallarte advertido
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea,
Y que la primera accion
Que has hecho en esta ocasion
Un grave homicidio sea.

¿Con qué amor llegar podré
A darte ahora mis brazos
Si de sus soberbios lazos
Que están enseñados sé
A dar muerte? ¿Quién llegó
A ver desnudo el puñal
Que dió una herida mortal
Que no temiese? Quién vió
Sangriento el lugar en donde
A otro hombre le dieron muerte
Que no sienta? Que el mas fuerte
A su natural responde.

Yo así, que en tus brazos miro
 Desta muerte el instrumento,
 Y miro el lugar sangriento,
 De tus brazos me retiro;
 Y aunque en amorosos lazos
 Ceñir tu cuello pensé,
 Sin ellos me volveré
 Que tengo miedo á tus brazos.

Sejismundo.

Sin ellos me podré estar
 Como he estado hasta aquí;
 Que un padre que contra mí
 Tanto rigor sabe usar,
 Que su condicion ingrata
 De su lado me desvía,
 Como á una fiera me cria,
 Y como á un mónstruo me trata
 Y mi muerte solicita,
 De poca importancia fué
 Que los brazos no me dé (quita.
 Cuando el ser de hombre me

Basilio.

Al cielo y á Dios pluguiera
 Que á dártele no llegara;
 Pues ni tu voz escuchara,
 Ni tu atrevimiento viera.

Sejismundo.

Si no lo me hubieras dado,
 No me quejara de tí;
 Pero una vez dado, sí,
 Por habérmelo quitado;
 Pues aunque el dar la accion es
 Mas noble y mas singular,
 Es mayor bajeza el dar
 Para quitarlo despues.

Basilio.

¡Bien me agradeces el verte
 De un humilde y pobre preso
 Príncipe ya!

Sejismundo.

Pues en eso
 ¿Qué tengo que agradecerte,
 Tirano de mi alvedrío,
 Si viejo y caduco estás,
 ¿Muriéndote, qué me das?

¿Dasme mas de lo que es mio?
 Mi padre eres y mi rey;
 Luego toda esta grandeza
 Me da la naturaleza
 Por derecho de su ley.
 Luego aunque esté en tal estado
 Obligado no te quedo,
 Y pedirte cuentas puedo
 Del tiempo que me has quitado
 Libertad, vida y honor;
 Y así, agradéceme á mí
 Que yo no cobre de ti,
 Pues eres tú mi deudor.

Basilio.

Bárbaro eres y atrevido:
 Cumplió su palabra el cielo;
 Y así, para el mismo apelo,
 Soberbio y desvanecido.
 Y aunque sepas ya quien eres
 Y desengañado estés,
 Y aunque en un lugar te ves
 Donde á todos te prefieres,
 Mira bien lo que te advierto:
 Que seas humilde y blando,
 Porque quizá estás soñando
 Aunque ves que estás despierto
 (Vase.)

Sejismundo.

¿Que quizá soñando estoy
 Aunque despierto me veo?
 No sueño, pues toco y creo
 Lo que he sido, lo que soy.
 Y aunque ahora te arrepientas,
 Poco remedio tendrás;
 Sé quien soy, y no podrás
 Aunque suspires y sientas,
 Quitarme el haber nacido
 Desta corona heredero;
 Y si me viste primero
 A las prisiones rendido,
 Fué porque ignoré quién era;
 Pero ya informado estoy
 De quién soy, y sé que soy (ra.
 Un compuesto de hombre y fie-

ESCENA XVIII.

BASILIO rebozado, **CLOTALDO**, **SEJISMUNDO** adormecido en el suelo con pieles y cadenas.

Basilio.

Clotaldo.

Clotaldo.

Señor, así

Viene vuestra majestad!

Basilio.

La necia curiosidad

De ver lo que pasa aquí

A Sejismundo (ay de mí)

Deste modo me ha traído.

Clotaldo.

Mírale allí reducido

A su miserable estado.

Basilio.

Ay príncipe desdichado

Y en triste punto nacido!

Llega á despertarle ya

Que fuerza y rigor perdió

Con el ópio que bebió.

Clotaldo.

Inquieto, señor, está

Y hablando.

Basilio.

¿Qué soñará

Ahora? Escuchemos pues.

Sejismundo (entre sueños).

Piadoso príncipe es

El que castiga tiranos;

Clotaldo muera á mis manos,

Mi padre bese mis pies.

Clotaldo

Con la muerte me amenaza.

Basilio.

A mí con rigor y afrenta.

Clotaldo.

Quitarme la vida intenta.

Basilio.

Rendirme á sus pies traza.

Sejismundo (entre sueños).

Salga á la anchurosa plaza

Del gran teatro del mundo

Este valor sin segundo,

Porque mi venganza cuadre,

Veán triunfar de su padre

Al príncipe Sejismundo.

¡Mas ay de mí! Dónde estoy?

Basilio.

Pues á mí no me ha de ver: (á

Clotaldo.)

Ya sabes lo que has de hacer;

Desde allí á escucharle voy.

Sejismundo.

Soy yo por ventura? soy

El que preso y aherrojado

Llego á verme en tal estado?

¿No sois mi sepulcro vos,

Torre? Si, Válgame Dios

Qué de cosas he soñado!

Clotaldo (ap.)

A mí me toca llegar

A hacer la desecha ahora

¿Es ya de despertar hora?

Sejismundo.

Sí, hora es de despertar.

Clotaldo.

Todo el dia te has de estar

Durmiendo? desde que yo

El águila que voló

Con tardo vuelo, seguí

Y te quedaste tú aquí

Nunca has despertado?

Sejismundo.

No:

Ni aun agora he despertado;

Que segun, Clotaldo, entiendo,

Todavía estoy durmiendo;

Y no estoy muy engañado,

Porque si ha sido soñado

Lo que vi palpable y cierto

Lo que veo será incierto;

Y no es mucho que rendido

Pues veo estando dormido

Que sueñe estando despierto.

Clotaldo.

Lo que soñaste medi.

Sejismundo.

Supuesto que sueño fué
No diré lo que soñé
Lo que ví, Clotaldo, sí:
Yo desperté, yo me ví
(Qué crueldad mas lisonjera!)
En un lecho, que pudiera
Con matices y colores
Ser el catre de las flores
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles rendidos,
A mis pies nombre me dieron
De su príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría,
Diciendo la dicha mia
Que aunque estoy desta manera
Príncipe en Polonia era.

Clotaldo.

Buenas albricias tendria.

Sejismundo.

No muy buenas: Por traidor
Con pecho atrevido y fuerte,
Dos veces te daba muerte.

Clotaldo.

¿Para mí tanto rigor?

Sejismundo.

De todos era Señor
Y de todos me vengaba,
Solo á una mujer amaba...
Que fue verdad, creo yo
En que todo se acabó, *(rey.)*
Y esto solo no se acaba. *Váse el*

Clotaldo (ap)

(Enternecido se ha ido
El rey de haberle escuchado)
Como habiamos hablado
De aquella águila, dormido
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entonces á quien
Te crió en tantos empeños,
Sejismundo, que aun en sueños
No se pierde el hacer bien *(Váse)*

ESCENA XIX.

Sejismundo.

Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condicion,
Esta furia, esta ambicion,
Por si alguna vez soñamos:
Y si haremos; pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir solo es soñar,
Y la experiencia me enseña,
Que el hombre que vive sueña
Lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey, que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando;
Y este aplauso que recibe
Prestado, en el viento escribe,
Y en cenizas le convierte
La muerte, ¡desdicha fuerte!
¿Qué hay quien intente reinar,
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
Que mas cuidados le ofrece,
Sueña el pobre que padece,
Su miseria y su pobreza,
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agrava y ofende,
Y en el mundo, en conclusion,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Mas lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí:
¿Qué es la vida? Una ilusion,
Una sombra, una ficcion,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños, sueños son.

JORNADA III.

ESCENA III.

.....

(*Voces á dentro.*)

¡Viva Sejismundo, viva!

Sejismundo.

¿Otra vez (qué es esto cielos!)
 Quereis que sueñe grandezas,
 Que ha de deshacer el tiempo?
 ¿Otra vez quereis que vea
 Entre sombras y bosquejos
 La majestad y la pompa
 Desvanecida del viento?
 ¿Otra vez quereis que toque
 El desengaño, ó el riesgo,
 A que el humano poder,
 Nace humilde y vive atento?
 Pues no ha de ser, no ha de ser
 Mirarme otra vez sujeto
 A mi fortuna; y pues sé
 Que toda esta vida es sueño
 Idos sombras que finjís
 Hoy á mis sentidos muertos
 Cuerpo y voz, siendo verdad
 Que ni teneis voz ni cuerpo;
 Que no quiero magestades
 Fingidas, pompas no quiero
 Fantánticas, ilusiones
 Que al soplo menos ligero
 Del aura han de deshacerse,
 Bien como el florido almendro,
 Que por madrugar sus flores
 Sin aviso y sin consejo
 Al primer soplo se apagan
 Marchitando y desluciendo
 De sus rosados capullos
 Belleza, luz y ornamento.
 Ya os conozco, ya os conozco
 Y sé que os pasa lo mismo
 Con cualquiera que se duerme:
 Para mí no hay fingimientos;
 Que desengañado ya,

Sé bien que la vida es sueño.

Soldado 2.º

Si piensas que te engañamos
 Vuelve á esos montes soberbios
 Los ojos para que veas
 La gente que aguarda en ellos
 Para obedecerte.

Sejismundo.

Ya

Otra vez vi á questo mesmo
 Tan clara y distintamente
 Como ahora lo estoy viendo
 Y fué sueño.....

Soldado 2.º

Cosas grandes

Siempre, gran Señor, trajeron
 Anuncios; y esto seria,
 Si lo señaste primero.

Sigismundo.

Dices bien, anuncio fué;
 Y caso que fuese cierto,
 Pues que la vida es tan corta
 Soñemos, alma, soñemos,
 Otra vez, pero ha de ser
 Con atencion y consejo
 De que hemos de despertar
 Deste gusto al mejor tiempo;
 Que llevándolo sabido
 Será el desengaño menos;
 Que es hacer burla del daño
 Adelantarle el consejo,
 Y con esta prevencion
 De que cuando fuese cierto,
 Es todo el poder prestado
 Y ha de volverse á su dueño;
 Atrevámonos á todo
 Vasallos, y yo os agradezco
 La lealtad; en mí llevais
 Quien os libre osado y diestro
 De extranjera esclavitud.
 Tocad al arma, que presto
 Vereis mi inmenso valor.
 Contra mi padre pretendo
 Tomar armas, y sacar
 Verdaderos á los cielos.

Puesto he de verle á mis plan-
(tas...

(Ap.) Mas si antes desto despier-
No será bien, no, decirlo, (to,
Supuesto que no he hacerlo?

Todos.

¡Viva Sejismundo, viva!

ESCENA IV.

CLOTALDO, SEJISMUNDO, CLARIN,
SOLDADOS.

Clotaldo.

Qué alboroto es este, cielo?

Sejismundo.

Clotaldo.

Clotaldo.

Señor, (ap.) en mi
Su rigor prueba.

Clarín (ap.)

Yo apuesto
Que le despeña del monte. (Va
Clotaldo. se.)

A tus reales plantas llevo,
Ya sé que á morir.

Sejismundo.

Levanta,
Levanta, padre, del suelo;
Que tú has de ser norte y guía
De quien fie mis aciertos;
Que ya sé que mi crianza
A tu mucha lealtad debo.
Dame los brazos.

Clotaldo.

Qué dices?

Sejismundo.

Que estoy soñando, y que quiero

Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien aun en sueños.

Clotaldo.

Pues señor, si el obrar bien
Es ya tu blason, es cierto
Que no te ofenda el que yo
Hoy solicito lo mismo.
¡A tu padre has de hacer guerra!
Yo aconsejarte no puedo
Contra mi rey, ni valerte,
A tus plantas estoy puesto
Dame la muerte.

Sejismundo.

Villano, (los!)

Traidor, ingrato, (ap.) (mas cie-
El reportarme conviene (to.
Que aun no sé si estoy despier-
Clotaldo, vuestro valor
Os envidio y agradezco;
Idos á servir al rey,
Que en el campo nos veremos;
Vosotros tocad al arma.

Clotaldo.

Mil veces tus plantas beso. (Va-
(se.)

Sejismundo.

A reinar, fortuna, vamos,
No me despiertes si duermo,
Y si es verdad no me aduermas;
Mas sea verdad ó sueño,
Obrar bien es lo que importa;
Si fuera verdad por serlo;
Sino por ganar amigos
Para cuando despertemos.

CALDERON.



INDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
Reglas generales de la composicion poética.	1
MODELOS.	
Narraciones en verso.	3
Cuadros y pinturas.	13
Descripciones.	20
Definiciones.	33
Caractéres y retratos.	37
GÉNERO LÍRICO.	
Odas.	43
Canciones.	71
Elegías.	88
DIDÁCTICO.	
Epístolas.	104
Sátiras.	116
Letrillas.	128
Epigramas.	131
Fábulas ó apólogos.	134
GÉNEROS MENORES.	
Romances.	145
Cuentos.	157
Sonetos.	162
Madrigales.	167
GÉNERO BUCÓLICO.	
Eglogas.	168
Idilios.	185
Epopeya.	188
GÉNERO DRAMÁTICO.	
Tragedia.	219
Comedia.	231
Drama.	242

OBRAS

DEL

DR. DON ANGEL MARIA TERRADILLOS,

catedrático de la Universidad de Madrid, y abogado de los Tribunales de la Nación,

Aprobadas por el Gobierno.

PÁGINAS DE LA INFANCIA. Novena edicion; á 3 rs. ejemplar á la rústica y 30 rs. por docenas. En holandesa fina á 4 rs. ejemplar, y 44 por docenas.

PRONTUARIO DE GRAMÁTICA CASTELLANA. Tercera edicion, aprobada por el consejo de Instruccion pública é incluida por el Gobierno en la lista de textos de la segunda enseñanza y adoptada en la Universidad. A 5 rs. ejemplar en rústica y 54 por docenas. En holandesa á 6 rs. ejemplar con una gratis en docena.

COMPENDIO MENOR: arreglado por consejo de varios é ilustrados profesores, para armonizar los estudios de las escuelas con los de la segunda enseñanza. Por su sencillez, método y modelos de análisis, que contiene al fin, ha sido adoptada por la Comision Régia para los establecimientos públicos de ambos sexos, así como por los de mas nota de esta córte. A 3 rs. ejemplar á la rústica, 30 por docenas, con rebaja pasando de ciento el pedido.

HISTORIA DE ESPAÑA. Cuarta edicion adoptada en el colegio general militar y en varios establecimientos de dentro y fuera de la córte. A 3 rs. ejemplar á la rústica y 30 por docenas. En holandesa á lo mismo que las Páginas.

EVANGELIO PARA LOS NIÑOS. Cuarta edicion adoptada por la Comision Régia de Escuelas para todos los establecimientos públicos de la córte. A 3 rs. ejemplar en rústica y 30 por docenas. En holandesa como las Páginas.

GRAMÁTICA PARA NIÑAS. A 2 rs. ejemplar en rústica y 22 por docenas.

CURSO DE LITERATURA LATINA. Obra aprobada por el Gobier-

no para la misma asignatura en todas las Universidades. A 12 rs. ejemplar en rústica, y 15 á la holandesa.

COLECCION DE TROZOS Y MODELOS extractados de Autores selectos castellanos, dos tomos; aprobada por el Gobierno y adoptada en casi todas las Universidades é Institutos; á 8 rs. cada tomo en rústica, 10 en holandesa.

TROZOS SELECTOS de Literatura Latina, dos tomos, aprobada por el Gobierno y adoptada en casi todas las Universidades é Institutos; á 12 rs. cada tomo en rústica, 15 en holandesa.

Se hallan de venta en las librerías de Hernando, calle del Arenal, n.º 11; en la de Perez, librero de S. M., calle de Carretas, y en la de Villa, plazuela de Santo Domingo. Los que gusten hacer pedidos por mayor se dirigirán á casa del Autor Calle Ancha de S. Bernardo, n.º 9.

no para la misma asignatura en todas las Universidades. A 12 rs.
ejemplar en rústica, y 15 a la holandesa.

Corrección de Trozos y Morros extractados de Autores selectos
castellanos, dos tomos; aprobada por el Gobierno y adoptada
en casi todas las Universidades e Institutos; a 8 rs. cada tomo
en rústica, 10 en holandesa.

Trozos Selectos de Literatura Latina, dos tomos, aprobada
por el Gobierno y adoptada en casi todas las Universidades e
Institutos; a 12 rs. cada tomo en rústica; 15 en holandesa.

Se hallan de venta en las librerías de Hernandez, calle del
Arenal, n.º 11; en la de Perez, librero de S. M., calle de Carre-
tas, y en la de Villa, plaza de Santo Domingo. Las que gustan
hacer pedidos por mayor se dirigirán a casa del Autor, Calle

ANEXO DE GRAMÁTICA CASTELLANA. O. A. B. C. de las
Lenguas Castellanas e Italiana, por el Consejo de Instrucción pública, y
incluida en la lista de textos de la segunda enseñanza y adoptada
en la Universidad. A 5 rs. ejemplar en rústica y 54 por docenas.
En holandesa a 6 rs. ejemplar con una gratis en docenas.

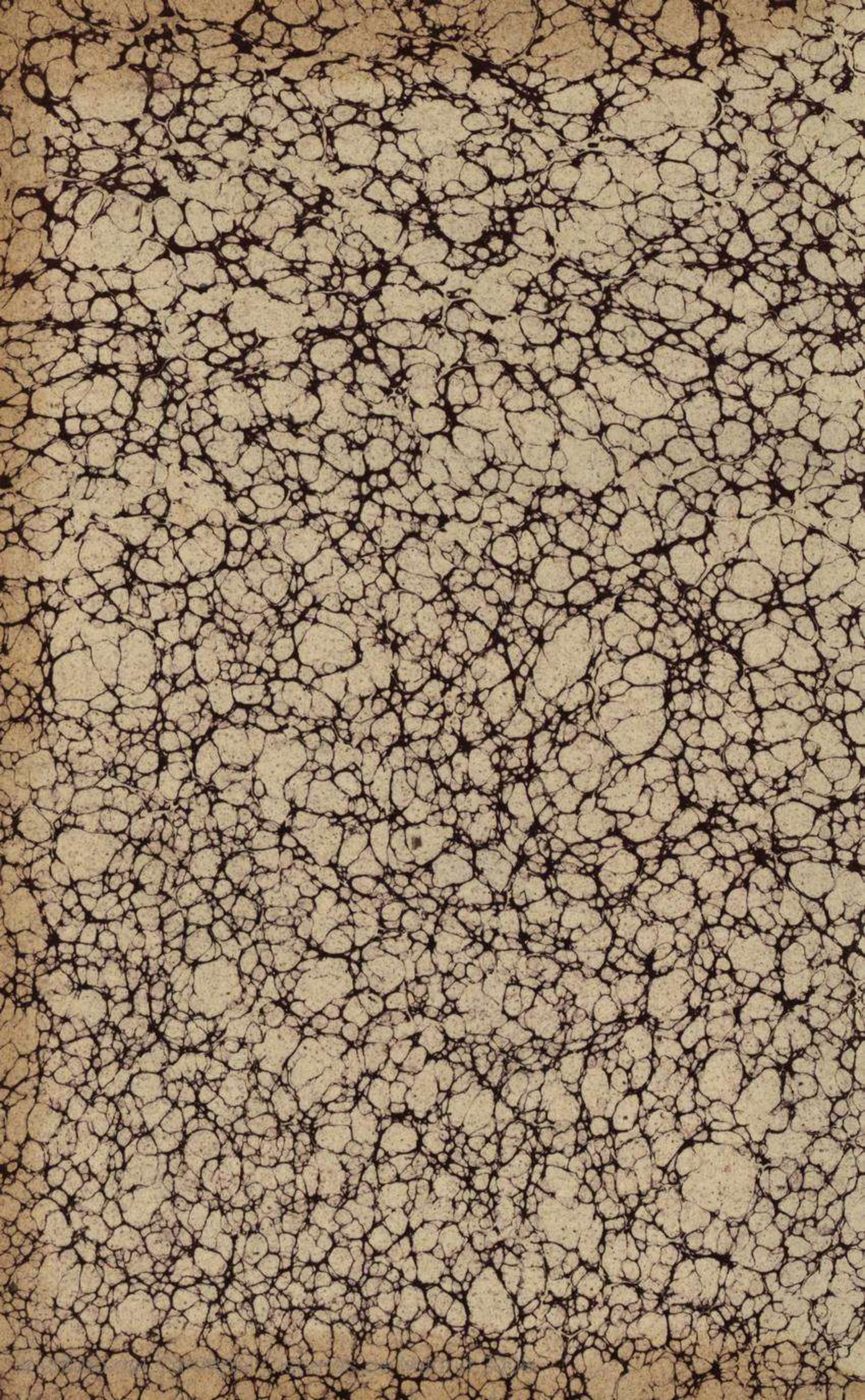
Compendio Mexon: arreglado por consejo de varios e ilustrados
profesores, para armonizar los estudios de las escuelas con
de la segunda enseñanza. Por su sencillez, método y modo
de análisis, que contiene al fin, ha sido adoptada por la Comi-
sion Régia para los establecimientos públicos de ambos sexos,
asi como por los de una parte de esta corte. A 3 rs. ejemplar
a la rústica, 30 por docenas, con rebaja pasando de ciento y
pedido.

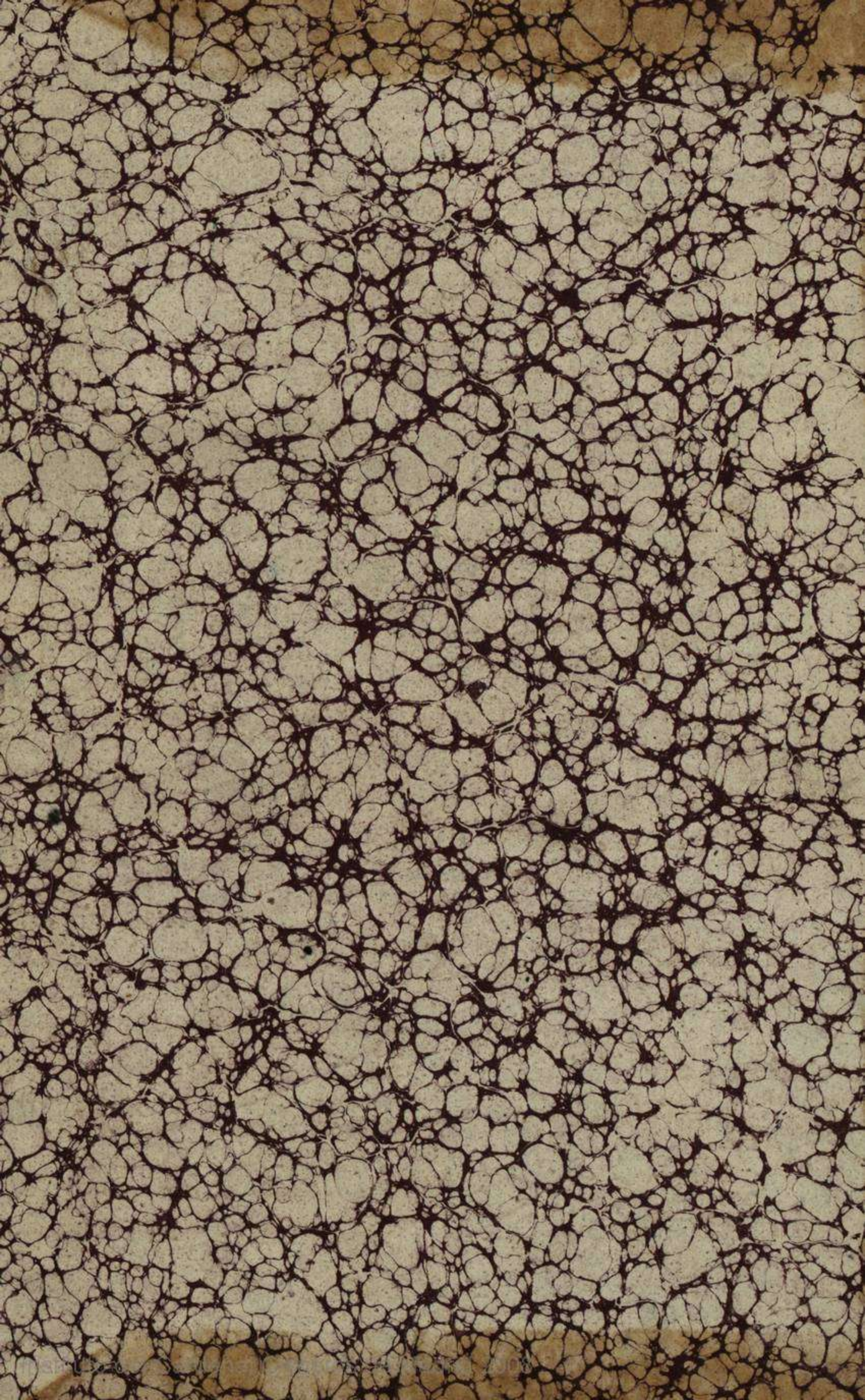
HISTORIA DE ESPAÑA. Cuarta edición adoptada en el colegio
general militar y en varios establecimientos de dentro y fuera
de la corte. A 3 rs. ejemplar a la rústica y 30 por docenas.
En holandesa a la misma que las Páginas.

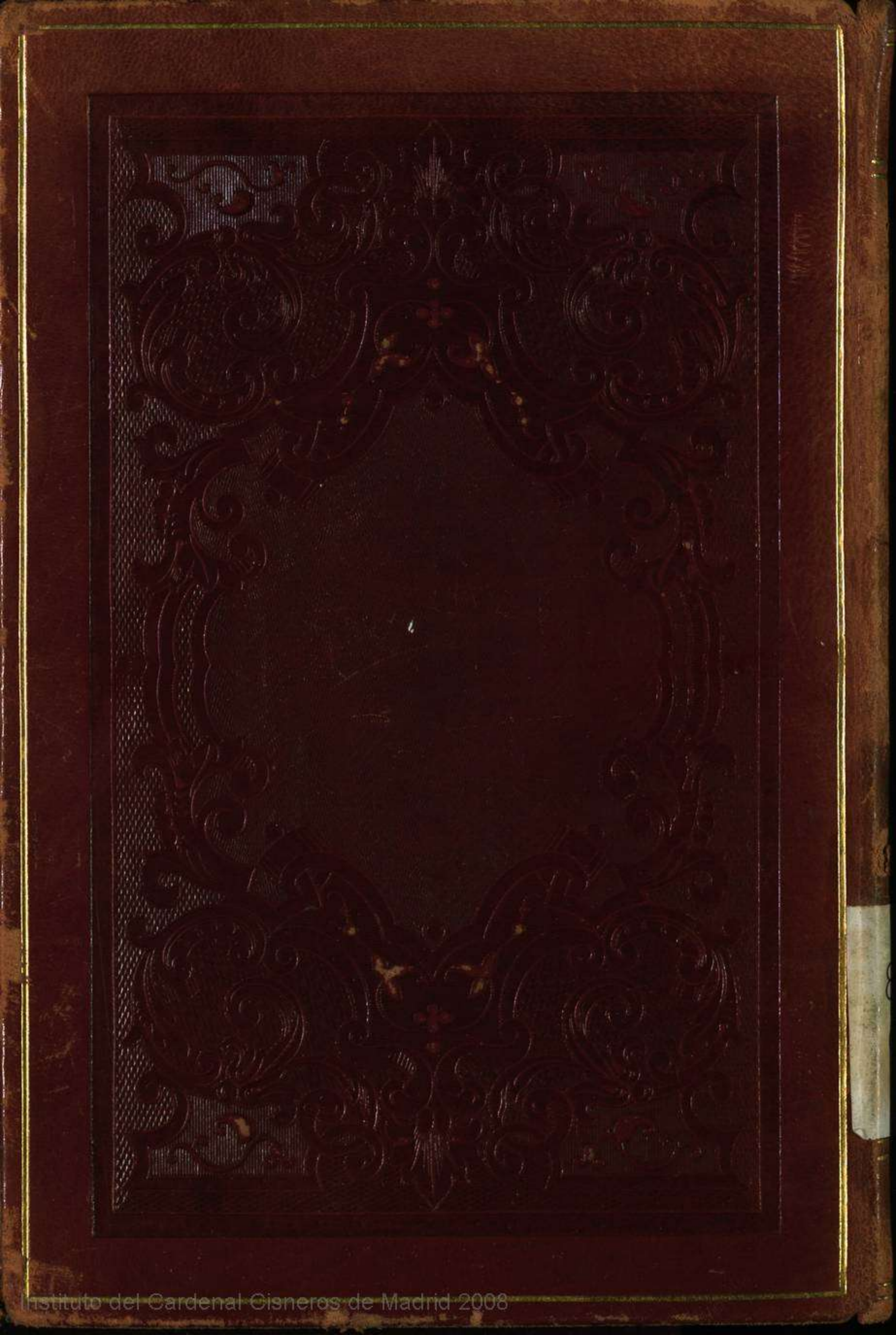
EVANGELIO PARA LOS NIÑOS. Cuarta edición adoptada por
Comision Régia de Escuelas para todos los establecimientos pú-
blicos de la corte. A 5 rs. ejemplar en rústica y 30 por docenas.
En holandesa como las Páginas.

GRAMÁTICA PARA NIÑOS. A 2 rs. ejemplar en rústica y 24 por
docenas.

Curso de Literatura Latina. Obra aprobada por el Gobierno







TRIBALES

AUTORES

SELECCION

CASTELLANOS

871-1

COL